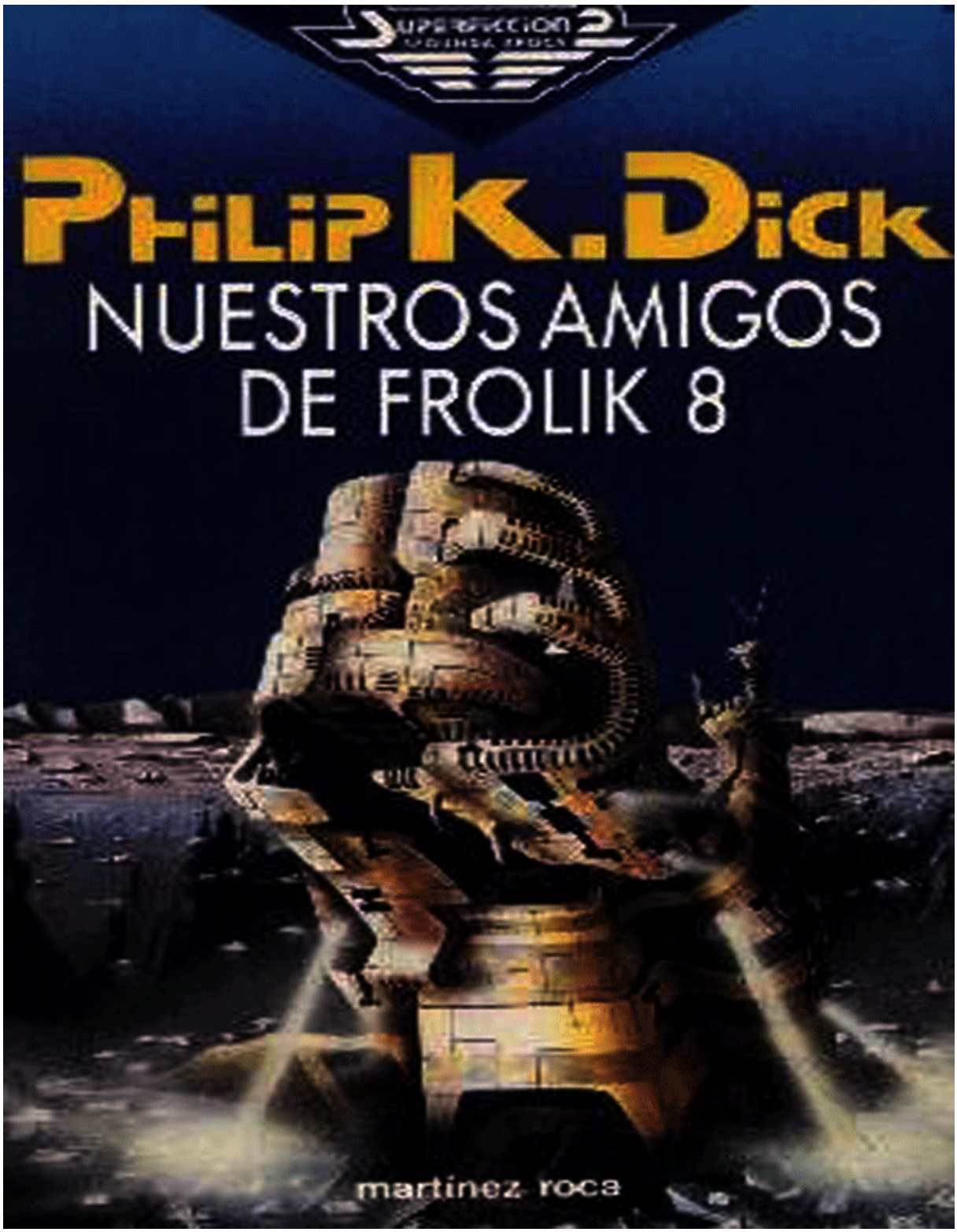
NUESTROS AMIGOS DE FROLIK 8

Philip K. Dick

.



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

PRIMERA PARTE

1

-¡No quiero examinarme! -exclamó Bobby.

Debes examinarte, pensó su padre. Si existe alguna esperanza para nuestra familia proyectada hacia el futuro. En los períodos que se extenderán mucho más allá después de mi muerte..., la mía y la de Kleo.

-Permite que te lo explique de esta manera -dijo en voz alta, mientras se movía entre la muchedumbre por la acera deslizante en dirección al Departamento Federal de Calificaciones Personales-. Las personas son todas diferentes entre sí y poseen capacidades diferentes. -Él sabía esto sobradamente-. Mis capacidades, por ejemplo, son muy limitadas; ni siquiera puedo calificarme para una clasificación gubernamental G-1, que es la más inferior. -Le dolía tener que admitirlo, pero era la verdad, y era preciso que el chico comprendiese cuán vital era esto-. Es decir, no estoy calificado en absoluto. Tengo un pequeño empleo no gubernamental..., o sea, realmente nada. ¿Quieres ser como yo cuando seas mayor?

-Tú eres estupendo -alabó Bobby con la majestuosa seguridad de sus doce años.

-Oh, no -negó Nick.

-Para mí sí lo eres.

Nick se sintió desconcertado. Y, al igual que en muchas ocasiones últimamente, al borde de la desesperación.

-Escucha -exclamó- y sabrás de qué manera está gobernada la Tierra. Dos entidades se mueven, una en torno a la otra, gobernando primero una y después otra. Esas entidades...

-¡Yo no soy ninguna de esas dos! -se obstinó su hijo-. Yo soy Antiguo y Regular. No quiero examinarme. Sé lo que soy. Sé lo que tú eres y quiero ser lo mismo.

En su interior, Nick sentía su estómago reseco y encogido, y debido a esto experimentaba una aguda necesidad. Miró a su alrededor y divisó un bar-droguería al otro lado de la calle, más allá del tráfico de los coches cohete y de los vehículos más grandes, de tránsito público. Guió a Bobby hacia una rampa para transeúntes y diez minutos después habían llegado a la otra acera.

-Entraré en el bar, sólo tardaré un par de minutos -explicó Nick-. No me encuentro demasiado bien para llevarte al Edificio Federal en esta especial conjunción de tiempo y espacio.

Condujo a su hijo más allá del ojo de la puerta, al oscuro interior del bar-droguería de Donovan, bar que nunca había visitado pero que le gustó a primera vista.

-Ese chico no puede entrar aquí -le informó el camarero. Señaló un cartel que había en la pared-. No tiene dieciocho años. ¿Quiere que piensen que vendo bocadillos a los menores?

-En el bar que yo suelo frecuentar... -empezó a decir Nick, pero el camarero le cortó bruscamente.

-Este no es el bar que frecuenta -declaró y se marchó a atender a otro parroquiano situado al otro extremo de la sombría sala.

-Ve a mirar los escaparates de al lado -ordenó Nick, dándole un codazo a

su hijo e indicándole la puerta por la que acababan de entrar-. Me reuniré contigo dentro de tres o cuatro minutos.

-¡Siempre dices eso! -se quejó Bobby.

Pero salió a la acera, llena, a mediodía, de una legión de individuos apretujados... Se detuvo un momento para mirar hacia atrás, y después siguió andando, lejos ya de la vista de su padre.

-Tomaré cincuenta miligramos de fenmetrazina hidroclórida y treinta de astrodrina -pidió Nick, instalándose en un taburete-, con una solución de sodio acetil-salicilato.

-La astrodrina -le advirtió el camarero- le hará soñar con muchas estrellas lejanas.

Colocó un platito delante de Nick, cogió las píldoras y después la solución de sodio acetil-salicilato, que vertió en un vaso de plástico. Tras dejarlo todo frente a Nick, se puso de espaldas, rascándose una oreja reflexivamente.

-Espero que haga su efecto -comentó Nick, tragándose tres píldoras minúsculas, ya que no podía tomar más a finales de mes, y las ayudó a bajar con la solución salobre.

-¿Lleva a su hijo a un examen Federal?

Nick asintió mientras sacaba su cartera.

-¿Cree que está preparado? -continuó el camarero.

-No lo sé -contestó Nick escuetamente.

-Creo que todos lo están -le confió el camarero, apoyando los codos sobre el mostrador e inclinándose hacia él. Cogió el dinero de Nick y se volvió hacia la caja registradora para guardarlo-. He visto chicos que iban allí catorce o quince veces, incapaces de aceptar el hecho de que ellos, o como en su caso, su hijo, no iban a aprobar. Lo prueban una y otra vez, siempre con el mismo resultado. Los Nuevos Hombres no dejarán que ingrese nadie más en el Servicio Civil. Quieren... -Miró a su alrededor y bajó la voz-. No desean repartir la acción entre nadie más, aparte de ellos mismos. Diantre, si prácticamente lo admiten en los discursos gubernamentales. Ellos...

-Necesitan sangre fresca -le interrumpió Nick. Se lo dijo al camarero como tantas veces se lo había dicho a sí mismo.

-Ya tienen a sus hijos -rezongó el camarero.

-No es suficiente -dijo Nick tomándose la solución.

Ya sentía cómo la fenmetrazina hidroclórida le hacía efecto, aumentando su sentido del valor, su optimismo; en su interior experimentaba un poderoso resplandor.

-Si se descubriese -prosiguió- que los exámenes del Servicio Civil están manipulados, el Gobierno tendría que dimitir antes de veinticuatro horas, y gobernarían los Inusuales, sustituyéndolos. ¿Cree que los Nuevos Hombres desean que gobiernen los Inusuales? ¡Dios mío...!

-Opino que trabajan juntos -murmuró el camarero, mientras se disponía a atender a otro parroquiano.

Cuántas veces, pensaba Nick al salir del bar, he creído eso yo mismo... Primero, gobiernan los Inusuales, después los Nuevos Hombres. Si hubiesen planeado esto a la perfección, de manera que pudieran controlar el sistema de análisis personales, podrían constituir, como dije, una estructura de poder autoperpetua; pero todo nuestro sistema político se basa en el hecho de la animosidad mutua de dos grupos... y ésta es la verdad básica de nuestras vidas... Esto y el reconocimiento de que, a causa de su superioridad, merecen gobernar y saben hacerlo con prudencia y sabiduría.

Se movió por entre la masa de transeúntes y llegó junto a su hijo, que estaba hechizado contemplando un escaparate.

-Vámonos -dijo Nick, colocando su mano con firmeza sobre el hombro de su hijo.

Las drogas le animaban mucho.

-Ahí venden un cuchillo que inflige dolor a distancia -le dijo Bobby sin moverse-. ¿Puedo tener uno? Si lo tuviese, me daría más confianza en el examen.

-Es un juguete -replicó Nick.

-Aunque lo sea -suplicó Bobby-. Por favor. Haría que me sintiese mucho mejor.

Algún día, pensó Nick, no tendrás que gobernar por medio de infligir dolor... Gobernar a tus iguales, servir a los amos. Tú serás uno de los amos y yo podré aceptar tranquilamente cuanto suceda a mi alrededor.

-No -se negó, llevando al muchacho hacia el denso tráfico de la acera-. No te fijes en las cosas concretas -le advirtió con dureza-. Piensa en abstracciones, piensa en los procesos neurológicos. Esto es lo que te preguntarán. -El chico se retrasaba-. ¡Muévete! -rugió Nick, urdiéndole hacia delante.

Y, sintiendo físicamente la repugnancia de su hijo, intuyó la irremediable presencia del fracaso.

Desde hacía cincuenta años todo era igual; desde el año 2085 en que fueron elegidos los primeros Nuevos Hombres, ocho años antes de que el primer Inusual llegara a tan alto puesto. Después, fue una novedad; todo el mundo se preguntaba qué tal funcionarían en la práctica aquellos tipos de reciente e irregular evolución. Habían funcionado bien, demasiado bien para que les sucediese algún Antiguo. Mientras ellos podían equilibrar un grupo de luces brillantes, un Antiguo sólo podía cuidarse de una. Algunas acciones, basadas en procesos mentales que ningún Antiguo podía seguir, no tenían parangón entre las primitivas variedades de las especies humanas.

-Fíjate en este titular -exclamó Bobby, deteniéndose ante un montón de periódicos.

«ESTÁ CERCA LA CAPTURA DE PROVONI».

Nick lo leyó sin interés, sin creer en ello y, al mismo tiempo, sin que le importase. En lo que a él concernía, capturado o no, Thors Provoni ya no existía. Pero Bobby parecía fascinado por la noticia. Fascinado... y asqueado.

-Ni siquiera han capturado a Provoni -comentó el chico.

-No lo digas tan alto -le aconsejó Nick, acercando los labios al oído de su hijo. Se sentía profundamente inquieto.

-¿Qué me importa que me oigan? -exclamó Bobby, acaloradamente. Señaló la masa de hombres y mujeres que pasaban junto a ellos-. En realidad, todos están de acuerdo conmigo.

Miró a su padre con ira.

-Cuando Provoni se marchó fuera del Sistema del Sol -recordó Nick-, traicionó a toda la humanidad, a la Superior y al resto.

Así lo creía firmemente. Ya habían discutido el asunto muchas veces, aunque nunca lograban integrar sus opiniones contradictorias respecto al hombre que había prometido encontrar otro planeta, otro mundo utilizable, en el que los Antiguos pudiesen vivir... y gobernar.

-Provoni fue un cobarde -continuó Nick-, y un submental. No creo que valga la pena perseguirle. Aunque está claro que lo han localizado.

-Siempre dicen lo mismo -adujo Bobby-. Hace dos meses nos dijeron que antes de veinticuatro horas...

-Era un submental -repitió Nick-, y por eso no cuenta.

-También nosotros somos submentales -insistió Bobby.

-Yo sí -asintió Nick-, pero tú no.

Siguieron caminando en silencio, ya que ninguno de los dos tenía ganas de hablar.

El oficial del Servicio Civil, Norbert Weiss, sacó una tarjeta verde de la computadora procesal que había detrás de su escritorio y leyó atentamente la información:

ROBERT APPLETON

Lo recuerdo, se dijo Weiss. Doce años, padre ambicioso... ¿Qué había demostrado el chico en el examen preliminar? un notable factor E, muy por encima del promedio normal, pero...

Cogió el v-fono interdepartamental y marcó el número de la extensión de su jefe, Jerome Pikeman.

Apareció el abolsado y alargado rostro, dejando ver la tensión de su excesivo trabajo.

-¿Sí?

-No tardará en llegar el chico Appleton -advirtió Weiss-. ¿Ha tomado ya una decisión? ¿Le aprobamos o no?

Sostuvo la tarjeta delante del visor del v-fono para refrescar la memoria de su superior.

-A la gente de mi Departamento no le gusta la actitud servil del padre -opinó Pikeman-. Es tan extremado respecto a la autoridad que pensamos que tal vez podría imbuir su actitud negativa en el desarrollo emocional de su hijo. Suspéndale.

-¿Del todo? -preguntó Weiss-. ¿O en otro examen...?

-Suspéndale para siempre. Totalmente fuera. Le haremos un favor, porque seguramente tampoco él desea aprobar.

-Ese chico tuvo una calificación muy alta.

-Pero no excepcional. Nada que necesitemos.

-Pero, si hemos de ser justos con él... -protestó Weiss.

-Precisamente para ser justos con ese chico le suspenderemos. No es ningún honor, ningún privilegio conseguir una clasificación federal, sino una carga. Una responsabilidad. ¿No lo cree así, señor Weiss?

Jamás lo había mirado desde este punto de vista. Sí, se dijo, estoy abrumado por el trabajo, el sueldo es bastante bajo y, como dice Pikeman, en él no hay honor sino una especie de deber. Pero tendrían que matarme para que renunciase a él. Se preguntó por qué pensaba de ese modo.

En septiembre de 2120 había obtenido el grado del Servicio Civil, y desde entonces había trabajado para el Gobierno, primero bajo un Presidente Inusual del Consejo, después con un Presidente de los Nuevos Hombres; es decir, de uno de los dos grupos que últimamente ostentaban el control. Él, lo mismo que otros como él, como otros empleados del Servicio Civil, seguía en su puesto, llevando a cabo sus hábiles funciones. Hábiles... e inteligentes.

Ya desde niño se había definido legalmente como un Nuevo Hombre. Su corteza cerebral mostraba visibles nódulos Roger y, en las pruebas de inteligencia, exhibió una apropiada y magnífica capacidad. A los nueve años de edad ya había superado en ideas a un Antiguo maduro; a los veinte, podía proyectar mentalmente una tabla al azar de un centenar de números... y también de más. Podía, por ejemplo, sin usar una computadora, determinar la posición del rumbo de un barco sujeto a tres gravedades, gracias a sus innatos procesos mentales podía proyectar su situación en cualquier momento. Podía deducir una gran variedad de correlaciones desde una preposición dada, teórica o prácticamente. Y a los treinta y dos...

En una hoja ampliamente difundida había presentado objeciones a la clásica teoría de los límites, demostrando, según su estilo propio y único, un posible retorno, al menos en teoría, al concepto de Zeno acerca del movimiento progresivamente partido, utilizando como palanca la *Teoría de Dunne* sobre el tiempo circular.

Como resultado de esto obtuvo un puesto inferior en una rama inferior del Departamento Federal de Calificaciones Personales del Gobierno. Aunque original, lo conseguido no era mucho. Al menos, comparado con los adelantos logrados por otros Nuevos Hombres.

En menos de cincuenta años éstos habían alterado el mapa del pensamiento humano. Lo habían cambiado en algo que los Antiguos, la gente del pasado, no podía ni entender ni reconocer. Por ejemplo, la *«Teoría de la Acausalidad»*, de *Bernhad*: en 2103, *Bernhad*, que trabajaba en el *Instituto Politécnico* de Zurich, había demostrado que, pese a su enorme escepticismo, *Hume* estaba básicamente en lo cierto respecto a que era la costumbre, y nada más, lo que unía los acontecimientos comprendidos por los Antiguos como causa y efecto. Actualizó la teoría de las mónadas de Leibnitz, con resultados catastróficos. Por primera vez en la historia de la humanidad fue posible predecir los resultados de las secuencias físicas sobre la base de un espectro de predicados variables, cada uno verdadero, cada uno tan «causal» como el siguiente. Debido a esto, las ciencias aplicadas adoptaron una forma nueva con la que los Antiguos no podían competir; en sus mentes, un principio de acausalidad significaba el caos; no podían predecir nada.

Y aún había habido más.

En 2130, Blaise Black, un Nuevo Hombre clasificado como G-16, trastornó el principio de Sincronicidad de Wolfgang Pauli. Demostró que la llamada línea «vertical» de la conectividad, tan fácilmente proyectada, funcionaba como factor predecible, usando los nuevos métodos de selección al azar, como la secuencia «horizontal». Así, la distinción entre las secuencias quedaba efectivamente destruida, liberando la física abstracta de la carga de una doble determinación, haciendo que todos los cálculos, incluyendo los derivados de la astrofísica, fuesen fundamentalmente sencillos. El Sistema de Black, como lo llamaron, puso fin a toda confianza en la teoría y la práctica de los Antiguos.

Las contribuciones aportadas por los Inusuales fueron más específicas, estando relacionadas con las operaciones referentes a entidades reales. Así, al menos tal como él, Nuevo Hombre, lo veía, su raza contribuyó a subrayar los engranajes del mapa del Universo reformado, y los Inusuales efectuaron su tarea en la forma de aplicación de esas estructuras generales.

Sabía que los Inusuales no estaban de acuerdo con esto, pero eso no le

molestaba.

Yo tengo una clasificación G-3, se dijo a sí mismo, y he hecho algo: he añadido un ápice a nuestro conocimiento colectivo. Ningún Antiguo, por bien dotado que estuviese, habría podido conseguirlo. Exceptuando quizá a Thors Provoni. Pero Thors Provoni llevaba varios años ausente; ya no perturbaba el sueño de los Inusuales ni de los Nuevos Hombres. Provoni recorría incansablemente los linderos de la Galaxia, buscando, en su cólera, algo vago, algo quizá metafísico. Una respuesta, por decirlo de alguna manera. Una respuesta. Thors Provoni gritaba en el vacío, ruidosamente, con la esperanza de obtener una respuesta.

Que Dios nos ayude, pensó Weiss, si alguna vez la encuentra.

Aunque lo cierto era que no temía a Provoni; ni tampoco le temían sus semejantes. A medida que los meses se convertían en años, algunos Inusuales nerviosos murmuraban entre ellos, mientras Provoni no moría ni era capturado. Thors Provoni constituía un anacronismo; era el último de los Antiguos que no aceptaba la historia, que soñaba con una acción ortodoxa e impensada; vivía en un pasado decaído, la mayor parte del cual no era real; un pasado soñador y muerto que no podía ser recordado, ni siquiera por un hombre tan bien dotado, tan educado y tan activo como Provoni. Es un pirata, se dijo Weiss, una figura casi romántica, rodeada de hazañas. En cierto sentido, cuando muera le echaré de menos. Al fin y al cabo, nosotros procedemos de los Antiguos, y estamos relacionados con ellos. A distancia.

-Es una carga -asintió ante su superior, Pikeman-. Tiene razón.

Esta labor, este Servicio Civil con sus clasificaciones era una carga, pensó. Yo no puedo volar a las estrellas; no puedo lograr algo que no existe en las remotas curvas del Universo. ¿Qué sentiré cuando destruyamos a Thors Provoni? Mi trabajo será mucho más aburrido. Y, sin embargo, me gusta. No renunciaría a él. Ser un Nuevo Hombre es algo importante.

Tal vez soy víctima de la propaganda, reflexionó.

-Cuando venga Appleton con ese chico -dijo Pikeman-, hágale a Robert todo el examen, y después dígales que la clasificación no estará lista hasta, aproximadamente, dentro de una semana. De esta forma podrán soportar mejor el golpe. -Sonrió rígidamente y añadió-: Además, no tendrá que darles usted la noticia, la recibirán por escrito.

-No me importaría comunicársela personalmente -adujo Weiss.

Pero sí le importaba. Porque, probablemente, no sería la verdad.

La verdad, pensó. Nosotros somos la verdad; nosotros la creamos; la verdad es nuestra. Juntos hemos compilado una nueva carta. Mientras crecemos, la verdad crece con nosotros; y nosotros cambiamos. ¿Dónde estaremos el próximo año?, se preguntó. No hay forma de saberlo, excepto para los videntes que hay entre los Inusuales, que ven muchos futuros a la vez, como, según había oído, filas de cajones.

La voz de su secretaria llegó por el intercomunicador.

-Señor Weiss, un tal señor Appleton y su hijo preguntan por usted.

-Que pasen -accedió Weiss, retrepándose en su cómoda silla imitación pelo de nauga, disponiéndose a recibirles.

Sobre el escritorio estaba el formulario para el examen; jugueteó con él reflexivamente, viendo, por el rabillo del ojo, cómo adoptaba varias formas. Por un instante, casi cerró los ojos y le dio forma, en su mente, tal como deseaba que fuese exactamente.

2

Kleo Appleton, en su diminuto apartamento, echó una ojeada a su reloj y se puso a temblar. Era muy tarde. Y tan poco por hacer... Tal vez no regresarían; tal vez les comunicasen alguna inconveniencia y se los llevarían a uno de esos Campos de Concentración de los que tanto se hablaba.

-Es un tonto -le dijo al televisor.

Y por el altavoz del aparato surgió un coro de palmadas como si un público irreal aplaudiese.

-La señora Kleo Appleton -anunció el locutor-, de North Plate, Idaho, dice que su esposo es un tonto. ¿Qué piensa de esto, Ed Garley?

En la pantalla apareció una cara redonda y gruesa, en tanto la personalidad televisiva de Ed Garley meditaba una respuesta ingeniosa.

-Diría que es completamente absurdo imaginar, aunque sólo sea por un instante, que un hombre mayor sea...

Con un gesto de la mano ella apagó el aparato.

Del fogón, situado en la pared opuesta del saloncito, le llegó el olor del pastel de manzana. Había gastado la mitad de su ración semanal de cupones, además de tres sellos amarillos de ración, para hacerlo. Y no están aquí para comérselo, se dijo. Aunque supongo que, comparado con todo lo demás, esto carece de importancia. Quizá éste era el día más importante en la vida de su hijo.

Mientras esperaba, necesitaba hablar de ello con alguien. Esta vez no le servía de nada el televisor.

Salió del apartamento, cruzó el pasillo y llamó a la puerta de la señora Arlen.

La puerta se abrió y apareció la señora Arlen. Era una mujer de mediana edad de cabellos revueltos, parecida a una tortuga.

-Oh, señora Appleton...

-¿Todavía tiene al señor Aspirador? -preguntó Kleo Appleton-. Deseo tenerlo todo limpio cuando vuelvan Nick y Bobby. Sí, Bobby se examina hoy. ¿No es maravilloso?

-Hacen trampa -replicó la señora Arlen.

-Eso es lo que murmura la gente -objeto Kleo-, la gente que no aprueba el examen, o los que se hallan relacionados con ella. Innumerables personas aprueban todos los días, la mayoría son chicos como Bobby.

-Seguro...

-¿Tiene al señor Aspirador? -repitió Kleo con frialdad-. Tengo derecho a usarlo tres horas cada semana y esta semana no lo he utilizado en absoluto.

A regañadientes, la señora Arlen desapareció y regresó empujando al pomposo y orgulloso señor Aspirador, el hombre de mantenimiento interno del edificio.

-Buenos días, señora Appleton -saludó con su voz sutil y silbante el señor Aspirador al verla-. Aunque me enchufe, me encanta volver a verla. Buenos días, señora Appleton. Aunque me enchufe...

Lo empujó a través del pasillo hasta su apartamento.

-¿Por qué se muestra tan hostil conmigo? -le preguntó después a la señora Arlen, volviendo a atravesar el pasillo-. ¿Qué le he hecho a usted?

-No me muestro hostil -negó la señora Arlen-. Intento hacerle ver la verdad. Si los exámenes fuesen justos, nuestra hija Carol habría aprobado. Puede oír los pensamientos, al menos un poco, ya que es una auténtica

Inusual, tanto como cualquiera de los clasificados en el Servicio Civil. Muchos Inusuales clasificados pierden su habilidad porque...

-Lo siento, he de hacer la limpieza -dijo la señora Kleo cerrando la puerta de su apartamento, y dio media vuelta buscando dónde podía enchufar al señor Aspirador...

Se paró en seco, completamente inmóvil.

Un individuo bajito y de aspecto rollizo, con una nariz ganchuda y delgada, facciones normales, que llevaba una arrugada chaqueta de tela y unos pantalones sin planchar, estaba frente a ella. Había entrado en el apartamento mientras ella hablaba con la señora Arlen.

-¿Quién es usted? -preguntó Kleo, mientras el corazón le palpitaba de miedo.

Intuía un ambiente raro en torno a aquel hombre que parecía dispuesto a desaparecer... Sus ojillos, estrechos y oscuros, miraban nerviosamente por todas partes como si, pensó ella, quisiera conocer todas las posibles salidas del apartamento.

-Me llamo Darby Shire -se presentó el individuo. Luego, la contempló fijamente, y en su rostro aumentó la expresión de acoso-. Soy un viejo amigo de su marido. ¿Cuándo estará en casa? ¿Puedo quedarme hasta que llegue?

-Estará en casa dentro de muy poco -explicó ella.

Seguía sin moverse, lo más apartada posible de Darby Shire, si éste era realmente su nombre.

-Tengo que limpiar el apartamento antes de que vuelvan -explicó.

Pero no enchufó al señor Aspirador. Mantuvo inalterable su mirada, su escrutinio de Darby Shire. ¿De qué tenía miedo?, se preguntó. ¿Acaso le persiguen los del Servicio de Seguridad Pública? En tal caso, ¿qué es lo que ha hecho?

-Quisiera una taza de café -pidió Shire.

Inclinó la cabeza como para evitar la realidad suplicante de su voz. Como si no le gustase tener que pedirle algo a aquella mujer, algo que, sin embargo, necesitaba, que debía conseguir.

-¿Puedo ver su marbete de identidad? -le pidió Kleo.

-Con mucho gusto -Shire rebuscó en los abultados bolsillos de la chaqueta, sacó un puñado de tarjetas de plástico y las arrojó sobre una silla que había al lado de Kleo-. Coja la que quiera.

-¡Tres marbetes de identidad! -exclamó ella con incredulidad-. No puede tener más de uno. Más de uno va contra la ley.

-¿Dónde está Nick? -preguntó Shire, sin contestar directamente.

-Está con Bobby en el Departamento Federal de Calificaciones Personales.

-Ah, tienen un hijo -Shire sonrió torvamente-. Para que vea cuánto tiempo hace que no veo a Nick. ¿Qué es el chico, un Nuevo? ¿Un Inusual?

-Un Nuevo -respondió Kleo.

Se dirigió al v-fono. Levantó el aparato y empezó a marcar.

-¿A quién llama? -se interesó Shire.

-Al Departamento, para saber si Nick y Bobby ya han salido de allí.

-No se acordarán -le dijo Shire, dirigiéndose hacia el v-fono-, ni sabrán de qué les habla. ¿No comprende cómo son? -Alargó la mano y cortó el circuito del v-fono-. Lea mi libro.

De nuevo buscó en sus bolsillos y sacó un libro en rústica, doblado, con las páginas arrugadas y manchadas, la portada destrozada, y lo tendió hacia ella.

-Oh, no, no lo quiero -rechazó Kleo con cierta revulsión.

-Cójalo. Léalo y comprenda por qué debemos deshacernos de la tiranía de los Nuevos y los Inusuales, que destrozan nuestras vidas, que se burlan de todo lo que intentan hacer los hombres -hojeó el mugriento y casi destrozado libro, buscando una página en concreto-. ¿No podría tomar una taza de café? -preguntó con voz quejosa-. Bueno, no encuentro la referencia que busco; a lo mejor tardaré un poco.

Tras meditar unos momentos, Kleo se dirigió a la cocina resuelta a calentar el agua para preparar el café instantáneo.

-Puede quedarse cinco minutos -le espetó Kleo a Shire-. Y si para entonces no ha vuelto Nick, tendrá que irse.

-¿Tiene miedo de que me sorprendan aquí con usted? -quiso saber Shire.

-Yo... Bueno, estoy un poco tensa -confesó ella.

Porque sé lo que eres, pensó inmediatamente. Y ya he visto otros libros doblados y destrozados como éste, libros terribles que van de un sitio a otro dentro de sucios bolsillos, pasados de mano en mano con gran secreto.

-Usted es un miembro del RID -exclamó después.

-El RID es demasiado pasivo -volvió a sonreír él-. Quieren lograrlo todo por medio de las votaciones. -Encontró la referencia que buscaba, pero parecía ya demasiado fatigado para enseñársela; se limitó a quedarse allí, sosteniendo el libro- pasé dos años en la Prisión gubernamental -dijo al fin-. Déme un poco de café y me iré; ya no quiero esperar a que Nick regrese. Probablemente no podrá ayudarme.

-¿Qué cree que podría hacer Nick por usted? No trabaja para el Gobierno, ni tiene ninguna...

-No es eso lo que necesito. Estoy fuera de la legalidad. Cumplí mi condena. ¿Podría quedarme aquí? No tengo dinero ni sitio adónde ir. Pasé revista a todos los que podrían ayudarme y de pronto, por un proceso de eliminación, me acordé de Nick. -Aceptó la taza de café, y le dio a Kleo el libro a cambio-. Gracias -dijo, bebiendo el café con avidez-. ¿Sabe que toda la estructura del poder en este planeta se derrumbará desde la raíz? La raíz interna... Algún día podremos derribarlo con un simple palo. Algunos hombres clave... Antiguos, tanto de dentro como de fuera del aparato del Servicio Civil y... -Efectuó un ademán violento, de barrido-. Todo está en mi libro. Guárdelo y léalo; lea cómo los Nuevos Hombres y los Inusuales manipularon a la gente por medio del control de todos los medios de comunicación y de...

-¡Usted está loco! -exclamó Kleo.

-Ya no -Shire movió la cabeza, arrugando marcadamente sus ratoniles facciones, como un repudio emocional a aquellas palabras-. Cuando me arrestaron, hace tres años, yo estaba legal y clínicamente loco. Paranoia, dijeron; pero antes de que me soltaran tuve que pasar por diversas pruebas psíquicas, y ahora puedo demostrar mi cordura -volvió a rebuscar en sus bolsillos-. Incluso tengo un documento oficial que siempre llevo encima.

-Volverán a buscarle -le dijo Kleo.

¿Es que no va a volver nunca Nick?, pensó.

-El Gobierno -continuó Shire- planea un programa de esterilización de todos los Antiguos varones. ¿Lo sabía?

-No lo creo. -Había oído muchos rumores falsos, pero si uno resultaba cierto..., o la mayoría-. Dice esto para justificar la fuerza y la violencia, sus actividades ilegales.

-Tenemos una xerocopia del documento firmado por diecisiete Concejales...

> *«Boletín de noticias* -anunció el televisor después de dejar oír un chasquido-. *Unidades avanzadas del Tercer Ejército informan que el Dinosaurio Gris, la nave con la que el ciudadano Thors Provoni abandonó el Sistema del Sol, ha sido localizado dando vueltas en torno a Próxima, sin señales de vida. En estos momentos, comandos del Tercer Ejército se hallan dedicados a apoderarse de dicha nave, donde se cree que dentro de unas horas se descubrirá el cuerpo de Provoni. No se aparten del televisor porque daremos nueva información».*

Una vez emitido el mensaje, el aparato se apagó por sí solo.

Un estremecimiento extraño, casi convulsivo, recorrió el cuerpo de Darby Shire, el cual hizo un mohín, se cogió el brazo derecho y lo agitó salvajemente en el aire; luego, le brillaron los ojos y se volvió hacia Kleo.

-Nunca le cogerán -exclamó por entre sus apretados dientes-. Y le diré por qué. Thors Provoni es un Antiguo, el mejor de nosotros, superior a todos los Nuevos Hombres y a los Inusuales. Regresará a este Sistema con ayuda, tal como prometió. En algún lugar del Universo existe ayuda para nosotros y, aunque para ello tarde ochenta años, la encontrará. No busca un mundo que se pueda colonizar, sino que los busca a ellos. -Miró escrutadoramente a Kleo y prosiguió-: No lo sabía, ¿verdad? Nadie lo sabe... Nuestros gobernantes controlan toda la información referente a Provoni, pero ésta es la verdad: Provoni no dejará que sigamos estando solos y tampoco bajo el control de los oportunistas mutacionales que explotan sus presuntas capacidades como pretexto para tener el poder en la Tierra y detentarlo eternamente.

Jadeó ruidosamente y su rostro se desencajó; sus pupilas destellaban su fanatismo.

-Ya entiendo -murmuró Kleo.

Se apartó de él con revulsión.

-¿Me cree? -preguntó Shire.

-Creo -asintió Kleo- que es usted un devoto de Provoni, sí, eso es lo que creo.

Y creo, pensó, que vuelves a estar legal y clínicamente loco, como hace un par de años.

-¡Hola!

Nick, con Bobby detrás, entró en el apartamento. De pronto, vio a Darby Shire.

-Eh, ¿quién es éste? -inquirió.

-¿Aprobó Bobby? -quiso saber Kleo.

-Creo que sí -respondió Nick-. Nos lo comunicarán por correo la semana próxima. De haber fallado nos lo habrían dicho inmediatamente.

-Fallé -aseguró Bobby distraídamente.

-¿No te acuerdas de mí? -intervino Darby Shire, dirigiéndose a Nick-. Claro, ha pasado ya tanto tiempo... -los dos hombres se estudiaron mutuamente-. Yo sí te reconozco -continuó Shire con tono esperanzado, como invitando a Nick a que le reconociera-. Hace quince años, en Los Ángeles, en el edificio de archivos del Condado. Los dos éramos ayudantes

administradores de Horse Faced Brunnell.

-Darby Shire -exclamó Nick de pronto y alargó la mano. Se dieron un apretón.

Este hombre, pensó Nicholas Appleton, ha envejecido mucho. ¡Qué cambio más terrible! Aunque quince años son muchos años.

-Tú no has cambiado en absoluto -añadió Darby Shire. Le mostró a Nick el estropeado libro-. Recluto gente. Sin ir más lejos, estaba intentando reclutar a tu esposa.

-Es un Subhombre -proclamó Bobby al ver el libro. Luego, excitadamente agregó-: ¿Puedo verlo?

Alargó la mano hacia el ejemplar.

-¡Sal de aquí! -casi le gritó Nick a Darby Shire.

-No creerás que puedes... -tartamudeó Shire.

-Ya sé quién eres -le interrumpió Nick frenéticamente. Le agarró por la hombrera de su raída chaqueta y le empujó hacia la puerta- ¡Sé que te escondes de los de la Seguridad Pública! ¡Fuera!

-Necesita un sitio donde estar -intervino Kleo-. Y quería quedarse aquí algún tiempo.

-¡No! -se negó Nick-. ¡Jamás!

-¿Tienes miedo? -preguntó burlonamente Darby Shire.

-Sí -confesó Nick.

A todo el que atrapaban en posesión de propaganda de un Subhombre, y a cualquiera asociado con él, quedaba automáticamente privado de su derecho a examinarse para los Servicios Civiles. Si los de la Seguridad Pública sorprendían a Darby Shire en su casa, la vida de Bobby quedaría destrozada. Y además, podían multarlos a todos y enviarlos a uno de los Campos de Rehabilitación por un tiempo indefinido, no sujetos a revisión judicial.

-No tengas miedo -le dijo Darby Shire en voz baja-. Ten esperanza.

Cuando se irguió en toda su estatura, Nick pensó que era muy bajo. Y feo también.

-Recuerda las promesas de Thors Provoni -prosiguió Shire-. Y recuerda esto también: tu chico no obtendrá ninguna calificación del Servicio Civil. De modo que no tienes nada que perder.

-Podemos perder nuestra libertad -gritó Nick.

Después vaciló. No podía empujar a Darby Shire fuera del apartamento, hacia el pasillo público. Supongamos que Provoni vuelve, se dijo a sí mismo, como ya había pensado otras muchas veces. Aunque no lo creo, pues a estas horas ya lo habrán atrapado.

-No -repitió-. No quiero tener nada que ver contigo. Arruina tu vida; guárdala para ti. Y lárgate.

Empujó al individuo bajito hacia el vestíbulo, y luego fuera, al pasillo. Ya se habían abierto algunas puertas y los inquilinos, a algunos de los cuales conocía, mientras que a otros no, contemplaban con interés lo que sucedía.

Darby Shire le miró y luego, tranquilamente, se llevó una mano al bolsillo interior de su maltrecha chaqueta. Ahora parecía más alto, más seguro de sí mismo... y de la situación.

-Me alegro, ciudadano Appleton -exclamó, sacando una cajita negra y plana, que abrió-, de que hayas adoptado esta actitud. Estoy efectuando comprobaciones en este edificio, selecciones al azar, por decirlo de algún

modo. -Le enseñó a Nick su marbete de identidad oficial: relucía un poco, realzado por un fuego artificial-. Soy el occífero Darby Shire, del Servicio de Seguridad Pública.

Nick experimentó en su interior un frío que lo dejó casi entumecido. Guardó silencio. No se le ocurría nada que decir.

-¡Dios mío! -musitó Kleo desmayadamente. Se acercó a Nick, lo mismo que, al cabo de un momento, hizo Bobby-. Pero dijimos lo que debíamos, ¿verdad? -le preguntó a Shire.

-Así es -asintió éste-. Sus respuestas han sido uniformemente adecuadas. Buenos días.

Volvió a depositar su marbete de identidad en el bolsillo interior de la chaqueta, sonrió fugazmente y, sin dejar de sonreír, pasó por entre el grupo de mirones. Un momento después había desaparecido. Sólo quedaba el grupo de inquilinos y Nick, su esposa y su hijo.

Nick cerró la puerta del apartamento y se encaró con Kleo.

-Uno nunca puede estar tranquilo -se enojó.

Cuán cerca habían estado de... Un momento más y... Tal vez le hubiese dicho que se quedara. En recuerdo de los viejos tiempos. Al fin y al cabo, años atrás le conoció.

Supongo, pensó, que precisamente por eso le escogieron para comprobar mi lealtad y la de mi familia. ¡Dios mío!

Estaba aterrado y tembloroso. Con pasos inciertos se dirigió al cuarto de baño, al armarito de las medicinas donde guardaba su suministro de píldoras.

-Un poco de flufenazina hidroclórida -murmuró, cogiendo el frasco sedante.

-Hoy ya has tomado tres -le recordó Kleo prudentemente-, son demasiadas.

-Me sentarán bien -replicó Nick.

Llenó el vaso de agua y rápidamente se tragó la píldora.

En su interior experimentaba una gran cólera. Era como una chispa de rabia transitoria contra el sistema, contra los Nuevos Hombres, contra los Inusuales y contra el Servicio Civil... Y de repente, la flufenazina hizo su efecto. El enfado desapareció, aunque no por completo.

-¿Crees que tenemos micrófonos escondidos en el apartamento? -le preguntó a Kleo.

-¿Micrófonos? -repitió su esposa-. Evidentemente, no. O ya nos habrían visitado hace mucho tiempo, por culpa de las terribles cosas que suele decir Bobby.

-Creo que no podré resistirlo -murmuró Nick.

-¿Qué? -quiso saber Kleo.

Nick no contestó. Pero en su interior ella sabía lo que quería decir. Bobby también lo sabía. Ahora estaban juntos, pero ¿por cuánto tiempo pensaré como ahora? Esperaré a saber si Bobby ha aprobado el examen, pensó. Después decidiré lo que debo hacer. ¿Qué estoy pensando? ¿Qué me ocurre?

-El libro lo ha dejado aquí -exclamó Bobby. Se inclinó y cogió el estropeado libro de bolsillo que se había dejado Darby Shire-. ¿Puedo leerlo? -le preguntó a su padre mientras lo hojeaba-. Parece auténtico. La Policía debió cogérselo a algún Subhombre que atraparon.

-Está bien, léelo -rezongó Nick rabiosamente.

Librodot

3

Dos días más tarde, en el buzón de los Appleton había una carta del Gobierno. Con el corazón anhelante de expectación, Nick rasgó el sobre rápidamente. Sí, era el resultado del examen. Escrutó las diversas páginas -junto con una xerocopia de la hoja escrita por Bobby-, y al fin encontró la decisión.

-Suspendido -murmuró.

-Lo sabía -exclamó Bobby-. Por eso no quería examinarme.

Kleo empezó a llorar.

Nick no dijo nada, no pensaba nada; estaba vacío y aturdido. Una mano, más helada que la de la muerte, le apretó el corazón, matando todas sus emociones.

4

-¿Cómo va la persecución de Provoni? -preguntó Willis Gram, Presidente del Consejo del Comité Extraordinario para la Seguridad Pública, cogiendo su fono de una línea-. ¿Alguna novedad?

Sonrió. Quién sabe dónde estaba Provoni. Probablemente, muerto hacía varios años en algún perdido planetoide.

-¿Se refiere a las noticias que dan los medios de comunicación, señor? -preguntó Lloyd Barnes, el Director de Policía.

Gram se echó a reír.

-Sí, dígame qué dicen los periódicos y la televisión.

Naturalmente, podía poner en marcha su propio televisor, sin tener siquiera que saltar de la cama. Pero le encantaba poner en ascuas al elegante Director de Policía acerca de la situación de Thors Provoni. El color de la tez de Barnes solía ser, de una manera morbosa, interesante. Y, como era un Inusual del grado más elevado, Gram podía disfrutar con el caos formado en la mente del otro cuando trataban del tema tan sobado de la fuga del traidor.

Al fin y al cabo, había sido el Director Barnes quien soltó a Thors Provoni de una Cárcel Federal diez años atrás, en calidad de rehabilitado.

-Provoni volverá a escurrírsenos de entre los dedos -se condolió Barnes.

-¿Por qué no dice que ha muerto?

La muerte de Provoni tendría unas enormes consecuencias psicológicas sobre la población..., y en las líneas que a él le gustaría ver.

-Si vuelve a presentarse, la base de nuestra situación se desequilibraría. Sólo con volver...

-¿Dónde está mi desayuno? -inquirió Gram-. Ordene que me lo traigan.

-Sí, señor -asintió Barnes, sorprendido-. ¿Qué quiere? ¿Tostadas y huevos? ¿Jamón frito?

-¿De veras hay jamón? -preguntó Gram-. Sí, jamón con tres huevos de gallina.

-Sí, señor -murmuró Barnes, al que no le agradaba aquel papel de criado. Interrumpió la comunicación.

Willis Gram volvió a apoyar la cabeza en la almohada; al momento se presentó uno de sus servidores personales, que le colocó la almohada exactamente tal como debía estar. Y ahora, ¿dónde estaba el maldito periódico? Alargó la mano para recibirlo; otro miembro de su servicio

personal observó el gesto y al instante le entregó las tres ediciones del *Times*.

Durante algún tiempo, Gram hojeó las primeras secciones del antiguo y gran periódico..., ahora controlado por el Gobierno.

-Eric Cordon -exclamó Gram al fin, haciendo un ademán con la mano derecha para dar a entender que deseaba dictar algo.

Al momento apareció un escriba, con una transcriptora portátil.

-A todos los miembros del Consejo -dictó Gram-. No podemos anunciar la muerte de Provoni por los motivos que ha indicado el Director Barnes, pero podemos entregar a Eric Cordon. Quiero decir que podemos ejecutarle, lo cual será un gran alivio.

Casi, pensó, como atrapar a Thors Provoni. En la red de los Subhombres, Eric Cordon era el organizador y portavoz más admirado. Y, claro está, estaban sus numerosos libros.

Cordon era un verdadero Antiguo intelectual, un físico teórico que podía inspirar una gran respuesta de grupo entre los desilusionados Antiguos que añoraban los días pasados. Que, de haber podido, habrían hecho retrasar el reloj cincuenta años. A pesar de su gran capacidad leguleya, Cordon era un pensador, y no un hombre de acción como Provoni. Thors Provoni, el hombre de acción que había huido para obtener ayuda, como Cordon, su antiguo amigo, lo manifestó en una serie de discursos, libros y artículos espantosos. Cordon era popular, pero, al revés que Provoni, no era una amenaza pública. Con su ejecución, dejaría un vacío que, en realidad, nunca había llenado por completo. A pesar de su atractivo público, era un personaje menor.

Pero una gran parte de los Antiguos no entendía esto, y a Eric Cordon le rodeaba una especie de adoración al héroe. Provoni era una abstracción. Eric Cordon existía, trabajaba, escribía y hablaba en la Tierra.

-Que aparezca Cordon en la gran pantalla, señorita Knight -ordenó cogiendo su fono de dos líneas.

Colgó, volvió a hundirse en la almohada y paseó la vista por diversos artículos del periódico.

-¿Más dictado, Presidente del Consejo? -inquirió el escriba, tras un intervalo.

-Oh, sí -exclamó Gram, apartando de sí el periódico-. ¿Dónde estábamos?

-«Quiero decir que podemos ejecutarle. Lo cual será...».

-Continuemos -Gram se aclaró la garganta-. Quiero que todos los Jefes de Departamento, ¿lo entiende?, capten y comprendan los motivos que hay detrás de mi deseo de eliminar a ese... Bien, como se llame.

-Eric Cordon -le recordó el escriba.

-Sí -asintió Gram-. El motivo por el cual debemos destruir a Eric Cordon es el siguiente: Cordon es el enlace entre los Antiguos de la Tierra y Thors Provoni. Mientras Cordon viva, la gente sentirá la presencia de Thors Provoni. Sin Cordon, no tendrán ningún contacto, real o no, con esa bastarda rata espacial, allí donde quiera que esté. Hasta cierto punto, Cordon es la voz de Provoni, estando éste fuera. Admito que esto puede ser un tiro de rebote, ya que los Antiguos pueden amotinarse por algún tiempo... Pero, por otra parte, esto también serviría para hacer salir a los Antiguos de sus escondrijos, y sería más fácil atraparles. Es decir, pienso forzar deliberadamente una exhibición de fuerza por parte de los Antiguos, ya que habrá algaradas tan pronto como se anuncie la muerte de Cordon, pero al final...

Se interrumpió. En la pantalla grande, que abarcaba todo el muro de su

inmenso dormitorio, empezaba a aparecer un rostro. Era una cara afilada, estética, con huecos en la mandíbula; una mandíbula debilitada, pensó Gram al ver que se movía al hablar. Unas gafas sin montura, un pelo ralo en forma de mechones cuidadosamente peinados en su pelado cráneo.

-Sonido -pidió Gram, mientras los labios de Cordon continuaban moviéndose inaudiblemente.

-... placer -decía Cordon cuando llegó el sonido demasiado elevado de volumen-. Ya sé que está usted muy ocupado, señor. Pero si desea hablarme... -Cordon esbozó un gesto elegante-, estoy dispuesto.

-¿Dónde diablos está ahora? -le preguntó Gram a uno de sus ayudantes.

-En la Prisión de Brightforth.

-¿Le dan bastante comida? -quiso saber Gram, dirigiéndose a la imagen de la pantalla.

-Mucha, sí -sonrió Cordon enseñando sus dientes blancos y regulares, probablemente postizos.

-¿Tiene libertad para escribir?

-Tengo los materiales necesarios.

-Dígame, Cordon -inquirió Gram con energía-, ¿por qué escribe y dice esas cosas tan horrorosas? Ya sabe que no son ciertas.

-La verdad está en el ojo del espectador. -Cordon sonrió sin humor.

-Usted ya está enterado del proceso que sufrió hace unos meses -observó Gram-, por el que fue sentenciado a dieciséis años de Cárcel por traición. Bien, maldito sea, los jueces se han arrepentido y han tachado las especificaciones de su castigo. Ahora han decidido condenarle a la pena de muerte.

El rostro de Cordon no mostró ninguna expresión.

-¿Me oye? -se inquietó Gram.

-Oh, sí, señor. Le oigo muy bien.

-Vamos a ejecutarle, Cordon -continuó Gram-. Como sabe, puedo leer en su mente, y sé lo asustado que está.

Era verdad. Por dentro, Cordon temblaba. Aunque su contacto siguiese siendo puramente electrónico, estando Cordon a cuatro mil kilómetros de distancia, esa clase de capacidad psiónica era lo que asombraba a los Antiguos y, con frecuencia, también a los Nuevos Hombres.

Cordon no respondió, pero era obvio que Gram estaba leyendo en él telepáticamente.

-Interiormente -siguió Gram-, usted piensa: Tal vez debería largarme. Muerto Provoni...

-No creo que Provoni haya muerto -le interrumpió Cordon, con expresión ceñuda: su primera expresión facial.

-Subconscientemente -aclaró Gram-. Usted ni siquiera se halla enterado de ello.

-Aunque Thors hubiese muerto...

-Oh, vamos -dijo Gram-. Usted sabe tan bien como yo que si Provoni estuviese muerto, usted abandonaría su propaganda de agitación y saldría de la vista del público por el resto de su inútil existencia.

Un zumbador situado en el aparato de comunicaciones, a la derecha de Gram, cobró vida.

-Perdone -se disculpó éste, presionando un botón.

-Ha llegado el abogado de su esposa, Presidente del Consejo. Usted advirtió que le dejáramos pasar, pese a lo que estuviese haciendo. ¿Debo

dejarle entrar o...?

-Que entre -ordenó Gram. A Cordon le dijo-: Probablemente, se lo comunicará el Director Barnes una hora antes de su ejecución. Y ahora adiós, estoy muy ocupado.

Hizo un movimiento y la pantalla del muro se tornó opaca.

La puerta central del dormitorio se abrió para dar paso a un caballero esbelto, alto y bien ataviado, con una barbita corta. Penetró vivamente en la estancia, cartera en mano. Era Horace Denfeld, que siempre vestía de la misma manera.

-¿Sabe qué acabo de leer ahora mismo en la mente de Eric Cordon? -le preguntó Gram-. Subconscientemente, está arrepentido de haberse unido a los Subhombres, y aquí lo tenemos, el jefe del grupo... Bueno, si se le puede llamar jefe de ese grupo, claro. Voy a liquidarlo, empezando por Cordon. ¿Aprueba que ordene la ejecución de Cordon?

Después de sentarse, Denfeld descorrió la cremallera de su cartera.

-Según las instrucciones de Irma y mi consejo profesional, hemos cambiado algunas cláusulas, de poca importancia, en el acuerdo de mantenimiento separado. Tome -le entregó unas hojas, un documento a Gram-. Tómese tiempo, Presidente del Consejo.

-¿Qué sucederá cuando desaparezca Cordon? -insistió Gram, desdoblando el documento legal y empezando a leerlo distraídamente, aunque fijándose especialmente en los párrafos marcados en rojo.

-Ni siquiera me atrevería a adivinarlo, señor -respondió Denfeld, pillado por sorpresa.

-¿Cláusulas sin importancia? -se burló Gram amargamente mientras leía-. Diantre, ha aumentado el mantenimiento del niño de dos pops al mes a cuatro. -Fue pasando las páginas, al tiempo que los lóbulos de sus orejas se ponían colorados por la cólera y el desaliento-. Y su pensión, de tres mil a cinco mil pops. Y... -llegó a la última página, llena de líneas coloradas y de sumas hechas con bolígrafo-, la mitad de mis gastos de desplazamiento. ¿También pide esto? Y todo lo que gane con mis discursos...

Tenía el cuello congestionado y perlado de sudor.

-De todos modos, le permite guardarse los beneficios procedentes de sus escritos y...

-No hay ningún material escrito. ¿Por quién me toma, por Eric Cordon?

Arrojó los papeles sobre la cama y durante algún tiempo se quedó sentado, rabiando... En parte, estaba enojado por lo que acababa de leer y, en parte, a causa del abogado, Horace Denfeld, que era un Nuevo Hombre y que, a pesar de su baja estatura incluso para la media de los Nuevos Hombres, consideraba a todos los Inusuales, incluyendo entre ellos al Presidente del Consejo, un simple desarrollo. Gram lo captaba en la mente de Denfeld: en ella había un nivel constante de superioridad y desprecio.

-Tengo que reflexionar sobre todo esto -masculló Gram. Enseñaré este documento a mis abogados, se dijo a sí mismo. Tengo los mejores abogados del gobierno, los del departamento de impuestos.

-Deseo que considere una cosa, señor -alegó Denfeld-. En cierto modo, a usted puede parecerle que es injusto que la señora Gram le pida... -buscó la palabra adecuada- una participación tan grande en sus bienes.

-La casa -asintió Gram-, y los edificios de cuatro apartamentos de Scranton. Todo eso... y ahora esto.

-Pero -objetó Denfeld melifluamente, paseando la lengua por los labios

como una flámula de papel bailando al viento- es esencial que su separación conyugal se mantenga en secreto... Por su propio bien. Por el hecho de que un Presidente del Consejo del Comité Extraordinario de la Seguridad Pública no puede permitirse ni un soplo de... Bueno, de lo que califico de calumnia.

-¿Qué significa?

-Escándalo. Como sabe, ningún alto cargo de los Inusuales o los Nuevos Hombres puede dar un escándalo. Y esto, más su posición...

-Antes que firmar esto -concedió Gram-, dimitiré. Cinco mil pops de pensión al mes... Está loca. -Levantó la cabeza y escrutó a Denfeld-. ¿Qué le sucede a una mujer que consigue un divorcio o un mantenimiento por separación? Que lo quiere todo, a la fuerza o como sea. La casa, los apartamentos, el coche, todos los pops del mundo...

Dios mío, pensó, secándose la frente fatigadamente. Dirigiéndose a uno de sus criados le ordenó:

-Trae mi café.

-Sí, señor.

El ayudante se apresuró a preparar la cafetera y luego le dio una taza llena de un café negro, muy fuerte.

-¿Qué puedo hacer? -preguntó Gram a sus ayudantes y a cuantos se hallaban en el dormitorio, como suplicándoles-. Me tiene cogido. -Dejó el fajo de documentos en el cajón de su mesita de noche-. Bien, no hay nada más que discutir -le dijo a Denfeld-. Mis abogados le comunicarán mi decisión. -Miró a Denfeld con una expresión que al abogado no te gustó en absoluto-. Ahora he de atender otros asuntos.

Le hizo una seña a un ayudante, el cual colocó su firme mano sobre un hombro del abogado y lo condujo hacia una de las puertas del dormitorio.

Cuando la puerta se hubo cerrado detrás de Denfeld, Gram se tendió en la cama, meditando y sorbiendo el café. Si al menos Irma quebrantase una Ley... Aunque fuese una ley de tráfico, algo que la relacionase con la Policía. Si la pillasen saltándose algún reglamento de circulación, tal vez habría una posibilidad: podía resistirse al arresto, utilizar un lenguaje obsceno, sucio, ser una amenaza pública por el hecho de infringir deliberadamente la Ley... Si la gente de Barnes pudiese atraparla en un delito más importante, pensó Gram, como comprar y/o beber alcohol, entonces (esto se lo habían explicado sus abogados) podríamos entablar una demanda por madre inadecuada, cogerle los hijos, culparla por el divorcio... Lo cual, en las circunstancias actuales, haríamos público.

Pero, por el momento, Irma tenía muchas cosas contra él. Un divorcio objetado le daría muy mala imagen, con lo que Irma aún lograría más ventajas.

-Barnes -dijo, tras coger el fono de una línea-, quiero que busques a esa mujer policía, esa Alice Noyes, y me la envíes. Tal vez deberías venir tú también.

La occífera de Policía Noyes mandaba el equipo que, durante unos tres meses, había intentado encontrar algo en contra de Irma. Durante las veinticuatro horas del día, su esposa había sido seguida y espiada por los videos y los aparatos audiovisuales de la Policía, sin su conocimiento, claro está. En realidad, una cámara de video registraba todo lo que sucedía en el cuarto de baño de Irma, cosa que, por desgracia, no dio ningún resultado positivo. Todo lo que Irma decía o hacía, todos aquellos a los que veía, todos los sitios a los que iba, todo quedaba registrado en las cintas de la Central

de la Seguridad Pública de Denver. Y el resultado era un cero absoluto.

Irma tenía su propia Policía, pensó Gram con amargura. Eran ex policías de la Seguridad Pública que rondaban a su alrededor cada vez que ella iba de compras, a una fiesta o al consultorio del doctor Radcliff, su dentista.

He de librarme de ella, pensó Gram. No debí casarme con una mujer Antigua.

Pero esto había sucedido mucho tiempo atrás, cuando él no ostentaba la elevada posición que tuvo más adelante. En privado, todos los Inusuales y todos los Nuevos Hombres se burlaban de él, y esto no le gustaba; él leía el pensamiento de todo el mundo y sabía que en todas las mentes había un gran desprecio hacia él.

Ese desprecio era sumamente grande entre los Nuevos Hombres.

Mientras esperaba al director Barnes y a la occífera Noyes, volvió a estudiar el *Times*, abriéndolo al azar por una de sus trescientas páginas.

De pronto, se enfrentó con un artículo sobre el proyecto del *Gran Oído*. Un artículo firmado por Amos Ild, un Nuevo Hombre muy bien situado, un individuo al que Gram no podía tocar.

Bien, el experimento del *Gran Oído* se desarrolla felizmente, pensó Gram sardónicamente mientras leía el artículo.

> *«Creemos que cae más allá del promedio normal de probabilidades, de manera que el trabajo emprendido en el aparato de escucha telepática, puramente electrónico, avanza a un ritmo tranquilizador, dijeron hoy los oficiales de la McMally Corporation, el diseñador y el constructor del Gran Oído, en una conferencia de prensa a la que asistieron muchos observadores escépticos. Cuando el Gran Oído entre en funcionamiento, opinó Munro Capp, será capaz de regular telepáticamente las ondas cerebrales de decenas de miles de personas, y poseerá la habilidad, que no tienen los Inusuales, de desentrañar esas enormes mareas de...».*

Dejó el periódico a un lado, y cayó con un ruido sordo y formando un montón, sobre el alfombrado suelo.

Los Nuevos Hombres son unos bastardos, pensó apretando los dientes en su impotencia. Ahora gastan millones y millones de pops en ese proyecto, y después del *Gran Oído* construirán un aparato que sustituya a los Inusuales videntes, y más tarde a todos los demás, uno a uno. Habrá aparatos poltergeist rodando por las calles y zumbando en el aire. Y nosotros ya no seremos necesarios.

Y en lugar de un Gobierno fuerte y estable formado por dos partidos, que es lo que ahora tienen, habrá un sistema de un solo partido, un monstruo monolítico en el que los Nuevos Hombres poseerán todos los puestos clave de todos los niveles. Y adiós al Servicio Civil, excepto para realizar los exámenes de la actividad cortical de los Nuevos Hombres, esa neutrología de doble cúpula que postula cosas tales como que A es igual a su opuesto y que cuanto mayor es la discrepancia, mayor es la congruencia. ¡Cristo!

Tal vez, siguió meditando, toda la estructura del pensamiento de los Nuevos Hombres no sea más que un gigantesco engaño. Nosotros no podemos entenderlo; los Antiguos no pueden entenderlo; por otra parte, nosotros aceptamos su palabra de que es un nuevo paso hacia la evolución del funcionamiento del cerebro humano. De acuerdo, hay los nódulos

Rogers, o como se llamen. Hay una estructura física, diferente en su corteza cerebral. Pero...

Se encendió uno de los interfonos.

-Han llegado el director Barnes y una occífera que...

-Que entren -ordenó Gram.

Se retrepó en la cama, se puso más cómodo, cruzó los brazos y esperó.

Esperó para contarles su nueva idea.

5

A las ocho y media de la mañana, Nicholas Appleton se presentó en su trabajo y se dispuso a empezar la jornada.

El sol brillaba sobre la tienda del pequeño edificio. Una vez allí, Nick se arremangó, se puso las lentes de aumento y enchufó el taladro.

Su jefe, Earl Zeta, fue hacia él con las manos en los bolsillos de sus pantalones color caqui, con un puro italiano colgando de sus gruesos labios.

-¿Qué dicen, Nick? -preguntó.

-No lo sabremos hasta dentro de un par de días -respondió él-. Nos enviarán los resultados por correo.

-Oh, sí, tu chico... -Zeta posó una mano semejante a una garra sobre la espalda de Nick-. Haces las muescas demasiado superficiales -se quejó-. Quiero que lleguen casi hasta la llanta. Sí, hasta el maldito chasis.

-Pero si llego más hondo que... -empezó a protestar Nick.

El neumático estallará si pasa sobre una cerilla encendida, pensó. Es lo mismo que dispararle con un rifle láser.

-Está bien -exclamó, procurando disimular su disgusto. Al fin y al cabo, Zeta era su jefe-. Las haré más profundas hasta que el taladro salga por el otro lado.

-Haz eso y quedarás despedido -le amenazó Zeta.

-Su filosofía es que una vez que adquieren el cacharro...

-Cuando sus tres ruedas tocan la acera pública -afirmó Zeta- termina nuestra responsabilidad. Después, lo que les suceda es asunto de ellos.

Nick no había deseado ser tallador de neumáticos, es decir, un hombre que cogía un neumático liso y, con el taladro al rojo vivo, hacía muescas cada vez más profundas en el neumático, dejándolo de manera vistosa y adecuada. Dejándolo como si tuviese ya toda la pisada necesaria. Había heredado el oficio de su padre, quien a su vez lo aprendiera de su padre. Durante muchos años, aquel oficio había pasado de padres a hijos. Aunque lo odiaba mientras trabajaba, Nick sabía una cosa: era un soberbio tallador de neumáticos y lo sería siempre. Zeta estaba equivocado, porque él ya tallaba bastante hondo.

Yo soy un artista, pensó. Y soy yo quien debe decidir la profundidad del entallado.

Ociosamente, Zeta puso en marcha su radio del cuello. Una musiquilla facilona surgió de los siete u ocho sistemas de altavoz esparcidos por todo el voluminoso cuerpo del jefe.

La música cesó. Una pausa y se oyó la voz de un locutor que hablaba en un tono profesionalmente falto de interés:

«Los portavoces de la Seguridad Pública, representando al Director Lloyd Barnes, anunciaron hace poco que el prisionero

político Eric Cordon, desde hace bastante tiempo preso por actos hostiles al pueblo, ha sido trasladado desde la Cárcel de Brightforth a las instalaciones de Exterminio de Long Beach, California. Al preguntar si esto significaba que iban a ejecutar a Cordon, los portavoces de la Seguridad Pública respondieron que todavía no se ha tomado ninguna decisión. Fuentes bien informadas no vinculadas con la Seguridad Pública han asegurado que esto significa la ejecución de Cordon, indicando que de los últimos novecientos prisioneros trasladados en diversos grupos a las instalaciones de Long Beach, cerca de ochocientos fueron ejecutados. Éste es un boletín de noticias de...».

Convulsivamente, Earl Zeta buscó el botón de su radio corporal; no lo encontró, apretó los puños espasmódicamente, cerró los ojos y se tambaleó un poco.

-Van a asesinarle -murmuró.

Abrió los ojos, hizo un mohín de amargura y su rostro exhibió un violento y profundo dolor. Poco a poco volvió a ser dueño de sí mismo; su angustia cesó, pero no por completo, ya que al mirar a Nick todo su cuerpo continuó en tensión.

-Usted es un Subhombre -le acusó Nick.

-Hace diez años que me conoces -gruñó Zeta. Sacó un pañuelo colorado y cuidadosamente se enjugó la frente. Le temblaban las manos-. Escucha, Appleton -añadió, ya con un tono de voz más natural, más firme; aunque interiormente continuaba temblando. Nick sabía que el temblor estaba allí. Oculto, enterrado, a causa del miedo-. Sé que también me atraparán. Si ejecutan a Cordon, nos liquidarán a todos nosotros, a todos los peces pequeños como yo. Nos llevarán a esos Campos, a esos malditos Campos de Concentración de la Luna. ¿Has oído hablar de ellos? Allí es adonde iremos. Nosotros, mi gente. Tú no.

-Sé lo de esos Campos -asintió Nick.

-¿Piensas denunciarme? -quiso saber Zeta.

-No.

-Aun así, me cogerán de todos modos -aseguró Zeta tristemente-. Durante varios años han estado compilando listas. Listas kilométricas, incluso en microfilmes. Tienen computadoras y espías. Cualquiera puede ser un espía, cualquiera de los que conocemos o con los que hablamos. Oye, Appleton, la muerte de Cordon significa que no luchamos por la igualdad política, sino que luchamos por nuestras vidas. Lo entiendes, ¿verdad, Appleton? Tal vez yo no te soy simpático, ya que en realidad no congeniamos demasiado, pero ¿deseas que me asesinen?

-¿Qué puedo hacer? -preguntó Nick-. No puedo enfrentarme con la Seguridad Pública.

Zeta levantó los brazos con el cuerpo rígido por la agonía de la desesperación.

-Podrías morir con nosotros -masculló.

-De acuerdo.

-¿De acuerdo? -Zeta le observó, tratando de comprenderle-. ¿Qué quieres decir?

-Que haré lo que sea -asintió Nick.

Se sentía bastante aturdido por lo que decía. Ahora todo había

desaparecido; las posibilidades para Bobby eran prácticamente nulas, mientras que él seguiría siendo tallador de neumáticos toda la vida.

Sin embargo, yo habría esperado, pensó. Esto no me puede suceder a mí. No me lo esperaba... Y, en realidad, no lo entiendo. Debe de ser por el fracaso de Bobby. Y, no obstante, aquí estoy, diciéndole esto a Zeta. Comprometiéndome.

-Vamos a mi despacho -sugirió Zeta roncamente-, y tomaremos una pinta de cerveza.

-Pero, ¿tiene alcohol? -No podía creérselo, el castigo era terrible.

-Beberemos por Eric Cordon -exclamó Zeta, adelantándose.

6

-Jamás había probado el alcohol -confesó Nick cuando estuvieron sentados a la mesa, uno frente al otro. Empezaba a sentir algo raro en su interior-. Constantemente, uno lee en los periódicos que el alcohol vuelve loca a la gente, que sufren unos grandes cambios de personalidad, que les daña el cerebro. En realidad...

-Cuentos de viejas -comentó Zeta-. Aunque es verdad que al principio no se debe abusar. Hay que tomarlo con calma, casi con cuentagotas.

-¿Cuál es el castigo por beber alcohol? -se interesó Nick.

Le empezaba a costar trabajo articular bien las palabras.

-Un año, sin posibilidad de fianza.

-¿Y vale la pena? -la estancia le parecía sumamente irreal. Había perdido su sustancialidad, su concreción-. ¿No crea hábito? Dicen que una vez se empieza a beber ya nunca puedes...

-Bah, tómate la cerveza -le aconsejó Zeta, bebiendo la suya, al parecer, sin grandes dificultades.

-¿Sabe lo que diría Kleo si me viese bebiendo alcohol? -preguntó Nick.

-Las mujeres son así...

-No lo creo. Ella sí es así, pero muchas no lo son.

-No, todas son iguales.

-¿Por qué?

-Porque -aclaró Zeta- su marido es la fuente de todos sus ingresos financieros. -Soltó un eructo, hizo una mueca y se retrepó en su silla giratoria con la botella de cerveza en la mano-. Al menos ellas lo consideran de ese modo. Imagina que tú tuvieses una máquina, una delicada y compleja máquina que al funcionar debidamente fuese soltando montones de pops. Bien, supongamos que esa máquina...

-¿Es realmente así como las mujeres consideran a sus maridos?

-Seguro -gruñó Zeta, pasando otra vez la botella a Nick.

-Esto es una deshumanización.

-Claro. Puedes apostar tu púrpuro y verde trasero a que lo es.

-Creo que Kleo se preocupa por mí porque su padre murió cuando ella era una niña. Y teme que todos los hombres sean...

Aunque buscó la palabra, no logró encontrarla, puesto que sus procesos mentales ya no se concentraban. Nunca había experimentado una situación semejante, y le asustaba.

-Tranquilo -murmuró Zeta.

-Creo que Kleo es férgida...

-¿Férgida? ¿Qué quiere decir férgida?

-Vacía. -Nick hizo un gesto aclaratorio con la mano-. Quizá quise decir pasiva..., o frígida. Eso es, frígida.

-Todas las mujeres lo son.

-Pero esto se interfiere... -Tropezó con la palabra y enrojeció de vergüenza-. Se interfiere con su madurez.

Zeta se inclinó hacia él.

-Dices esto porque estás asustado ante su desaprobación. Dices que es pasiva y eso es precisamente lo que deseas, al menos en relación con lo que estás bebiendo. Quieres que lo apruebe, que apruebe lo que haces ahora. Pero ¿por qué tienes que contárselo? ¿Por qué ha de saberlo?

-Se lo cuento todo.

-¿Por qué? -repitió Zeta elevando más el tono de voz.

-Porque eso es lo correcto -aclaró Nick.

-Cuando hayamos apurado esta cerveza -propuso Zeta-, iremos a dar una vuelta, a cualquier parte. No, no diré adónde..., a un sitio donde, con un poco de suerte, conseguiríamos algún material.

-¿Quiere decir material de los Subhombres? -indagó Nick, sintiendo una gran frialdad en el corazón. Se sentía arrastrado hacia unas aguas peligrosas-. Tengo un folleto de un amigo que, en realidad, era un... -Calló, incapaz de construir la frase-. No quiero correr riesgos.

-Ya los corres.

-Pues ya está bien -objetó Nick-. Sí, sentados aquí y bebiendo cerveza... y hablando como hablamos.

-Sólo se puede hablar de una manera acerca de estos asuntos -arguyó Zeta-. Es tal como habla Eric Cordon. La verdad, no las mentiras y los rumores que corren por esas calles, sino lo que él dice, la verdad. Yo no quiero decirte nada, quiero que te lo diga él, en uno de sus folletos. Sé dónde podemos encontrar uno. -Se puso de pie-. No me refiero a las palabras de Eric Cordon, sino a las verdaderas palabras de Eric Cordon; a sus admoniciones, a sus parábolas, a sus planes, que solamente conocen los miembros leales del mundo de los hombres libres. Los Subhombres en el verdadero sentido, en el sentido real.

-No quiero hacer nada que Kleo no pueda aprobar -rechazó Nick-. Un marido y su esposa han de ser honestos el uno con el otro. Y si sigo adelante con esto...

-Si ella no lo aprueba, búscate otra esposa que sí lo apruebe.

-¿Lo dice en serio? -preguntó Nick. El cerebro lo tenía ya tan embotado que no sabía si Zeta estaba hablando en serio. Y si lo decía de verdad, tuviese o no razón-. Quiere decir que esto puede separarnos.

-Ya han habido muchos matrimonios rotos, ¿no? Por otra parte, ¿eres dichoso con ella? Antes dijiste que era una férgida. Fue ésa la palabra que utilizaste. Tú lo dijiste, no yo.

-Es el alcohol -rezongó Nick.

-Claro que es el alcohol. *In vino veritas* -citó Zeta, y al sonreír enseñó sus amarillentos dientes-. Esto es latín, y quiere decir...

-Sé lo que quiere decir -le interrumpió Nick.

Aunque no sabía contra qué o quién, estaba enfadado. ¿Contra Zeta? No, pensó, más bien contra Kleo. Sé como reaccionará ante todo esto. No debemos meternos en líos... O acabaremos en un Campo de Concentración de la Luna, en uno de esos malditos y terribles Campos de Trabajos Forzados.

Librodot

-¿Qué es lo más importante? -le preguntó a Zeta-. Usted también está casado, tiene esposa y dos hijos. Si su respon... respon... -volvió a tropezar con la palabra-. ¿Para quién es antes su lealtad, para su familia o para la acción política?

-Para los hombres en general -explicó Zeta. Levantó la cabeza, se llevó la botella de cerveza a los labios y apuró las últimas gotas. Luego, la estrelló violentamente contra la mesa-. Vámonos -le dijo a Nick-. Es como dice la Biblia: *«Conocerás la Verdad y la Verdad te hará libre».*

-¿Libre? -dijo incrédulamente Nick, poniéndose también de pie, y experimentando dificultades al hacerlo-. Ésta es la última cosa que nos harán los folletos de Cordon. Rastrearán nuestros nombres, sabrán que hemos adquirido escritos de Cordon y...

-Siempre estás mirando por encima del hombro, temiendo que te sigan -le recriminó Zeta-. ¿Cómo puedes vivir de esta forma? He visto a cientos de individuos comprando y vendiendo folletos, a veces por valor de miles de pops -hizo una pausa-. A veces, los polis te atrapan. O un coche patrulla ve cómo uno le entrega unos pops a un traficante. Entonces, como muy bien dices, te mandan a la Prisión de la Luna; pero hay que correr el riesgo. La vida es, en sí misma, un riesgo. Pregúntate si vale la pena, y estoy seguro de que te responderás: *«Sí, vale la pena; sí, maldición, vale la pena».*

Se puso la chaqueta, abrió la puerta de la oficina y salió a la luz del sol. Al cabo de un momento, al ver que Zeta no miraba hacia atrás, Nick le siguió lentamente. Se reunió con Zeta en el aparcamiento de los autocohetes.

-Opino que deberías buscarte otra esposa -insistió Zeta, abriendo la portezuela del autocohete y apretujándose detrás del timón.

Nick entró también y cerró la portezuela de su lado. Zeta sonrió cuando el autocohete ascendió en línea recta hacia el cielo matinal.

-En realidad, esto no es asunto suyo -razonó Nick.

Zeta no contestó, concentrado como estaba en la conducción del aparato.

-Ahora puedo ir rápido porque estamos limpios -le confió a Nick sin volver la cabeza-. Pero cuando regresemos tendremos ya los folletos, de manera que deberemos procurar que ningún occífero de la Seguridad Pública nos detenga por exceso de velocidad o algún giro prohibido. ¿De acuerdo?

-Sí -asintió Nick, sintiendo el temor creciendo en su interior.

Era inevitable; el camino que estaba siguiendo..., sabía que no podía esquivarlo. ¿Por qué no?, se preguntó. Sé que he de pasar por esto, pero ¿por qué? ¿Para demostrar que no temo que un polizonte nos persiga? ¿Para demostrar que no me dejo dominar por mi esposa? Por una serie de falsos motivos, pensó. Y principalmente, por haber bebido alcohol, la más peligrosa de las sustancias, aparte del ácido prúsico, que uno puede tomar. Bien, se dijo, ya está hecho.

-Un día estupendo -afirmó Zeta-. Cielo azul y sin nubes.

Llevó el autocohete más arriba, disfrutando con ello. Nick se encogió contra el asiento y estuvo sentado, indefenso, a medida que el autocohete iba ganando altura.

En un fono de pago, Zeta efectuó una llamada consistente sólo en unas palabras apenas articuladas.

-¿Lo tiene? -preguntó-. ¿Está ahí? De acuerdo... Sí, bien... Gracias... Adiós -colgó-. Esto es lo que no me gusta -dijo-. Tener que llamar por fono... Pero es probable que con tantas llamadas al día no puedan controlarlas todas.

-Pero la Ley de Parkinson... -objetó Nick, intentando disimular su miedo con una chanza-. Si ha de ocurrir algo...

-Aún no ha ocurrido nada -refutó Zeta, volviendo a poner toda su atención en el autocohete.

-Pero eventualmente...

-Eventualmente -le interrumpió Zeta-, la muerte nos atrapará a todos.

Movió la palanca del autocohete y éste ascendió de nuevo. Estaban volando sobre un amplio sector residencial de la ciudad. Zeta miró hacia abajo y frunció el ceño.

-Esas condenadas casas son todas iguales -gruñó-. Es difícil distinguirlas desde aquí arriba. Por otro lado esto va bien, ya que así él se halla en medio de diez millones de leales seguidores de Willis Gram, los Inusuales y los Nuevos Hombres, y el resto de esa bazofia.

De pronto, el autocohete comenzó a perder altura.

-Ahí vamos -anunció Zeta-. Sí, la cerveza me afecta un poco... -dijo sonriéndole a Nick-. Y tú pareces un búho disecado, lo mismo que si pudieras girar la cabeza por completo.

Se echó a reír.

Por fin, llegaron a un campo de aterrizaje de un tejado, donde se posó el autocohete.

Gruñendo, Zeta saltó al suelo, cosa que Nick imitó, y ambos se dirigieron a la escalera mecánica.

-Si los occíferos nos paran -le dijo Zeta a Nick en voz baja-, y nos preguntan qué hacemos aquí, diremos que le traemos las llaves de su autocohete a un individuo que vive aquí, y que se nos olvidó entregárselas cuando acabamos de repararle el aparato.

-Esto no tiene ningún sentido -objetó Nick.

-¿Por qué no?

-Porque de haber tenido nosotros las llaves de su autocohete, él no habría podido volar hasta aquí.

-Está bien, diremos que es un segundo juego de llaves que nos encargó para su esposa.

En el piso cincuenta, Zeta salió de la escalera mecánica; después, recorrieron un alfombrado pasillo en el que no vieron a nadie. De repente, Zeta se detuvo, miró rápidamente a su alrededor y llamó a una puerta.

Ésta se abrió. Ante ellos estaba una joven bajita, de cabello negro, bonita en un sentido extraño, duro. Tenía una nariz algo torcida, labios sensuales y pómulos bien formados, exóticos. La rodeaba un mágico halo de feminidad. Nick lo captó inmediatamente. Su sonrisa le pareció iluminadora, alumbrando toda su cara y dándole vivacidad.

Zeta no se mostró muy contento al verla.

-¿Dónde está Denny? -preguntó en voz baja pero clara.

Zeta entró, algo inquieto, y te hizo una seña a Nick para que le siguiera. No les presentó, sino que pasó rápidamente al salón, cruzó el pequeño dormitorio y llegó a la cocina, situada en un rincón del mismo salón, como un animal al acecho.

-¿Estáis limpios aquí? -preguntó repentinamente.

-Sí -asintió ella. Luego, miró a Nick, mucho más alto que ella-. No te había visto, ¿verdad?

-No estás limpia -masculló Zeta. Metió una mano dentro del tubo de los desperdicios y extrajo un paquete-. Estáis chiflados, chicos.

-No sabía que eso estuviera ahí -se excusó la joven con voz dura y cortante-. De todos modos, está dispuesto de tal forma que si viene un poli y echa la puerta abajo, todo esto bajaría por el tubo con sólo tocarlo y no habría pruebas.

-Atascan el tubo -explicó Zeta-, y sale todo en el segundo piso, antes de que llegue a la caldera.

-Me llamo Charley -le dijo la joven a Nick.

-¿Una chica que se llama Charley? -se extrañó Nick.

-Charlotte -aclaró ella alargando la mano. Se dieron un apretón-. Creo que ya sé quién eres: el tallador de Zeta.

-Sí.

-¿Y quieres un folleto auténtico? ¿Lo pagas tú o Zeta? Porque Denny ya no concede créditos, quiere pops al contado.

-Lo pago yo -intervino Zeta-. Al menos, esta vez.

-Así pasa siempre -comentó Charley-. El primer folleto es gratuito; el siguiente cuesta cinco pops; el otro, diez; el...

Se abrió la puerta del apartamento. Todos dejaron de moverse, incluso de respirar.

Apareció un joven de buen aspecto, corpulento, bien vestido, su rubio cabello revuelto, ojos grandes, y en su cara una expresión de intensidad, de modo que, a pesar de su hermosura, resultaba un rostro provisto de una fea y cruel intensidad. Miró brevemente a Zeta, y a continuación, durante unos segundos, a Nick. Luego, cerró la puerta a sus espaldas atrancándola con una barra *Ferok*, se dirigió al ventanal, miró lo que había al otro lado, mientras se mordía la uña del dedo pulgar. Parecía irradiar vibraciones ominosas a su alrededor, como si estuviese a punto de ocurrir algo espantoso, algo que podía destruirlo todo; como si, pensó Nick, él fuese a destruirlo. El joven emanaba un aura de fuerza, pero una fuerza negativa; era algo excesivo, igual que sus agrandados ojos o su revuelto cabello. Un Dionisio de las alcantarillas de la ciudad, pensó Nick. De modo que éste era el traficante, la persona que tenía los folletos auténticos.

-Vi tu autocohete en el tejado -le espetó el joven a Zeta, como anunciándole el descubrimiento de una mala acción-. ¿Quién es éste? -quiso saber, señalando con un gesto a Nick.

-Alguien que conozco y que desea comprar -respondió Zeta.

-Oh, ¿de veras?

Denny se acercó a Nick y le examinó atentamente. Nick se dio cuenta de que estaba estudiando sus ropas, su cara... Me está juzgando, se dijo Nick. Como si estuviera en juego una especie de combate, cuya naturaleza le resultaba totalmente desconocida.

De pronto, Denny movió con gran rapidez sus grandes y sobresalientes ojos. Miró hacia la litera donde reposaba el folleto.

-Lo saqué del tubo de los desperdicios -explicó Zeta.

-Maldita zorra -le gruñó a la joven-. Te dije que debes mantener limpio este apartamento, ¿lo entiendes?

La miró centelleante y ella levantó la vista, con los labios separados con ansiedad, los ojos inmóviles, llenos de alarma. Volviéndose, Denny cogió el folleto, arrancó el papel que lo envolvía y lo estudió.

-Te lo dio Fred -dijo-. ¿Cuánto te ha costado? ¿Diez pops? ¿Doce?

-Doce -asintió Charley-. Eres un paranoico. Deja ya de mirarnos como si fuésemos polis... Para ti todo el mundo lo es.

-¿Cómo te llamas? -le preguntó Denny a Nick.

-No se lo digas -se adelantó Charley.

Denny se volvió hacia ella y levantó el brazo, pero volvió a bajarlo. Charley le miró con tranquilidad, su cara inerte y dura.

-Adelante -le retó-. Pégame y te daré una patada donde te dolerá durante el resto de tu vida.

-Es un empleado mío -se interpuso Zeta.

-Oh, sí -exclamó Denny con sarcasmo-. Y le conoces desde niño. ¿Por qué no dices sencillamente que es tu hermano?

-He dicho la verdad -aseguró Zeta.

-¿A qué te dedicas? -le preguntó Denny a Nick.

-Tallo neumáticos.

Denny sonrió y sus modales cambiaron como si el problema estuviera ya solucionado.

-Ah, ¿sí? -Se echó a reír-. Vaya oficio, y vaya vocación. ¿Te lo traspasó tu padre?

-Sí -admitió Nick.

Una oleada de odio le invadió, pero intentó disimularlo: sí, tenía miedo de Denny, quizá porque los demás también le temían, y él captaba aquel temor.

-De acuerdo, tallador de neumáticos -dijo Denny, tendiéndole la mano a Nick-. ¿Quieres un folleto de un cuarto de pop o de un centavo? Tengo de los dos. -Se metió la mano en el interior de su chaqueta de cuero y extrajo un puñado de folletos-. Buen material -alabó-. Todo auténtico. Conozco al tipo que los imprime. Vi los manuscritos originales de Cordon en su imprenta.

-Puesto que soy yo quien paga -intervino Zeta-, dale el más caro.

-Te sugiero -terció Charley- *«La moral del hombre correcto».*

-¿De veras? -inquirió Denny sarcásticamente, mirándola de reojo.

La joven le sostuvo la mirada, como antes, sin pestañear. Nick pensó que ella era tan dura como Denny. Es capaz de resistirle, pero ¿por qué? ¿Vale la pena estar cerca de una persona tan violenta? Sí, se contestó. Puedo intuir la violencia y la volatilidad. Denny es apto, en cualquier momento, para hacer algo. Posee una personalidad anfetamínica. Probablemente, toma dosis masivas de algún anfetamínico, por vía oral o en inyección. Cabe la posibilidad de que se vea obligado a tomarlas a causa de la labor proselitista que lleva a cabo.

-Me quedo con ése -aceptó Nick-, el que sugiere Charley.

-Ya te ha cazado -sonrió Denny-. Como caza a todo el inundo, a cualquier hombre. Es una estúpida. Sí, es una zorra estúpida y bajita.

-Y tú un maricón -exclamó Charley.

-Habló la lesbiana -se mofó Denny.

Zeta sacó un billete de cinco pops y se lo dio a la joven; era obvio que deseaba concluir la transacción lo antes posible y marcharse de allí.

-¿Acaso te molesto? -le preguntó Denny a Nick con brusquedad.

-No -respondió Nick con cierta cautela.

-Pues molesto a bastantes personas -gruñó Denny.

-Naturalmente -asintió Charley.

A continuación, le cogió los folletos, buscó el que quería y se lo entregó a Nick, dibujando en su rostro una resplandeciente sonrisa. Dieciséis años, pensó Nick, no más. Unos niños jugando al juego de la vida o la muerte, odiando y peleando, pero probablemente uniéndose estrechamente en momentos de peligro. La animosidad entre Charley y Denny disimulaba, se

dijo Nick, una atracción más profunda. Funcionaban en tándem. Una relación simbiótica, conjeturó, agradable de contemplar, aunque no fuese demasiado real. Un Dionisio de la alcantarilla, pensó, y una chica bajita, bonita y dura, capaz de rivalizar con él..., o de intentarlo. Probablemente le odiaba y, no obstante, no podía abandonarle. Seguramente porque ella lo consideraba muy atractivo físicamente y, a sus ojos, un verdadero hombre. Por ser más duro que ella, cosa que la joven respetaba. Porque siendo dura, sabía lo que esto significaba.

Una persona con la que poder fundirse. Y Denny se había fundido con ella como una fruta pegajosa en un clima extremadamente cálido; el rostro de Denny era blando y cambiante, y únicamente la mirada centelleante de sus ojos mantenía sus facciones en conformidad.

Cualquiera diría, también pensó Nick, que la distribución y venta de los escritos de Cordon es algo idealista, noble. Aunque aparentemente no lo sea. Esta tarea es ilegal, y atrae a los que naturalmente se ocupan de cosas ilegales, a los que en sí mismos son unos tipos raros. No son los objetos que venden lo que importa, sino el hecho de ser ilegales, y es por eso que la gente paga por ellos precios elevados.

-¿Estás segura de que ahora este apartamento está limpio? -le preguntó Denny a la muchacha-. Como sabes, yo vivo en él, y paso aquí diez horas diarias. Si encontraran algo...

Dio una vuelta, suspicaz como un animal de presa, invadido de un odio que no podía disimular.

De repente, cogió una lámpara de pie. La examinó y sacó una moneda del bolsillo; con ella, aflojó tres tornillos y la base quedó suelta. Entonces, aparecieron tres folletos enrollados en el hueco del pie de la lámpara.

Denny se volvió hacia la chica, que estaba inmóvil y el rostro sosegado, al menos eso parecía. Nick vio cómo ella apretaba los labios disponiéndose a actuar.

Denny levantó el brazo derecho y la abofeteó, aunque falló el golpe, le pegó en un ojo. Charley había agachado la cabeza, aunque no lo suficiente, y el golpe fue directo a la sien, junto a la oreja. Con asombrosa velocidad, Charley agarró el brazo extendido de Denny, levantó su muñeca y la mordió, clavando profundamente los dientes en la carne. Denny chilló, tratando de liberar su muñeca de los dientes de la chica.

-¡Ayudadme! -les gritó a Nick y Zeta.

Nick, sin saber qué hacer, se limitó a mirar a la joven, murmurando algo, diciéndole que soltara su presa, que podía morderle un nervio y dejar la mano paralítica. Por su parte, Zeta cogió a Charley por la barbilla, insertó sus enormes dedos manchados en las comisuras de la boca, y le obligó a separar los maxilares. Denny retiró el brazo al instante y examinó el mordisco; se sentía un poco mareado, pero al cabo de un segundo su rostro volvió a mostrar la violencia que anidaba en él. Ahora era una violencia asesina, Y los ojos parecían querer salírsele de las cuencas. Se inclinó, cogió la lámpara y la levantó en alto.

Zeta le asió por los brazos, sujetándole con fuerza.

-Llévatela de aquí -le ordenó al mismo tiempo a Nick con voz ronca-. A cualquier sitio donde él no pueda encontrarla. ¿No te das cuenta? Es un adicto al alcohol. Y estos adictos son capaces de cualquier cosa. ¡Vete!

Como en un trance, Nick cogió la mano de la chica y, rápidamente, la sacó fuera del apartamento.

-¡Podéis coger un autocohete! -les gritó Zeta.

-De acuerdo -asintió Nick.

Tiró de la muchacha, que le siguió voluntariamente, frágil y liviana, y llegaron a la escalera mecánica. Apretó un botón.

-Sí, será mejor que subamos al tejado -dijo Charley.

Estaba tranquila, y le sonrió a Nick con aquella radiante sonrisa que tornaba su cara tan exquisitamente adorable.

-¿Le tienes miedo? -le preguntó Nick, entrando en la escalera mecánica y empezando a subir los peldaños de dos en dos.

Seguía sujetando a Charley por la mano y ella logró igualar su paso. Ágil, casi flotando como un espíritu, Charley combinaba la habilidad de moverse velozmente con una cualidad deslizante, casi sobrehumana. Como una cervatilla, pensó Nick, mientras iban subiendo.

Denny apareció en la escalera, muy abajo.

-¡Venid aquí! -gritó con voz temblorosa por la agitación-. ¡He de ir a un hospital para que me echen un vistazo a este mordisco! ¡Vamos, llevadme al hospital!

-Siempre dice lo mismo -comentó Charley plácidamente, sin dejarse conmover por el tono plañidero de Denny-. No le haga caso, seguramente irá más de prisa que nosotros.

-¿Hace esto muy a menudo? -se interesó Nick, jadeando al llegar al tejado, dirigiéndose adonde se hallaba el autocohete de Zeta.

-Él sabe lo que yo hago -explicó Charley-. Bueno, ya vio lo que le hice: morderle. No resiste que le muerdan. ¿Le ha mordido alguna vez una persona mayor? ¿Ha pensado al menos en el dolor que se experimenta? Oh, y aún puedo hacer otra cosa: ponerme contra la pared, sostenerme en ella, extender los brazos y entonces dar patadas con las dos piernas. Alguna vez se lo enseñaré. Pero recuerde que jamás debe intentar tocarme cuando no quiero que me toquen. Nadie puede intentarlo sin llevarse su merecido.

Nick la hizo entrar en el autocohete, se instaló en el asiento del conductor, detrás del timón. En el mismo instante en que Denny, jadeando, aparecía al final de la escalera mecánica, puso en marcha el motor. Al verle, Charley se echó a reír muy contenta, con una carcajada infantil; luego, se llevó ambas manos a la boca y se balanceó de un lado a otro, con los ojos relucientes.

-¡Dios mío! -exclamó-. Está muy enfadado... Y no puede hacer nada para remediarlo. Vamos, despegue.

Presionó la palanca y Nick hizo despegar el aparato que, a pesar de sus años y su mal estado, tenía un motor estupendo, construido por Zeta. De manera que Denny nunca los atraparía con su autocohete. A menos, claro está, que Denny también hubiese puesto un motor poderoso en su aparato.

-¿Qué sabes de su autocohete? -le preguntó a Charley, que se estaba alisando el cabello y el vestido-. ¿Ha puesto...?

-Denny no sabe ejecutar ninguna labor manual. No le gusta ensuciarse las manos. Pero tiene un *Schellingberg 8*, con un motor B-3. Sí, puede ir muy de prisa. A veces, por la noche, cuando no hay tráfico, vuela a cincuenta.

-No hay problema -respondió Nick-. Este viejo cacharro alcanza los setenta y hasta los setenta y cinco. Al menos eso es lo que dice Zeta. -El autocohete volaba rápidamente, zigzagueando por entre el tráfico matinal-. Le perderemos de vista -continuó Nick-. ¿Es aquél? -preguntó, al ver detrás suyo un *Schellingberg* de color púrpura brillante.

-Sí -respondió Charley, volviendo la cabeza para verlo-. Denny posee el único *Schellingberg 8* de color púrpura de los Estados Unidos.

-Me internaré en el tráfico denso de la ciudad -propuso Nick.

Empezó a descender al nivel más frecuentado por los autocohetes de trayecto corto. Casi al momento, dos autocohetes inocuos se le pusieron detrás, en tanto él iba siguiendo al que tenía delante.

-Giraré por aquí -dijo, al aparecer el globo que indicaba Avenida Hastings a su derecha.

Efectuó el giro y quedó, tal como esperaba, tremendamente inmerso en las lentas filas de autocohetes que buscaban un espacio para aparcar. La mayoría de los autocohetes los conducían las mujeres que iban de compras.

Ni rastro del *Schellingberg 8*. Nick miró en todas direcciones, intentando divisarlo.

-Lo hemos perdido -afirmó Charley-. Depende de la velocidad, es decir, de su velocidad cuando no hay tráfico, pero aquí y ahora... -Se echó a reír, brillándole los ojos de entusiasmo-. Es demasiado impaciente y por eso nunca conduce entre el tráfico denso.

-Entonces -dijo Nick-, ¿qué crees que hará?

-Rendirse. Durante un par de días estará muy enfadado, y durante unas cuarenta y ocho horas sentirá impulsos homicidas. Lo cierto es que fui una estúpida al esconder aquellos folletos en la lámpara, y él tenía razón, pero no me gusta que me peguen. -Reflexivamente, se frotó la dolorida sien-. Pega fuerte -se quejó-. Pero no soporta que le aticen a él. Yo, claro está, no puedo pegarle y hacerle daño, ya que soy demasiado pequeña, pero sí puedo morderle, ya lo vio usted.

-Sí, vi el mejor mordisco del siglo -ponderó Nick, que no deseaba discutir sobre aquel tema.

-Es muy amable -murmuró Charley-, resulta muy agradable que un desconocido como usted me ayude de esta manera, cuando ni siquiera me conoce. Ni sabe mi nombre.

-Me gusta Charley -rió él. Le sentaba bien.

-Pues yo no sé su nombre -le recordó ella.

-Nick Appleton.

Charley se echó de nuevo a reír.

-Es el nombre que tendría el protagonista de un libro: Nick. Y Appleton, seguramente un detective. O el del presentador de uno de esos espectáculos de la televisión.

-Es la clase de hombre que denota competencia -sonrió Nick.

-Usted es competente -reconoció Charley-. Bueno, nos sacó... es decir, a mí, de allí. Gracias.

-¿Dónde piensas pasar las próximas cuarenta y ocho horas? -se interesó Nick-. Hasta que Denny se calme.

-Tengo otro apartamento. También lo utilizamos. Trasladamos el material de uno a otro, por si acaso lanzan un mandamiento judicial contra nosotros. Búsqueda y captura, ya sabe. Pero no sospechan de nosotros. La familia de Denny tiene mucho dinero e influencia. En cierta ocasión nos rondó un detective, pero un oficial de la Seguridad Pública, amigo del padre de Denny, le ordenó que nos dejara tranquilos. Aquélla fue la única vez que tuvimos problemas.

-No creo que debas ir al otro apartamento -opinó Nick.

-¿Por qué no? Allí están todas mis cosas, he de ir...

Librodot

-Ve donde él no te encuentre. Podría matarte.

Nick había leído artículos sobre los cambios de personalidad que, a menudo, padecen los adictos al alcohol, sobre la feroz crueldad que demuestran virtualmente las estructuras de las personalidades psicopáticas, mezcladas con la cualidad de la manía, rápidamente cambiante, y la sospechosa rabia de la paranoia. Bien, ya había visto a un adicto al alcohol, y no le gustaba. No era extraño que las autoridades lo hubiesen hecho ilegal, realmente ilegal: normalmente, un adicto al alcohol, si lo atrapaban, se hallaba en un Campo de Concentración Psicodidáctico durante el resto de su vida. A menos que pudiese pagar un buen abogado que, a su vez, pudiera pagar los costosos análisis del individuo, con la intención de demostrar que había concluido el período de su adicción. Aunque, en realidad, ese período jamás concluía. Un adicto al alcohol lo seguía siendo siempre, incluso después de someterse a la operación de Platt en el diencéfalo, la zona del cerebro que controla las ansias orales.

-Si me ataca -replicó Charley-, le mataré. Lo cierto es que él tiene más miedo que yo. Tiene mucho miedo, la mayor parte del cual se deriva del temor, del pánico, diría yo. Vive en un constante estado de pánico.

-¿Y si ya hubiese dejado de beber?

-Todavía está asustado, ésa es la razón por la que bebe, pero no es violento a menos que beba; sólo desea huir y esconderse. Sin embargo, no puede hacerlo, cree que la gente le espía y sabe que es un traficante. Por eso bebe.

-Pero al beber -objetó Nick-, atrae la atención, y eso es precisamente lo que trata de evitar, ¿verdad?

-Tal vez no. Tal vez desee que le cojan. Jamás había trabajado hasta que se dedicó a vender esos folletos y las minicintas; su familia siempre le ha ayudado. Y ahora, Denny se aprovecha de la cred... ¿Cómo es la palabra?

-Credulidad.

-¿Significa creer lo que uno quiere creer?

-Sí.

Al menos era una definición bastante parecida.

-Bien, se aprovecha de la credulidad ajena, porque la gente, mucha gente, cree de un modo supersticioso en Provoni, ¿sabe? Me refiero a lo de su venida, y en toda esa bazofia que se encuentra en los escritos de Cordon.

-¿Quieres decir que los que vendéis los escritos de Cordon -preguntó Nick, incrédulo a su vez-, todos los que traficáis con ellos...?

-No tenemos por qué creerlos. ¿Acaso el que vende alcohol tiene que ser forzosamente un adicto a los licores?

Por muy correcta que fuese, aquella lógica le dejó aturdido.

-Lo hacéis por dinero -murmuró para sí-. Probablemente, ni siquiera habéis leído los folletos, y sólo conocéis los títulos. Como el empleado de un almacén.

-Yo he leído algunos -Charley le miró, frotándose la frente-. Caramba, tengo dolor de cabeza. ¿No tiene darvon o codeína en su casa?

7

-No -negó Nick, con inquietud, bruscamente alerta. Quiere estar conmigo, pensó, esos dos días-. Oye -continuó en voz alta-, te llevaré a un motel, uno que elegiré al azar, donde él nunca te encontrará. Pagaré por dos noches.

Librodot

-Diablo -se angustió Charley-, tienen el centro de control y el contador maestro de ubicación, que procesa los nombres de cuantos se inscriben en los moteles y hoteles de Norteamérica; por dos pops, Denny podría utilizarlos con sólo telefonear.

-Usaremos un nombre falso -propuso Nick.

-No -se obstinó ella, moviendo la cabeza.

-¿Por qué no?

La inquietud de Nick iba en aumento; de repente, le parecía estar atrapado en una especie de papel cazamoscas; no podía librarse de Charley.

-No quiero estar sola -declaró ella-, por que si me descubre en la habitación de algún motel, sola, me pegará como ni tan siquiera puede imaginarse. He de estar con alguien, he de tener a mi alrededor alguna persona que...

-Yo no podría impedir que te pegase... -reflexionó Nick.

Ni siquiera Zeta, con toda su fuerza, había logrado detener a Denny más de unos minutos.

-Él no luchará contra usted. No quiere que nadie, ninguna tercera persona, vea lo que hace conmigo-. Pero -calló un instante-. No debería mezclarle a usted en esto. No es justo, podría producirse una pelea en su casa. Acudirían los de la Seguridad Pública y si encuentran el folleto que nos ha comprado... Bueno, ya conoce cuál es el castigo.

-Lo tiraré -respondió Nick-. Ahora mismo.

Bajó la ventanilla del autocohete y buscó en su chaqueta el librito.

-O sea que Eric Cordon ocupa el segundo lugar -estableció ella con una voz neutral, una voz sin censura-. Lo primero es protegerme contra Denny. Es divertido, ¿eh? Francamente divertido...

-Un individuo es más importante que una teoría...

-Cariño, todavía no está enganchado. No ha leído a Cordon; si lo lee pensará de otro modo. Además, aún tengo dos folletos en el bolso, de modo que aunque usted arroje el suyo...

-Tíralos también.

-No.

Bueno, pensó Nick, ese material ha hecho fanáticos. No quiere tirar los folletos ni quiere que la lleve a un motel. ¿Qué puedo hacer? ¿Dar vueltas y más vueltas entre el tráfico de esta maldita ciudad hasta que me quede sin combustible? Siempre cabe la posibilidad de que aparezca el *Schellingberg 8* y ponga fin a todo esto; probablemente, Denny volaría hacia nosotros y nos mataría. A menos que a estas horas ya se hayan disipado en él los efectos del alcohol.

-Tengo una esposa -explicó llanamente-. Y un hijo. No puedo hacer algo que...

-Ya lo hizo, al decirle a Zeta que deseaba comprar un folleto. Se metió en un lío en el mismo instante en que usted y Zeta llamaron a la puerta de nuestro apartamento.

-Incluso mucho antes -asintió Nick, sabiendo que era verdad.

Tan de prisa, pensó. Un compromiso efectuado en un abrir y cerrar de ojos, aunque venía de lejos. La verdad era que la noticia de la próxima ejecución de Cordon había desencadenado su deseo, y ahora, en aquel momento, Kleo y Bobby ya estaban en peligro.

Por otra parte, la Seguridad Pública acababa de ponerle a prueba, utilizando a Darby Shire como cebo. Él y Kleo habían superado la prueba.

De modo que, desde el punto de vista de las probabilidades estadísticas, existía la posibilidad de que no volvieran a investigarle tan pronto.

Pero no podía engañarse. Probablemente vigilaban a Zeta. Y estaban enterados de lo de los dos apartamentos. Saben todo lo que hay que saber; sólo es cuestión de prever cuándo efectuarán su próximo movimiento.

En ese caso, realmente era demasiado tarde. Bien, podía comprometerse un poco más: ocultar a Charley en su casa, con él y con Kleo, un par de días. El sofá del salón era convertible, y ya habían tenido amigos durmiendo una noche.

Aunque esta situación era muy distinta de aquéllas.

-Puedes quedarte conmigo y con mi mujer -gruñó-, si te deshaces de los folletos que llevas. No tienes por qué destruirlos, sino simplemente tirarlos en algún lugar que conozcas.

Charley, sin responder, cogió uno de sus folletos, lo abrió y leyó en voz alta:

> *«La medida de un hombre no es su inteligencia. No es la altura a la que se eleva en este terrible Estado. La medida de un hombre es ésta: ¿con qué rapidez sabe reaccionar ante las necesidades ajenas? ¿Y cuánto es capaz de dar de sí mismo? Darse a sí mismo es una verdadera donación, sin recibir nada a cambio, o al menos...».*

-Seguro -razonó Nick-, dar siempre te da algo a cambio. Tú le das algo a alguien y, más tarde, ese alguien te devuelve el favor dándote algo a cambio. Eso está claro.

-Eso no es dar, sino traficar. Escuche esto: *«Dios nos dice...».*

-*Dios* ha muerto -la interrumpió Nick-. Encontraron su cadáver en 2019, flotando en el espacio cerca de Alfa.

-Encontraron los restos de un organismo avanzado varias miles de veces a nosotros -explicó Charley-. Evidentemente, podía crear mundos habitables y poblarlos con organismos vivos, derivados de él mismo. Pero esto no demuestra que fuese *Dios*.

-Creo que era *Dios*.

-Puedo quedarme en su casa esta noche -dijo Charley-, en caso necesario, tal vez mañana por la noche, ¿de acuerdo? -Le miró con su radiante sonrisa bañada con la luz de la inocencia. Como si, igual que una gatita, pidiese un platito de leche, nada más. Añadió-: No tenga miedo de Denny, no le hará daño. Si ha de pegar a alguien, será a mí, pero no podrá descubrir su apartamento, ¿verdad? Ni siquiera sabe cómo se llama, ni sabe...

-Sabe que trabajo para Zeta.

-Zeta no le teme. Zeta podría convertirlo en papilla...

-Te estás contradiciendo -la atajó Nick.

Al menos así se lo parecía a él. ¿O todavía le afectaba el alcohol? ¿Cuánto tardaban en desaparecer sus efectos, una hora? ¿Dos? Sin embargo, conducía el autocohete correctamente, al menos ningún occífero le había parado ni captado con los rayos rastreadores.

-Teme lo que dirá su mujer -le reprochó Charley-, si me lleva a su casa. Sí, pensará muchas cosas raras.

-Pues sí -concedió Nick-. Y también, temo a lo que la ley califica de violencia estatutoria. Todavía no tienes los veintiuno, ¿verdad?

-Tengo dieciséis.

-Bueno, ya ves...

-Está bien -exclamó ella, alegremente-. Aterriza y déjame salir de aquí.

-¿Tienes dinero?

-No.

-Pero ¿podrás arreglártelas?

-Sí, siempre me las apaño.

Hablaba sin rencor, sin reprocharle su vacilación. Tal vez esa clase de cosas ya hubiese existido antes entre ellos, reflexionó Nick. Y otros, como él mismo, hubiesen estado mezclados en el asunto. Con las mejores intenciones, claro.

-Le diré lo que podría ocurrirle si me llevara a su casa -murmuró Charley-. Podría ser acusado de poseer material cordonita, por violación estatutoria. Su esposa, que también sería detenida por vivir en una casa donde hay material cordonita, le abandonaría y jamás le comprendería ni le perdonaría. Y, no obstante, a pesar de no conocerme casi, no puede abandonarme porque soy una chica y no tengo adónde ir...

-Amigos -casi gritó él-. Debes de tener amigos a los que recurrir. ¿O también les asusta Denny? -Hizo una pausa-. Sí, tienes razón, no puedo abandonarte.

Un secuestro, pensó. También podían acusarme de secuestro, si Denny llama a la Seguridad Pública. Pero, no podía llamarles, no podía hacerlo porque él sería acusado, a su vez, de traficar con material cordonita. No podía correr ese riesgo.

-Eres una chiquilla extraña -le dijo a Charley-. En ciertos aspectos eres ingenua y, en otros, eres dura como una rata de almacén.

¿Acaso lo es por vender ese material?, se preguntó. ¿O es al revés, se ha endurecido al crecer y por eso gravitó hacia esa clase de trabajo?

La miró, examinando sus ropas. Iba incluso demasiado bien vestida, con prendas muy caras. Tal vez fuese ambiciosa, y vender ese material fuese la manera más fácil de ganar los pops que necesitaba para satisfacer esa ambición. Para ella las ropas, para Denny el *Schellingberg 8*. Sin esto, simplemente serían unos adolescentes que irían a la escuela con tejanos y suéteres anchos.

El mal, se dijo, al servicio del bien. ¿O eran buenos los escritos de Cordon? Nunca había visto un folleto auténtico de Cordon, y ahora, presumiblemente, tenía uno y era libre de leerlo y decidir. ¿Y dejarla quedarse en su casa si el folleto era bueno? Y si no lo era, arrojarla a los lobos, a Denny y a los coches de patrulla con los Inusuales telepáticos escuchando constantemente.

-Yo soy la vida -declaró ella.

-¿Qué? -dijo sobresaltado.

-Para usted, yo soy la vida. ¿Cuántos años tiene, treinta y ocho, treinta y nueve? ¿Cuarenta? ¿Y qué ha aprendido? ¿Ha hecho algo? Míreme, fíjese en mí. Yo soy la vida, y estando conmigo, parte de ella pasa a usted. Estando aquí, en el autocohete, conmigo, ya no se siente tan viejo, ¿verdad?

-Tengo treinta y cuatro años -aclaró Nick-, y no me siento viejo. En realidad, estar sentado a tu lado sí que hace que me sienta más viejo, no más joven. Y nada pasa a mi cuerpo ni a mi espíritu.

-Ya pasará.

-Lo sabes por experiencia ¿eh? Con hombres más viejos. Antes de mí.

Charley abrió el bolso y sacó un espejito y el colorete, y empezó a trazar unas complicadas líneas desde los ojos, a través de los pómulos, y hasta el borde de su barbilla.

-Usas demasiado maquillaje -le recriminó Nick.

-Está bien, llámame una puta de dos pops.

-¿Cómo? -exclamó él, mirándola, con la atención momentáneamente desviada del tráfico de media mañana.

-Nada -gruñó Charley. Se dedicó a maquillarse, y después cerró la cajita del colorete, metiéndola en el bolso junto con el espejito-. ¿Quiere un poco de alcohol? -le preguntó-. Denny y yo tenemos muchos contactos para conseguirlo. Podría darle... ¿Cómo se llama?... Oh, sí, whisky escocés.

-Fabricado en alguna destilería, de noche, de sabe Dios dónde -comentó Nick-. Sí, volando de noche de un sitio a otro.

Charley empezó a reír sin poder remediarlo; estaba sentada, con la cabeza baja y la mano derecha sobre los ojos.

-No me imagino una destilería aleteando por el cielo nocturno. En busca de un nuevo sitio donde no pueda localizarla la Seguridad Pública.

Continuó riendo, como si la idea que se le había ocurrido se negara a abandonara.

-Uno puede quedarse ciego por el alcohol -afirmó Nick.

-Por el tabaco. El whisky es alcohol de madera.

-¿Cómo estás tan segura?

-¿Acaso es posible estar seguro de nada? Denny puede descubrimos en cualquier momento y matarnos, o tal vez nos mate la Seguridad Pública... No es probable y hay que vivir con lo que lo es, no con lo que es posible, puesto que todo es posible -le sonrió-. Y eso es bueno, ¿no lo entiende? Significa que siempre hay esperanzas; lo dice Cordon, me acuerdo bien. Cordon lo repite una y otra vez. En realidad, no da muchos mensajes, eso también es cierto. Usted y yo podríamos enamorarnos, usted abandonar a su esposa y yo a Denny, y entonces él se volvería loco, bebería en exceso, nos mataría a todos y luego se suicidaría. -Volvió a reír, bailoteándole los ojos-. ¿No sería estupendo? ¿No ve cuán estupendo sería?

Nick no lo veía.

-Pues ya lo verá -le aseguré Charley-. Mientras tanto, le agradecería que durante los diez próximos minutos no me hablara, he de pensar qué le diremos a su esposa.

-Seré yo quien se lo diga -observó Nick.

-Usted lo estropearía todo, se lo diré yo.

Cerró los ojos en honda concentración. Nick siguió atento al timón del autocohete, poniéndolo en dirección a su apartamento.

8

Fred Huff, ayudante personal del Director Barnes de la Seguridad Pública, dejó una lista sobre el escritorio de su superior.

-Perdone -murmuró-, pero usted me pidió un informe diario sobre el apartamento 3XX24J y aquí lo tiene. Usamos videos de voces normales para identificar a los que fuesen allí. Sólo una persona, una persona nueva, entró allí. Un tal Nicholas Appleton.

-No es muy prometedor -rezongó Barnes.

-Recurrimos a la computadora, la que nos prestaron en la Universidad de

Wyoming. Nos dio una extrapolación interesante tan pronto como tuvo todo el material anterior sobre ese Nicholas Appleton: su edad, ocupación, antecedentes, su boda, su hijo, que nunca...

-... que nunca ha quebrantado la ley de ningún modo.

-Que nunca ha estado en la cárcel. Eso también se lo preguntamos a la computadora. Cuáles son las probabilidades de que ese individuo, que nunca ha violado la ley, a nivel de delito, la haya infringido ahora... La computadora respondió que probablemente no hay ninguna.

-La infringió cuando estuvo en el 3XX24J -replicó Barnes cáusticamente.

-Eso pensamos, y de ahí procede la solicitud de la computadora de un pronóstico. Extrapolándolo de su caso y de otros similares ocurridos en las últimas horas, la computadora declaró que la noticia de la próxima muerte de Cordon ya ha aumentado las filas del submundo cordonita en un cuarenta por ciento.

-¡Caramba! -exclamó Barnes.

-Así es como funciona estadísticamente.

-¿Es que ya se han unido para protestar? ¿Abiertamente?

-Abiertamente, no, pero sí para protestar.

-Pregúntenle a la computadora cuál será la reacción ante el anuncio de la muerte de Cordon.

-No puede computarse, faltan datos. Bueno, se computó pero de tan diversas maneras que fue como no decir nada. Un diez por ciento: una masa sublevada. Un quince por ciento: una negativa a creer que...

-¿Cuál es la mayor probabilidad?

-La creencia en que Cordon ha muerto, pero Provoni no, que vive y volverá. incluso sin Cordon. Hay que recordar que los de escritos de Cordon, auténticos o falsificados, circulan por toda la Tierra todos los minutos del día. Su muerte no pondrá fin a esto. Acuérdese del famoso revolucionario del siglo veinte, *Che Guevara*. Aunque después de muerto, el *Diario* que dejó...

-Como Cristo -afirmó Barnes. Se sentía deprimido y había empezado a inquietarse-. Mataron a Cristo y vino el *Nuevo Testamento*. Mataron al *Che Guevara* y dejó un *Diario* que es un manual para conseguir el poder en el mundo entero. Matarán a Cordon...

Sonó un zumbador del escritorio de Barnes.

-Sí, Presidente del Consejo -dijo Barnes por el interfono-. La occífera Noyes está conmigo. -La miró y la joven se levantó de la butaca de cuero que estaba delante del escritorio-. Ahora vamos.

Le hizo una señal a la muchacha, experimentando una gran repugnancia hacia ella.

En general, no le gustaban las mujeres policías, y especialmente aquellas a las que gustaba lucir el uniforme. Desde hacía ya mucho tiempo pensaba que una mujer no debía llevar uniforme. Las informadoras no le molestaban porque en cierto sentido debían rendir su feminidad. La occífera Noyes era fisiológicamente asexual. Se había sometido a la *operación de Snyder* de modo que, hablando legal y físicamente, no era una mujer; no poseía órganos sexuales, ni pechos, y sus caderas eran tan estrechas como las de un hombre, con una cara insondable y cruel.

-Piense -le dijo Barnes mientras iban por el corredor, más allá de la doble hilera de guardias armados, y antes de llegar a la maciza y bien tallada puerta de roble del despacho de Willis Gram- lo grato que sería para usted que hubiese conseguido averiguar algo en contra de Irma Gram. Lástima que

no sea así.

Al abrirse la puerta, le cedió el paso y entraron en el despacho-dormitorio de Gram. Éste se hallaba tendido en su monumental cama, casi enterrado bajo montones de secciones del *Times*, con una expresión de astucia en su rostro.

-Presidente del Consejo -presentó Barnes-, ésta es Alice Noyes, la occífera especial que está encargada de obtener el material relativo a los hábitos morales de su esposa.

-Ya nos conocemos, ¿verdad? -le dijo Gram a la mujer policía.

-Correcto, Presidente del Consejo -asintió Alice Noyes.

-Quiero que mi esposa sea asesinada por Eric Cordon -ordenó sosegadamente Gram-, en la cadena mundial de televisión.

Barnes le contempló asombrado. Gram, tranquilamente, le devolvió la mirada, con la astucia animal todavía en su cara.

-Naturalmente -opinó Alice Noyes-, sería fácil suprimirla. Un accidente fatal de autocohete durante un viaje de compras por Europa o Asia, uno de esos viajes que ella emprende a menudo. Pero por Eric Cordon...

-Ahí es justamente donde entra en juego la inventiva -sentenció Gram.

-Con todos los respetos, Presidente del Consejo -replicó Alice Noyes-, ¿tenemos que seguir adelante con lo proyectado o tiene usted algunas ideas acerca de cómo hay que proceder? Cuanto más nos diga, mejor será nuestra posición operacional, especialmente a nivel de trabajo.

-O sea -observó Gram, mirándola fijamente- que, según usted, yo sé cómo hay que actuar...

-También yo estoy intrigado -terció Barnes-. Ante todo, intento imaginarme el efecto que esto producirá en el ciudadano medio. Este asesinato a cargo de Eric Cordon, quiero decir.

-De esta manera comprenderán que todo eso del amor, las ayudas y la colaboración y empatía entre los Antiguos, los Nuevos Hombres y los Inusuales... Todo eso no es más que un tremendo engaño. Y yo me veré libre de Irma, no olvide esto, Director Barnes, no lo olvide, por favor.

-No lo olvido -asintió Barnes-, pero sigo sin comprender cómo debe hacerse.

-En la ejecución de Cordon -explicó Gram- estarán presentes todos los altos cargos del Gobierno, incluyendo sus esposas y la mía. Aproximadamente una docena de guardias bien armados traerán a Cordon. Las cámaras de televisión filmarán toda la escena, no olvide esto. Y, de repente, en uno de esos momentos de descuido que a veces tienen lugar, Cordon se apoderará del arma de un occífero, me apuntará a mí, pero fallará y, en cambio, herirá a Irma, que, naturalmente, estará a ni lado.

-¡Dios bendito! -exclamó el Director Barnes. Sentía un enorme peso encima que le aplastaba-. ¿Es preciso alterar el cerebro de Cordon de tal modo que se vea obligado a obrar así? O bien, ¿hay que preguntarle si no le importa...?

-Cordon ya estará muerto -aclaró Gram-. Habrá muerto el día anterior.

-Entonces, ¿cómo...?

-Su cerebro será reemplazado por una torreta sintética de control neural que le obligará a hacer lo que le ordenemos. Esto es muy fácil, Amos Ild le instalará esa torreta.

-¿El Nuevo Hombre que está construyendo el *Gran Oído*? -preguntó Barnes-. ¿Intenta pedirle que le ayude en este complot?

Librodot

-Exacto -asintió Gram-. Y si se niega, vetaré todos los fondos votados para el desarrollo del *Gran Oído*. Entonces buscaremos a otro Nuevo Hombre que sea capaz de saltarle los sesos a Cordon. -Calló al ver que Alice Noyes se estremecía-. Lo siento. De quitarle el cerebro, quise decir, si lo prefiere así. En realidad, es lo mismo. ¿Qué opina, Barnes? ¿No es una idea brillante? -Una pausa. Silencio-. Responda.

-Sí, eso serviría -murmuró Barnes escogiendo sus palabras- para desacreditar el Movimiento de los Subhombres. Pero el riesgo es enorme. El riesgo supera a los posibles beneficios. Y, con todos los respetos, hay que considerarlo de este modo.

-¿Qué riesgo?

-Ante todo, tenemos que meter en ese complot a un Nuevo Hombre de alto nivel, lo que hará que usted dependa de él, cosa que va completamente en contra de sus intereses. Por otra parte, esos cerebros sintéticos que fabrican en los centros de investigación no son de fiar. Pueden enloquecer y matar a todo el mundo y, en ese caso concreto, matarle también a usted. No me gustaría estar allí cuando ese tipo esté armado y cumpla con lo que tenga programado. La verdad, quisiera estar a muchos kilómetros de distancia, en favor de mi pellejo.

-Es decir, que no le gusta mi idea -observó Gram.

-Mi negativa podría ser mal interpretada -alegó Barnes, lleno de indignación por dentro, indignación que Willis Gram, naturalmente, captó.

-¿Qué piensa, Noyes? -le preguntó Gram a la mujer policía.

-Pienso que es el plan más fantásticamente inteligente que he oído en mi vida.

-¿Lo oye? -le espetó Gram a Barnes.

-¿Cuándo llegó a esa conclusión? -le preguntó Barnes a Alice Noyes, lleno de curiosidad-. Hace un momento, cuando el Presidente del Consejo habló de...

-Ha sido solamente por su elección de las palabras, por eso de saltarle los sesos a Cordon, que me estremecí -observó Alice Noyes-, pero ahora lo veo en perspectiva y...

-Es la idea más estupenda que he tenido en todos los años pasados en el Servicio Civil y en este alto cargo -afirmó Gram con orgullo.

-Tal vez sí -concedió Barnes a regañadientes-, tal vez lo sea.

Lo cual, pensó, es un comentario sobre usted.

Al captar el pensamiento de Barnes, Gram frunció el ceño.

-Es un pensamiento fugaz, de duda -admitió Barnes-, duda que, estoy seguro, desaparecerá.

Por unos momentos se había olvidado de la capacidad telepática de Gram. Pero, aunque la hubiese recordado, habría dudado lo mismo.

-Cierto -dijo Gram, después de haber captado también el último pensamiento de Barnes-. ¿Desea dimitir? -le preguntó-. ¿Y apartarse de este asunto?

-No, señor -negó Barnes respetuosamente.

-Está bien -asintió Gram-. Localice a Amos Ild tan pronto como le sea posible, asegúrese de que guardará el secreto y pídale que fabrique un cerebro semejante al de Cordon. Que duplique los encefalogramas, o lo que sea que haga.

-Encefalogramas -asintió también Barnes-. Un estudio masivo e intensivo de la mente, o el cerebro de Cordon.

-Tiene que recordar la imagen que el público tiene de Irma -dijo Gram-. Nosotros sabemos cómo es realmente, pero la gente la considera como una mujer amable, generosa, filantrópica, que apadrina obras de beneficencia y, generalmente, apoya todo lo que contribuye al bien público, como, por ejemplo, los jardines flotantes del firmamento. Pero nosotros sabemos...

-De manera -le interrumpió Barnes- que la gente pensará que Cordon ha matado a una persona inofensiva y buena. Un crimen terrible a los ojos de los Subhombres. Y todos se alegrarán al ver que Cordon es ejecutado inmediatamente después de esa estúpida acción, totalmente carente de sentido.

Siempre y cuando el cerebro fabricado por Ild sea lo bastante bueno como para engañar a los Inusuales, los telépatas.

En su mente veía el cerebro sintético enviando a Cordon rebotando por el circo colgante, y segando a centenares de personas.

-No -replicó Gram, captando este último pensamiento de Barnes-, lo mataremos inmediatamente. No habrá la menor oportunidad de que se produzca un fallo. Dieciséis hombres armados, todos buenos tiradores, dispararán contra él al instante.

-Al instante -repitió Barnes secamente-, después de que él haya conseguido matar a una persona entre varios miles. Tendrá que ser un tirador condenadamente bueno.

-Pero la gente pensará que deseaba matarme a mí -arguyó Gram-. Y yo estaré sentado en primera fila, con Irma a mi lado.

-De todos modos, no lo abatirán al momento -objetó Barnes-. Transcurrirán un par de segundos, al menos, mientras él efectúa su disparo. Y si vacila un poco... Bueno, usted estará sentado junto a Irma, como ha dicho.

-Hum... -gruñó Gram, mordiéndose un labio.

-Una desviación de unos centímetros -prosiguió Barnes-, y le tocaría a usted, no a Irma. Opino que su intento de combinar sus problemas con los Subhombres y Cordon con sus problemas con Irma en una sola operación final es demasiado... -Meditó durante una fracción de segundo-. Hay una palabra griega que lo define...

-*Terpsícore* -apuntó Gram.

-No. *Hubris*. Intentar demasiadas cosas; llegar demasiado lejos.

-Sigo estando de acuerdo con el Presidente del Consejo -intervino Alice Noyes con su voz vivaracha y fría como el hielo-. Admito, eso sí, que es un plan atrevido. Pero soluciona muchas cosas. Un hombre que gobierna, como el Presidente del Consejo, debe ser capaz de tomar una decisión como ésa, intentar maniobras atrevidas para lograr que siga funcionando la estructura. En esta acción...

-Dimito como Director de Policía -anunció Barnes.

-¿Por qué? -se sorprendió Gram.

Era obvio que los pensamientos de Barnes no habían pasado esta vez a su cerebro, y la decisión de aquél le llegaba como algo surgido de la nada.

-Porque probablemente significará su propia muerte -explicó Barnes-. Porque tal vez Amos Ild programará el cerebro para que le mate a usted, no a Irma.

-Tengo una idea -volvió a intervenir Alice Noyes-. Cuando lleven a Cordon al centro del circo, Irma Gram bajará de su sitio llevando una rosa blanca. Se la ofrecerá a Cordon y, en ese momento, él cogerá el arma de uno de los

guardias y la matará. -La joven sonrió débilmente, relucientes sus pupilas-. Eso debería socavarlos para siempre. Un acto de violencia idiota como ése: sólo un loco mataría a una mujer que le ofrece una rosa blanca.

-¿Por qué blanca? -quiso saber Barnes.

-¿Blanca qué? -preguntó a su vez Alice Noyes.

-La rosa, la maldita rosa.

-Porque es el símbolo de la inocencia -concluyó Alice Noyes.

Willis Gram, todavía mordiéndose el labio, todavía frunciendo el ceño, objetó:

-No, eso no serviría. Ha de parecer que quiere matarme a mí, porque contra mí sí tiene algún motivo. Pero ¿qué motivo tiene para querer matar a Irma?

-Matar al ser que usted más ama.

Barnes se echó a reír.

-Muy gracioso, ¿verdad? -se enfurruñó Gram.

-Tal vez tenga éxito -admitió Barnes-. Y eso es lo gracioso. Y también eso de matar al ser que usted más ama. ¿Puedo decir que la frase es suya, Alice Noyes? Una frase modélica que todos los escolares deben aprender para sus análisis gramaticales.

-Académicos -le corrigió Alice Noyes, enojada.

-No me interesa la gramática -gruñó Gram, mirando a Barnes-, no me interesa la mía ni la de nadie. Lo único que me interesa es que éste es un buen plan, que Alice Noyes está de acuerdo y que usted ha dimitido. Por lo tanto, ya no tiene voto en el asunto... Bueno, si decido aceptar su dimisión. Tendré que reflexionar sobre ello. Por el momento, puede esperar. -El tono de su voz bajó hasta convertirse en un murmullo, en tanto iba reflexionando acerca del asunto de la dimisión de Barnes. Poco después, levantó la mirada hacia aquél-. Hoy tiene usted muy mal humor. Normalmente está de acuerdo con mis sugerencias. ¿Qué le ocurre?

-3XX24J -dijo simplemente Barnes.

-¿Qué significa eso?

-El apartamento de unos Subhombres que estamos vigilando. Hemos estado haciendo un análisis estadístico con la computadora de Wyoming sobre las características de los que entran y salen de allí.

-Y ha obtenido unos resultados que no le gustan.

-Tengo algunas noticias -reconoció Barnes-. Un ciudadano medio, que aparentemente sabe que vamos a ejecutar a Cordon, ha traspasado la frontera repentinamente. En realidad, una persona a la que ya habíamos verificado. Una buena profesión, una reconocida lealtad, y en tan breve espacio de tiempo... Sí, anunciar la ejecución de Cordon fue un error, un error del que todavía podemos retractamos. Los jueces pueden volver a cambiar de idea -añadió sarcásticamente, aunque con expresión sombría-. Tengo una idea para introducir una leve alteración en su plan, Presidente del Consejo. Que el arma de Cordon también sea postiza, de guardarropía, lo mismo que su cerebro. Cordon apunta con su arma y dispara, y en el mismo instante un francotirador escondido dispara contra Irma. Sin fallar. De esta manera, quedan prácticamente reducidas a cero las posibilidades de que le maten a usted.

-Buena idea -aprobó Gram.

-¿Va a tomar en serio mi sugerencia? -se extrañó Barnes.

-Es una buena sugerencia. Deja de lado el elemento que a usted le

asustaba, de modo que...

-Usted debe separar su vida pública de su vida privada -le aconsejó Barnes-. Las ha mezclado demasiado...

-Pues le diré algo más -masculló Gram, enrojeciendo y con voz ronca-. El abogado Denfeld... Bien, quiero que en su apartamento se encuentren varios folletos de los de Cordon y quiero que los policías entren allí y detengan a Denfeld con las manos en la masa. Así, lo llevaremos a la Prisión de Brightforth, donde estará con Cordon, y los dos charlarán amigablemente.

-Denfeld puede hablar. Y Cordon puede escribir -recordó Alice Noyes-. Y los demás presos pueden leerlo todo.

-Opino -terminó Gram- que es un toque maestro de mi genio innato el hecho de solucionar mis problemas públicos y privados de una sola vez, y esto encaja bien con los requerimientos de la Navaja de Occam. ¿Comprenden lo que quiero decir?

Ni Barnes ni Alice Noyes contestaron. Barnes meditaba si debía retirar su dimisión, que de manera tan poco premeditada había decidido, sin pensar en sus futuras posibilidades. Y, mientras meditaba, se dio cuenta de que Gram, como siempre, leía en sus pensamientos.

-No se preocupe -le consoló Gram-. No necesita dimitir. Además, me gusta esa sugerencia del francotirador dispuesto a disparar contra Irma para que Cordon no pueda matarme por error. Sí, esa idea me gusta. Gracias por su contribución al plan.

-De nada -respondió Barnes, tragándose su aversión y sus pensamientos en contra.

-No me importa lo que usted piense -rezongó Gram-. Sólo me importa lo que haga. No me importa que se muestre hostil, con tal de que, inmediatamente, le conceda a ese proyecto toda su atención. Quiero que la cosa se realice lo antes posible, ya que Cordon podría morir antes. Bien, necesitamos bautizar este proyecto. ¿Cómo lo llamaremos?

-*Barrabás* -dijo rápidamente Barnes.

-No capto el significado, pero me gusta -asintió Gram-. De acuerdo, a partir de ahora empieza la *Operación Barrabás*. Y nos referiremos al proyecto con este nombre, tanto en las entrevistas verbales como por escrito.

-*Barrabás...* -repitió Alice Noyes-. Se refiere a una situación en la que mataron a una persona inocente y perdonaron a la culpable.

-¡Oh! -exclamó Gram-. Bueno, no está mal. -Se mordió el labio inferior-. ¿Cómo se llamaba la persona inocente que mataron?

-*Jesús de Nazareth* -le instruyó Barnes.

-¿Acaso quiere trazar una analogía? -se enfureció Gram-. ¿Que Cordon es como Cristo?

-Ya se hizo -indicó Barnes-. Además, permítame señalarle otro punto. Todos los escritos de Cordon se oponen a la fuerza, a la compulsión y a la violencia. Por lo tanto, es inconcebible que intente matar a alguien.

-Precisamente -observó Gram-, éste es el punto. Desacreditará todo cuanto ha escrito. Le presentará como un hipócrita. Socavará todos sus escritos, todos sus folletos. ¿No lo entiende?

-Nos chamuscará a nosotros -arguyó Barnes.

-Ya veo que no le gustan mis soluciones -dijo Gram mirándole fijamente como si le estuviera escudriñando el alma-. Creo que en este caso es usted muy poco juicioso.

-¿Qué quiere decir?

-Mal aconsejado.

-Nadie me aconsejó. La idea es mía.

Entonces, el Director Barnes se calló y dejó que sus pesimistas pensamientos se ahuyentasen de su cerebro y que su lengua quedase muda.

Nadie pareció observarlo.

-Así que tiramos adelante con el Proyecto Barrabás -exclamó Gram cordialmente, exhibiendo una amplia y feliz sonrisa.

9

Al sonido de su llamada especial, Kleo abrió la puerta del apartamento. ¿En casa a mediodía? Algo debía de haberle ocurrido.

Y entonces le vio, con una chica bajita, una adolescente, bien vestida, muy maquillada y con una sonrisa que mostraba sus blancos dientes como en agradecimiento.

-Usted debe de ser Kleo -dijo la chica, sin dejar de sonreír-. Encantada de conocerla, sobre todo después de lo que Nick me ha contado sobre usted.

Ella y Nick entraron en el apartamento, y la jovencita examinó los muebles, el color de las paredes, apreció como una experta la puerta, mirándolo todo. Esto puso a Kleo nerviosa, consciente de que, en realidad, tenía que haber sido al revés.

¿Quién será esa chica?, se preguntó.

-Sí -asintió- Soy la señora Appleton.

Nick cerró la puerta.

-Se esconde de su novio -explicó Nick-. Intentó pegarle y ella huyó. Él no puede encontrarla aquí porque ignora quién soy y dónde vivo, de manera que en nuestra casa está a salvo.

-¿Café? -ofreció Kleo.

-¿Café? -repitió Nick.

-Haré un poco de café -decidió Kleo.

Miró a la muchacha, viendo cuán bonita era a pesar de su maquillaje. Y muy bajita. Probablemente, tendría alguna dificultad en encontrar ropas que le sentaran bien; aquélla era una dificultad que a ella le hubiese gustado tener.

-Me llamo Charlotte -dijo la joven.

Se había sentado en el sofá del salón, y se había desabrochado las rodilleras. Nunca dejaba de sonreír, y las miradas que le dirigía a Kleo iban cargadas de algo parecido al amor. ¡Amor! Amor hacia alguien a quien no había visto en su vida.

-Le dije que podía quedarse aquí a pasar la noche -explicó Nick.

-Sí -consintió Kleo-. Ese sofá se convierte en cama.

Se dirigió a la cocina y preparó tres tazas de café.

-¿Con qué quiere el café? -le preguntó a la chica.

-Por favor -dijo ésta, levantándose y dirigiéndose a la cocina-. No quiero que se moleste por mí, de verdad. Lo único que necesito es un sitio donde pasar un par de días, un sitio que Denny no conozca. Ya le perdimos en medio del tráfico, de manera que no creo que tenga la menor probabilidad de... -gesticuló-, de hacer ninguna escena. Lo prometo.

-Todavía no ha dicho con qué quiere el café.

-Solo.

Kleo le dio una taza.

-Es un café estupendo -alabó Charley.

Kleo regresó al salón con dos tazas más. Le dio una a Nick, y luego se sentó en una butaca de plástico negro. Nick y la joven, como dos personas que están en el cine en dos butacas contiguas, se instalaron en el sofá.

-¿Ha llamado a la Policía? -se interesó Kleo.

-¿Llamar a la Policía? -repitió Charlotte, con expresión intrigada-. Oh, no, claro que no. Denny siempre se comporta así. Y yo me largo y espero... Sé el tiempo que le dura. Cuando se le pasa, vuelvo. ¿La Policía? ¿Para que le detengan? Se moriría en la cárcel. Ha de ser libre. Tiene que surcar los grandes espacios, a gran velocidad, en su autocohete, *la Morsa Púrpura*, como lo llama.

Tomó un sorbo de café.

Kleo estaba reflexionando. Tenía los sentimientos mezclados, unos sentimientos caóticos. Es una desconocida, pensó. No la conocemos, ni siquiera sabemos si dice la verdad acerca de su novio. Supongamos que es otra cosa... Supongamos que la policía la persigue... Claro que Nick parece conocerla, le gusta, confía en ella. Y si dice la verdad, tiene que quedarse... De pronto, Kleo también pensó que verdaderamente era muy bonita. Tal vez es por eso que Nick desea que se quede, tal vez siente por ella un... Buscó la palabra. Un interés especial. Si no fuese tan bonita, ¿desearía que se quedara en casa? Claro que eso no era propio de Nick. A menos que él no se diese cuenta de sus sentimientos; sabía que la chica necesitaba ayuda, pero no sabía realmente por qué.

Supongo que debemos correr el riesgo, decidió Kleo.

-Nos alegraremos mucho de tenerte con nosotros -dijo en voz alta y tuteando a la joven-, mientras nos necesites.

Al oír estas palabras, el rostro de Charlotte se puso radiante de alegría.

-Te ayudaré a quitarte la chaqueta -continuó Kleo, al ver que la chica trataba de desembarazarse de la misma.

Nick la ayudó, galantemente.

-No, por favor, muchas gracias -murmuró Charlotte.

-Si te vas a quedar con nosotros -Kleo le cogió la prenda-, será mejor colgarla.

La llevó hacia el único armario del apartamento, abrió la puerta, cogió un colgador y vio, en uno de los bolsillos de la chaqueta, un folleto descuidadamente enrollado.

-Un escrito cordonita -exclamó en voz alta, sacándolo del bolsillo-. Conque eres un Subhombre.

Charlotte dejó de sonreír; ahora parecía ansiosa, y era obvio que trataba de encontrar rápidamente algo que decir.

-O sea que la historia de tu novio es mentira -razonó Kleo-. La persigue la Policía, y por eso tú deseas esconderla aquí. -Cogió la chaqueta y el folleto y se lo entregó a Charlotte-. Pues no puedes quedarte.

-Te lo habría dicho -tartamudeó Nick-, pero sabía que ésta sería tu reacción. Y no me equivoqué.

-Lo de Denny es cierto -afirmó Charlotte, con voz segura pero baja-. Es de él de quien me escondo. La Policía no me persigue. Y, según me dijo Nick, no hace mucho que les investigaron. No volverán a este apartamento en varios meses. Tal vez años.

Kleo continuaba tendiéndole la chaqueta a Charlotte.

-Si ella se va -amenazó Nick-, yo me iré con ella.

-Ojalá -exclamó Kleo.

-¿Lo dices en serio?

-Sí, lo digo en serio.

Charlotte se puso de pie.

-No quiero separarlos. No sería justo... -Se volvió hacia Nick-. De todos modos, gracias.

Cogió la chaqueta de las manos de Kleo, se la puso y fue hacia la puerta.

-Entiendo lo que siente, Kleo -dijo al abrir la puerta, sonriendo ahora con una sonrisa helada-. Adiós.

Nick se movió velozmente, yendo detrás de ella. La detuvo en el umbral, asiéndola por los hombros.

-No -casi gritó Charlotte y, con una fuerza extraña en una mujer, se soltó-. Hasta la vista, Nick. Al fin y al cabo, hemos despistado a *la Morsa Púrpura*. Y eso fue muy divertido. Eres un buen conductor; muchos tipos han tratado de despistar a Denny yendo en su aparato, y tú eres el único que lo ha conseguido.

Le acarició el brazo y salió al pasillo.

Tal vez es verdad lo de su novio, pensó Kleo. Tal vez intentó pegarle; quizá debería haber dejado que se quedase. Sin embargo, ellos no me contaron nada, ni ella ni Nick; eso significa una mentira por omisión. Y Nick jamás había hecho eso. En cambio, esta vez nos ha puesto a todos en peligro y no ha dicho nada... Afortunadamente, vi el folleto en la chaqueta.

También pensó que Nick podía irse con Charlotte, lo que significaría que estaba liado con ella. Kleo estaba segura de que no acababan de conocerse, porque no es natural que se ayude tanto a una persona casi desconocida... Salvo que, en este caso, la desconocida era bonita, frágil y estaba indefensa. Y los hombres son así... En su estructura hay una debilidad que sale a relucir en situaciones como ésta. No piensan ni actúan razonablemente, sino que se comportan conforme a lo que creen que es un acto caballeresco. Les cueste lo que les cueste; en este caso, su esposa y su hijo.

-Puedes quedarte -le dijo a Charlotte, saliendo al pasillo, mientras la muchacha estaba acabando de ponerse bien la chaqueta.

Nick no cambió de expresión, como si no pudiese seguir y, por tanto, participar en la situación.

-No -rechazó Charlotte-. Adiós.

Echó a correr por el corredor, a plena luz, como un pájaro en el bosque.

-Maldita seas -gruñó Nick, dirigiéndose a Kleo.

-Maldito seas tú -replicó Kleo-, por intentar traerla aquí y fastidiarnos a todos. Maldito seas tú por no decirme nada.

-Te lo habría contado cuando se presentara la oportunidad.

-¿No la sigues? -le azuzó Kleo-. Dijiste que lo harías.

Nick la miró fijamente, moviendo sus facciones rabiosamente, empequeñecidos sus ojos y llenos de negrura.

-La has sentenciado a cuarenta años en un Campo de Concentración de la Luna; a rondar por las calles sin dinero ni sitio adónde ir y a que algún coche de patrulla la detenga para interrogarla.

-Es una chica lista y sabrá deshacerse de los folletos -replicó Kleo.

-Pero tarde o temprano la atraparán por alguna cosa.

-Entonces ve y asegúrate de que no le sucede nada. Olvídanos, olvídate de mí y de Bobby y procura que no le ocurra nada. Vamos, lárgate.

Kleo pensó que Nick iba a pegarle al observar cómo se retraía la

mandíbula del hombre. Era esto lo que había aprendido ya de su nueva amiguita: brutalidad.

Sin embargo, Nick no le pegó, sino que, dando media vuelta, echó a correr por el corredor detrás de Charlotte.

-¡Maldito bastardo! -le gritó Kleo, sin importarle que los demás vecinos la oyeran.

Después, volvió a su apartamento, cerró y atrancó la puerta, colocando la cadena en su sitio, a fin de que Nick no pudiera entrar usando la llave.

Anduvieron por las calles, cogidos de la mano, por entre el denso tráfico de las aceras, y contemplando los escaparates, sin hablar.

-He estropeado su matrimonio -dijo de pronto Charley.

-Oh, no -replicó Nick.

Era verdad. Su huida con aquella chiquilla no había hecho más que sacar a la superficie lo que ya existía. Nick y Kleo llevaban una existencia de miedos, de preocupaciones, de temores. Miedo de que Bobby no aprobara los exámenes, miedo a la Policía... Y, ahora, miedo a *la Morsa Púrpura*. Lo único que tenemos que hacer es preocuparnos de que no nos aplaste. Al pensar esto se echó a reír.

-¿Porqué se ríe? -quiso saber Charley.

-Me imaginaba a Denny bombardeándonos, como si llevase uno de aquellos viejos *Stukas* que utilizaron en la Segunda Guerra Mundial. Todo el mundo huía para no morir bajo las bombas, pensando que la guerra destrozaría la Alemania del noroeste.

Andaban cogidos de la mano, cada uno rodeado por sus propios pensamientos.

-No tienes por qué venir conmigo, Nick -exclamó de pronto Charley, tuteándole por primera vez-. Cortemos la cuerda; vuelve junto a Kleo, se alegrará de verte. Yo conozco a las mujeres, y sé que se sobreponen muy de prisa a su enfado, especialmente por algo como esto, cuando lo que las amenaza, en este caso yo, ha desaparecido, ¿de acuerdo?

Probablemente fuese verdad, pero Nick no respondió; todavía no había puesto en claro sus pensamientos. Hizo un repaso mental a todo lo que había sucedido aquel día. Había descubierto que su jefe, Earl Zeta, era un Subhombre; había bebido alcohol con él; los dos habían ido al apartamento de Charley, o de Denny; habían presenciado una pelea, y él había salido de allí con Charley, salvándola, a una chica que era una desconocida, con la ayuda de su corpulento y forzudo jefe. Y ahora este asunto de Kleo.

-¿Estás segura de que los de la Seguridad Pública no están enterados de la existencia de tu apartamento? -le preguntó a Charley.

Dicho de otro modo, pensó, ¿no me habrán ya tildado de sospechoso?

-Hemos tenido mucha prudencia -contestó Charley.

-¿De verdad? Dejaste el folleto en tu chaqueta y Kleo lo descubrió. Eso no fue muy prudente.

-El hecho de haber tenido que despistar a *la Morsa Púrpura* me había dejado bastante aturdida. Esto no suele ocurrirme nunca.

-¿Llevas algunos más? ¿En el bolso, tal vez?

-No.

Nick le cogió el bolso y lo inspeccionó. Era verdad. Después, mientras seguían andando, registró los bolsillos de la chaqueta de Charley. Tampoco había nada en la chaqueta. Pero los escritos de Cordon también circulaban

en forma de micro puntos, y ella podía llevar varios encima, y si la atrapaban, los fulanos de la Seguridad Pública los encontrarían.

Supongo que después de lo ocurrido con Kleo no me fío de ella, pensó. Obviamente, si lo hizo ya una vez...

De pronto pensó también que los policías podían estar vigilando el apartamento, escudriñándole de alguna manera. Sabiendo quién iba y quién venía. Yo entré; yo salí. De manera que si era así estaría ya en la lista. Con toda seguridad, ya era demasiado tarde para volver al lado de Kleo y Bobby.

-Estás muy deprimido -comentó Charley, con tono alegre.

-Diantre -exclamó él-, he cruzado la línea.

-Sí, ya eres un Subhombre.

-¿No es suficiente esto para que uno esté triste?

-Más bien debería llenarte de júbilo -respondió Charley.

-No quiero ir a un Campo de Concentración donde...

-No acabarás de esa manera, Nick. Provoni volverá y todo irá estupendamente bien. -Cogida de su mano, la joven ladeó la cabeza y le miró como un pájaro curioso-. ¡Anímate y endereza la espalda! ¡Alégrate y sé feliz!

Nick pensó que era ella la que había roto su familia. No tenemos ningún sitio adonde ir. Nos pillaran fácilmente en un motel.

Zeta, volvió a pensar. Él puede ayudamos. Y, hasta cierto punto, la responsabilidad es suya: Zeta es el culpable de todo lo que me está ocurriendo.

-Eh! -exclamó Charley, al ver que Nick la llevaba hacia un paso elevado de peatones-. ¿Adónde vamos?

-Al solar del *Frente Unido de Autocohetes Ligeramente Usados* -explicó.

-Ah, te refieres a Earl Zeta. Tal vez haya vuelto al apartamento, luchando con Denny. No, supongo que en estos momentos Denny ya ha huido; además, eso es lo que creímos cuando tú conducías, ya que le vimos en el tejado. Bueno, ahora me gustaría volver a disfrutar de tu destreza como conductor. Eres mejor que Denny, y eso que él es estupendo. ¿No te lo había dicho ya? Sí, creo que sí.

Parecía muy contenta. Y, de repente, relajada. Pero su humor cambió y otra vez se mostró inquieta.

-¿Qué te pasa? -quiso saber Nick, cuando entraban en la rampa elevada que les conduciría al nivel cincuenta donde Nick había estacionado su autocohete.

-Bueno -murmuró ella-, temo que Denny esté mirando por ahí. Dando vueltas, acechando. Vigilando. -Soltó salvajemente la palabra, y Nick se sobresaltó, ya que hasta entonces no había observado aquella faceta del carácter de Charley-. No, no puedo ir ahí, ve tú solo. Déjame en cualquier parte, o bien iré por la rampa descendente -hizo un gesto expresivo con la mano- y saldré de tu vida para siempre. -Una vez más se echó a reír-. Claro que continuaremos siendo amigos. Podremos comunicarnos por postales. Aunque no volvamos a vernos, seremos buenos conocidos. Nuestras almas se han fundido, y cuando unas almas se funden entre sí, no es posible destruir una sin que muera la otra. -Ahora reía a carcajadas, sin poder dominarse, virtualmente histérica; se llevó las manos a la cara, y siguió riendo a través de sus dedos algo separados-. Esto es lo que enseña Cordon, esto es lo más divertido de todo... ¡Oh, sí, lo más divertido!

Nick le cogió ambas manos y se las apartó de la cara. A Charley le brillaban las pupilas, que estaban, como estrellas, fijas en las de él,

escrutándole profundamente, como tratando de encontrar la respuesta, no a lo que él había dicho, sino a lo que mostraban sus ojos.

-Piensas que estoy loca -musitó ella.

-Sin duda alguna.

-Sí, los dos estamos en esta terrible situación, van a ejecutar a Cordon, y todo lo que hago es reír. -Aunque con un visible esfuerzo, había conseguido dejar de reír, y la boca le temblaba como conteniendo la risa-. Conozco un sitio en el que podremos conseguir algo de alcohol -añadió-. Vamos allá, y nos emborracharemos.

-No, ya estoy bastante borracho.

-Por eso hiciste lo que hiciste, irte conmigo y abandonar a Kleo. A causa del alcohol que te dio Zeta.

-¿De veras? -preguntó Nick.

Tal vez fuese cierto. Nick sabía positivamente que el alcohol producía cambios de personalidad, y también era cierto que él no estaba actuando de acuerdo con sus hábitos. Pero era una situación inhabitual, y ¿cuál habría sido su reacción normal a lo que le había sucedido durante aquel día?

He de dominar esta situación, se dijo. He de controlar a esa chica, o abandonarla.

-No me gusta que me manden -exclamó ella de repente-. Veo que deseas dominarme, decirme qué debo y qué no debo hacer. Lo mismo que hace Denny, lo mismo que hacía mi padre. Algún día te contaré las cosas que me ordenaba mi padre y, entonces, me comprenderás mejor. Algunas de las cosas que me obligaba a hacer, cosas terribles, cosas sexuales.

-¡Oh! -se horrorizó Nick.

Eso explicaría sus tendencias lesbianas, si Denny estuvo acertado al describirla.

-Creo que lo que haré -continuó Charley- será llevarte a un Centro de Imprenta cordonita.

-¿Sabes dónde hay uno? -inquirió él incrédulamente-. Entonces, los policías darían cualquier cosa por saber...

-Lo sé. Les gustaría atraparme. Lo sé gracias a Denny. Es un traficante más importante de lo que te imaginas.

-¿Puede ir él también a ese lugar?

-No sabe que yo lo conozco. Una vez le seguí, pensaba que dormía con otra chica, aunque descubrí que no era eso: estaba en un centro de impresión. Regresé al apartamento y fingí estar dormida. -Le cogió una mano y se la acarició-. Es un centro especialmente interesante porque imprimen material cordonita para los niños. Cosas como, por ejemplo: *«Exacto. ¡Esto es un caballo! ¡Y cuando los hombres eran libres, montaban a caballo!».* Cosas como ésta.

-Baja la voz -le suplicó Nick.

Había otras personas que ascendían por la rampa y la vibrante voz juvenil de Charley se veía aumentada por su entusiasmo.

-Está bien -obedeció ella.

-¿No hay un centro cordonita en lo alto de la Organización? -se interesó él.

-No existe ninguna Organización, solamente lazos mutuos de fraternidad. No, no está en lo alto la planta de impresión; lo que está en lo alto es la Estación Receptora.

-¿La Estación Receptora? ¿Y qué recibe?

-Los mensajes de Cordon.

-¿Desde la cárcel de Brightforth?

-Cordon -explicó Charley- tiene un transmisor cosido a su cuerpo que todavía no han descubierto, ni siquiera después de haber pasado por los rayos X. Encontraron dos, pero no este, y gracias a él obtenemos sus meditaciones cotidianas, sus ideas, sus pensamientos, que las plantas impresoras se encargan de imprimir lo antes posible. Desde allí, el material se distribuye, los traficantes lo recogen y lo venden a la gente -añadió-. Como puedes suponer, el índice de mortalidad entre los distribuidores es muy alto.

-¿Cuántas plantas impresoras tenéis?

-No lo sé. No muchas.

-¿Y las autoridades no...?

-Los meones... Oh, perdón, los de la Seguridad Pública localizan una de vez en cuando. Pero instalamos otra, de manera que el número sigue siendo el mismo. -Calló unos momentos, meditando-. Creo que será mejor coger un taxi y no tu autocohete. ¿Qué opinas?

-¿Por algún motivo en especial?

-No estoy segura. Tal vez hayan averiguado tu número de licencia; nosotros acostumbramos a dirigirnos a las plantas impresoras en coches alquilados. Los taxis son preferibles a...

-¿Está muy lejos?

-¿Te refieres a kilómetros? No, se halla en el centro de la ciudad, en la parte más ajetreado. Vamos.

Charley saltó a la rampa descendente y él la siguió. Unos instantes más tarde se hallaban a nivel de la calle; la muchacha empezó a buscar un taxi.

10

Un taxi que flotaba por entre el tráfico se detuvo en el bordillo de la acera, frente a ellos. La portezuela se deslizó a un lado y subieron en él.

-Al *Emporio de Equipajes de Feller* -le dijo Charley al taxista-. En la avenida Decimosexta.

-Hum... -rezongó el conductor.

Elevó su aparato una vez más hacia el denso tráfico, aunque esta vez en dirección contraria.

-Pero el *Emporio de Feller*...- balbuceó Nick, pero Charley le dio un codazo, y él, comprendiéndolo, calló.

Al cabo de diez minutos ya habían llegado al lugar indicado. Nick pagó el trayecto y el taxi se alejó flotando como un juguete pintado.

-El *Emporio de Equipajes de Feller* -exclamó Charley, contemplando el aristocrático edificio-. Uno de los establecimientos más antiguos y respetables de la ciudad. Creías que se trataba de un almacén situado detrás de una gasolinera en los límites de la ciudad y lleno de ratas, ¿no?

Le cogió de la mano, conduciéndole a través de las puertas automáticas, y luego hacia el suelo alfombrado de la famosa tienda mundial.

Se les acercó un dependiente elegantemente ataviado.

-Buenas tardes -les saludó melifluamente.

-Dejé un equipaje aquí -mintió Charley-. Cuatro maletas de piel de avestruz. Me llamo Barrows, Julie Barrows.

-Por aquí, por favor -dijo el dependiente, dirigiéndose con suma dignidad al fondo del local.

-Gracias -murmuró Charley.

Volvió a pegarle un codazo a Nick, esta vez gratuitamente. Y le sonrió.

Una pesada puerta metálica se deslizó a un lado, dejando ver una pequeña habitación en la que había una gran variedad de maletas y maletines colocados en estanterías de madera. La puerta por la que habían entrado se cerró quedamente. El dependiente esperó un momento, consultando su reloj, después le dio cuerda y, rápidamente, se separó todo un pedazo de pared, dejando al descubierto otra habitación más grande. A los oídos de Nick llegó un sordo golpeteo: la maquinaria de una imprenta en pleno rendimiento. Aunque sabía muy poco sobre el arte de imprimir, sí sabía una cosa: aquella maquinaria era totalmente moderna, la mejor que existía, también la más cara. Las Prensas de los Subhombres no eran máquinas para mecanografiar.

Cuatro soldados con uniforme gris y los rostros cubiertos con máscaras antigás les rodearon inmediatamente, sosteniendo mortales *tubos de Hopp*.

-¿Quiénes sois? -les gritó uno de ellos, un sargento. No lo preguntó, lo exigió.

-Soy la chica de Denny.

-¿Quién es Denny?

-Ya lo sabes -respondió Charley-. Denny Strong. Opera a gran escala en esta zona, a nivel de distribución.

Un scanner se movía en todas direcciones vigilándoles.

Los soldados hablaron por unos micrófonos a nivel de los labios, y escucharon por unos botones oidófonos situados en sus orejas derechas.

-Está bien -exclamó al fin el sargento. Concentró su atención en Nick y Charley-. ¿Qué buscáis aquí?

-Un sitio donde poder quedarnos algún tiempo -explicó ella.

-¿Quién es él? -quiso saber el occífero, señalando a Nick.

-Un converso. Hoy ha venido a nosotros.

-Debido al anuncio de la ejecución de Cordon -agregó Nick.

El soldado gruñó y reflexionó.

-Creo que hemos albergado ya a todo el mundo. No sé... -Se mordió el labio inferior y frunció el ceño-. ¿También quieres quedarte? -le preguntó a Nick.

-Sólo por un día, no más.

-Ya sabes que Denny sufre esas rabietas psicopáticas -intervino Charley-, aunque generalmente no le duran mucho...

-No conozco a Denny -negó el sargento-. ¿Podéis ocupar la misma habitación?

-Pues... creo que sí -asintió Charley.

-Sí -aseguró Nick.

-Podemos ofrecemos asilo por setenta y dos horas -concedió el sargento-. Luego, tendréis que marchamos.

-¿Es muy grande este local? -se interesó Nick.

-Ocupa cuatro bloques de la ciudad.

-Entonces -opinó Nick, creyéndolo-, no se trata de una operación insignificante.

-Si lo fuese -arguyó uno de los soldados-–, no tendríamos la menor posibilidad. Aquí imprimimos millones de folletos. La mayoría son confiscados por las autoridades, pero no todos. Usamos el principio del reparto por correo; y aunque sólo se lea una quincuagésima parte, y los

Librodot

demás sean arrojados, vale la pena. Al menos, sirve para algo.

-¿Qué envía ahora Cordon, tras saber que va a ser ejecutado? -inquirió Charley-. ¿O no lo sabe? ¿Se lo han comunicado?

-Lo saben en la Estación Receptora -confirmó el sargento-. Pero nosotros tardamos bastante en enterarnos gracias a ellos; por lo general, transcurre algún tiempo hasta que queda editado el material.

-Entonces, no imprimís las palabras exactas de Cordon -comentó Nick.

El sargento se echó a reír y no respondió.

-Cordon divaga -explicó Charley.

-¿No habrá una algarada por el intento de ejecución? -insistió Nick.

-Dudo que lo hayan decidido -respondió el sargento.

-No causaría ningún efecto -opinó un soldado-. Fracasaríamos. Le ejecutarían y nosotros iríamos a parar todos a los Campos de Concentración.

-O sea que le dejarán morir... -murmuró Nick.

-No tenemos el menor control sobre ello -dijo el soldado.

-Pero una vez que haya muerto -observó Nick-, ya no tendréis nada que imprimir. Y tendréis que cerrar esto.

Los soldados rieron.

-Habéis tenido noticias de Provoni, ¿verdad? -preguntó Charley.

Silencio.

-Un mensaje descifrado. Pero auténtico -afirmó el sargento.

-Thors Provoni -añadió el soldado que estaba junto al sargento- está de regreso.

SEGUNDA PARTE

11

-Eso pone una luz nueva en el asunto -exclamó Willis Gram-. Vuelve a leer el mensaje interceptado.

El director Barnes leyó la copia que tenía delante.

«Hemos encontrado... quien hará... su ayuda... y yo estoy...».

-Esto fue todo lo que pudo transcribirse. Lo demás se lo tragó la interferencia atmosférica.

-Pero todas las respuestas están ahí -reflexionó Gram-. Vive y regresa. Ha encontrado a algunos. No algo, sino algunos, porque emplea la palabra quien. Dice su ayuda, y lo que falta seguramente completaría la frase: Su ayuda será suficiente, o algo por el estilo.

-Creo que es usted demasiado pesimista -opinó Barnes.

-Es preciso. En realidad, poseo la prueba que me obliga a serlo. Hemos estado aguardando noticias de Provoni durante mucho tiempo y por fin ahora han llegado. Antes de que transcurran seis horas, y sin que podamos impedirlo, sus plantas de impresión transmitirán la noticia por todo el planeta.

-Podríamos bombardear su principal planta impresora de la avenida Decimosexta -dijo el Director Barnes.

Estaba decidido a hacerlo. Llevaba meses esperando el permiso para destruir aquella enorme planta de los Subhombres.

-Lo intercalarán en el circuito de televisión -rezongó Gram-. Dos minutos, después descubriremos su transmisor y eso será el fin, pero ya habrán conseguido radiar el mensaje.

-Bien, podemos rendirnos -sugirió Barnes.

-No pienso rendirme. Nunca lo haré. Provoni morirá una hora después de aterrizar en la Tierra, y lo mismo les ocurrirá a los que traiga con él. Sí, también los aniquilaremos. Probablemente se trate de unos organismos no humanos, con seis piernas y una cola como un aguijón, igual que los escorpiones.

-Y nos aguijonearán hasta matarnos -se quejó Barnes.

-Es posible -con su batín y sus zapatillas, Gram, malhumorado, se paseaba por su despacho-dormitorio, con los brazos cruzados a la espalda y muy prominente su estómago-. ¿No le parece esto una traición a la raza humana, a los Antiguos, los Subhombres, los Nuevos Hombres y los Inusuales? ¿A todo el mundo? Traer aquí una forma de vida humanoide que, probablemente, querrá colonizar la Tierra cuando nos hayan destruido.

-Si no fuera porque -indicó Barnes- no nos destruirán ellos a nosotros, sino nosotros a ellos.

-Estas cosas nunca se saben -masculló Gram-. Pueden conseguir un sostén, un apoyo. Y eso es lo que debemos impedir.

-Por el cálculo de la distancia desde la que llegó el mensaje -observó Barnes-, se ha computado que no llegarán, que no llegará, antes de dos meses.

-Pueden poseer un impulso de velocidad más rápido que la luz -objetó Gram astutamente-. Es posible que Provoni no esté a bordo de su *Dinosaurio Gris*, sino de una de sus naves. Además, el *Dinosaurio Gris* es sumamente veloz; recuerde que fue el modelo de toda una flota de naves de transporte interestelar; Provoni se apoderó del primero y se marchó en él.

-Lo admito -asintió Barnes-. Es posible que Provoni haya modificado la velocidad de la nave; puede haberla aumentado. Siempre fue un manitas. No descartaría esa posibilidad por completo.

-Ejecutaremos a Cordon inmediatamente -decidió Gram-. Ahora mismo. Comuníqueselo a los medios de información para que estén presentes. Y reúna a los simpatizantes.

-¿A los nuestros o a los suyos?

-¡A los nuestros! -casi escupió Gram.

-Además -preguntó Barnes, garabateando unas notas en un bloc-, ¿puedo pedir permiso para bombardear la planta impresora de la avenida Decimosexta?

-Es a prueba de bombas -le recordó Gram.

-No del todo. Está dividida como una colmena y...

-Lo sé. Durante meses he leído sus memorandos tan aburridos. Usted tiene alguna antipatía particular hacia esa planta de la avenida Decimosexta, ¿no es cierto?

-¿Yo? ¿Acaso no debimos destruirla hace mucho tiempo?

-Algo me impidió hacerlo.

-¿Por qué? -inquirió Barnes.

-Había trabajado allí -confesó Gram-. Antes de entrar en el Servicio Civil. Yo era espía. Conozco a casi todos los de allí; eran mis amigos. Y jamás me descubrieron. Claro que mi aspecto era muy distinto al de ahora. Llevaba una cabeza artificial...

Librodot

-¡Caramba! -exclamó Barnes.

-¿Qué hay de malo en ello?

-Es que..., parece absurdo. Ya no las fabricamos. Al menos, desde que yo desempeño este cargo.

-Bueno, esto fue mucho antes.

-De manera que ellos siguen ignorándolo.

-Le concedo permiso para derribar el muro del establecimiento y para que arreste a todos -le autorizó Gram-, pero no para bombardearlo. Estará de acuerdo conmigo en que eso no serviría de nada. Pondrán la noticia de la vuelta de Provoni en el aire. En dos minutos dará la vuelta a la Tierra, en dos minutos.

-Tan pronto como la transmisión salte a las ondas...

-Dos minutos tan sólo.

Barnes asintió.

-Ya sabe que tengo razón -prosiguió Gram-. Bien, adelante con la ejecución de Cordon. Según nuestro horario, tendrá lugar a la seis de esta tarde.

-Y lo del francotirador y su esposa...

-Olvídelo. Dedíquese sólo a Cordon. A ella ya la eliminaremos más adelante. Tal vez una de las formas de vida humanoide la ahogará con su cuerpo protoplásmico, como un saco.

Barnes rió.

-Hablo en serio -se enojó Gram.

-Tiene usted una idea muy especial de los humanoides.

-Submarinos -musitó Gram-. Parecen submarinos. Eso es. Sólo que con cola. Son las colas lo que habrá que vigilar, porque en ellas se halla el veneno.

Barnes se puso de pie.

-¿Puedo irme ya para empezar a ocuparme de la ejecución de Cordon y del ataque a la planta impresora de la avenida Decimosexta?

-Sí -asintió Gram.

-¿Le gustaría asistir a la ejecución? -inquirió de pronto Barnes, yendo hacia la puerta.

-No.

-Podría construir un palco especial para usted y nadie le...

-Lo veré por el circuito cerrado de televisión.

-Entonces -parpadeó Barnes-, no desea que el acto sea teleportado por el sistema regular de la red planetaria.

-Oh, sí -exclamó Gram, asintiendo pesadamente-. Por supuesto, en esto reside la mitad del espectáculo, ¿verdad? Está bien, lo veré como todo el mundo. Ya será suficiente para mí.

-Y respecto a la planta impresora, estableceré una lista de todos los que arrestemos allí y usted podrá revisarla...

-... para ver a cuántos amigos han apresado -concluyó la frase Gram.

-Tal vez desee visitarlos en la cárcel.

-¿En la cárcel? ¿Es que todos han de acabar en Prisión, o ejecutados? ¿Es esto razonable?

-Si quiere decir que si es esto lo que ha sucedido hasta ahora, la respuesta es sí. Pero si se refiere a...

-Ya sabe a qué me refiero.

-Estamos librando una Guerra Civil -reflexionó Barnes-. En su época,

Abraham Lincoln encarceló a centenares de hombres sin ningún proceso y, a pesar de eso, es recordado como uno de los mejores Presidentes de los Estados Unidos.

-Pero siempre perdonaba a individuos...

-Cosa que también puede hacer usted.

-Está bien -asintió Gram rígidamente-. Liberaré a todos los que conozca de la planta impresora de la avenida Decimosexta; y nunca sabrán el motivo.

-Usted es un buen hombre, Presidente del Consejo -murmuró Barnes-. Y extiende su bondad incluso a aquellos que le combaten.

-Soy un maldito bastardo -admitió Gram-. Usted y yo lo sabemos. Pero es que esos muchachos y yo hemos pasado juntos muy buenos ratos; nos reíamos mucho con lo que imprimíamos. Nos reíamos porque en los escritos intercalábamos cosas divertidas. -Y ahora todo es solemne, rígido. Pero cuando yo estuve allí... En fin, al diablo con ello.

Calló. Y se preguntó qué hacía allí... ¿Cómo había alcanzado la posición que ahora sostenía, teniendo tanta autoridad? Jamás lo había deseado.

Por otra parte, concluyó, tal vez sí lo había deseado.

Thors Provoni se despertó. Y no vio nada, sólo la profunda negrura que le rodeaba. Comprendió que estaba dentro de esa negrura.

-Esto es verdad -asintió el Frolikan-. Me trastorna cuando se duerme... como tú lo llamas.

-Morgo Rahn Wilc -dijo Provoni, en la oscuridad-. Siempre estás preocupado. Nosotros dormimos cada veinticuatro horas; dormimos de ocho a...

-Lo sé -dijo Morgo- Pero considera esto: gradualmente pierdes la personalidad, tu corazón late más despacio, lo mismo hace el pulso... Pareces un muerto.

-Pero uno sabe que no lo está -objetó Provoni.

-Es el funcionamiento mental lo que más cambia, y eso nos pone nerviosos. Tú no te das cuenta, pero mientras duermes tiene lugar una actividad mental violenta, inusitada. Primero, penetras en un mundo que, hasta cierto punto, te resulta familiar y, en tu mente, hay amigos personales, enemigos y seres a los que has conocido socialmente...

-En otras palabras -le atajó Provoni-, sueños.

-Esta clase de sueño forma una especie de recapitulación de la jornada, de lo que has hecho, de las personas en las que pensaste, con las que hablaste. Y eso no nos alarma. Es la siguiente fase. Entonces, caes en un nivel mucho más inferior; encuentras seres a los que no conoces, situaciones en las que jamás has estado. Y se inicia una desintegración de tu propio yo; te fundes con entidades primordiales de un tipo semejante a *Dios*, poseyendo una fuerza enorme; y mientras tanto corres el peligro...

-El inconsciente colectivo -le interrumpió Provoni-. Esto es lo que descubrió el más grande de los pensadores humanos, *Carl Jung*. Retroceder hasta antes del momento de nacer, retroceder a vidas anteriores, a otros lugares poblados por arquetipos, como *Jung*.

-¿Subrayó *Jung* el hecho de que uno de esos arquetipos podía, en un momento dado, absorberse? ¿Y que jamás tendría lugar una reforma de tu yo? ¿Que podrías llegar a ser sólo una extensión móvil y parlante del arquetipo?

-Por supuesto que lo subrayó. Pero el arquetipo no surge durante el sueño

nocturno, sino durante el día. Cuando aparece de día es precisamente cuando uno queda destruido.

-O sea, cuando sueñas despierto.

-Exacto -asintió Provoni, casi gruñendo.

-Por eso, cuando duermes tenemos que protegerte. ¿Por qué te opones a que te envuelva durante ese período? Estoy preocupado por tu vida; estás constituido de tal manera que quedarías eliminado en una sola jugada. Tu viaje a nuestro mundo fue una terrible jugada que, hablando estadísticamente, no debieras haber efectuado.

-Pero la llevé a cabo -destacó Provoni.

La oscuridad empezaba a retirarse cuando el Frolikan le dejó. Provoni tanteó la pared metálica de la nave, la gran canasta que usaba como litera, la escotilla semicerrada para el control del camarote. Su nave, *el Dinosaurio Gris*; su mundo durante tanto tiempo. Su capullo, dentro del cual dormía gran parte de la jornada.

Se admirarían ante este fanático, pensó, si pudieran verle tumbado en su litera, con la barba de una semana, y sus ropas raídas y pasadas de moda. Y aquí estaba él, el salvador del hombre. O, más bien, de una parte de la Humanidad. La parte que no había sido suprimida. Se preguntó qué habría pasado. ¿Habrían obtenido algún apoyo los Subhombres? ¿O se habrían resignado los Antiguos a su endeble condición? Se acordaba también de Cordon. ¿Y si el gran orador y escritor hubiese muerto? En tal caso, lo más probable es que todos hubiesen muerto con él.

Pero ahora ya lo saben, al menos mis amigos saben que he encontrado la ayuda que necesitábamos y que vuelvo a la Tierra. Suponiendo que hayan captado mi mensaje. Y suponiendo que sepan descifrarlo.

Yo, el traidor, siguió pensando. El que he buscado ayuda entre los no humanos, dejando abierta la Tierra a una invasión realizada por unos seres que, en caso contrario, jamás se habrían fijado en nuestro planeta. ¿Seré, ante la Historia, el más vil de los hombres, o su salvador? O tal vez algo menos extremado, algo intermedio. Por ejemplo, el tema de un cuarto de página en la *Enciclopedia Británica*.

-¿Cómo puede motejarse a sí mismo de traidor, señor Provoni? -inquirió Morgo.

-Sí, cómo…

-Le han llamado traidor. Le han llamado salvador. Yo he examinado cada partícula de su yo consciente, y no hay anhelos más allá de la vanagloria de la grandeza. Usted ha realizado un viaje peligroso, sin tener apenas esperanzas de éxito, y lo ha hecho por un solo motivo: ayudar a sus amigos. Lo dice en uno de sus libros de sabiduría: *«Si un hombre da su vida por sus amigos…».*

-No es posible completar la cita -dijo Provoni, divertido.

-No, porque usted no la conoce, y todo lo que nosotros sabemos es lo que tiene usted en la mente; precisamente, es este contenido, a nivel colectivo, lo que tanto nos preocupa de noche.

-Pavor nocturno -murmuró Provoni-. Miedo de noche; vosotros sufrís una fobia.

Saltó de la litera, se balanceó adormiladamente, y luego se dirigió al compartimiento del suministro de alimentos. Presionó un botón pero no salió nada. Presionó otro botón. Nada tampoco. Entonces experimentó pánico; fue presionando botones al azar. Al final, se deslizó hacia el receptáculo un cubo

de *ración R*.

-Hay bastante para su regreso a la Tierra, señor Provoni -aseguró el Frolikan.

-Pero -objetó Provoni, apretando salvajemente los dientes- justo lo bastante. Conozco los cálculos. A lo mejor, estaré los últimos días sin comida. Y tú te preocupas por mi sueño. Si tienes que preocupante, preocúpate por mi estómago.

-Pero sabemos que todo saldrá bien.

-De acuerdo -asintió Provoni.

Abrió el cubo de la comida, se comió su contenido, se tomó un vaso de agua redestilada, se estremeció y se preguntó si debía lavarse los dientes. Apesto, pensó. Todo yo. Se quedarán asombrados. Parezco un individuo atrapado en un submarino durante cuatro semanas.

-Ya comprenderán el porqué -estableció Morgo.

-Quiero tomar una ducha -dijo Provoni.

-No hay bastante agua.

-¿No puedes conseguir una poca? ¿De cualquier sitio?

Anteriormente, en varias ocasiones, el Frolikan le había proporcionado varios componentes químicos, construyendo bloques que él necesitaba para entidades más complicadas. Con toda seguridad, si podía hacer eso, también podría sintetizar agua... en *el Dinosaurio Gris*, donde se había instalado.

-Mi sistema somático tiene poca agua -adujo Morgo-. Pensaba pedirle a usted...

Provoni rió.

-¿Qué le hace reír? -inquirió el Frolikan.

-Que estamos aquí, entre Próxima y el Sol, dispuestos a salvar a la Tierra de la tiranía oligárquica de sus gobernantes, y nos ocupamos frenéticamente por conseguir unas gotas de agua. ¿Cómo podremos salvar a la Tierra si ni siquiera podemos sintetizar agua?

-Permita que le cuente una leyenda acerca de *Dios* -replicó Morgo-. Al principio, creó un huevo, un huevo enorme, con una criatura en su interior. *Dios* intentó romper la cáscara del huevo para que saliese la criatura, la primitiva criatura viva. Y no pudo. Pero el ser que *Él* había creado tenía un pico afilado, construido precisamente para aquella tarea, y consiguió salir del huevo. Y, a partir de entonces, todas las criaturas vivas poseen una voluntad propia.

-¿Por qué?

-Porque somos nosotros los que rompemos el huevo, y no *Él*.

-¿Y por qué esto nos concede una voluntad propia?

-Porque, maldición, podemos hacer lo que *Él* no pudo hacer.

-¡Ah! -asintió Provoni, sonriendo ante el inglés del Frolikan, aprendido, claro está, del mismo Provoni.

El Frolikan conocía el lenguaje de la Tierra sólo hasta donde él lo conocía: una razonable cantidad de inglés, aunque no tanta como la que poseía Cordon, más un poco de latín, alemán e italiano. Sabía decir «adiós» en italiano, y parecía que le gustase decirlo, y siempre se despedía con un solemne *«ciao»*. Por otra parte, prefería un «hasta la vista», pero evidentemente consideraban esta despedida un poco inferior, igual que lo consideraba él. Era un idioma del Servicio, del que no lograba desprenderse. Era, como casi todo lo de su mente, un enjambre de pulgas, fragmentos desmenuzados de pensamientos e ideas, recuerdos y temores, que

seguramente se habían apoderado de él para siempre. Los Frolikanos tenían que seleccionarlos, cosa que, al parecer, ya habían hecho.

-Cuando lleguemos a la Tierra -declaró Provoni-, buscaré donde sea una botella de coñac. Nos sentaremos en los escalones...

-¿En qué escalones?

-Veo un edificio público, gris, sin ventanas, como el Servicio de Ingresos Internos, algo realmente terrible, y me veo sentado en sus escalones, llevando una vieja chaqueta azul marino y bebiendo coñac. Al aire libre. Y acudirá la gente y murmurará: *«Mira ese tipo que bebe alcohol en público».* Y yo diré: *«Soy Thors Provoni».* Y ellos dirán: «Se lo merece. No vamos a denunciarle». Y no me denunciarán.

-No le arrestarán, señor Provoni -afirmó Morgo-. Ni entonces ni nunca. Desde el momento en que aterrice, nosotros estaremos a su lado. No sólo yo, como estamos aquí ahora, sino mis hermanos. Toda la hermandad. Y ellos...

-Se apoderarán de la Tierra. Y me enviarán a la muerte.

-¡No, no! Nos hemos estrechado la mano, ¿no se acuerda?

-Quizá era una mentira.

-No podemos mentir, señor Provoni, ya se lo expliqué, y lo mismo hizo mi supervisor, Gran Ce Wahn. Si no me cree ni le cree a él, a una entidad con más de seis millones de años...

El Frolikan estaba exasperado.

-Cuando lo vea, lo creeré -rezongó Provoni.

A pesar de que estaba encendida la luz roja encima de la fuente del agua, se tomó un segundo vaso de agua reconstituida. Aquella luz llevaba ya una semana encendida.

12

El correo especial saludó a Willis Gram.

-Esto ha llegado señalado como Código Uno, para que usted lo lea inmediatamente, si quiere, con todos los respetos, Presidente del Consejo.

Gruñendo, Willis Gram rasgó el sobre. Era una sola hoja escrita a máquina, en un papel ordinario del dieciséis. Sólo contenía una frase:

> «Nuestro agente de la planta impresora de la avenida Decimosexta informa sobre una segunda llamada de Provoni afirmando que ha tenido éxito».

Maldito sea yo y toda mi parentela, se dijo Gram a sí mismo. Éxito...

-Tráeme inmediatamente metanfetamina hidroclórica -le ordenó al correo-. La tomaré oralmente en una cápsula; asegúrate de que sea en cápsula.

Un poco sorprendido, el correo volvió a saludar.

-Sí, Presidente del Consejo -dijo, saliendo del despacho-dormitorio y dejando solo a Gram.

Me suicidaré, pensó éste. Se sentía completamente deprimido, a punto de estallar hasta quedar tan vacío como un globo deshinchado. Incluso antes de que maten a Cordon, pensó. Bueno, a ver qué hay de Cordon.

Apretó un botón del interfono.

-Envíen un occífero comisionado. Cualquiera, no importa.

-Sí, señor.

-Que traiga su arma.

Cinco minutos más tarde, un Mayor de uniforme penetró en la estancia y ejecutó un profesional y, al mismo tiempo, cortés saludo.

-Sí, Presidente del Consejo.

-Quiero que vaya usted a la celda de Eric Cordon, en la Cárcel de Long Beach -le ordenó Gram-, y deseo que usted, en persona, y con su arma, el arma que lleva al cinto, dispare contra Cordon hasta que muera. -Exhibió un papel y añadió-: Esto le concede mi autorización.

-¿Está seguro...? -empezó a decir el occífero.

-Lo estoy.

-Quiero decir, si está seguro de que...

-Si no va usted, iré yo mismo -le interrumpió Gram-. Vaya.

Con la mano le indicó bruscamente la puerta de su despacho.

El Mayor se marchó.

Sin televisión, se dijo Gram. Sin público. Sólo dos hombres en la celda. Bien, Provoni me obliga a obrar de este modo. No puedo tener aquí a esos dos hombres al mismo tiempo. Realmente, hasta cierto punto, es Provoni el que mata a Cordon.

¿Qué formas de vida serán ésas?, siguió meditando. Las que ha encontrado Provoni...

¡El muy canalla!, se dijo.

Tocó varios interruptores, maldijo y, por fin, consiguió dar con el que iluminaba la cámara que encuadraba la celda de Cordon. Gram distinguió la cara delgada, ascética, los grises cabellos, más grises y más ralos. El profesor estaba escribiendo. Bien, vería personalmente cómo el Mayor, fuera quien fuese, le mataba.

En la pantalla, Cordon parecía dormir, pero obviamente estaba dictando, seguramente a la planta impresora de la avenida Decimosexta. Emana tus sentencias, pensó Gram, y esperó.

Transcurrió un cuarto de hora. No sucedía nada, y Cordon continuaba dictando. De repente, improvisadamente, sorprendiendo tanto a Cordon como a Gram, se deslizó a un lado la puerta de la celda. Y entró vivamente el Mayor, muy elegante con su flamante uniforme.

-¿Eres tú Eric Cordon? -preguntó.

-Sí -asintió Cordon, poniéndose en pie.

El Mayor, que realmente era muy joven y poseía unos rasgos afilados, se llevó la mano a su arma. La levantó y dijo:

-Con autorización del Presidente del Consejo me han ordenado venir a este lugar y eliminarte. ¿Deseas leer la autorización?

Buscó en su bolsillo.

-No -negó Cordon.

El Mayor disparó. Cordon cayó hacia atrás, impulsado por el rayo de poder destructor, con un movimiento resbaladizo que le llevó a la pared opuesta del calabozo. Después, gradualmente, se fue deslizando hasta quedar sentado en el suelo como una muñeca destrozada y abandonada, con las piernas separadas, la cabeza inclinada, los brazos inertes.

-Gracias, Mayor -dijo Gram, por el micrófono que tenía delante-. Ya puede irse. No tiene nada más que hacer. A propósito, ¿cómo se llama?

-Wade Ellis.

-No tardará en ser citado en el boletín -le aseguró Gram.

Cortó el circuito. Wade Ellis, repitió Gram para sí. Qué sencillo ha sido todo... Se sentía... ¿cómo? ¿Aliviado? Naturalmente. Y qué sencillo... Se le

ordena a un soldado, al que no conoces, del que ignoras incluso su nombre, que vaya a matar a uno de los tipos más influyentes de la Tierra, ¡y lo hace!

En su cerebro se formó, de manera asombrosa, una conversación imaginaria. Más o menos, así:

Persona A: *Hola, me llamo Willis Gram.*
Persona B: *Yo me llamo Jack Kvetck.*
Persona A: *Veo que es usted Mayor del Ejército.*
Persona B: *Así es.*
Persona A: *Oiga, Mayor Kvetck, ¿quiere matar a alguien en mi nombre? Olvidé cómo se llama... Aguarde, lo miraré en esos papeles.*

Se abrió la puerta de la habitación y entró apresuradamente el Director de Policía, Lloyd Barnes, rojo de cólera e incredulidad.

-¡Acaban de...!

-Lo sé -asintió Gram-. ¿Tiene que decírmelo? ¿Cree que lo ignoro?

-Entonces, fue por orden suya, tal como aseguró el Comandante del Cuartel de la Prisión.

-Sí.

-¿Cómo se siente?

-Muy bien -sonrió Gram-. Llegó un segundo mensaje de Provoni. Asegura específicamente que trae consigo una forma de vida a la Tierra. Esto no es una especulación, sino una realidad.

-Y usted pensó que no podría manejar a Cordon y Provoni al mismo tiempo, ¿eh? -estalló Barnes, loco de furor.

-¡Puede estar seguro de ello! -rugió Gram-. ¡Exacto! -Blandió un dedo hacia Barnes-. Lo cierto es que como ya está hecho, no vale al pena que me venga ahora con recriminaciones. Era necesario. ¿Podían ustedes, todos los Nuevos Hombres superdesarrollados, de doble cúpula, contender con los de la Tierra, trabajando al unísono? La respuesta es *«no»*.

-La respuesta -rebatió Barnes- habría sido una ejecución digna, con todos los protocolos respetados.

-Y mientras le dábamos su última comida y todo lo demás, alguna entidad radiante, gigantesca, en forma de pez, aterrizaría en Cleveland, atraparía a todos los Nuevos Hombres y a los Inusuales, y los liquidaría. ¿No es así?

-¿Piensa declarar una Emergencia de todo el planeta? -inquirió Barnes al cabo de un momento.

-¿La señal de Socorro Internacional?

-Sí. En el sentido más extremo.

-No -respondió Gram, tras una breve meditación-. Alertaremos a la Policía y a los Militares, y después también a los Nuevos y a los Inusuales, ya que tienen derecho a saber cuál es la situación actual. Pero no les diremos nada a esos estúpidos de Antiguos y Subhombres.

Claro, pensó, que los de la planta impresora de la avenida Decimosexta ya darán la noticia, por mucho que nos apresuremos a atacarlos. Todo lo que han de hacer es enviar los mensajes de Provoni por los Transmisores esclavos y las plantas impresoras menores, cosa que, no cabe duda, ya deben de haber hecho.

-El Comando *Green A*, apoyado por los Comandos *B* y *C*, van ya camino de la planta impresora de la avenida Decimosexta -manifestó Barnes-. Pensé

que le gustaría saberlo -añadió, consultando su reloj de pulsera-. Dentro de una media hora asaltarán la primera línea de defensa de la planta. Hemos dispuesto un circuito cerrado de televisión, de modo que podrá usted contemplarlo.

-Gracias.

-¿Lo dice con ironía?

-No, no -negó Gram-. Lo he dicho en serio. He dicho «gracias» y he querido decir «gracias» -elevó la voz-. ¿Acaso todo tiene un significado oculto? ¿Somos un puñado de terroristas que se arrastran de noche y emplean palabras clave? ¿Somos eso? ¿O somos un gobierno?

-Somos un Gobierno legal que funciona bien -asintió Barnes-. Enfrentados con la sedición de dentro y la invasión de fuera. Por ejemplo, podemos situar estaciones-naves de línea profunda en el espacio, donde puedan alcanzar la nave de Provoni con sus misiles cuando regrese al Sistema del Sol. Podemos...

-Ésa es una cuestión de decisión militar, no de usted -observó Gram-. Reuniré al Consejo de Jefes para la Paz en el *Salón Rojo*... -consultó su reloj, un *Omega*-, para las tres de esta tarde.

Presionó un botón del escritorio.

-Sí, señor.

-Quiero que se reúnan todos los Jefes en el *Salón Rojo* a las tres de esta tarde -ordenó Gram-. Prioridad de *Clase A.*

Devolvió su atención a Barnes.

-Atraparemos a tantos Subhombres como podamos -manifestó Barnes.

-Magnífico.

-Sigue pareciendo sarcástico...

-Estoy terriblemente asqueado -concedió Gram-. ¿Cómo puede un ser humano instigar una situación en la que unas formas no humanas...? ¡Oh, al diablo con ello!

Calló y Barnes esperó unos instantes. Después, puso en marcha uno de los televisores que Gram tenía delante.

En la pantalla se vieron unas armas de la Policía disparando misiles miniaturizados contra una puerta rexeroide. El humo y los policías armados estaban en todas partes.

-Todavía no han entrado -anunció Gram-. El rexeroide es una sustancia muy dura.

-Acaban de empezar el asalto.

La puerta de rexeroide se desintegró en una serie de ríos como de lava, que saltaron al aire en forma de proyectiles flamígeros, como aves marcianas. Clac, clac, clac... hacía el ruido de los disparos a cargo de la Policía, y también a cargo de los soldados del interior. La Policía, cogida por sorpresa, corrió a refugiarse, y después lanzaron granadas de gas paralizante. El humo tendía a oscurecerlo todo, pero gradualmente se vio que la Policía avanzaba muy despacio.

-¡Atrapad a esos granujas! -gritó Gram, cuando un Equipo de Bazucas, compuesto por dos individuos, disparaba directamente contra la línea de soldados del interior.

El obús bazuca pasó más allá de la línea de soldados y estalló dentro del coágulo de la maquinaria de imprimir.

-¡Abajo las prensas! -exclamó Gram, contento-. Bien, eso ya está liquidado.

Librodot

La Policía ya se había infiltrado en la Cámara Central de la misma planta. La cámara de televisión les seguía, y enfocó la batalla desencadenada entre dos policías vestidos de verde y tres soldados ataviados de gris.

El ruido fue aminorando. Disparaban menos armas y se movían menos individuos. La policía estaba ya acordonando al personal impresor, mientras aún disparaban con las pistolas contra los escasos soldados Subhombres que vivían y estaban armados.

13

En la pequeña estancia privada que les había cedido el personal de la imprenta, Nick Appleton y Charley estaban sentados rígidamente, callados, atentos sólo a los ruidos del combate y a sus propios pensamientos. Al fin y al cabo, no habían gozado ni de setenta y dos horas de santuario. Ni un instante. Y ahora, todo había terminado.

Charley se restregó sus sensuales labios y, de improviso, se mordió el dorso de la mano.

-¡Jesús! -exclamó-. ¡Jesús! -Se puso de pie con un movimiento felino-. ¡No tenemos la menor posibilidad!

Nick no dijo nada.

-¡Habla! -le chilló Charley, su rostro feo por la rabia y la impotencia-. ¡Di algo! ¡Acúsame por haberte traído aquí! ¡Di algo! ¡No te quedes sentado sobre ese suelo helado!

-No te acuso de nada -replicó él, mintiendo.

No servía de nada acusarla; ella no podía saber que la Policía iba a atacar la planta impresora. Después de todo, nunca había ocurrido semejante cosa. La joven se había limitado a servirse de hechos conocidos. La planta impresora era un refugio, y muchas personas se habían escondido en ella, marchándose después.

Las autoridades lo sabían, se dijo Nick. Pero ahora actuaban de este modo a causa de las noticias acerca del regreso de Provoni. Cordon... ¡Dios!, pensó, ¡Dios del cielo!, probablemente ya lo han asesinado. La señal de la vuelta de Provoni ha desencadenado un ataque bien planeado, a nivel del planeta, a cargo del Gobierno. Probablemente, habrán detenido a todos los Subhombres que constan en sus archivos. Sí, todo formaba parte de un plan: el bombardeo de la Imprenta, los Subhombres detenidos, Eric Cordon muerto... Todo antes de la llegada de Provoni. Estaban forzando la mano, poniendo en funcionamiento su cañón pesado, su maquinaria bélica.

-Escucha -murmuró, levantándose también. Rodeó a la joven con un brazo y la apretó contra él-. Estaremos algún tiempo en un Campo de Reeducación, pero al final, cuando el asunto se resuelva en uno u otro sentido...

Se abrió la puerta de la habitación. Un policía, con su uniforme cubierto por unas partículas grises como polvo, que eran polvo de huesos humanos incinerados, se perfiló en el umbral, apuntándoles con su rifle *B-14 Hopp*. Nick levantó rápidamente las manos, y luego cogió las de Charley y la obligó a levantarlas, separándole los dedos para mostrar que no tenía armas.

El policía disparó el rifle *B-14* contra la joven, que cayó inerte contra Nick.

-Inconsciente -explicó el policía-. Un buen tranquilizante.

Y disparó el *B-14* también contra Nick.

14

-De manera que tenemos el 3XX24J -refunfuñó el Director Barnes, observando la pantalla de televisión.

-¿Qué es eso? -inquirió irritadamente Gram.

-En esa habitación, ese individuo con la chica. Los dos que acaba de dormir el policía. Se trata de la persona que la computadora pensó que...

-Intento ver a algunos de mis antiguos compañeros -exclamó Gram, acallando al otro-. Calle y mire, solamente mire. ¿O es pedirle demasiado?

-La computadora de Wyoming -respondió sobriamente Barnes- le eligió como el modelo de los Antiguos que, a causa del anuncio de la ejecución de Cordon, se pasaría a los Subhombres. Y ahora le hemos atrapado, aunque todo parece un poco extraño, pues no creo que ésa sea su mujer. Bien, lo que dijo la computadora de Wyoming... -Empezó a pasearse-. ¿Cuál sería su respuesta al hecho de cogerle? Que nos hemos apoderado del representante de los Antiguos que...

-¿Por qué dice que no es su mujer? -preguntó Gram-. ¿Piensa que está con una ramera, que no sólo se ha convertido en un Subhombre sino que ha abandonado a su esposa y ha buscado otra mujer? Bien, pregúnteselo a la computadora y vea qué responde.

La chica es bonita, pensó, aunque un poco hombruna. Hum...

-¿No puede intentar que no le hagan daño a la jovencita? -le espetó a Barnes-. ¿Puede comunicarse con los Equipos de Comandos de la planta impresora?

-El Capitán Malliard, por favor -pidió Barnes, sacando del cinto un micrófono y llevándoselo a los labios.

-Sí, aquí Malliard, Director -respondió una voz agitada y tensa.

-El Presidente del Consejo me pide que traten de que el hombre y la chica...

-Sólo la chica -le interrumpió Gram.

-... que la chica de la habitación donde ha entrado un policía con un rifle tranquilizante *B-14 Hopp* sea protegida. Veamos, intentaré establecer las coordenadas -Barnes contempló de soslayo la pantalla-. Coordenadas 34, 21 y 9 o 10.

-Eso está a mi derecha y un poco más adelante de mi posición -dijo Malliard-. De acuerdo, me encargaré de ello ahora mismo. Hemos realizado un buen trabajo, Director... En veinte minutos nos hemos apoderado virtualmente de la planta, con una pérdida mínima de vidas por ambos lados.

-Vigilen a la chica -le advirtió Barnes, volviendo a colocar el micrófono en su cinto.

-Está usted conectado con tantos instrumentos como un reparador de teléfonos -comentó Gram.

-Ya vuelve a hacerlo -replicó Barnes fríamente.

-¿Qué?

-Mezclar su vida privada con su vida pública. Esa chica...

-Tiene una cara extraña. Retraída.

-Presidente del Consejo, nos enfrentamos con una invasión por parte de unas formas de vida alienígenas; nos enfrentamos con una insurrección masiva que podría...

-Una chica como ésa sólo se ve cada veinte años -le atajó Gram.

-¿Puedo pedirle un favor? -preguntó Barnes.

-Oh, claro.

Willis Gram se sentía a gusto; le complacía la eficacia de la Policía al apoderarse de la planta impresora de la avenida Decimosexta, y su libido se había despertado al contemplar a la chica.

-¿Qué favor?

-Quiero que usted, estando yo presente, hable con ese hombre, el del 3XX24J. Deseo saber si sus sentimientos dominantes son positivos, si saben lo de Provoni, y si éste trae ayuda consigo, o si su moral se ha resquebrajado al ser atrapado por la Policía. Dicho de otro modo...

-Una muestra del hombre medio de la calle -resumió Gram.

-Sí.

-De acuerdo. Le echaré un vistazo, pero mejor que sea pronto, antes de que llegue Provoni. Todo tiene que estar hecho antes de que lleguen Provoni y sus monstruos. Monstruos... -repitió, meneando la cabeza-. Vaya renegado. Un renegado despiadado, inferior, egoísta, hambriento de poder, ambicioso y sin principios. Sin duda, la historia le aplicará esos calificativos. -Le gustaba esa descripción de Provoni-. Anótelo -le dijo a Barnes-. Haré que lo pongan, tal como lo he dicho, en la próxima edición de la *Enciclopedia Británica*. Palabra por palabra.

Suspirando, el Director de Policía Barnes sacó su bloc y penosamente anotó los adjetivos.

-Añada -prosiguió Gram- mentalmente perturbado, radical fanático, una criatura, anótelo bien, una criatura, no un hombre, que cree que el fin justifica los medios, sean cuales sean éstos. ¿Y cuál es el fin en este caso? La destrucción de un sistema que coloca la autoridad en manos de los construidos físicamente a propósito para poder gobernar. La Tierra está gobernada por los más competentes, no por los más populares. ¿Qué es mejor, la competencia o la popularidad? *Millard Fillmore* fue popular. Lo mismo que *Rutherford B. Hayes*, *Churchill* y *Lyons*. Pero ellos eran incompetentes. ¿Me comprende?

-¿En qué sentido fue *Churchill* incompetente?

-Abogó por los bombardeos en masa de las zonas residenciales, de poblaciones civiles, en lugar de propugnar blancos clave. Prolongó un año más la Segunda Guerra Mundial.

-Sí, lo entiendo -asintió Barnes.

No necesito lecciones cívicas, pensó. Y Gram captó inmediatamente el pensamiento. Y otras cosas también.

-Veré a ese tipo del 3XX24J a las seis de esta noche, horario nuestro -decidió Gram-. Que lo traigan aquí. Que vengan los dos juntos... la chica también.

Captó más pensamientos no muy agradables de Barnes, pero los ignoró. Como la mayoría de los telépatas, había aprendido a ignorar la mayor parte de los pensamientos de la gente: hostilidad, aburrimiento, disgusto, envidia. Muchos de esos pensamientos los ignoraba también el individuo que los tenía. Un telépata tenía que aprender a tener una piel muy gruesa. En esencia, tenía que aprender a relacionar los pensamientos positivos y conscientes de los individuos, no la mezcla vagamente definida de sus procesos inconscientes. En esa región, casi todo podía encontrarse... y en casi todo el mundo. Todos los mecanógrafos que pasaban por su despacho tenían pensamientos fugaces de destruir a su superior y ocupar su lugar,

algunos apuntaban más alto todavía; algunos de los hombres y también mujeres albergaban fantásticos sistemas ilusorios de pensamiento; en su mayoría se trataba de Nuevos Hombres.

Algunos, que tenían pensamientos verdaderamente desviados, habían sido hospitalizados, por el bien de todos, especialmente de ellos mismos. Ya que, varias veces, Gram había captado ideas de asesinato, y esto por parte de personajes de categoría y de personas de índole inferior. Una vez, un Nuevo Hombre técnico, mientras instalaba una serie de videos conectados entre sí en su despacho particular, estuvo meditando sobre la conveniencia de matar a Gram, y había llevado consigo la pistola para hacerlo. Una y otra vez ocurría lo mismo: era un tema interminable, declarado cuando, cincuenta y ocho años antes, las dos nuevas clases de seres humanos se habían manifestado. Ya estaba acostumbrado a ello... ¿o no? Tal vez no. Pero había vivido con ello toda su vida, sin prever que pudiese perder su capacidad para adaptarse a esta última jugada de la partida, a este momento en que Provoni y sus amigos no humanos iban a intervenir en su línea vital.

-¿Cómo se llama el tipo del apartamento 3XX24J? -le preguntó a Barnes.

-Tendré que buscarlo.

-¿Y está seguro de que la chica no es su esposa?

-Por lo que vimos en la cinta de video de la cámara instalada en su apartamento, distinguí algunos rasgos de su mujer: gruesa, elegante, astuta. La cámara instalada en su apartamento era una normal 243, como las que tenemos en casi todos esos apartamentos modernos.

-¿A qué se dedica él?

Barnes contempló el techo y se pasó la lengua por el labio inferior.

-Es tallador de neumáticos en un taller de autocohetes usados.

-¿Qué diablos es eso?

-Bueno, cogen un autocohete, y su examen demuestra que tiene los neumáticos desgastados. Ese tipo coge un hierro ardiendo y talla nuevas muescas en los neumáticos.

-¿No es algo ilegal?

-No.

-Pues ahora lo es -tronó Gram-. Acabo de dictar la ley, tome nota. Tallar de nuevo unos neumáticos es un delito, porque es algo muy peligroso.

-Sí, Presidente del Consejo.

Mientras meditaba, garabateó unas palabras en su bloc de notas. Estamos a punto de ser invadidos por esos seres alienígenas y en lo que piensa Gram es en la talla de neumáticos.

-No es posible olvidarse de los asuntos menores en medio de los más importantes -rezongó Gram, que había leído sus pensamientos.

-Pero en momentos como éste...

-Que impriman ahora mismo un cartel sobre este delito -le ordenó Gram-. Que quede pegado, bien pegado, en todos los talleres de autocohetes, lo más tarde el viernes.

-¿Por qué no inducimos a esos alienígenas a aterrizar -indicó Barnes sarcásticamente-, y hacemos que ese individuo talle de manera tan profunda sus neumáticos que cuando traten de rodar sobre la superficie de la Tierra los neumáticos estallen y ellos mueran en el accidente?

-Eso me recuerda una historia relativa a un inglés -observó Gram-. Durante la Segunda Guerra Mundial, el gobierno italiano estuvo terriblemente preocupado, y con razón, respecto al desembarco inglés en

Italia. De modo que sugirieron que en todos los hoteles donde había ingleses dijeran que estaban atestados. Los ingleses eran demasiado corteses para quejarse, por lo que, en lugar de abandonar los hoteles, abandonarían Italia. ¿No conocía esa historia?

-No.

-Nos hallamos en un lío terrible -murmuró Gram-, aunque hayamos matado a Cordon y hayamos asaltado esa Imprenta de la avenida Decimosexta.

-Así es, Presidente del Consejo.

-No conseguiremos apoderarnos de todos los Subhombres y, por otra parte, esos alienígenas pueden ser como los marcianos de *«La Guerra de los Mundos»*, de *H. G. Wells*, que se tragaron Suiza de un bocado.

-Reservemos las especulaciones hasta que los tengamos delante -observó Barnes.

Gram captó varios pensamientos de éste, pensamientos de fatiga, de un largo descanso y, al mismo tiempo, pensamientos por los que sabía que no habría ningún descanso, ni largo ni corto, para ninguno de ellos.

-Lo siento -murmuró Gram, contestando a los pensamientos de Barnes.

-No es culpa suya.

-Tal vez debería dimitir -masculló Gram, malhumorado.

-¿En favor de quién?

-Deje que encuentren a alguien de doble cúpula. De su tipo.

-Eso debería ser objeto de un Consejo.

-No -objetó Gram-, no pienso dimitir. Ni habrá ninguna reunión del Consejo para discutirlo.

Captó un pensamiento fugaz de Barnes, rápidamente reprimido. Tal vez lo haya. Si no puedes manejar a esos alienígenas, ni las revueltas internas...

Tendrán que matarme para echarme de este despacho, pensaba Gram. Tendrán que buscar la manera de eliminarme. Y es difícil eliminar a los telépatas.

Aunque, posiblemente, buscarían la manera, decidió.

No, no era un pensamiento agradable.

15

Una vez hubo recobrado el conocimiento, Nick Appleton se encontró tumbado sobre un suelo verdoso. Verdoso: el color de los canallas de la Policía Estatal. Estaba en un Campo de Concentración de la Seguridad Pública, probablemente en uno temporal.

Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Treinta, cuarenta individuos, vendados, con cortes y sangrando.

Supongo que soy uno de los afortunados, decidió.

Charley estaría con las mujeres, elevando su voz hasta la estridencia para insultar a sus captores. Seguramente lucharía bravamente; les propinaría patadas en los testículos cuando fuesen en su busca para trasladarla a un Campo de Reeducación.

Naturalmente, no volveré a verla, se dijo. Ah, continuó pensando, resplandecía como una estrella. La amaba, sí. Incluso en tan poco tiempo, me enamoré de ella. Es como si hubiese tenido un destello, como si hubiese visto más allá del telón de la vida mundana, viendo cómo y qué necesitaba para ser feliz.

-¿No tienes pastillas contra el dolor? -le preguntó un joven que estaba a su lado-. Tengo rota una pierna y me está causando un dolor de mil demonios.

-No, lo siento -negó Nick, volviendo a sus pensamientos.

-No seas pesimista -le aconsejó el joven-. No permitas que esos canallas te amarguen la vida ni que se te metan aquí dentro -añadió, tocándose la cabeza.

-Saber que puedo pasar el resto de mi vida en un Campo de Reeducación de la Luna o en el sudoeste de Utah me impide sonreír -replicó Nick sarcásticamente.

-Pero -le dijo el joven con una sonrisa radiante- ya habrás oído las noticias sobre la vuelta de Provoni y la ayuda que trae -a pesar del dolor de la pierna, los ojos le brillaban-. No habrá más Campos de Reeducación. *«El velo de la tienda está rasgado, y los cielos se enrollarán como un papiro».*

-Desde que escribieron esa frase hemos estado esperando más de dos mil años -objetó Nick-. Y todavía no ha sucedido.

No llevo ni un día entero como Subhombre y mira ya cómo pienso, se dijo. ¿En qué me he convertido?

Un hombre alto y escuálido, que estaba cerca en cuclillas, con una profunda herida sin curar en su ojo derecho, intervino:

-¿Sabe alguno de vosotros si han captado el mensaje de Provoni en alguna de las otras plantas impresoras?

-Oh, seguro -exclamó el joven, con las pupilas encendidas por la confianza y la fe-. Lo han sabido al instante; todo lo que tenía que hacer el operador de comunicaciones era conectar la red -les sonrió a Nick y al individuo alto-. ¿No es maravilloso? Incluso esto -señaló a los otros hombres del calabozo mal iluminado y peor ventilado-. ¡Es magnífico! ¡Es estupendo!

-¿Esto te transforma? -le preguntó Nick.

-Oh, no estoy familiarizado con la literatura de los siglos anteriores -respondió el joven, desdeñando el anacronismo de Nick-. ¡Sé vivir con ello! Todo esto es mío. Hasta que desembarque Thors. No tardará, y los cielos...

Un oficial de Policía uniformado se aproximó a ellos y consultó unas hojas de papel.

-¿Tú eres el visitante del 3XX24J? -le preguntó a Nick de sopetón.

-Soy Nick Appleton.

-Para nosotros, tú eres el individuo que visitó un apartamento en cierto momento de cierto día. Por tanto, eres el 3XX24J, ¿no es verdad? -Nick asintió-. Levántate y sígueme.

El policía echó a andar a buen paso. Con cierta dificultad.

Nick consiguió ponerse de pie y, poco a poco, siguió al policía preguntándose, con miedo, qué ocurría.

-Mucha suerte, hermano -le espetó uno de los hombres sentados en el suelo, cuando el policía abrió la puerta del calabozo, usando un complicado sistema electrónico de ruedecitas, que hizo girar a gran velocidad los números del cerrojo de seguridad.

-Los medios de comunicación acaban de dar la noticia -explicó el individuo que estaba junto al que acababa de hablar, mostrando un transistor que tenía junto al oído-. Han matado a Cordon. Sí, le han matado, lo han hecho realmente. Han dicho que falleció de una dolencia crónica del hígado, pero no es verdad... Cordon no padecía del hígado... Le han matado de un tiro.

-Vamos -urgió el policía, y con sorprendente ímpetu salió del calabozo por la abertura de la puerta, que instantáneamente volvió a cerrarse.

-¿Es cierto lo de Cordon? -le preguntó Nick al policía, el canalla verde.

-No lo sé -fue la respuesta-. Pero si lo han hecho, ha sido una buena idea. No sé por qué lo han tenido en Brightforth durante tanto tiempo. ¿Por qué no se decidían de una vez? Bueno, esto es lo que sucede cuando se tiene a un Inusual como Presidente del Consejo.

Continuó por el corredor, siempre seguido por Nick.

-¿Sabe que Thors Provoni regresa? -preguntó Nick de improviso-. ¿Y con la ayuda prometida?

-Nosotros nos ocuparemos de ellos.

-¿Por qué lo cree?

-Calla y sigue andando -le apremió el policía, balanceando ominosamente su cabeza grande y su cráneo expandido de Nuevo Hombre.

Se mostraba enfadado y agresivo, buscando una oportunidad para usar contra alguien su porra de metal, y Nick pensó que si pudiese le mataría allí mismo, sin compasión. Pero tenía que cumplir alguna orden que ahora ignoraba.

Sin embargo, le asustaba el policía: cuando Nick le habló de Provoni había odio concentrado en su semblante. Y se dio cuenta de que habría lucha, una lucha cruenta. Al menos, si aquel policía era un representante de los sentimientos colectivos.

El policía pasó por una puerta; Nick le siguió y divisó, de un solo vislumbre, el centro nervioso de la maquinaria policíaca.

Centenares de pequeñas pantallas de televisión con un policía manejando cada grupo de cuatro pantallas. Del centro surgía una cacofonía de ruidos, chasquidos, zumbidos, que inundaban la vasta cámara; la gente, hombres y mujeres, se afanaba por doquier, ejecutando órdenes como la que impulsaba al policía Nuevo Hombre que le acompañaba. ¡Menudo ajetreo había allí! El Departamento de la Seguridad Pública iba deteniendo a todos los Subhombres que descubría; y esto sólo ya ponía una carga excesiva en el equipo neurológico-electrónico y en quienes lo manejaban.

En aquel breve instante, Nick intuyó su cansancio. No parecían triunfantes ni dichosos. Por lo visto, no les había animado el asesinato de Eric Cordon, pero miraban al futuro, lo mismo que los Subhombres. Lo esencial, el bombardeo y asalto de las Imprentas, el acorralamiento de los Subhombres, todo eso debía efectuarse en un corto espacio de tiempo, probablemente en tres días.

¿Por qué tres días?, se preguntó. Evidentemente, los dos mensajes no habían permitido fijar la situación de la nave y, no obstante, todos parecían pensar en ese plazo: les quedaban muy pocos días, nada más. Pero suponiendo que faltase todavía un año... O cinco años.

-3XX24J -dijo de pronto el policía-, voy a entregarte a un representante del Presidente del Consejo. Estará armado, así que no te hagas el héroe.

-Está bien, amigo -dijo Nick, sintiéndose como un cordero dispuesto al sacrificio a causa de los sucesos que tan rápidamente se desarrollaban a su alrededor.

Un individuo con un traje ordinario de mangas color púrpura, anillos, y zapatos con la puntera elevada, se le acercó. Nick le examinó. Falso, dedicado a su trabajo..., era un Nuevo Hombre. Sobre su corpachón se balanceaba su enorme cabeza; no usaba el acostumbrado soporte del cuello,

la especie de abrazadera que tan de moda estaba entre los Nuevos Hombres.

-¿Eres el 3XX24J? -preguntó el recién llegado, examinando una fotocopia de un documento que llevaba.

-Soy Nick Appleton -respondió Nick, atónito.

-Sí, esos sistemas que graban los números no funcionan bien -comentó el representante del Presidente del Consejo-. Tú trabajas... o trabajabas... como... -frunció el ceño y al fin levantó su gran cabeza-. ¿En qué?... ¿Eras tallador de neumáticos? ¿Es correcto?

-Sí.

-Y ahora te has unido a los Subhombres gracias a tu amo, Earl Zeta, a quien creo que la Policía vigilaba desde hace meses. Tú eres ése, ¿es así? He de estar seguro de que eres el hombre que busco. Tengo aquí tus huellas dactilares; las enviaremos electrónicamente a los archivos. Cuando te vea el Presidente del Consejo ya habremos comprobado tus huellas. -Dobló el documento y lo metió cuidadosamente en su bolsa-. Vamos.

Una vez más, Nick estudió la gran cámara inundada de centenares de televisores. La gente se desliza por aquí como peces, pensó; peces color púrpura, hombres y mujeres, tropezando entre sí de vez en cuando, como moléculas de un líquido.

De repente tuvo una visión del infierno. Vio a la gente como espíritus ectoplásmicos, sin cuerpo real. Los policías que iban y venían cumpliendo órdenes hacía tiempo que habían perdido la vida, y ahora, en lugar de vivir, absorbían la vitalidad de las pantallas que manejaban... o, mejor aún, de las personas que salían en las pantallas. Los primitivos nativos de Sudamérica pudieron creer, tal vez, que cuando alguien tomaba una fotografía de una persona le robaba el alma. ¿Qué era esto, si no un millón, un billón, una procesión infinita de esas fotografías? Se dijo que estaba desmoralizado, que pensaba en términos de superstición, de terrible temor.

-Esa cámara -le explicó el representante del Presidente del Consejo- es la fuente de datos de la Seguridad Pública de todo el planeta. Fascinante, ¿verdad? Tantas pantallas, y ahora no ves más que una fracción de ellas; estrictamente hablando, estás viendo el Anexo, fundado hace dos años. Desde aquí no resulta visible el Complejo Neurocentral, pero acepta mi palabra: es tremendamente grande.

-¿Tremendamente? -repitió Nick, preocupado ante la elección de aquella palabra.

Intuía que el representante del Presidente del Consejo experimentaba cierta simpatía hacia él.

-Casi un millón de policías están contemplando esas pantallas. Una enorme burocracia.

-Pero, ¿les ayudó? -inquirió Nick-. ¿Hoy? ¿Cuando iniciaron el asalto y las detenciones?

-Oh, sí, este sistema funciona. Aunque resulta irónico que mantenga sujetos a tantos hombres durante tantas horas, si se considera que la idea original fue que...

Al lado de los dos hombres apareció un occífero de uniforme.

-¡Fuera de aquí! Lleva a este tipo ante el Presidente del Consejo -gruñó con tono de enojo.

-Sí, señor -asintió el representante, y condujo a Nick por un corredor hasta una puerta de plástico transparente-. Era Barnes -murmuró el representante, arrugando la frente con innata dignidad-. Barnes es el

hombre más próximo al Presidente del Consejo -explicó-. Willis Gram tiene un Consejo de diez hombres y mujeres, pero ¿a quién consulta? Siempre a Barnes. ¿Te parece que esto es un proceso cerebral adecuado?

Otro caso de un Nuevo Hombre que, en realidad, era un Inusual, comprendió Nick, pero no hizo el menor comentario cuando subieron a un autocohete de color rojo, decorado con el sello oficial del gobierno.

16

En una oficina pequeña y moderna, con una de las nuevas arañas móviles danzando por encima de él, Nick Appleton escuchaba distraídamente la música. En aquel instante se podía escuchar una selección de piezas de Victor Herbert. Nick estaba agotado, en cuclillas, con la cabeza entre las manos. Ignoraba si Charley estaba viva o herida... O tal vez, bien...

Decidió que estaba bien. Nadie podía matar a Charley. Viviría una larga existencia; más de ciento doce años, que era el término medio de la población de la Tierra.

Tal vez le fuese posible salir de allí... Nick se hallaba delante de dos puertas, una era por la que había entrado y la otra daba a otros despachos interiores, más esotéricos. Precavidamente, probó el pomo de la primera puerta. Cerrada. Luego, sigilosamente, se acercó a la puerta que daba a los despachos interiores; respiró hondo y probó el pomo: esa puerta también estaba cerrada.

No sólo estaba cerrada, sino que también se soltó la alarma. Oía el interminable sonido. Se maldijo en voz baja.

Se abrió la puerta interior y apareció el Director de Policía, Barnes, impresionante con su uniforme verde, lleno de condecoraciones, con un color verde en el traje un poco más claro que el que lucían los policías.

Se contemplaron mutuamente.

-¿3XX24J? -inquirió Barnes.

-Nick Appleton. 3XX24J es la dirección de un apartamento, ni siquiera es el mío -le corrigió Nick-. O el que era mío. Probablemente, sus hombres ya lo habrán asaltado, buscando material cordonita. -Por primera vez se acordó de Kleo-. ¿Dónde está mi esposa? ¿La han herido o matado? ¿Puedo verla?

También se acordó de su hijo. Especialmente de él.

Barnes giró la cabeza para llamar por encima del hombro.

-Investiguen el 7Y3ZRR y vean si la mujer y el chico se encuentran bien. Y comuníquenmelo inmediatamente -se volvió hacia Nick-. Naturalmente, no se refería a la chica que estaba con usted en aquella habitación de la planta impresora, ¿verdad? Se refiere a su esposa legal.

-Quiero tener noticias de las dos.

-La joven que estaba con usted en la Imprenta está bien.

Bueno, Charley vivía. Le dio las gracias a Dios por esto.

-¿Desea formularme alguna otra pregunta antes de ser conducido ante el Presidente del Consejo?

-Quiero un abogado -pidió Nick.

-A causa de la legislación votada el año pasado que prohibe una representación legal a los detenidos, no podemos permitirlo. Ahora un abogado ya no podría ayudarle, ni aunque le hubiese visto antes de su arresto, porque su delito es de carácter político.

-¿Cuál es mi delito? -quiso saber Nick.

-Tener literatura de Cordon. Diez años en un Campo de Reeducación. Por estar en presencia de otros cordonitas conocidos, cinco años. Por ser hallado en un edificio donde había material escrito ilegal...

-Ya he oído bastante -le interrumpió Nick-. En total unos cuarenta años.

-Todo eso está en los códigos. Pero si nos ayuda a mí y al Presidente del Consejo, tal vez pueda cumplir simultáneamente las condenas. Vamos, adentro.

Le indicó la puerta abierta y Nick, sin hablar, la cruzó, entrando en un despacho gloriosamente decorado... ¿O no era un despacho? Un lecho monumental ocupaba la mitad de la estancia, y en el mismo, bien sostenido por las almohadas, yacía Willis Gram, el supremo gobernante del planeta, con la bandeja del almuerzo sobre sus rodillas. Esparcido por la cama había toda clase de material escrito, con las claves de color pertenecientes a una docena de Departamentos gubernamentales. Aquel material no parecía haber sido leído, ya que se hallaba en perfectas condiciones: nuevo.

-Señorita Knight -dijo Willis Gram por el micrófono adherido a su fláccida mejilla-, venga para llevarse ese plato de pollo a la rey. No tengo apetito.

Una joven esbelta, casi sin busto, entró en la estancia y se llevó la bandeja.

-¿Le gustaría un poco de...? -empezó a preguntar, pero Gram la atajó con un brusco gesto de la mano.

La joven calló al momento y salió del cuarto llevándose la bandeja.

-¿Sabe de dónde procede mi comida? -le preguntó Gram a Nick-. De la cafetería de este edificio, de ahí. ¿Por qué diablos...? -Ahora se dirigió a Barnes-. ¿Por qué diablos no hice construir una cocina especial para mí solo? Debo de estar chiflado. Creo que dimitiré. Vosotros, los Nuevos Hombres, tenéis razón: los Inusuales somos unos fantasmones. No estamos hechos con el material adecuado para gobernar.

-Yo podría coger un taxi e ir a un buen restaurante como el *Flores* y pedir... -se ofreció Nick.

-No, no -se opuso Barnes al instante.

Gram se volvió para mirarle, con curiosidad.

-Este hombre está aquí por un motivo importante -explicó Barnes acaloradamente-. No es un sirviente. Si usted quiere un almuerzo más sabroso, envíe a alguien del personal. Éste es el individuo del que le hablé.

-Ah, sí -asintió Gram-. Adelante, interróguele.

Barnes se instaló en una silla de respaldo recto, del período del 1800, probablemente francesa. Luego, sacó una grabadora y tocó un botón.

-Su identidad -le pidió Barnes a Nick.

Nick, sentándose también en una butaca mullida, miró a Barnes.

-Creí que me habían traído para ver al Presidente del Consejo -dijo.

-Así es -corroboró Barnes-. El Presidente del Consejo intervendrá de vez en cuando para preguntarle algo acerca del asunto a tratar. ¿No es así, Presidente del Consejo?

-Sí -asintió Gram, aunque no estaba demasiado seguro de ello.

Nick intuyó que todos, incluido Gram, estaban cansados. Especialmente Gram. La causa era la espera que les estaba minando. Ahora que el enemigo estaba aquí, se hallaban demasiado nerviosos para responder al desafío. Excepto, pensó, el buen trabajo que hicieron con la Imprenta de la avenida Decimosexta. Tal vez el agotamiento no se extendía hasta los niveles inferiores de la jerarquía policíaca, sino sólo a los mandos, conocedores de la

Librodot

verdadera situación... De pronto, dejó de pensar.

-Un material interesante el que circula por su mente -exclamó Gram, el telépata.

-Oh, sí, lo había olvidado -se disculpó Nick.

-Y tiene razón -concedió Gram-. Estoy agotado. Pero, aun estando agotado, puedo resistir mucho tiempo, porque la labor la llevan a cabo los jefes departamentales en los que confío plenamente.

-Su identidad -repitió Barnes.

-7Y3ZRR, pero más recientemente 3XX24J -dijo Nick, cediendo al fin.

-A primeras horas de esta mañana le han arrestado en una planta impresora cordonita. ¿Es usted un Subhombre?

-Sí.

Un momento de silencio.

-¿Cuándo -quiso saber Barnes- se convirtió en un Subhombre, en un seguidor del demagogo Cordon y de sus malvadas publicaciones que...?

-Me convertí en Subhombre cuando obtuvimos los resultados del examen del Servicio Civil para nuestro hijo. Cuando vi cómo habían manipulado el examen sobre la base de preguntas que jamás podía saber ni comprender; cuando comprendí que habían sido inútiles todos los años en que confié en el Gobierno. Cuando recordé a todas las personas que habían intentado despertarme, sin conseguirlo. Hasta que llegó el resultado del examen; entonces, al leer la xerocopia del examen, comprendí que Bobby no tenía ninguna posibilidad.

> «¿Cuáles son los componentes, anticipados por la *Fórmula de Black*, que darán como resultado un apresamiento reticular en una superficie de una sola molécula si las entidades originales en acción operan todavía, o si las entidades originales operan, vivas o en estado letárgico, en *Eingenwelts* que sólo se sobreponen a...?»

La *Fórmula de Black* sólo era comprensible para los Nuevos Hombres. Y le pedían a un chiquillo que formulase un *pari passu* resultante, basado en los postulados del insondable sistema.

-Sus pensamientos tienen interés -concedió Gram-. ¿Puede decirme quién se encargó del examen de su hijo?

-Norbert Weiss -respondió Nick. Le resultaba bastante difícil olvidar aquel nombre-. Y en el documento había otro nombre también, Jerome no sé qué... Sí, Jerome Pikeman.

-Bien -intervino Barnes-, el efecto que Earl Zeta produjo en usted sólo apareció después del episodio de su hijo. Hasta entonces, los discursos de Zeta no...

-Zeta jamás me dijo nada -afirmó Nick-. Fue la noticia de la ejecución de Cordon. Vi el efecto causado en Zeta y entonces comprendí que... -Calló unos instantes-. Tenía que protestar de alguna manera. Y Earl Zeta me abrió la puerta. Bebimos...

Se interrumpió, sacudió la cabeza para despejarla, ya que el tranquilizante actuaba dentro de su sistema.

-¿Alcohol? -indagó Barnes.

Tomó una nota holográfica de esas palabras, usando una libreta de plástico y un bolígrafo que sostuvo delante de sus ojos miopes.

-Bueno -exclamó Gram-, como decían los romanos: *In vino veritas*. ¿Sabe

qué significa, señor Appleton?

-*En el vino está la verdad.*

-También se dice: *«La botella habla»* -objetó Barnes, con sarcasmo.

-Yo creo en lo de *In vino veritas* -adujo Gram, soltando un eructo-. Tengo que comer -exclamó quejosamente-. Señorita Knight, envíe a... -Dejó de hablar por el micrófono de la mejilla y miró a Nick-. ¿Dónde dijo usted, Appleton, a qué restaurante?

-*Flores* -le recordó Nick-. Su salmón ahumado a la Alaska es una auténtica delicia.

-¿De dónde sacaba el dinero -le preguntó Barnes, alertado, a Nick-, para poder comer en un lugar como el *Flores*? ¿De su sueldo como tallador de neumáticos?

-Kleo y yo estuvimos allí una vez -replicó Nick-. En nuestro primer aniversario. Me costó el salario de una semana, incluyendo las propinas, pero valió la pena.

Nunca lo había olvidado, nunca lo olvidaría.

Tras un tajante ademán, Barnes reanudó el interrogatorio.

-Bien, hubo resentimientos ocultos que jamás debieron surgir a nivel de actuación. Y esos resentimientos se tomaron en acción cuando Earl Zeta le ofreció la forma de unirse al Movimiento rebelde. De no ser él un Subhombre, sus propios resentimientos no habrían aflorado nunca a la superficie.

-¿Qué intenta demostrar, Barnes? -quiso saber Gram.

-Una vez que se haya destruido el eje de los Subhombres, una vez que hayamos destruido a Cordon y a hombres como él...

-Ya se hizo -le interrumpió Gram. Se volvió hacia Nick-. ¿No lo sabe? Cordon falleció de una dolencia muy larga, una enfermedad del hígado, irreversible, antes de que pudiéramos transplantarle otro. ¿No lo oyó por radio o televisión?

-Ya lo oí -afirmó Nick-. Oí que un asesino enviado a su calabozo le había matado.

-¡No es verdad! -tronó Gram-. Murió fuera de su celda, murió en la mesa de operaciones del hospital de la cárcel durante el intento de injertarle un órgano artificial. Hicimos todo lo posible por salvarle.

No, pensó Nick, no fue así.

-¿No me cree? -gritó Gram, leyendo en su mente. Se volvió hacia Barnes-. Esta es su estadística: la personificación del hombre natural, de los Antiguos, y no cree que Cordon falleciese de muerte natural. ¿Podemos extraer de esto que habrá una incredulidad general en todo el planeta?

-Seguro -concedió Barnes a regañadientes.

-¡Maldición! -rugió Gram-. No me importa lo que crean; para ellos todo ha terminado. No son más que ratas en la cloaca, esperando que les atrapemos uno a uno. ¿No le parece, Appleton? Los simpatizantes como usted ya no tienen un sitio adónde ir ni líderes a los que escuchar. -Le dijo a Barnes-: De modo que cuando llegue Provoni, no habrá nadie para recibirle. Ningún aplauso de sus fieles seguidores, que ya habrán desaparecido, como Appleton aquí presente. Sólo que si lo prefiere, puede ser enviado al sur de Utah o a la Luna. ¿Prefiere la Luna, señor Appleton, señor 3XX24J?

-Me han dicho -empezó a decir Nick, eligiendo cuidadosamente las palabras- que familias enteras han ido, intactas, a los Campos de Reeducación. ¿Es cierto?

-¿Desea ir allí con su esposa y su hijo? Ellos no están acusados de nada -apuntó Barnes-. Podríamos acusarles de...

-Hallarán un folleto de Cordon en nuestro apartamento -explicó Nick.

Tan pronto lo hubo dicho, se arrepintió de ello. Dios, cómo se arrepintió. ¿Por qué lo había dicho?, se preguntó. Pero era mejor estar juntos. De pronto, se acordó de la pequeña Charley, con sus grandes ojos negros y su nariz respingona. Su cuerpo pequeño, perfecto, casi sin pechos, y su eterna sonrisa, como una heroína de Dickens, pensó. Una limpiachimeneas. Un asesino indio de Soho. Saliendo de todos los problemas, hablando con alguien sobre algo. Y hablando. Siempre hablando. Y siempre con su especial sonrisa, como si todo el mundo fuese un enorme perro lanudo que ella ansiaba abrazar.

¿Podría ir con ella?, se preguntó. En lugar de ir con Kleo y Bobby. ¿Debo ir con ella? ¿Es legalmente posible?

-No -negó Gram desde su monumental lecho.

-No... ¿qué? -se interesó Barnes.

-Desea ir con esa chica que encontramos en la planta impresora de la avenida Decimosexta -explicó Gram-. ¿Se acuerda de ella?

-La joven por la que usted se interesa -asintió Barnes.

Un miedo ardiente recorrió el espinazo de Nick, su corazón le dio un vuelco y perdió un latido, mientras en sus brazos y sus piernas la sangre circulaba frenéticamente. Entonces, es cierto lo que se dice de Gram, pensó. Lo que dice la gente acerca de sus amoríos, de su matrimonio...

-Como el suyo -finalizó Gram.

-Tiene razón -concedió Nick.

-¿Cómo es ella?

-Desbordante y salvaje.

Pero comprendió que no lo había dicho en voz alta. Lo único que tenía que hacer era pensar en ella, imaginársela, revivir mentalmente todos los detalles de su corta unión. Y Gram lo leería y vería todo en su pensamiento.

-De modo que esa joven puede ser un problema -fue leyendo Gram-. Y ese Denny, su novio, es un psicópata, ¿verdad? Toda la interrelación entre ambos, si usted lo recuerda bien, es algo enfermiza... Ella es una joven enferma.

-En un ambiente sano -continuó Nick, pero Barnes le interrumpió.

-¿Puedo seguir con el interrogatorio?

-Adelante -asintió Gram, de malhumor.

Nick comprendió que el viejo se retiraba a su interior, a sus pensamientos.

-Si usted quedara en libertad -preguntó Barnes-, ¿cuál sería su reacción si, fíjese bien que digo si, si Thors Provoni regresara con una ayuda monstruosa? Una ayuda destinada a esclavizar la Tierra por...

-¡Dios mío! -gruñó Gram.

-¿Sí, Presidente del Consejo? -le apremió Barnes.

-Nada -masculló Gram.

Rodó de costado, con su cabello gris esparcido sobre las blancas almohadas. Un cabello descolorido como si la luz se hubiese abierto camino entre las hebras, dejando al descubierto la piel rugosa del cráneo.

-¿Reaccionaría de acuerdo con una de las maneras siguientes? -insistió Barnes-. Primero: ¿se mostraría histéricamente contento, sin reservas? Segundo: ¿estaría sumamente complacido? Tercero: ¿no le importaría? Cuarto: ¿se sentiría inquieto? Quinto: ¿se uniría a la Seguridad Pública o a

una Organización Militar y se dispondría a combatir para rechazar la invasión? ¿Qué escogería, en el caso de que escogiera algo?

-¿No hay nada entre histéricamente contento, sin reservas, y sumamente complacido?

-No.

-¿Por qué no?

-Queremos saber quiénes son nuestros enemigos. Si usted se mostrara histéricamente contento, actuaría para ayudarles. Pero si sólo se mostrase complacido, probablemente no haría nada. Por eso debemos saber cuál es su reacción. ¿Actuaría como un enemigo declarado del gobierno y, en tal caso, en qué dirección y hasta qué punto?

-No lo sabe -musitó Gram, con la voz ahogada por las ropas de la cama-. ¡Dios mío, se ha convertido en Subhombre esta misma mañana! ¿Cómo diablos va a saber cómo actuaría?

-Pero -objetó Barnes-, ha tenido años para reflexionarlo, para pensar en la posible vuelta de Provoni. No lo olvide. Su reacción, sea la que sea, estará profundamente arraigada en él. -Dirigiéndose a Nick le dijo-: Escoja una respuesta.

-Depende de lo que le hagan a Charley -respondió Nick, tras una breve pausa.

-Intente sacar una conclusión de esto -rió Gram-. Bien, le diré qué vamos a hacer con Charley. La traerán aquí, donde estará a salvo de ese psicópata demencial, ese Denny o Benny, o como se llame. Así que usted se encargó de despistar a *la Morsa Púrpura*. Bien hecho. Pero ella podía estarle mintiendo cuando le dijo que nunca nadie había... Ah, usted no pensó en esto. En realidad, ella le enredó, ¿no es verdad? Y de repente, usted le espetó a su esposa: *«Si ella se va, yo también me voy»*. Y su esposa respondió: *«Pues vete».* Cosa que usted hizo. Y todo sin previo aviso. Usted llevó a Charlotte a su apartamento, mintió respecto a la forma cómo la conoció y se enredó con ella, luego Kleo descubrió el folleto cordonita y, pam, éste fue el final. Porque esto le dio a ella lo que más le gusta a una esposa: una situación en la que el marido ha de elegir entre dos males, entre dos situaciones, ninguna de las cuales le resulta grata. A las esposas les encanta esto. Cuando uno está ante el tribunal por el divorcio, usted aún tiene la posibilidad de volver con su mujer o perder todos sus bienes, sus propiedades, todo lo que ha conseguido desde su época del bachillerato. Sí, a las esposas les entusiasma esto. -Se hundió más en las almohadas-. Ha terminado el interrogatorio -murmuró adormiladamente.

-¿Doy mis conclusiones? -quiso saber Barnes.

-De acuerdo -murmuró Gram.

-Este hombre, 3XX24J -empezó Barnes, señalando a Nick-, piensa de forma paralela a la de usted. Su principal preocupación atañe a su vida personal, no a una causa. Si se le asegura la posesión de la mujer que desea, cuando finalmente él decida, no se moverá cuando llegue Provoni.

-¿Y qué deduce usted de esto? -indagó Gram.

-Que ahora mismo vamos a anunciar -respondió Barnes vivamente- que todos los Campos de Reeducación de Utah y la Luna serán clausurados, y que los detenidos regresarán a sus hogares con sus familias, o adonde deseen ir -la voz de Barnes sonaba dura-. Antes de que llegue Provoni les concederemos lo que quiere 3XX24J, lo que anhelan todos. Los Antiguos viven en un nivel personal, no es una causa ni una ideología lo que les

motiva. Si se alistan a una causa es para volver a sus vidas personales, a tener dignidad o un significado vital. Como un hogar mejor, un matrimonio interracial, ¿comprende?

Sacudiéndose como un perro mojado, Gram se incorporó en la cama y miró fijamente a Barnes, caídas las comisuras de la boca, casi desorbitados los ojos, como si, pensó Nick, fuese a sufrir un ataque.

-¡Soltarlos! -gritó-. ¿A todos? ¿También a los que cogimos hoy, vestidos con uniformes de tipo paramilitar?

-Sí -confirmó Barnes-. Sé que significa correr un riesgo, pero a partir de lo que ha dicho el ciudadano 3XX24J, resulta claro, al menos para mí, que no piensa: ¿Salvará Thors Provoni a la Tierra?, sino que piensa: Verdaderamente, me gustaría volver a ver a ese viejo zorro.

-Los Antiguos... -murmuró Gram. Su rostro se relajó y la carne le colgó como bolsas en las mejillas-. Si le diésemos a Appleton la oportunidad de escoger entre tener a Charlotte o ver triunfar a Provoni, escogería lo primero. -De repente, su expresión cambió, y se tornó furtiva, felina-. Pero no puede tener a Charlotte. Yo estoy fundido en ella -dijo, dirigiéndose a Nick-. No puede tenerla, de modo que ha de volver junto a Kleo y Bobby. Yo lo he decidido por usted.

-¿Cuál sería su reacción -le preguntó Barnes a Nick, manifiestamente enojado por la discusión- como Subhombre, si todos los Campos de Reeducación..., bueno, hablando claro, los Campos de Concentración fuesen clausurados y todos los allí internados fuesen enviados a casa, devueltos junto a sus familiares y amigos? ¿Cómo se sentiría si usted gozase asimismo de este privilegio?

-Creo que es la decisión más sensible, humana y razonable que puede adoptar un gobierno -respondió Nick-. Habría una oleada de alivio y felicidad que se extendería por todo el globo. -Aunque sabía que se expresaba mal, a partir de frases hechas, no podía decirlo de otro modo-. No puedo creerlo. En esos Campos de Concentración hay millones de seres humanos. Sería una de las decisiones más humanitarias llevadas a cabo por cualquier gobierno de la historia, y jamás sería olvidada.

-¿Lo ve? -le instó a Gram-. Está bien, 3XX24J, si lo hiciésemos, ¿aclamaría aún a Provoni?

-Yo... -Nick veía la lógica-. Provoni fue en busca de ayuda para destruir la tiranía -vaciló antes de seguir-. Pero si ustedes liberan a todo el mundo y presumiblemente acaban con la categoría de Subhombres, si no hubiese más arrestos...

-No habría más arrestos -afirmó Barnes-. Dejaríamos circular libremente la literatura cordonita.

Tras incorporarse, Gram rodó de lado en su lecho, jadeando y resoplando, hasta lograr sentarse.

-Lo tomarían como un signo de debilidad -blandió un dedo hacia Nick y después hacia Barnes-. Supondrían que es el resultado de ser conocedores de nuestra derrota. ¡Y Provoni se llevaría todo el mérito! -contempló a Barnes con emociones mezcladas, su cara abolsada, móvil y agitada-. ¿Sabe qué harían? Nos obligarían a... -miró nerviosamente a Nick- efectuar los exámenes del Servicio Civil honradamente. O lo que es lo mismo, cederíamos nuestro control absoluto sobre el que descansa el aparato gubernamental y lo que esto conlleva.

-Necesitamos ayuda cerebral -observó Barnes, mordisqueando la punta

plana del bolígrafo.

-¿Quiere decir otro superhombre de doble cúpula como usted? -Gram escupió las palabras-. ¿Para derribarme? ¿Por qué no convocar una Asamblea Plenipotenciaria del Comité Extraordinario de la Seguridad Pública? Al menos así estarían representadas mi especie y la suya.

-Me gustaría mezclar en esto a Amos Ild -dijo Barnes pensativamente-. Para saber su opinión. Tardaríamos veinticuatro horas en reunir al Comité; Ild podría estar aquí dentro de media hora, ya que, como sabe, se halla en Nueva Jersey trabajando en el *Gran Oído*.

-¡Ese maldito enemigo de los Inusuales! Haga lo que quiera, Barnes, haga lo que quiera. Yo jamás me someteré a la opinión de una cabeza en forma de pera con Dios sabe qué tornillos y tuercas flotando en su interior.

-Actualmente, Ild es el primer intelectual del planeta -alegó Barnes-. Todo el mundo, incluido usted, lo reconoce.

-Intenta aislarme, intenta hacer que yo parezca anticuado -objetó Gram, enojado-. Trata de destruir el sistema de doble entidad que ha convertido este mundo en un paraíso, para...

-Entonces, seguiré adelante con mi plan y abriré los Campos -manifestó Barnes-. Sin opiniones unánimes o contradictorias de nadie.

Se puso de pie, metió el bloc y el bolígrafo en su cartera de mano, y la cerró.

-¿No es verdad? -gritó Gram-. ¿No es cierto que intenta destruir a los Inusuales? ¿Acaso no es éste el verdadero propósito del *Gran Oído*?

-Amos Ild -razonó Barnes- es uno de los pocos Nuevos Hombres que se preocupa por lo Antiguo. El *Gran Oído* les concederá unos poderes y unas capacidades semejantes a las de usted, y los atraerá hacia la red gubernamental. Ciudadano 3XX24J, su hijo podría pasar el examen de capacidad, la Sección de Logros Especiales, y usted estaría en el Gobierno desde hace varios años. Y mire hasta dónde ha llegado tan sólo. Óigame, Willis, hay que devolverles a los Antiguos sus franquicias, y de nada le servirán si les faltan, si simplemente les faltan las habilidades, los conocimientos, las aptitudes que nosotros tenemos. No estamos falsificando los resultados de los exámenes, bueno, sólo algunas veces, lo que hacemos es seleccionar, como hicieron Weiss y Pikeman con el hijo del ciudadano 3XX24J. Eso es un mal, pero no es el mal. El mal se halla en la formulación de un examen que usted y yo podemos aprobar, pero no él. No lo examinamos por lo que puede hacer, sino por lo que podemos hacer nosotros. Y por eso ha de responder a preguntas que se refieren a la *«Teoría de la Acausalidad»* de *Bernhad*, que ningún Antiguo puede comprender. No podemos darle una corteza cerebral más grande, no podemos darle un cerebro de Nuevo Hombre, pero sí podemos proporcionarle talentos extraordinarios que compensen esas faltas. Como en su caso, como en el caso de todos los Inusuales.

-Me está escudriñando, claro -se enojó Gram.

Barnes, aún de pie, suspiró, y se hundió en sí mismo.

-Bueno, ya he dicho lo que tenía que decir. Ha sido un día difícil. No llamaré a Amos Ild. Me limitaré a seguir adelante con mi plan y ordenaré que abran los Campos. Será mi decisión, sólo mía.

-Busque a Amos Ild y tráigalo -concedió Gram, y se revolvió tanto en la cama que incluso el suelo pareció vibrar.

-De acuerdo -dijo Barnes, consultando su reloj-. Con toda seguridad,

estará aquí dentro de un par de días. Pero tardaremos un poco en conectar con él...

-Usted dijo media hora -le recordó Gram.

Barnes se inclinó hacía uno de los fondos del escritorio.

-¿Puedo...?

-Sí -se resignó Gram.

Mientras Barnes hacía su llamada, Nick se hallaba sumido en sus pensamientos, mirando por el inmenso ventanal que había en la estancia en que se hallaba, hacia la ciudad que se extendía kilómetros y kilómetros, cientos de kilómetros.

-Está usted pensando -le interrumpió Gram- en la forma de convencerme de que tiene usted prioridad sobre esa chica, Charlotte.

Nick asintió.

-De acuerdo -continuó Gram-, pero esto no importa porque yo soy quien soy y usted es quien es, un tallador de neumáticos. A propósito, he dictado una ley contra ese oficio. El próximo lunes habrá perdido su empleo.

-Gracias.

-Usted siempre se sentía culpable por ello -indicó Gram-. He leído ese sentimiento de culpa en su mente. Le preocupa que la gente conduzca esos autocohetes con la talla falsificada. Se preocupa por el aterrizaje, especialmente por el aterrizaje. Por ese primer choque.

-Cierto -asintió Nick.

-Ahora vuelve a pensar en Charlotte -prosiguió Gram-, y está meditando planes para quedarse con ella. Y, al mismo tiempo, se pregunta por enésima vez qué es lo que éticamente debería hacer. Bien, puede cambiar de idea y volver junto a Kleo y a Bobby, y hacer que su hijo pase otro examen...

-Volveré a ver a Charley -afirmó Nick.

17

Los padres, pensó Thors Provoni. Sí, eso es lo que son nuestros amigos de Frolik 8. Como si yo consiguiese contactar con el Urvater, el Padre primordial que construyó el *eidos cosmos*. Están trastornados y ansiosos porque algo va mal en nuestro mundo; y a ellos les importa, tienen empatía hacia nosotros; saben cuán desesperada es nuestra necesidad y lo que sentimos; saben lo que necesitamos.

Ignoraba si sus tres mensajes habrían llegado a la planta Impresora de la avenida Decimosexta donde estaban las instalaciones Receptoras y Transmisoras de radio y televisión, y si el Gobierno los habría interceptado. Y, en caso de haberlos interceptado, ¿qué habrían hecho?

Con toda seguridad una purga, aunque tal vez no. El viejo Willis Gram, si todavía ostentaba el poder, era un hombre astuto que sabía a quién y cómo exprimir para obtener información. Era telépata y podía obtener información de cualquier mente que estuviera cerca. Pero quedaba por ver a quién tenía cerca. Militantes radicales, como los ejecutivos de la *Corporación McMally*... Los miembros del Comité Extraordinario de la Seguridad Pública... El Director de Policía Barnes... Probablemente Barnes, era el más listo y el más sano de todos, al menos entre los de alto nivel del aparato gubernamental. También estaban los Nuevos Hombres científicos dedicados a la investigación independiente, como aquel fantasmón de Amos Ild. ¡Ild! ¿Y si Gram le consultaba? Seguramente, Ild proyectaría un escudo que protegería

a la Tierra contra todo. Dios me ayude, pensó Provoni, si han buscado a Ild, a Tom Rovere o a Stanton Finch, para este asunto. Por fortuna, los Nuevos Hombres inteligentes gravitaban hacia lo abstracto, hacia los estudios académicos; eran estadísticos, físicos, teóricos... Cuando huyó Provoni, Finch estaba trabajando en un sistema para duplicar el microsegundo que fue el tercero en la sucesión de la creación del Universo; finalmente, y bajo condiciones bien controladas, deseaba llegar al primer segundo y después, Dios le perdonase, llevar, en teoría y según términos matemáticos, hacia atrás el flujo entrópico hasta el intervalo, llamado el paso de una valencia, antes del primer segundo.

Pero todo en teoría.

Cuando hubiese terminado, Finch podría demostrar matemáticamente qué situación se había necesitado para la gran explosión que dio lugar al Universo. Finch trabajaba con conceptos tales como el tiempo negativo y el tiempo cero... Probablemente, ya estaría todo finalizado y Finch habría vuelto a su chifladura: coleccionar cajas de rapé del siglo XVIII.

Ahora, Tom Rovere. Había estado ocupándose del tema de la entropía, basando su proyecto en la suposición arbitraria de que la distribución de bastante descomposición y bastantes ergs a través del Universo iniciaría automáticamente un flujo de retroceso de carácter negentrópico, debido a los choques producidos entre fragmentos simples e indivisibles de energía y materia, entre sí, de los cuales surgirían entidades más complicadas. La frecuencia de posibilidades de esas entidades cada vez más complicadas estaría en proporción inversa a su complejidad. No obstante, una vez iniciado el proceso no podría volver atrás hasta estar formadas las entidades complejas como una entidad única, y únicamente compleja, que envolvería a todas las moléculas del Universo. Esto sería *Dios*, pero *Él* se descompondría y, con su descomposición, se afirmaría la fuerza de la entropía, como ocurre en las diversas leyes de la termodinámica. Así, Rovere demostraría que la época actual se hallaba ligeramente detrás de la descomposición de la entidad única, completamente esquiva, llamada *Dios*, y que estaba ya en marcha una creciente progresión fuera de la individualidad y la complejidad. Y continuaría hasta que tuviese lugar una distribución igual y primitiva del calor residual, o sea, mucho después de que la fuerza negentrópica se manifestase al azar, por movimientos casuales.

Pero Amos Ild era distinto, estaba construyendo, y no describiendo teóricamente, en términos matemáticos. Si a Gram se le ocurría, el Gobierno se aprovecharía de él. Sí, pensaría en eso, se dijo Provoni. Porque llevando a Ild al nivel gubernamental, la construcción del *Gran Oído* se retrasaría, tal vez incluso se abandonaría. Gram tardaría algún tiempo en darse cuenta de esto, pero al fin lo vería.

De modo que he de suponer, pensó Provoni, que tendremos que combatir a Amos Ild. Cuanto más inteligente y brillante sea la luz que posean los Nuevos Hombres, tanto más peligrosa será para nosotros.

-Morgo -llamó.

-Sí, señor Provoni.

-¿Puedes construir un receptor de ti mismo o de algunas partes de esta nave, por las que puedas sintonizar una banda de treinta metros a cargo de transmisores de la Tierra? Me refiero a los transmisores ordinarios, utilizados para propósitos comerciales.

-¿Puedo preguntar por qué?

Librodot

-Para enviar regularmente noticias a dos sitios de la banda de treinta metros. Cada hora.

-¿Deseas saber qué sucede políticamente en la Tierra?

-No -respondió Provoni con sarcasmo-. Quiero saber el precio de los huevos en Maine.

Provoni comprendió que se estaba exaltando.

-Lo siento -añadió.

-Pasa de sentirlo -observó el Frolikan.

Thors Provoni echó la cabeza atrás y rió.

Pasa de sentirlo, repitió. Así habla una masa demasiado gelatinosa de lodo protoplasmático que ha envuelto esta nave con su cuerpo fluido y que está a cada lado de mi cuerpo, como un barril. Y dice: *«Pasa de sentirlo».*

-Puedo formar la banda de treinta metros -afirmó Morgo-. Pero ¿servirá? Creo que hay muchas interferencias...

-Tal como la quiero no.

-¿Una banda de cuarenta metros, tal vez?

-Está bien -se irritó Provoni.

Se colocó los auriculares y puso en marcha el condensador variable de su equipo receptor. Captó conversaciones entrecruzadas y, por un instante, oyó unas noticias.

> *«... el fin de los Campos de Concentración... y la Luna no... que alguien con bastantes años en... Junto con esto, la destrucción de la Imprenta subversiva de la avenida Decimosexta...».*

El sonido se desvaneció.

¿Lo he oído bien?, se preguntó Provoni. ¿El fin de los Campos de Concentración en la Luna y el sudoeste de Utah? ¿Todos liberados? Sólo a Barnes podía habérsele ocurrido. Pero incluso siendo idea de Barnes resultaba difícil de creer. Quizá fuese un capricho de Gram. Una momentánea reacción de pánico ante los mensajes transmitidos a la Imprenta de la avenida Decimosexta. Pero si ya estaba destruida, no recibirían los mensajes, y tal vez sólo habían captado el primero y el segundo.

Esperaba que tanto el Gobierno como los cordonitas hubiesen recibido el tercer mensaje, que decía:

> *«Regresaremos dentro de seis días y nos apoderaremos del Gobierno».*

-Tienes que aumentar la fuerza de la transmisión y radiar el tercer mensaje una y otra vez. Puedo fabricarte una cinta o un rizo rotario -le dijo al Frolikan.

Puso en marcha el magnetófono y oyó las palabras pronunciadas con una articulación extremadamente clara, con intensa satisfacción.

-¿Con variedad de frecuencias? -preguntó Morgo.

-Con todas las que puedas diseñar. Si pudiésemos inmiscuirnos en los canales de frecuencia modulada, tal vez podríamos imprimir un video de imagen. Para transmitirla directamente a los televisores.

-Bueno, esto resultará agradable. Es un mensaje críptico; por ejemplo, no menciona que yo estoy solo y que mis hermanos se hallan a medio año-luz

detrás de nosotros.

-Willis Gram ya lo sabrá cuando lleguemos a la Tierra -respondió Provoni.

-He reflexionado sobre los posibles efectos de mi presencia ante el señor Gram -dijo Morgo- y ante sus camaradas. En primer lugar, descubrirán que no puedo morir, y eso les asustará. Verán que, si estoy debidamente alimentado, puedo crecer y, además, que puedo usar como nutriente casi cualquier clase de materia. Tercero...

-Una cosa -le atajó Provoni-, tú eres una cosa.

-¿Una cosa?

-Sí, una cosa.

-¿Se refiere al efecto psicológico?

-Exacto -asintió Provoni, sombríamente.

-Creo que mi capacidad para sustituir secciones de los organismos vivos con mi sustancia ontológica será lo que más les asustará. Cuando me manifieste más pequeño, digamos como una silla, y consuma el objeto como una fuente de energía, ese hecho, en miniatura para que lo comprenda, les asustará. Como ya ha visto, puedo sustituir cualquier objeto con mi cuerpo, y no hay límites visibles a mi crecimiento, señor Provoni, mientras me alimente. Puedo convertirme en el edificio donde trabaja el señor Gram, puedo convertirme en un edificio de apartamentos para cinco mil personas. Y -Morgo vaciló-, hay más aún. Aunque por el momento no deseo discutirlo.

Provoni meditó. Los Frolikanos no tenían una forma específica; el método histórico para su supervivencia era imitar objetos u otros seres vivos. Su fuerza residía en el hecho de poder absorber criaturas vivas, convertirse en ellas, usarlas como combustible, abandonando sus estructuras vacías. Este proceso, como el del cáncer, no sería descubierto fácilmente por los aparatos detectores de Gram. Incluso cuando el proceso transformador alcanzase los órganos vitales, las criaturas imitadas podrían funcionar y sobrevivir. La muerte llegaba cuando los Frolikanos se retiraban, cuando dejaban de suministrarse pulmones, corazones o riñones. Un hígado frolikan, por ejemplo, podía funcionar igual que uno auténtico cuando era reemplazado, pero moría tan pronto como había devorado algo de valor.

Más temible era todavía la invasión frolikana del cerebro. El ser humano, u otro organismo invadido, sufría unos procesos mentales pseudopsicóticos, que no se reconocían como propios, y que al querer corregirlos resultaba imposible hacerlo. En aquel momento, el Frolikan lo abandonaba, y el ser humano cesaba de existir, vacío de su contenido psíquico.

-Por suerte -musitó Provoni-, tú sabes elegir a tus huéspedes, ya que no tienes intenciones, ni te interesa poblar la Tierra, ni dar fin a la vida de los organismos humanoides. Lo único que quieres es conocer la estructura gubernamental.

Y una vez hecho esto, pensó, te retirarás. ¿No es verdad?

-Sí -asintió el Frolikan, leyendo los pensamientos de Provoni.

-¿No mientes?

El Frolikan lanzó un gemido de dolor.

-De acuerdo -observó Provoni inmediatamente-, lo siento. Pero supongamos...

No terminó la frase, al menos no en voz alta. Pero sus pensamientos siempre llegaban a la misma conclusión: he enviado una raza de asesinos a la Tierra para que destruyan a todo el mundo.

-Señor Provoni -respondió Morgo-, por eso yo, y sólo yo, estoy aquí con

usted. Queremos solucionar el asunto sin un conflicto físico, como sucedería al llegar mis hermanos, a los que no llamaremos a menos que necesitemos provocar una guerra abierta. Yo negociaré un cambio básico en el Gobierno de su planeta, y el Gobierno accederá a ese cambio. En las noticias recibidas por usted se mencionaba que han abierto los Campos de Concentración. Lo hacen para aplacarnos, ¿verdad? No por una debilidad de su parte, sino por el deseo de evitar una guerra, para presentar un frente unido. Su raza es xenofóbica. Y yo soy el último extranjero. Le aprecio, señor Provoni; aprecio a su raza, al menos por lo que les conozco a través de su mente. No haré lo que podría hacer, pero sí haré que sepan lo que soy capaz de hacer. En su sección de recuerdos mentales hay una historia Zen respecto al mejor espadachín del Japón. Dos hombres le desafiaron. Todos accedieron a irse a un islote y luchar allí. El mejor espadachín del Japón, que era un estudiante del Zen, procuró ser el último en abandonar la barca. Tan pronto como los otros saltaron a la playa, él se marchó, remando, y les dejó en el islote con espadas y todo. De esta manera no perdió su fama: ser el mejor espadachín del Japón. ¿Comprende la aplicación de mi situación? Yo puedo derribar su Gobierno, pero sin lucha, si es que sigue mis pensamientos. En realidad, será mi repugnancia a luchar lo que más les asustará. Aunque sí demostraré mi fuerza, porque no podrán imaginarse que posea tanto poder y no lo utilice. Si ellos lo tuvieran, lo usarían; me refiero a su Gobierno, a sus Nuevos Hombres, que para mí son como unas moscas zumbadores. Si gracias a su mente obtengo una imagen de ellos, señor Provoni, los conoceré. Bueno, si usted los conoce bien...

-Los conozco -afirmó Provoni-, porque yo soy uno de ellos. Yo soy un Nuevo Hombre.

18

-Lo sabía -exclamó Morgo-. Insinuaciones, atisbos, se han filtrado en su mente consciente. Especialmente cuando duerme.

-Por eso soy un renegado doble -asintió Provoni, rígidamente.

-¿Por qué rompió con sus compatriotas?

-En la Tierra hay seis mil Nuevos Hombres, que gobiernan con la ayuda de cuatro mil Inusuales. Diez mil en una jerarquía del Servicio Civil que separan a todos de... cinco billones de Antiguos sin forma de...

Calló y después hizo una cosa sorprendente: levantó la mano y un vaso de agua de plástico flotó directamente hacia él, depositándose en el hueco de su mano.

-Usted también es un Inusual -estableció Morgo-. Un t-k -añadió-. No lo sospechaba.

-Por lo que sé -continuó Provoni-, yo soy la única fusión de Nuevo Hombre e Inusual. Soy un fenómeno, surgido de otros fenómenos.

-¿Hasta dónde llegó en el Servicio Civil, qué promedio consiguió?

-Oh, diablos... Yo fui un Doble-03. No abiertamente, pero en los exámenes conseguí un subrosa. Hubiese podido desafiar a Gram. Hubiese podido desafiarles a todos.

-Señor Provoni, no comprendo por qué no logró trabajar desde dentro -dijo el Frolikan.

-No conseguí eliminar diez mil servidores civiles, desde los G-1 a los Doble-03, pasando por el Comité Extraordinario de la Seguridad Pública y el

Presidente del Consejo Gram. -Mas éste no era el verdadero motivo, y lo sabía-. Temí -añadió- que si descubrían lo que era me mataran. Mis padres lo temieron cuando yo era un niño. Todos ellos, Nuevos Hombres, Inusuales, y también los Antiguos y los Subhombres. Yo pude ser el principio de una raza de superhombres máximos; pero de hacerse esto público, el alboroto hubiese sido mayúsculo... y yo... -Esbozó un gesto expresivo con la mano-. Yo habría desaparecido. Y empezarían a buscar a los que fuesen como yo.

-A nadie se le podía ocurrir -observó el Frolikan- que pudiese surgir una persona con ambos tipos. Es decir, teóricamente, antes de los exámenes.

-Como dije, mis exámenes fueron privados, subrosa. Mi padre tenía un promedio de G-4, como Nuevo Hombre, y dispuso los exámenes en secreto, cuando conoció mi capacidad t-k y supo, además, que yo tenía nódulos Roger, que sobresalían de mi cerebro como puntas de lápiz. Fue mi padre quien me convirtió en luchador, Dios bendiga su alma. Estallaron las Guerras Internacionales y Planetarias y todo el mundo pensaba solamente en las ideologías que se jugaban en ellas... Aunque, en realidad, lo que todo el mundo quería era dormir una noche con plena tranquilidad y a salvo. Leí una declaración -añadió-, era literatura en una píldora. Decía que las personas inclinadas al suicidio deseaban realmente una buena noche de sueño y creían que la hallarían en la muerte.

¿Adónde me llevan mis pensamientos?, se preguntó. Hace años que no pensaba en el suicidio. No, desde que dejé la Tierra.

-Necesita dormir -le propuso Morgo.

-Lo que necesito es saber si mi tercer mensaje ha llegado a la Tierra -replicó Provoni roncamente-. ¿Será posible llegar allí en sólo seis días?

Los fantasmas empezaban a acosarle: campos, prados y pastizales, las grandes ciudades flotantes sobre los océanos azules de la Tierra, las cúpulas de la Luna y Marte, Nueva York, el reino de Los Ángeles. Y, especialmente, San Francisco, con su fabuloso, atractivo y antiguo *BART* o *«Sistema de transporte rápido»*, construido en 1972 y que, por razones sentimentales, todavía estaba en uso.

Pensó en la comida. Un bistec con setas, caracoles, ancas de rana muy tiernas y congeladas anticipadamente, cosa que mucha gente ignoraba, incluyendo muchos restaurantes caros.

-¿Sabes lo que deseo? -le preguntó al Frolikan-. Un vaso de leche bien fría. Leche con cubitos de hielo. Unos cinco litros de leche helada. Y quiero estar aquí sentado y beber leche.

-Como ya indicó usted, señor Provoni -comentó Morgo-, el interés real del hombre reside en lo inmediato y lo pequeño. Estamos realizando un viaje que afectará a las vidas y esperanzas de seis mil millones de personas y, no obstante, usted se ve a sí mismo sentado a una mesa donde hay una botella de leche.

-Sí -replicó Provoni-, pero esto es lo mismo. Porque todo el mundo es igual. Habrá una invasión de la Tierra efectuada por seres extraterrestres y todo el mundo, ¡todo el mundo! lo único que querrá es seguir viviendo. El mito de la masa inarticulado, hirviente, en busca de un líder, de un portavoz, que en este caso sería Cordon, no es más que eso: un mito. Pero ¿a cuántas personas les importa eso realmente? Tal vez ni siquiera a Cordon, al menos, no mucho. ¿Sabes qué temía la gente en la época de la Revolución Francesa? Temía que alguien les destrozara los pianos... Era una visión muy estrecha y mezquina, claro... -se interrumpió-. Cosa que también yo

comparto -exclamó-, hasta cierto punto.

-Sufre usted de añoranza. Lo veo en sus sueños; por la noche, se pasea por los senderos de los bosques de la Tierra, y se eleva en majestuosos ascensores hasta los restaurantes y *drugbares* situados en lo alto de los rascacielos.

-Sí, los *drugbares*... -repitió Provoni.

Hacía mucho tiempo que había abandonado toda medicación, toda diversión, incluyendo, claro está, todas las pastillas que afectan al cerebro.

Me sentaré en un *drugbar*, pensó, y me tomaré una cápsula, una píldora, una tableta, y una espánsula, una tras otra. Me haré invisible. Volaré como un cuervo. Cacareare y gorjearé volando por los invernaderos y los prados, bajo la luz del sol, y en las sombras. Dentro de seis días.

-Hay un asunto que todavía no hemos puesto en claro, señor Provoni -le despertó de su ensueño el Frolikan-. ¿Efectuaremos una aparición pública, con pompa y platillo, o nos apartaremos de la gente a fin de no ser vistos? Y tal vez empecemos de esa manera las operaciones, ¿verdad? En este último caso, usted podría moverse con entera libertad. Podría ver y disfrutar de los trigales, de los maizales de Kansas; podría descansar, tomar sus píldoras y, si no le molesta que se lo diga, afeitarse, bañarse y cambiarse de ropa; en fin, refrescarse por completo. Mientras que si descendemos en medio de *Times Square*...

-No importa que descendamos en medio de *Times Square* o en los prados de Kansas -objetó Provoni-. Estarán en constante alerta, buscándonos por radar. Incluso pueden atacarnos, o intentarlo al menos, con las naves de la línea fronteriza antes de que lleguemos a la Tierra. No podemos pasar inadvertidos, no pesando tú noventa o más toneladas. Nuestros retrocohetes iluminarán el cielo como cirios romanos.

-No podrán destruir la nave, ya que yo la envuelvo por completo.

-Lo entiendo, pero ellos no lo saben y pueden intentar destruirnos.

¿Qué aspecto tendré cuando salga de aquí?, pensó. Sucio, repulsivo, inclinado ya a costumbres ingratas. Pero ¿acaso no es esto lo que esperan? ¿No es esto lo que comprenderá la gente? Tal vez sea así como apareceré ante sus ojos...

-*Times Square* -dijo en voz alta.

-En medio de la noche.

-No; incluso entonces habría demasiada gente, demasiado bullicio.

-Dispararemos con los retrocohetes para avisarles. Cuando vean que aterrizamos, retrocederán.

-Y un obús con la cabeza de proyectil de hidrógeno, procedente de un cañón T-40 nos hará pedazos -replicó Provoni, que se sentía sarcástico y exaltado.

-Señor Provoni, recuerde que yo soy semimateria y puedo absorberlo todo. Yo envolveré por completo esta nave, lo mismo que a usted, por todo el tiempo que sea necesario.

-Tal vez se vuelvan locos cuando me vean.

-¿De entusiasmo?

-No lo sé. De lo que vuelva loca a la gente. Tal vez de miedo a lo desconocido. Quizá se aparten de mi todo lo que sea posible físicamente. Pueden huir a Denver, a Colorado, y agruparse allí como gatos asustados. ¿No has visto nunca unos gatos asustados? Yo siempre tenía gatas y gatos, inalterados, y mi gato siempre era perdedor. Siempre era el que volvía hecho

jirones. ¿Sabes cómo se sabe que el gato propio es un perdedor? Cuando él y otro gato pelean, y tú acudes a salvar al tuyo; si es el vencedor, al momento salta sobre el contrincante, y si es el perdedor, deja que lo cojas y lo lleves a casa.

-Pronto volverá a ver gatos...

-Igual que tú.

-Descríbame un gato -pidió Morgo-. Fórmelo en su mente. Con todo lo que recuerde y asocie con los gatos.

Thors Provoni pensó en los gatos. Le parecía una cosa inútil aunque entretenida mientras iban pasando los seis días que faltaban para llegar a la Tierra.

-Obstinado -murmuró Morgo.

-¿Yo? ¿Te refieres a mí? ¿Por ese tema?

-No, me refiero a los gatos. Y por ser autocentrado.

-Un gato es leal a su amo -explicó Provoni, irritado-. Pero lo demuestra de un modo sutil. La verdad es que un gato no se entrega a nadie, y esto es así desde hace millones de años; pero de pronto consigues agujerear su armadura y se frota contra ti y se sienta en tus rodillas y ronronea. Y esto lo hace porque te ama, y por eso rompe la norma de conducta genética que han seguido los gatos desde hace millones de años. Una verdadera victoria.

-Suponiendo que el gato sea sincero -objetó Morgo-, y no pretenda sólo conseguir más comida.

-¿Piensas que un gato puede ser hipócrita? -inquirió Provoni-. Nunca he oído una insinuación de hipocresía referida a los gatos. En realidad, gran parte de las críticas proceden de su total honradez; si no les agrada una persona, la abandonan y se largan con otra.

-Creo -opinó Morgo-, que cuando lleguemos a la Tierra me gustará tener un perro.

-¡Un perro! Después de mis palabras acerca de la naturaleza y carácter de los gatos... Después de todo el gran material que has obtenido de mí al pensar en los gatos... Todavía me acuerdo de uno llamado *«Asherbanopol»*, al que llamábamos *«Ralf»*. *«Asherbanopol»* es egipcio.

-Sí -asintió el Frolikan-. Todavía gimes en tu corazón por *«Asherbanopol»*. Pero cuando mueras, como en el cuento de Mark Twain...

-Sí -murmuró Provoni-, todos estarán allí, en dos filas, aguardándome.

-Un animal se niega a entrar en el Paraíso sin su amo. Y le esperan años y años.

-Y tú crees en ello fervorosamente.

-¿Creerlo? Sé que es verdad. *Dios* está vivo; ese cadáver que encontraron en el espacio hace varios años no era *Dios*. No es posible encontrar a *Dios* en esas circunstancias. Esa es una idea medieval. ¿Sabes dónde está el *Espíritu Santo*? No está en el espacio, sino que *Él* crea espacio. Está aquí -indicó su pecho-. O sea, que nosotros tenemos una parte del *Espíritu Santo* en nosotros mismos. Piensa en tu decisión de ayudarnos. Con ello no obtendrás nada salvo una herida o alguna clase de destrucción. Es posible que los Militares hayan inventado algo mortal de lo que no estoy enterado.

-Por ir a su planeta sí obtendré algo -objetó Morgo-. Recogeré y conservaré pequeñas formas de vida: gatos, perros, una hoja de árbol, un caracol, una ardilla... Debe entender y tener en cuenta que en Frolik 8 esterilizaron todas las formas de vida, excepto la nuestra y que, por lo tanto, desaparecieron por completo. Pero al poder ver sus imágenes grabadas en tres dimensiones,

parecen completamente reales. Están unidos directamente a los ganglios que rigen nuestro sistema nervioso central.

El temor se apoderó de Provoni.

-Esto le molesta -observó Morgo-. Que crezcamos, nos dividamos y sigamos creciendo le molesta. Necesitamos urbanizar cada palmo de nuestro planeta; los animales se morirían de hambre, y por eso preferimos usar un gas esterilizante, completamente indoloro. No podrían haber seguido viviendo con nosotros en el planeta.

-Vuestra población ha disminuido, ¿verdad?

El miedo aún anidaba en su interior, como una serpiente enrollada, aguardando para desenrollarse, para enseñar sus venenosos colmillos.

-Siempre necesitamos más sitio -prosiguió Morgo.

Como en la Tierra, pensó Provoni.

-Bueno, allí tenemos una especie consciente que domina. Los círculos rectores nos han prohibido ser... -Morgo vaciló.

-... ser Militares -concluyó Provoni por él.

-Yo soy un Comando. Por eso me escogieron para ir con usted a Sol 3. Tengo fama de saber solucionar las disputas mezclando el razonamiento y la fuerza. La amenaza de la fuerza les obliga a escucharme; y el conocimiento, *mi* conocimiento, indica cuál es el mejor camino para que una determinada sociedad triunfe.

-¿Ya lo has hecho antes?

Estaba claro que sí.

-Tengo más de un millón de años -respondió Morgo-. Apoyado por la contingencia de fuerzas, he solucionado guerras tan enormes, con tan gran número de contendientes, que usted no podría siquiera imaginar. He resuelto problemas político-económicos, a veces introduciendo maquinaria nueva o los documentos teóricos por medio de los cuales podían lograrse tales maquinarias. Después, me he marchado, dejando que ellos solucionasen el resto del problema.

-¿Has intervenido sólo cuando te llamaban? -quiso saber Provoni.

-Sí.

-O sea que, en esencia, sólo ayudas a las civilizaciones que han sido capaces de inventar impulsos transestelares. Has hallado a sus mensajeros, donde al fin lo has visto. Pero las sociedades medievales, con sus cascos y sus lanzas...

-Nuestra teoría al respecto es muy interesante -le interrumpió Morgo-. El nivel de espadas y lanzas, también el nivel del cañón, de las naves aéreas, los barcos y las bombas..., ese nivel no es cosa nuestra. No queremos que lo sea, porque nuestra teoría nos indica que no pueden destruir ni a su raza ni a su planeta. Pero cuando construyen bombas de hidrógeno y su tecnología les permite construir naves interestelares...

-No lo creo -declaró llanamente Provoni.

-¿Por qué? -El Frolikan exploró su cerebro, hábilmente, si bien con su acostumbrada reverencia-. Ah, ya entiendo -exclamó-. Usted sabe que crearon las bombas de hidrógeno mucho antes de que desarrollaran el impulso interestelar. Tiene razón. -Hizo una pausa-. De acuerdo. Sí, nosotros sólo intervenimos cuando llega una nave capaz de volar entre las estrellas, porque en ese punto, la civilización, sea cual sea, es peligrosa para nosotros. Nos han descubierto. Y está indicada una respuesta por nuestra parte como, por ejemplo, en la historia de su mundo, cuando el Almirante

Perry abrió una brecha en el muro que rodeaba a Japón. Todo el país se vio obligado a modernizarse en unos cuantos años. Tenga en cuenta esto: nosotros nos podíamos haber limitado a matar a todos los astronautas interestelares, en vez de preguntarles cómo podíamos ayudarles a estabilizar su cultura. Seguramente no creería cuántas culturas se hallan inmersas en las guerras, las luchas por el poder y la tiranía. Pese a esto, algunas están mucho más avanzadas que la de usted. No obstante, usted nos ha proporcionado nuestro criterio: ha venido a nosotros, y yo estoy aquí, señor Provoni.

-No me gusta que los animales hayan sido exterminados -dijo Provoni.

Pensaba en los seis mil millones de Antiguos de la Tierra. ¿Cómo les tratarían? ¿Les tratarían a todos por igual, Nuevos Hombres, Inusuales, Antiguos, Subhombres? ¿Les matarían a todos y heredarían el planeta con todas sus obras?

-Señor Provoni -Morgo interrumpió sus pensamientos-, permita que le aclare dos puntos que servirán para aquietar el torbellino de su cerebro. Primero: hace siglos que conocemos la civilización. Nuestras naves han penetrado y salido de su atmósfera ya en la época de sus barcos balleneros. De haberlo deseado, hubiésemos podido apoderamos entonces de la Tierra. ¿No cree que hubiese sido mucho más sencillo romper la *«débil línea roja»*, a los *Chaquetas Rojas*, que enfrentarnos con los misiles tácticos de hidrógeno y cobalto, como tendríamos que hacer ahora? Yo he estado a la escucha. Ustedes tienen varias naves de guardia en la zona cercana al punto donde el campo gravitacional del Sol empieza a afectarnos.

-¿Y segundo...?

-Robaremos.

-Robar ¿qué? -Provoni estaba estupefacto.

-Innumerables aparatos de ustedes: aspiradoras, máquinas de escribir, sistemas de video 3-D, baterías para veinte años, computadoras. A cambio de poner fin a la tiranía, estaremos algún tiempo en el planeta para obtener modelos de trabajo, si es posible, o descripciones de todo lo que podamos: árboles, plantas, embarcaciones, instrumentos de fuerza... Todo lo que sea factible.

-Pero tecnológicamente vosotros estáis más avanzados que nosotros.

-No importa -refutó Morgo con tono amable-. Cada civilización, cada planeta, desarrolla unos instrumentos únicos, idiosincrásicos, unas costumbres, unas teorías, unos juguetes, unos tanques resistentes a ciertos ácidos, y así sucesivamente. Permita que le haga una pregunta: supongamos que usted pudiera trasladarse a la Inglaterra del siglo dieciocho, y que pudiera llevarse consigo lo que más le gustase. ¿No se llevaría muchas cosas? Sólo en pinturas... Ah, veo que lo comprende.

-¡Nosotros somos muy raros! -estalló Provoni.

-Ah, esto lo expresa muy bien. La rareza es uno de los grandes constituyentes del Universo, señor Provoni. Es una subdivisión del principio de la unicidad, que su sabio *Bernhad* explicó en su *«Teoría de la Acausalidad Medida por dos Ejes»*. La unicidad es única, pero hay asimismo lo que *Bernhad* denominó la *cuasi-unicidad*, de la que muchos...

-Yo formulé esa teoría para *Bernhad* -confesó Provoni-. Yo fui uno de los chicos más listos en la universidad, uno de los ayudantes de *Bernhad*. Y le ayudé a preparar los datos, las citas y todo lo que publicó en *Nature*, aunque luego lo firmara sólo *Bernhad*. En 2103 yo tenía dieciocho años. Ahora,

Librodot

tengo ciento cinco -sonrió tristemente-. Soy un Antiguo, en un sentido diferente. Pero sigo activo y vivo. Todavía puedo orinar, apestar, comer, dormir y hacer el amor. Bueno, ya habrás leído acerca de personas que han vivido doscientos años, nacidos en 1985, cuando aislaron el virus del envejecimiento, y fueron inyectados los compuestos antigerontológicos a un cuarenta por ciento de la población.

Se acordaba de los animales, de los seis mil millones de seres que no iban a ninguna parte, a no ser a los tremendamente gigantescos Campos de Reeducación de la Luna, con sus tanques opacos a los lados; a los prisioneros no les permitían siquiera contemplar el paisaje que les rodeaba. En esos Campos debía de haber de doce a veinte millones de Antiguos. Un Ejército. ¿Qué podían hacer en la Tierra? ¿Veinte millones...? ¿Diez millones de apartamentos? Veinte millones de puestos de trabajo, y ninguno con un nivel G. Ni Servicio Civil.

Gram podría damos una patata caliente, se dijo Provoni. Si nosotros nos apoderamos, aunque sea por un breve espacio de tiempo, de las funciones del gobierno, será preciso que les procesemos a todos. Aunque parezca increíble, podríamos vernos obligados a enviarlos a los Campos sobre una base «temporal». Y eso sí que sería irónico.

-En la parte de babor hay un hombre de guerra -anunció de repente Morgo.

-¿Un qué en dónde?

-Mira en tu pantalla de radar. Verás un blip. Es una nave muy grande que avanza muy de prisa, demasiado de prisa para que sea una nave comercial. Viene directamente hacia nosotros. -Hizo una pausa-. En un rumbo de choque. Van a morir todos para detenemos.

-¿Pueden hacerlo?

-No, señor Provoni -le explicó Morgo con paciencia-. Aunque hayan montado cabezas de proyectil de hidrógeno de 88 o cuatro torpedos de hidrógeno.

Tenemos que esperar, pensó Provoni inclinándose sobre su pantalla de radar, hasta que lo vea. Porque, obviamente, se trata de uno de esos nuevos LR-82 tan veloces. Se frotó la frente en un gesto de cansancio. No, esto fue en el pasado. Hace ya diez años. Oh, sí, vivo en otros tiempos...

-Sí -exclamó-, es una nave muy veloz -comentó.

-No tanto como la nuestra, señor Provoni -dijo Morgo.

Al ser disparados los cohetes, el *Dinosaurio Gris* traqueteaba y parecía encabritarse y, de pronto, se oyó el sonido característico de la entrada en el hiperespacio.

La nave siguió adelante, seguida por la otra. Estaba en la pantalla una vez más, flotando en el espacio, y a cada segundo se aproximaba más, mientras todas sus máquinas disparaban un brillante nimbo de luz amarillenta, destellante, zigzagueante.

-Creo que esto termina aquí mismo -sentenció Provoni.

19

La notificación llegó sin demora a manos de Willis Gram. A los miembros del Comité Extraordinario para la Seguridad Pública, reunido en torno a su lecho del despacho-dormitorio, les dijo, apoyándose con los codos en las almohadas.

-Oigan esto:

> «*Tejón* tiene a *Dinosaurio Gris* a la vista. *Dinosaurio* ha iniciado maniobras evasivas. Nos estamos aproximando rápidamente».

-No puedo creerlo -exclamó Gram muy alegre. A los miembros del Comité les comunicó-: Les he convocado a causa de este tercer mensaje de Provoni. Llegará dentro de seis días. -Se estiró, bostezó y les sonrió-. Deseaba decirles que debemos actuar muy de prisa para abrir los Campos de Reeducación, así como para detener nuestras redadas contra los Subhombres que aún gozan de libertad, y el bloqueo o destrucción de sus Transmisores y sus Imprentas. Pero si el *Tejón* pulveriza al *Dinosaurio*... ¡Todo solucionado! Podremos continuar como si no hubiese ocurrido nada, como si Provoni no hubiese estado a punto de regresar.

-Pero las dos primeras notas fueron telerradiadas -objetó el Ministro del Interior, Fred Rayner.

-Bueno, no vamos a difundir el tercer mensaje. Ése que habla de su regreso para dentro de seis días y de apoderarse del gobierno.

-Señor Presidente del Consejo -intervino el Ministro de Asuntos Exteriores, Duke Bostrich-, el tercer mensaje ha llegado por la banda de cuarenta metros, por lo que se capta aquí y allá, en el mundo entero. Mañana, a esta hora, lo sabrá toda la Humanidad.

-Si el *Tejón* alcanza al *Dinosaurio*, esto carecerá de importancia. -Gram inhaló aire y cogió una cápsula de anfetamina para planear aún más alto en este súbito e inesperado momento de grandeza-. Como saben -les dijo a todos, pero más especialmente a Patty Platt, el Ministro de Defensa, al que nunca había apreciado ni respetado-, mi idea fue la de estacionar naves como el *Tejón* en el espacio, hace ya cinco años; una serie de naves vigía, no demasiado armadas. Sabemos que el *Dinosaurio Gris* no está armado. Por lo tanto, una de nuestras naves de vigilancia puede destruirla.

-Señor -terció el General Hefele-, estoy familiarizado con las naves vigía de la clase T-144, entre las que se encuentra el *Tejón*. Debido a los largos períodos que deben permanecer en el espacio y a las distancias que necesitan recorrer, están construidas de manera bastante zafia para maniobrarlas y resultar eficaces con sus disparos...

-¿Quiere decir -se enojó Gram- que mis naves de vigilancia están anticuadas? Entonces, ¿por qué no me lo advirtió antes?

-Porque -replicó el General Rayburn, que lucía un bigotito negro bien arreglado- no se nos ocurrió que Provoni pudiese volver, ni que una nave vigía estacionada en el vasto espacio vacío pudiese descubrir a Provoni si, o tal vez debería decir cuando, regresara. -Hizo un gesto expresivo con la mano-. El número de pársecs que...

-Generales Rayburn y Hefele -interrumpió Gram al primero-, pueden empezar a redactar sus notas de dimisión. Espero que estén listas dentro de una hora.

Se tendió en la cama y, bruscamente, volvió a incorporarse; pulsó un botón que hizo funcionar la pantalla verde del fono general. Se iluminó una vista de la computadora de Wyoming, o de una sección de la misma.

-Un técnico -pidió.

Apareció un programador algo difuminado en blanco.

-Sí, Presidente del Consejo.

Librodot

-Deseo un pronóstico de la siguiente situación: una nave vigía ha encontrado al *Dinosaurio Gris* en... -Buscó en su escritorio, palpando, tanteando y gruñendo-. Estas coordenadas. -Se las leyó al técnico que, naturalmente, grababa las instrucciones-. Considerando todos esos datos, quiero saber cuáles son las probabilidades de que una nave del tipo T-144 pueda destruir al *Dinosaurio Gris*.

El técnico desenrolló la cinta, después la insertó en el alimentador de la computadora y giró el interruptor de marcha. Detrás de los marcos de plástico, giraron las ruedecillas, y las cintas se enrollaron y desenrollaron una vez.

-¿Por qué no esperamos hasta ver el resultado de la batalla? -sugirió Mary Scourby, Ministro de Agricultura.

-Porque -respondió Willis Gram- ese maldito *Dinosaurio* y esa condenada máquina que lleva Provoni, sin contar con su amigo extraterrestre, pueden estar repletos de armas. Y seguirles toda una flota... -Se volvió hacia el General Hefele, que estaba ya redactando penosamente su dimisión-. ¿Han descubierto nuestros aparatos de radar algo más en esa zona? Pregúntele al *Tejón*.

El General Hefele sacó del bolsillo un transmisor-receptor.

-¿Recibe el *Tejón* otros blips? -Hizo una pausa-. No.

Continuó con su escrito de dimisión.

-Señor Presidente del Consejo -intervino el técnico de Wyoming-, tenemos la respuesta de la computadora D-996 a su pregunta. Cree que el tercer mensaje de Thors Provoni, el captado en la frecuencia de cuarenta metros, es el dato crítico. La computadora analiza que la declaración que empieza: «Llegaremos dentro de seis días» implica que uno de los alienígenas está con Provoni. Como no conoce el poder del alienígena, no puede computarlo, aunque da una respuesta correlativa: el *Dinosaurio Gris* no podrá distanciarse durante mucho tiempo de una nave vigía T-144. Por eso, la incógnita variable, o sea, la presencia del alienígena, es demasiado grande. No puede computar esta situación.

-Estoy recibiendo un mensaje del *Tejón* -anunció súbitamente el General Rayburn-. Callen...

Inclinó la cabeza a un lado, hacia donde llevaba el fono insertado al oído.

Silencio.

-El *Tejón* ha desaparecido -murmuró el General Rayburn.

-¿Desaparecido? -repitieron al unísono una docena de voces-. ¿Desaparecido?

-Desaparecido, ¿dónde? -quiso saber Gram.

-En el hiperespacio. Pronto sabremos la causa, puesto que, como se ha demostrado repetidas veces, una nave puede permanecer en el hiperespacio durante diez, doce, quince minutos a lo sumo. No tendremos que esperar mucho.

-Y el *Dinosaurio*, ¿ha entrado en el hiperespacio? -preguntó el General Hefele, incrédulo-. Esto sólo se hace como último recurso, es la medida más extrema de evasión. Bien, entonces habrán arrastrado detrás al *Tejón*. Tal vez hayan reconstruido al *Dinosaurio*; tal vez sus superficies exteriores sean ahora de una aleación que no se descompone rápidamente en el hiperespacio. Quizá sólo necesitan esperar, mientras el *Tejón* explota o regresa al paraespacio o al espacio mutuo. Como saben, el *Dinosaurio* que salió de este Sistema hace diez años puede no ser el mismo que regresará.

Librodot

-El *Tejón* lo reconoció -intervino el General Hefele-. Es el mismo aparato y, si ha sido modificado, al menos esa modificación no ha sido exterior. Antes de penetrar en el hiperespacio, el Capitán Greco del *Tejón* dijo que era exactamente igual a la foto que le hicieron hace unos quince años, excepto...

-¿Excepto...? -intercaló Gram, apretando sus muelas.

Debo dejar de apretar las muelas, pensó. Una vez me rompí la corona de una, y eso debe servirme de lección.

Se retrepó entre sus almohadas.

-Excepto -continuó el General Hefele-, algunos sensores exteriores que faltan o han cambiado visiblemente, o que posiblemente han sufrido daños. Y, naturalmente, el casco se halla bastante abollado.

-¿Todo esto pudo divisar el *Tejón*? -se admiró Gram.

-Los nuevos aparatos de radar Knewdsen, los modelos de objetivos y lentes, pueden...

-Cállese -rugió Gram, consultando su reloj-. Voy a cronometrar -añadió vivamente-. Ya han pasado unos tres minutos, ¿verdad? Pondremos cinco, para estar más seguros.

Se sentó en silencio, contemplando fijamente su *Omega*.

Los demás se dedicaron a estudiar cada cual el suyo.

Transcurrieron cinco minutos.

Diez.

Quince.

En un rincón, Camelia Grimes, Ministro de oportunidades de Empleo y Educación, empezó a resoplar quedamente en su pañuelo de encaje.

-Los ha atraído a su muerte -dijo medio en voz alta, medio en un susurro-. Dios mío, es tan triste..., tan triste. Todos esos hombres perdidos...

-Sí, es triste -corroboró Gram-, y aún más triste que a Provoni lo haya divisado y seguido una nave de vigilancia. Una posibilidad entre... ¿Cuánto, un billón? En primer lugar, ya es triste que Provoni haya arrastrado tras de sí a una nave vigía. En realidad, al principio pareció como si fuésemos nosotros los que le habíamos atrapado a él. Bien acorralado; aniquilado, para que lo viesen sus amigos alienígenas. -Hizo una breve pausa y miró a los generales Hefele y Rayburn-. ¿Hay algunas otras naves que puedan seguir al *Dinosaurio Gris* cuando salga del hiperespacio?

-No -negó el General Hefele.

-O sea, que no sabremos si ha surgido ya -razonó Gram-. Tal vez haya quedado destruido junto con el *Tejón*.

-Lo sabremos cuando y si sale del hiperespacio -sentenció el General Hefele-, porque tan pronto como salga empezará a transmitir nuevamente por la frecuencia de cuarenta metros. -Se volvió a un ayudante-. Ten a punto mi monitor de red comercial para una transmisión renovada de su transmisión. -A Gram le dijo-: Supongo que...

-Suponga lo que quiera -le cortó el General Rayburn-. Ninguna señal de radio puede pasar del hiperespacio al paraespacio.

-Descubre -le ordenó el General Hefele a su ayudante- si la señal de Provoni se cortó hace unos minutos.

Un momento después, a través del equipo intercomunicador que llevaba sujeto con varias correas al cuello, el alto y joven ayudante había recibido ya el mensaje.

-La señal quedó cortada hace veinte minutos y no se ha captado ninguna más.

-Todavía están en el hiperespacio -calculó el General Hefele-. Y es posible que ya nunca vuelvan a emitir señal alguna. Tal vez todo ha terminado.

-Sigo queriendo su dimisión -le recordó Gram.

Se encendió una luz roja en la consola del escritorio. Gram cogió uno de los fonos.

-¿Sí? ¿La tiene consigo?

-La señorita Charlotte Boyer -anunció la recepcionista de la aduana del tercer nivel-. La han traído dos agentes de la Seguridad Pública, que tuvieron que arrastrarla por todo el camino. ¡Qué barbaridad! Mañana tendrá las piernas casi negras, además, ella le mordió la mano a un agente; sí, le arrancó un buen pedazo de carne, y el agente ha de ir inmediatamente a la enfermería.

-Que cuatro militares de la Policía Militar sustituyan a los agentes de la Seguridad Pública. Una vez hecho esto, que vigilen bien a esa joven, avísenme y la recibiré.

-Sí, señor.

-Si un individuo llamado Denny Strong viene aquí en su busca -prosiguió Gram-, quiero que le arresten por violación de la propiedad ajena y que inmediatamente le metan en un calabozo. Si trata de llegar por la fuerza hasta mi despacho, quiero que los guardias no duden en eliminarlo. En el sitio, tan pronto como su mano toque el pomo de la puerta.

Esto podría hacerlo yo mismo, pensó, pero ya soy demasiado viejo y mis reflejos son más lentos.

Sin embargo, levantó la tapa de la esquina de su escritorio y apareció la culata de una pistola Magnum .38 al alcance de su mano. Si la imagen mental de Nicholas Appleton, y su conocimiento propio del hombre eran correctos, Gram quería estar bien preparado. También debía estarlo para Appleton, porque éste había salido del edificio voluntariamente, sin signos de violencia, pese a lo cual no había garantías de que no continuase luchando por conseguir a la muchacha.

Esto era lo malo de la edad. Uno idealiza a una mujer, a su yo, a su personalidad... Pero a la edad de Gram sólo se quiere gozar de ella, nada más.

Sí, gozaré de ella, pensó Gram, la utilizaré, le enseñaré algunas cosas que probablemente ignora respecto a las relaciones sexuales, aunque ya esté al corriente de muchas cosas. Le enseñaré cosas que ni siquiera ha soñado. Por ejemplo, puede ser mi pececito. Y una vez lo haya aprendido todo, lo haya hecho todo, lo recordará durante el resto de su vida. Esos recuerdos la acosarán, pero al mismo tiempo los adorará, puesto que son verdaderamente agradables. Y ya veremos lo que pueden hacer para complacerla Nicholas Appleton, Denny Strong o cualquier otro después de mí. Y esa chica no será capaz de explicarles lo que deberían hacer para complacerla como yo.

Se echó a reír.

-Presidente del Consejo -intervino el General Hefele-, tengo noticias de mi ayudante. -Éste se inclinó hacia él y le susurró unas palabras al oído-: Lamento decir que se ha reanudado la señal en la frecuencia de los cuarenta metros.

-De acuerdo -asintió estoicamente Gram-. Estaba seguro de que así sería. No se habrían interrumpido en el hiperespacio si no hubieran estado seguros de poder volver, y el *Tejón* no pudo hacerlo.

Con cierta dificultad consiguió incorporarse hasta la postura de sentado,

luego dio casi media vuelta, extendió una de sus macizas piernas y acabó por levantarse.

-Mi batín -pidió, mirando a su alrededor.

-Lo tengo yo, señor. -Camelia Grimes lo sostuvo para que él se lo pusiera-. Ahora las zapatillas.

-Le sientan muy bien -ponderó el General Hefele, fríamente.

¿Necesita que alguien le vista, Presidente del Consejo?, pensó acto seguido. Una gigantesca seta a la que hay que vigilar de día y de noche, que está en cama como un niño enfermo que no quiere ir a la escuela, que esquiva las realidades de la vida adulta. Ése es nuestro gobernante. La persona responsable de la destrucción de los invasores.

-Usted siempre olvida -le recordó Gram al General Hefele- que soy telépata. De haber dicho lo que estaba pensando, ahora ya estaría delante de un pelotón de ejecución con granadas de gas. Lo sabe de sobras. -Estaba francamente enojado, cosa rara, ya que los pensamientos de los demás solían dejarle indiferente. Pero esta vez el General Hefele había ido demasiado lejos-. ¿Desean votar? -preguntó a toda la Asamblea del Comité Extraordinario de la Seguridad Pública, más dos Consejeros Militares de la Tierra.

-¿Una votación? -preguntó Dake Bostrich, reflexivamente, con su distinguido cabello blanco-. ¿Para qué?

-Para la dimisión forzosa del señor Gram como Presidente del Consejo -aclaró Fred Rayner, Ministro del Interior-, y de alguien más de entre los que estamos aquí.

Sonrió envaradamente, pensando que era preciso deletrearles las cosas como a los niños. También pensó que aquélla era la única oportunidad de librarse de aquel cerdo lleno de grasa; de dejar que pasara el resto de su existencia dedicado a sus asuntos personales, como por ejemplo, la chica Boyer.

-Sí, quisiera una votación -manifestó Gram, tras una pausa, durante la cual escuchó los diversos pensamientos de los reunidos y supo que obtendría un voto de apoyo, por lo que no se mostró inquieto-. ¡Vamos a votar!

-Ha leído en nuestros cerebros y sabe cuál será el resultado -dijo Rayner.

-O se está tirando un farol -opinó Mary Scourby, Ministro de Agricultura-. Sabe que podemos echarle, por haber leído nuestros pensamientos, y sabe también que le echaremos.

-Bien -terció Camelia Grimes-, lo mejor será votar.

Mediante el alzamiento de manos, seis votos decidieron que continuase Gram, y cuatro estuvieron en contra.

-Buena votación, amigo -le dijo Gram a Fred Rayner-. Vamos, coge una mujer, si puedes; y, si no puedes, coge un hombre, un viejo sano.

-Y el viejo sano -replicó Rayner-, es usted.

Echando atrás la cabeza, Gram rió entusiasmado. Después, metiendo los pies en las zapatillas, se dirigió hacia la puerta principal de la estancia.

-Presidente del Consejo -le espetó rápidamente el General Hefele-, tal vez podamos contactar con el *Dinosaurio* y tener una idea aproximada de las exigencias que formulará Provoni, de cuántos son los alienígenas que le ayudan y de si...

-Hablaré más tarde con usted -le interrumpió Gram, abriendo la puerta. Se detuvo un instante y añadió-: Rompan sus dimisiones, Generales. Estuve

momentáneamente trastornado.

Pero a ti, Rayner, ya te pillaré, monstruosidad de doble cúpula. Lo que has pensado de mí será tu aniquilación.

En el tercer nivel, Willis Gram, con batín, pijama y zapatillas, se dirigió hacia el escritorio de la recepcionista de la aduana A, puesto que le permitía saber y tratar con la mayoría de los problemas y las actividades personales de Gram. En otros tiempos, cuando tenía dieciocho años, Margaret Plow había sido su amante. Ahora tenía cuarenta y habían desaparecido la energía y el fuego, no quedaba en ella más que una máscara de brío y eficiencia.

Las paredes de su cubículo eran opacas, así que nadie podía observar su conversación. Sólo un telépata habría podido captar algo. Pero ya habían aprendido a vivir con esta amenaza.

-¿Has llamado a los cuatro hombres de la Policía Militar? -le preguntó a Margaret Plow.

-La tienen en la habitación de al lado. Ha mordido ya a uno de ellos.

-¿Qué le hizo él?

-Hizo que rodase por la habitación y esto la enfureció. Se puso como un animal salvaje, y no es una metáfora; como si pensara que iban a matarla.

-Hablaré con ella -decidió Gram, pasando desde el cubículo a la estancia contigua.

Allí estaba Charlotte, con los ojos destellando odio y miedo, como una secuestradora secuestrada. Gram pensó que tenía ojos de halcón, a los que era mejor no mirar. Era una cosa que había aprendido tiempo atrás: no mirar nunca a los ojos de un halcón o un águila, porque jamás se olvida el odio que en ellos se retrata, ni la insaciable ansia de ser libre, de volar. Además, aquellas alturas... Y las caídas en picado de las aves sobre su presa, sobre el conejo asustado, como nosotros. Una imagen graciosa: un águila prisionera de cuatro conejos.

Los agentes de la Policía Militar, no obstante, no eran conejos. Gram vio al momento de qué manera sujetaban a la joven, de qué manera y con qué fuerza. Charlotte no podía moverse.

Y durarían más que ella.

-Podría hacer que te dieran un tranquilizante -le dijo Gram a Charlotte-, pero ya sé cuánto los odias.

-¡Maldito canalla...! -le espetó ella. Y añadió-. ¡Maldito canalla blanco!

-¿Blanco? -Gram no lo entendía-. Ya no hay blancos ni negros ni amarillos... ¿Por qué dices blanco?

-Porque pertenece a la especie de los polis.

-Entiendo -asintió él.

Ahora captaba los pensamientos de la joven y le estaba asombrando. Por fuera, se hallaba tensa, furiosa, pero sólo porque estaba sujeta por cuatro miembros de la Policía Militar.

Pero por dentro...

Era una chica pequeña y asustada que luchaba como una niña aterrorizada a la que llevan al dentista. Un retorno irracional y superactivo de los procesos mentales prerracionales. No nos considera humanos, pensó Gram. Nos distingue como unas formas vagas que tan pronto la arrastran hacia un lado como hacia otro, y que la obligan, que la fuerzan... Sí, que la fuerzan cuatro hombres profesionales, que la tienen sujeta en un rincón por

un tiempo indefinido.

Calculó que sus procesos mentales se hallaban a nivel de los tres años de edad. Sin embargo, tal vez lograse algo razonando con ella. Tal vez lograría desterrar, al menos parte, de sus temores, permitiendo que sus pensamientos adquiriesen una cualidad más madura.

-Me llamo Willis Gram -le notificó-. ¿Sabes lo que he hecho? -Le sonrió, levantó una mano y la señaló, ensanchando la sonrisa-. Seguro que ni lo sospechas.

Ella negó con la cabeza. Una sola vez. Muy brevemente.

-He hecho abrir los Campos de Reeducación de la Luna y de Utah -explicó él-, y de ellos saldrá toda la gente.

Los ojos de Charlotte eran grandes y luminosos, y continuó mirándole fijamente. Pero en sus pensamientos, según registró él, había asombrosos destellos de energía psíquica viajando por la corteza cerebral, mientras intentaba entender sus palabras.

-Y ya no arrestaremos a nadie más -prosiguió Gram-. Así que estás en libertad.

Al oír estas palabras, una oleada de alivio inundó la mente de la muchacha, sus ojos se estrecharon y de pronto cayó de ellos una lágrima en su mejilla.

-¿Puedo...? -Tragó saliva con dificultad y le tembló la voz-. ¿Puedo ver al señor Appleton?

-Puedes ver a quien quieras. Nick Appleton también está libre, hace dos horas quedó en libertad. Probablemente, se marchó a su casa. Tiene una esposa y un hijo a los que quiere mucho. No cabe duda de que se ha ido con ellos.

-Sí -asintió ella desdeñosamente-, los conocí. La mujer es una zorra.

-Pero él no lo cree así. Hoy, cuando leí sus pensamientos, pude ver que la ama de verdad; solamente deseaba tener un poco de diversión. Ya sabes que soy telépata. Sé cosas de la gente que otros no...

-Pero también puede mentir -le atajó ella, por entre sus apretados dientes.

-No miento -declaró en voz alta, aun sabiendo que sí mentía.

-Bien -preguntó Charlotte, completamente tranquila-, ¿soy libre de irme?

-Hay un asunto... -Gram pisaba el terreno con cuidado, tratando de leer los pensamientos de la joven antes de que se convirtiesen en frases o en acción-. Comprenderás que tenemos que someterte a un chequeo médico después de que los de la Seguridad Pública te sacaran de entre las ruinas de la Imprenta de la avenida Decimosexta. Supongo que no lo habrás olvidado.

-¿Un... chequeo médico? -le miró con incertidumbre- No, no me acuerdo. Lo único que recuerdo es haber sido arrastrada por aquel edificio, mientras mi cabeza iba chocando contra el suelo, y que ya fuera...

-De ahí la necesidad del chequeo -asintió Gram-. Se lo hemos hecho a todos los que capturamos en la Imprenta. También los hemos sometido a exámenes psicológicos. Tú te portaste bastante mal, estabas totalmente traumatizada, casi en un estado de estupor catatónico.

-¿De verdad? -Charlotte le miraba despiadadamente. Con su mirada de halcón, mirada que jamás abandonaba sus pupilas.

-Necesitas un buen descanso.

-¿Y aquí lo tendré?

-En este edificio se encuentran las mejores instalaciones psiquiátricas del mundo. Después de unos cuantos días de reposo y terapia...

Los ojos de halcón llamearon, y los pensamientos de su cerebro fueron como emanaciones del hipotálamo que él no podía seguir y, de repente, en un santiamén, al sonido del último clarín, como quien dice, ella se contorsionó, cojeó un poco, se puso rígida, y al final giró sobre sí misma. ¡Giró sobre sí misma! Los cuatro miembros de la Policía Militar perdieron su presa; alargaron las manos hacia ella, y uno de ellos exhibió una porra de plástico muy pesada.

Charlotte retrocedió como el rayo, siempre girando, abrió la puerta que tenía detrás y echó a correr por el pasillo. Al verla y al ver a Willis Gram y a los otros agentes, un occífero de la Seguridad Pública fue tras ella e intentó atraparla. Consiguió hacer presa en su muñeca derecha, pero ella giró en redondo y le propinó un puntapié en los testículos. El agente la soltó. Charlotte siguió corriendo a toda velocidad, hacia la gran portalada del edificio. Nadie intentó detenerla, menos aún después de haber visto cómo el occífero de la Seguridad Pública se retorcía en el suelo.

Uno de los de la Policía Militar sacó una pistola de rayos láser, una *Richardson* del *2.56*, la levantó y apuntó al techo.

-¿Le disparo, señor? -le preguntó a Willis Gram-. Ahora mismo la puedo alcanzar.

-No sé qué decir... -musitó Gram.

-Si no es ahora será demasiado tarde, señor.

-Está bien, no dispare.

Willis Gram retrocedió hacia el despacho, se sentó pesadamente en la cama y se inclinó hacia adelante, como para estudiar los dibujos del suelo.

-Está chiflada, señor -rezongó uno de los agentes de la Policía Militar-. Quiero decir que está majareta, loca.

-Yo le diré lo que es... -gritó roncamente Gram-. ¡Es una rata de alcantarilla! -Era una frase que había captado en la mente de Nick Appleton-. Una verdadera rata de alcantarilla.

Ah, los cogeré a los dos, se dijo Gram. Claro que los cogeré..., a él también. Appleton juró que volvería a verla. Y así será porque ella le localizará. Appleton jamás volverá con su esposa.

Se levantó y volvió al cubículo de Margaret Plow.

-¿Puedo usar el fono? -le preguntó.

-Puedes usar mi fono y, en realidad, puedes usar mi...

-Sólo el fono -le interrumpió él.

Marcó el número de la línea de prioridades del Director Barnes, que localizaba a éste allí donde estuviese: en el cuarto de baño tomando una ducha, en una autopista, o incluso en su despacho.

-¿Sí, Presidente del Consejo?

-Necesito a uno de sus soldados especiales. Tal vez dos.

-¿A quién? -Barnes cambió de tono-. Bueno, me refiero a quién desea matar.

-Al ciudadano 3XX24J.

-¿De verdad? ¿No será esto un capricho, un arrebato de malhumor? Recuerde, Presidente del Consejo, que acaba de conceder una amnistía absoluta a todo el mundo y que él también está afectado por esta medida.

-Ha apartado de mí a Charlotte -gritó Gram-. Oh, ya entiendo... La joven ha desaparecido. Cuatro miembros de la Policía Militar no lograron sujetarla; es una maníaca y resultará peligrosa cuando la cacen. Capté algo en su mente sobre un ascensor que no se abrió cuando era pequeña; estaba sola

dentro. Creo que tenía ocho años. Padece cierto tipo de claustrofobia. La cosa es que no puede verse acorralada.

-Lo cual no es culpa de 3XX24J -objetó Barnes.

-Pero ella irá a verle a él.

-¿No podría hacerse sin alboroto? -sugirió Barnes-. Como si fuese un accidente. ¿O desea simplemente que los dos soldados especiales le cojan y le liquiden, sin importar que alguien los vea?

-Exacto -asintió Gram-. Como una ejecución ritualista. Y la libertad de que goza ahora será como la última comida servida a los condenados a muerte.

-Esto ya no se estila, Presidente del Consejo.

-Creo que añadiré una recompensa para sus soldados -continuó Gram-. Quiero que le maten estando ella con él. Deseo que ella lo presencie.

-Está bien, está bien -accedió Barnes, enojado-. ¿Algo más? ¿Cuál es la última noticia sobre Provoni? Una estación de televisión anunció que una nave vigía detectó al *Dinosaurio Gris*. ¿Es cierto?

-Ya hablaremos de eso cuando sea oportuno.

-Eso no tiene sentido, Presidente del Consejo.

-Está bien, trataremos de eso cuando resulte conveniente.

-Cuando mi agente haya cumplido su orden, se lo haré saber -concluyó Barnes-. Con su permiso, enviaré a tres hombres. Uno llevará una pistola tranquilizante para ella si, como usted dice, a veces es una maníaca.

-Si lucha con ellos -advirtió Gram-, que no le hagan daño. Contemplar cómo matan a ese Appleton será suficiente. Adiós.

Colgó.

-Pensé que ibas a matarlos después -comentó Margaret Plow.

-A las chicas sí. Pero antes a sus novios.

-¡Qué cándido estás hoy, Presidente del Consejo ¡Ese asunto de Provoni te mantiene en tensión! El tercer mensaje: dentro de seis días ¿eh? ¡Sólo seis días! Y abres los Campos de Concentración y concedes una Amnistía General. Lástima que Eric Cordon no esté vivo para verlo. Lástima que sus riñones o su hígado, o lo que fuese, le matara unas horas antes de... -Calló bruscamente.

-... de que su victoria estuviese a la vista -concluyó la frase Gram, leyendo el resto del pensamiento en directo, como si fuese una cinta de óxido de hierro, en la mente de Margaret. Bien, Cordon era un místico. Y tal vez lo supiese.

Sí, se dijo, tal vez lo supiese. Era un ser extraño. Quizá se levantaría de entre los muertos. Pero al diablo, diremos que no murió, que eso fue una historia falsa, que deseábamos que Provoni creyese que... ¡Dios santo! ¿Qué estoy pensando? Hace 2100 años que nadie se ha levantado de entre los muertos. Y no vamos a empezar ahora.

Después de la muerte de Appleton, se preguntó, ¿querré realizar una prueba final con Charlotte Boyer? Si pudiera hacer que mis psiquiatras se ocupasen de ella, tal vez lograrían dominar su rasgo de ferocidad, harían que se tornase pasiva, como debe ser una mujer.

Y, no obstante, le gustaba su fuego. Tal vez fuese esto lo que la hacía más atractiva a sus ojos, ese rasgo de rata de alcantarilla, como dijera Appleton. A muchos hombres les gustan las mujeres violentas. Y, ¿por qué no? No las mujeres fuertes, testarudas u obstinadas, sino simplemente salvajes.

He de pensar en Provoni, se dijo, y no en esto.

Veinticuatro horas más tarde llegó un cuarto mensaje del *Dinosaurio Gris*, captado y transmitido a la Tierra por el gran telescopio de radio de Marte.

«Sabemos que han abierto los Campos y concedido una Amnistía General. No es suficiente».

Tremendamente conciso, pensó Willis Gram, estudiando el mensaje en forma escrita.

-¿No hemos sido capaces de transmitirles nada a ellos? -le preguntó al General Hefele, que fue quien le llevó el mensaje.

-Creo que lo hemos alcanzado, pero no lo escuchó, ya sea a causa de un fallo en el circuito de su aparato receptor o por su poca voluntad de negociar con nosotros.

-Cuando se acerque a un centenar de unidades astronómicas -inquirió Gram-, ¿podrán alcanzarlo con un enjambre misil? Uno de esos que... -esbozó un gesto expresivo.

-Tenemos sesenta y cuatro tipos de misiles para probar; ya he ordenado que las naves de transporte se desplieguen por la zona general en la que creemos que se encuentra la nave de Provoni.

-No sé nada de una zona general en la que creamos que se encuentra la nave de Provoni. Puede haber salido del hiperespacio en cualquier zona.

-Se puede decir que tenemos todas nuestras armas a punto de utilizarlas tan pronto como descubramos al *Dinosaurio*. Tal vez Provoni se haya tirado un farol. A lo mejor vuelve solo, tal y como hace unos diez años se fue.

-No -denegó Gram-. Tengamos en cuenta su capacidad para resistir en el hiperespacio con ese viejo cacharro del año 2198. No, la nave ha sido reconstruida, y no por alguna de las tecnologías que conocemos. -De pronto, tuvo otra idea-. Pero él y su *Dinosaurio* pueden estar dentro de ese extraño ser; éste puede haber envuelto a la nave. Y, naturalmente, el casco no se ha desintegrado. Como cualquier parásito, Provoni puede estar interno en la entidad humanoide o no humanoide, y mantener excelentes relaciones con ella. Una simbiosis.

Aquella idea era posible. Nadie, humanoide o no, hacía algo por nada; esto lo sabía como una de las pocas verdades de la vida, con tanta seguridad como sabía su nombre.

-Probablemente -continuó- quieren a toda nuestra raza, a los seis mil millones de Antiguos y a nosotros, para fusionarlos con dicha entidad en una especie de gelatina poliencefálica. Piénselo, ¿eso le gustaría?

-Todos nosotros, incluso los Antiguos, combatiríamos contra tal cosa -exclamó el General Hefele.

-Pues a mí no me parece tan mal -opinó Gram-. Y sé, mucho mejor que usted, lo que es una fusión cerebral. Se mezclan las mentes en una sola mente compuesta, muy grande, en un organismo mental único que piensa con el poder de quinientos o seiscientos hombres y mujeres. Y eso resulta muy divertido para todo el mundo, incluyéndome a mí.

Sólo de esta manera, de la manera de Provoni, todo el mundo estaría dentro de la red.

Claro que no era ésta la idea de Provoni. Y, no obstante, Gram había captado algo en los cuatro mensajes de Provoni: el uso del pronombre «nosotros». Una especie de concurrencia entre él y dicho pronombre parecía

indicarlo. Y en armonía, se dijo Gram. Los mensajes, tan escuetos, resultan fríos, como dicen los niños.

Y esa entidad que él traerá será la vanguardia de otros miles, añadió Gram para sí mismo. La primera víctima había sido la tripulación del *Tejón*. En algún lugar deberían colocar una placa con sus nombres, para honrarlos en un recuerdo póstumo. No había temido apoderarse de Provoni; habían perseguido al *Dinosaurio* y murieron en el intento. Tal vez podrían luchar con hombres tan valerosos y, al fin y al cabo, vencer. Además, como había leído en alguna parte, resulta difícil sostener una guerra interestelar. Al pensar esto, se sintió mucho mejor.

Después de varias horas de abrirse camino entre la multitud, Nicholas Appleton logró localizar el edificio de apartamentos de Denny Strong. Entró en el ascensor y subió al piso cincuenta.

Llamó a la puerta. Silencio. De pronto, llegó a sus oídos la vocecita de Charley.

-¿Quién diablos es?

Si Willis Gram no hubiese querido que ellos dos se viesen, no los habría dejado en libertad.

Se abrió la puerta. Allí estaba Charley con una blusa a rayas rojas y negras, pantalones anchos, sandalias abiertas, y con una buena capa de maquillaje en la cara, con pestañas postizas. Aunque sabía que eran postizas, aquellas pestañas le gustaron.

-¿Sí...? -preguntó ella.

TERCERA PARTE

20

Denny Strong apareció al lado de Charlotte Boyer.

-Hola Appleton -le saludó con voz átona.

-Hola -dijo Nick con voz ronca.

Recordaba vívidamente cómo Denny y Charlotte se habían peleado. Y esta vez no había ningún Earl Zeta que le ayudase a salir de allí, si aquellos dos empezaban a golpearle.

Pero Denny estaba tranquilo. ¿No era esto lo que les sucedía a los adictos al alcohol? Una oscilación entre la borrachera asesina y la cortesía ordinaria de las horas diurnas. Ahora Denny se hallaba en la fase más baja de la oscilación.

-¿Cómo sabías que yo estaría aquí? -quiso saber Charley-. ¿Cómo sabías que volvería junto a Denny y que haríamos las paces?

-No podía buscarte en ninguna otra parte -respondió Nick, sombríamente.

Naturalmente, ella debía regresar junto a Denny. Todo aquello, incluso el haberla ayudado, fue tiempo perdido. Y, probablemente, ella lo había sabido desde el principio. Nick había sido un peón de ajedrez usado por Charley para castigar a Denny. Bueno, pensó, si todo ha terminado, si ella ha vuelto, yo ya no hago ninguna falta.

-Me alegro de que todo se haya solucionado entre vosotros -murmuró.

-Eh -exclamó Denny-. ¿Se ha enterado de la Amnistía? ¿Y de la apertura de los Campos? ¡Viva! -su rostro, ligeramente hinchado, estaba excitado. Los

Librodot

ojos, casi desorbitados, bailaban cuando le azotó a Charley el trasero-. Y Provoni casi está...

-¿Quieres entrar? -le preguntó Charley a Nick, rodeando la cintura de Denny con un brazo.

-No, creo que no.

-Oiga, amigo -intervino Denny, doblando las rodillas como para hacer ejercicio-, el ataque no suele cogerme muy a menudo. Tardo mucho en volverme loco. El hecho de que descubriesen este apartamento tuvo la culpa de todo -retrocedió al interior del piso y se sentó en el sofá-. Siéntese -le invitó en voz baja-. Tomaremos una lata de cerveza *Hamm*, y la repartiremos entre los tres.

Alcohol, pensó Nick. Beberé con ellos y los tres enloqueceremos.

Por otra parte, no tenían más que una lata. ¿Cómo podrían emborracharse con un tercio de lata cada uno?

-Sólo estaré un minuto -dijo, consciente de que lo que le animaba a quedarse no era la cerveza, sino la presencia de Charley.

Ansiaba mirarla mientras le era posible hacerlo. Le resultaba amargo que hubiese vuelto con Denny; es decir, que ella le rechazase, que rechazase a Nicholas Appleton. Nunca antes Nick había experimentado semejante emoción: celos. Celos y furor contra ella por traicionarle; al fin y al cabo, él había abandonado a su esposa y a su hijo, los había repudiado, marchándose con Charley. Y habían estado juntos en la Imprenta de la avenida Decimosexta... Y ahora, por haber sido bombardeada la Imprenta, ella había vuelto a su apartamento, como una gatita enferma, había vuelto a lo que conocía y comprendía, por espantoso que fuese.

Estudiando su rostro, Nick observó ahora una diferencia. Tenía la cara rígida, como si se hubiese aplicado el maquillaje encima de una superficie metálica o de cristal, sobre algo inorgánico. Sí, era eso. Aunque sonriente y amistosa, Charlotte parecía tan quebradiza y firme como el cristal, y por eso usaba tanto maquillaje, para esconder aquella cualidad, aquella falta de humanidad.

Denny, tras golpearse la ingle, sonrió.

-Eh -exclamó-, ahora tenemos unos seiscientos polis en torno a este apartamento y no pasa nada. Bueno, no tenemos que preocupamos por un asalto. ¿No has visto aún a los prisioneros de los Campos?

Claro que los había visto atestando las aceras. Delgados, cadavéricos, todos idénticos con sus harapos de color oliváceo. También había visto las cocinas de la Cruz Roja, alimentándolos con sopa. Estaban en todas partes, vagando como fantasmas, como incapaces de volver al nuevo ambiente. Bueno, no tenían dinero, ni trabajo ni sitio donde vivir; eran unos parias. Y, como había dicho Denny, la Amnistía General los había liberado a todos.

-Pero a mí no me atraparon -prosiguió el joven con agresivo orgullo-. Sin embargo, a vosotros dos os pillaron al asaltar la Imprenta de la avenida Decimosexta. -Se volvió hacia Charley, juntando las manos ante sí, y meciéndose atrás y adelante-. A pesar de que hiciste todo lo posible para que no os cogiesen. -Cogió la lata de cerveza de la mesita, y asintió después de probarla-. Sí, está bastante fría. Bien, entremos en la región de los sueños. Tú primero -dijo, arrancando la tapa metálica de la lata-. Sírvete.

-Sólo quiero un poco -respondió Nick, tomando un sorbo.

-Adivine lo que le ocurrió a Charley -continuó Denny, bebiendo un buen trago-. Probablemente piensa que vino directamente aquí desde la Imprenta.

Pues no es así. Llegó hace sólo una hora. Estuvo huyendo y escondiéndose.

-Willis Gram -pronunció Nick roncamente.

Una vez más, le dominaba el miedo, poniéndole en tensión y sintiéndose terriblemente helado.

-Porque -aclaró Denny burlonamente- posee esas camas en filas en lo que él llama el *«Edificio de la enfermería»*, aunque en realidad...

-Basta ya -le ordenó Charley, hablando por entre sus apretadas mandíbulas.

-Gram le ofreció una «cama de reposo». ¿No sabía que Gram pertenece a esa clase de hombres?

-Sí -asintió Nick.

-Pero huí -continuó Charley, riendo malévolamente-. Había cuatro agentes de la Policía Militar y me escapé. -Dirigiéndose a Denny le dijo-: Ya sabes cómo me pongo cuando me enfurezco. Ya lo viste tú, Nick cuando nos conocimos. También viste cómo nos peleamos Denny y yo. Fue espantoso, ¿verdad?

-O sea que Gram te cogió -resumió Nick.

Y yo vuelvo a verte, reflexionó.

Claro que, en realidad, no la estaba viendo, sino que la veía al lado de Denny, otra vez de vuelta a sus disfraces y a sus formas postizas. La legalidad ha vuelto a tu trabajo, pero quedan las costumbres. Quieres ser elegante, al menos con la elegancia que tú concibes, y deseas subir de nuevo a la *Morsa Púrpura*, experimentar las grandes velocidades, las grandes actitudes, altitudes y velocidades capaces de desintegrar el autocohete. Pero antes de que esto suceda tendrás una gran diversión. Y los dos entraréis en un salón de plástico o en un fumadero o un drugbar, donde todos pensarán que eres una chica estupenda. Y a tu lado, Denny presumirá, como diciéndoles a todos: «¡Mirad con qué maravilla me acuesto!». Y la envidia general será enorme, por decirlo de algún modo.

-Bien, he de irme -murmuró, levantándose. Dirigiéndose a Charley añadió-: Me alegro que te libraras de Gram. Sabía que te deseaba y supuse que te conseguiría. Ahora me siento mucho mejor.

-Aún puede conseguirla -gruñó Denny, bebiendo cerveza.

-Entonces, marchaos de este apartamento -les aconsejó Nick-. Si yo he podido encontrarla, también ellos la encontrarán.

-Pero ellos ignoran sus señas -replicó Denny, colocando los pies sobre la mesa.

Llevaba unos zapatos de piel auténtica que, probablemente, le habrían costado mucho. Pero ¿qué ganaba con entrar en los fumaderos más elegantes del planeta, incluyendo los de Viena?

Era esto. Los dos jóvenes estaban peinados y vestidos para hacer una gira por los *drugbars* y fumaderos más elegantes del planeta. La cerveza no era lo único... era otra de las cosas ilegales. Fumar lúpulo era legal, lo mismo que permitiéndose algunas trampas, el maquillaje, y por eso podían circular con la crema de un mundo del que participaban los Nuevos Hombres y los Inusuales. Todo el mundo, incluidos los trabajadores del gobierno, deseaba el nuevo derivado del opio, que llamaban *«escenera»* por su descubridor, *Wade Escenera*, un Nuevo Hombre. Se había convertido, como las «estatuitas» de *Dios*, en miniaturas de plástico, en la moda de todo el planeta.

-Como ve, Appleton -dijo Denny, dándole la lata de cerveza casi vacía a

Charley-, ella lleva unas tarjetas de identidad totalmente falsas, todas las oficiales -hizo un gesto indolente-, las que es necesario poseer, y no, por ejemplo, la tarjeta de crédito de la *Unión Petrolífera*. Están tan bien falsificadas que entran perfectamente en las pequeñas ranuras de esas cajas electrónicas que los granujas llevan consigo. ¿No es cierto, putita mía?

-Sí, soy una puta -asintió Charley-. Y gracias a esto pude huir del Edificio Federal.

-La encontrarán aquí -repitió Nick.

Con arrogancia, y al mismo tiempo exasperado, Denny exclamó:

-Se lo explicaré. Cuando les pillaron a ambos en la Imprenta...

-¿A nombre de quién va este apartamento? -quiso saber Nick.

-Mío -respondió Denny. Su expresión se iluminó-. Ellos no lo saben... Para ellos yo no existo. Oiga, Appleton, usted tiene que ser más valiente; usted es un crío llorón, un perdedor. Caramba, si yo estuviese en el cielo, seguro que no querría tenerle alrededor.

Se echó a reír, pero esta vez con una carcajada insultante, denigrante.

-¿Está seguro de que su nombre no ha estado nunca relacionado con este apartamento? -quiso asegurarse Nick.

-Bueno, ella pagó el alquiler un par de veces con un cheque, pero no veo cómo...

-Si firmó un cheque -comentó Nick- por este apartamento, su nombre quedó registrado automáticamente en la computadora de Nueva Jersey. Y no sólo el nombre, sino que la máquina debió recibir y archivar de dónde procedía el nombre de Charley. Y, como todos nosotros, ella tiene una ficha en la Seguridad Pública. La computadora de Nueva Jersey dirá todo lo que hay sobre ella, lo compararán con la ficha de la Policía. ¿Estaban los dos en la *Morsa Púrpura* cuando fueron citados?

-Sí, íbamos a gran velocidad -asintió Denny.

-O sea, que también le cogieron a ella el nombre como testigo.

-Sí -volvió a asentir Denny, con los brazos cruzados y retrepándose en el sofá.

-Esto es todo lo que necesitan -confirmó Nick-. Tienen la conexión entre los dos y con este apartamento, y a saber lo que habrá además en la ficha de Charley.

El rostro de Denny mostró una expresión consternada, con una sombra moviéndose de derecha a izquierda. Los ojos le brillaron con suspicacia y excitación; era la misma expresión de la primera vez que lo había visto. La mezcla de miedo y odio hacia la autoridad, los símbolos paternos. Denny reflexionaba a toda velocidad; la expresión de su semblante cambiaba a cada segundo.

-Pero ¿qué pueden tener contra mí? -preguntó ásperamente-. Dios... -se frotó la frente-. Estoy embotado por la cerveza, no puedo pensar... ¿No podría despejarme? Maldición... He de tomar algo -desapareció hacia el cuarto de baño, en busca del pequeño botiquín-. Metanfetamina hidroclórica -continuó, cogiendo un frasco-. Esto me despejará el cerebro. Si quiero librarme de esto, he de aclarar el cerebro.

-O sea, que el alcohol te hace perder la cabeza -comentó Charley.

-No me riñas -le gritó Denny, volviendo al salón-. No lo soporto, me pone como loco. -Dirigiéndose a Nick le dijo-: Llévesela de aquí. Charlotte, te quedarás con Nick, y no trates de volver a este apartamento. Nick, ¿tiene bastantes pops encima? ¿Lo bastante para llevársela a un motel por un par

de días?

-Creo que sí -asintió Nick, sintiendo que una gran alegría invadía su ánimo. Había logrado cambiar la animosidad de Denny en campechanía.

-Bien, buscad un motel. Y no me llaméis por fono, ya que posiblemente habrán intervenido la línea. Probablemente, están muy cerca.

-Paranoico -murmuró simplemente Charley. Miró a Nick y...

Y dos policías negros, dos policías negros de uniforme. «unos meones negros», como los llamaban, entraron en el apartamento sin girar el pomo de la puerta ni tocar al timbre o usar una llave. La puerta se abrió ante ellos.

-¿Es éste un retrato suyo, señor? -le preguntó el meón negro de la izquierda, enseñándole uno.

-Sí -asintió Nick, contemplando la foto.

¿Cómo la habrían obtenido? La foto, una instantánea, estaba guardada en un cajón inferior del armario de su casa.

-¡No me pillarán! -chilló Charley-. ¡No me pillarán! -Corrió hacia ellos y levantó más la voz-. ¡Fuera de aquí!

El meón negro se llevó la mano a la pistolera donde tenía su pistola de rayos láser. El otro hizo lo mismo.

Denny se abalanzó sobre el meón y juntos rodaron, como gatos en una pelea, por el suelo: una sierra circular en movimiento.

Charley pateó al primer policía en la ingle, y luego, levantando el brazo y llevándolo hacia atrás, le dio un golpe en la tráquea con su huesudo codo, a tanta velocidad que para Nick sólo fue un movimiento borroso. De pronto, el policía estaba en el suelo, sin apenas poder respirar, jadeando, buscando en vano una bocanada de aire.

-Debe de haber más -se asustó Denny, separándose del otro policía-. Probablemente abajo o en el campo de aterrizaje del tejado. Bien, probemos por el tejado; si logramos coger el autocohete podremos distanciarnos de sus otras naves. ¿Lo sabía, Appleton? Puedo distanciarme de una nave de la Policía. Puedo ir a una velocidad increíble.

Se encaminó a la puerta y Nick le siguió, ofuscado.

-No iban tras de ti -le dijo Denny a Charley, yendo hacia el ascensor-. Iban detrás de aquel, *el señor Limpio.*

-Oh... -exclamó ella con expresión aliviada-. O sea que le hemos salvado a él, y no él a nosotros. Pero él no tiene importancia.

-No habría luchado contra ellos -le confesó Denny a Nick-, de haber comprendido que era a usted a quien buscaban. Pero vi que uno de ellos iba a sacar su pistola, y reconocí que pertenecían a un comando especial. Por lo tanto, comprendí que habían venido a matar a alguien. -Sonrió con una sonrisa líquida, luminosa, en sus grandes ojos sensuales-. ¿Sabe lo que he conseguido? -Sacó del bolsillo trasero una diminuta pistola-. Un arma defensiva. Fabricada por *Colt*. Dispara proyectiles del 22 corto, pero a una velocidad terrible. No tuve tiempo de usarla, no estaba preparado, pero ahora sí lo estoy.

Sostuvo la pistola en la mano hasta que llegaron al tejado.

-No salgas -le previno Nick a Charley .

-Yo saldré primero -se ofreció Denny-, ya que llevo la pistola. -Indicó un lugar-. Allí está la *Morsa*. Bueno, si han cortado los cables del encendido... O arranca el autocohete o bajaré para liquidar a esos dos polis.

Salió del ascensor.

Un policía negro se hallaba parapetado detrás del vehículo aparcado y

apuntó contra Denny su tubo láser.

-¡No te muevas!

-Eh, occífero -exclamó el joven amigablemente, enseñando sus manos vacías. Tenía la pistola dentro de la manga-. ¿Qué pasa? Voy a dar una vuelta, nada más. ¿Todavía intentáis atrapar a los cordonitas? Como sabes...

El policía negro disparó contra él el tubo láser.

Charley tocó un botón del panel de control del ascensor y se cerraron las puertas. Después, apretó el botón de emergencia exprés. El ascensor cayó en picado.

21

Exactamente cuarenta y ocho horas más tarde, Kleo Appleton puso en marcha su televisor para ver su programa favorito de la tarde, *«Marge en libertad»*. Era algo ideado por los Nuevos Hombres para hacer que los Antiguos pensaran que su condición no era tan mala; pero, al iluminarse la pantalla, no salió nada. Sólo lluvia y rayas borrosas y, por los cuatro altavoces, interferencias.

Probó otro canal. El resultado fue el mismo. Probó los sesenta y dos canales. Sin emisión.

Comprendió que debía ser cosa de Provoni.

Se abrió la puerta del apartamento y entró Nick, yendo directo al armario.

-Tus queridas ropas -gritó Kleo-. Sí, no te olvides de ellas. En el cuarto de baño tienes tus cosas personales. Si esperas un momento, te lo envolveré todo.

No sentía cólera, sino sólo una vaga ansiedad causada por la ruptura de su matrimonio, por las relaciones de Nick con aquella chiquilla, la Boyer.

-Eres muy amable -declaró Nick con solemnidad.

-Puedes regresar -estableció Kleo-. Tienes una llave, y puedes usarla a cualquier hora del día o de la noche. Mientras viva aquí, tendré una cama siempre dispuesta para ti; no la mía, sino otra para ti solo. De esta manera te sentirás más distante de mí. Es distanciarte de mí lo que anhelas, ¿verdad? Esa Charlotte Boyer... ¿o es Boyd?, es sólo una excusa. Tu relación más importante todavía la tienes conmigo, aunque momentáneamente sea negativa. Pero ya descubrirás que ella no te lo puede dar todo. Esa joven no es más que un muro de maquillaje; como un robot pintado como un ser humano.

-Un androide -le corrigió Nick-. No, no lo es. Es el rabo de una zorra y un campo de trigo. Y la luz del sol.

-Deja aquí algunos pares de zapatos -le aconsejó ella, tratando de disimular la súplica que encerraban sus palabras, aunque lo que hacía era suplicarle-. No necesitas diez pares. Llévate dos o tres como mucho, ¿de acuerdo?

-Lo siento -se disculpó Nick-, lamento portarme de este modo contigo. Nunca lo hice...

-Sabes que a Bobby van a examinarle de nuevo, y esta vez con un examen justo. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Contesta, por favor, ¿te das cuenta?

Nick se quedó callado, contemplando la pantalla del televisor. De repente, soltó su bulto de ropas y fue hacia el aparato.

-En todos los canales sucede lo mismo -le informó Kleo-. Tal vez se haya

roto el cable... O tal vez se trate de Provoni.

-Lo que significa que no puede estar más que a unos cincuenta millones de kilómetros de aquí...

-¿Cómo has conseguido encontrar un apartamento para ti y esa chica? -se interesó Kleo-. Toda esa gente procedente de los Campos de Reeducación, ¿no han alquilado todos los apartamentos libres que había en los Estados Unidos?

-Estamos en casa de unos amigos suyos.

-¿No puedes darme la dirección? -pidió Kleo-. O el número del fono... Por si necesito verte por algo importante. Por ejemplo, si Bobby sufre un accidente...

-Calla -murmuró Nick. Estaba agachado delante del televisor, examinando la pantalla. Acaba de cesar el ruido de las interferencias. Añadió, siempre en voz baja-: Esto significa que está en marcha un transmisor. -Todos estaban parados, callados. Provoni ahogó sus señales. Y ahora, trata de transmitir él.

Se volvió hacia su mujer, con el rostro inflamado y los ojos muy abiertos, mirándola fijamente como un niño. O como si estuviese medio loco, pensó ella alarmada.

-Ignoras lo que quiere decir esto, ¿verdad? -inquirió Nick.

-Bueno, supongo que...

-Te abandono por eso, porque no entiendes nada. ¿Qué significa para ti el regreso de Provoni? ¡El suceso más importante de toda la historia de la humanidad! Porque con él...

-La *Guerra de los Treinta Años* fue el suceso más importante de la historia -replicó ella.

Se había graduado en cultura occidental y sabía de qué hablaba.

En la pantalla apareció un rostro, con la barbilla protuberante, unas grandes arrugas sobre los ojos, y éstos diminutos y fieros, como agujeros hechos a través de la tela de la realidad, del envoltorio que los rodeaba, manteniéndolos en una tremenda oscuridad.

> *«Yo soy Thors Provoni* -se presentó. La recepción era excelente y la voz llegaba aún mejor que la imagen-. *Vivo dentro de un organismo consciente que...».*

Kleo estalló en una carcajada.

-¡Cállate! -rugió Nick.

-Hola mundo -imitó Kleo a la voz de la pantalla-. Estoy vivo y me hallo dentro de un gusano gigante... ¡Oh, esto sí que me asombra! Esto sí que...!

Nick la abofeteó y el golpe la hizo trastabillar hacia atrás. Nick volvió a concentrarse en la pantalla del televisor.

> *«... aproximadamente en treinta y dos horas* -decía Provoni, con voz ronca y mesurada. Parecía exhausto, tan exhausto como Nick nunca había visto a un ser humano. Le costaba grandes esfuerzos hablar como si en cada palabra perdiese un poco más de su energía vital-. *Nuestra pantalla antimisiles ha rechazado más de setenta tipos de misiles. Pero el cuerpo de mi amigo rodea la nave y él...* -Provoni respiró hondo-*, los repele».*

-Treinta y dos horas -le repitió Nick a Kleo, que estaba sentada muy

erguida, frotándose la mejilla-. ¿Es ésta la hora de aterrizaje? ¿O es que sólo le faltan treinta y dos para llegar? ¿Lo has oído?

Su voz tenía un tono histérico.

Las lágrimas llenaron los ojos de Kleo, que se levantó y se marchó al cuarto de baño sin responder. Se encerró allí hasta que dejó de llorar.

Maldiciendo, Nick corrió tras ella y golpeó la puerta.

-¡Maldita sea, nuestras vidas dependen de lo que haga Provoni! ¡Y tú no quieres escucharle!

-Me has pegado...

-Bah... -rezongó Nick.

Volvió al lugar donde estaba el televisor, pero la imagen había desaparecido y de nuevo se oían las interferencias. Después, gradualmente, se pudo ver en la pantalla la transmisión normal del canal.

En la pantalla se vio a Sir Herbert London, el mejor analista de noticias de la *NBC*.

«Hemos estado sin salir en antena -dijo London con su calmoso, irónico y bastante juvenil estilo- *durante unas dos horas. Lo mismo que todas las emisoras del mundo; es decir, no hemos podido transmitir ni oral ni visualmente, ni siquiera en los circuitos privados, como los de la Policía. Ya han oído a Provoni, o a alguien que afirma ser él, comunicándole al planeta que dentro de treinta y dos horas su nave, el Dinosaurio Gris, desembarcará en el centro de Times Square* -se volvió hacia su compañero del informativo, Dave Christian, y le dijo-: *¿Verdad que Thors Provoni, si es él, parecía terriblemente, terriblemente cansado? Mientras le oía hablar y contemplaba su rostro, la señal de video no era tan fuerte como la de audio, cosa natural, tuve la impresión de que era un hombre que se había agotado a sí mismo, que está derrotado y lo sabe. No comprendo cómo podrá llevar a cabo alguna acción política por una larga temporada, sin tomarse un prolongado descanso».*

«Tienes razón, Herb -asintió Dave Christian-, *aunque tal vez el ser alienígena que está con él se encargue del asunto, suponiendo que éste sea el término adecuado. De todos modos, di lo que tienes que decir».*

«Thors Provoni -Herbert London tomó la palabra-, *por si no lo saben o lo han olvidado, zarpó hace diez años en una nave comercial modificada con un motor supra-C. La modificó él mismo, por lo que ignoramos qué velocidades puede alcanzar. Bien, ya está de vuelta y aparentemente con un ser o unos seres extraños que, según él, ayudarán a los billones de Antiguos que, piensa, han sido tratados injustamente».*

«Sí, Herbert -intervino Dave-, *sus sentimientos eran muy intensos; mantenía la tesis de que los exámenes del Servicio Civil eran fraudulentos, aunque una encuesta cinta azul no logró descubrir el menor fallo. Por eso creo que podemos afirmar que son justos. Pero lo que no sabemos, y tal vez sea ésta la cuestión más vital, es si Provoni tratará de negociar con el Comité Extraordinario de la Seguridad Pública y con el Presidente del Consejo, Gram. Dicho de otro modo, si se sentarán, suponiendo que ese alienígena*

pueda sentarse, y lo discutirán. O si simplemente vamos a ser atacados dentro de treinta y dos horas. Provoni ha dado a entender que nuestro Gobierno ha enviado al espacio, y en su búsqueda, un buen número de misiles, pero...».

«Con tu permiso, Herb -volvió a inmiscuirse Dave-. *Tal vez no sea cierto que Provoni y su ser alienígena hayan destruido semejante cantidad de misiles. El Gobierno puede negarlo. El* «éxito» *de Provoni al destruir esos misiles puede tratarse de simple propaganda, intentando transmitir a nuestros cerebros la idea de que posee unos poderes mayores que los de nuestra tecnología».*

«Su capacidad para bloquear las transmisiones de video en todos los canales -razonó Herb-, *demuestra la posesión de un cierto poder; debe de haberle costado un tremendo esfuerzo, y ello puede ser una de las causas de su gran agotamiento físico.* -El locutor rebuscó entre unos papeles-. *Mientras tanto, en toda la Tierra hay grupos que estarán presentes cuando Provoni aterrice. En un principio, se pensó en formar grupos en todas las ciudades, pero después de anunciar Provoni que aterrizará en Times Square, es ahí donde habrá la máxima concentración de gente, bien para demostrar la fe y las convicciones de los Antiguos en Provoni, o por simple curiosidad. Probablemente, lo último en la mayoría de los casos».*

-Fíjate en el pequeño giro que le dan a las noticias -observó Nick-. Simple curiosidad. ¿No comprende el Gobierno que, con la vuelta de Provoni, ya se ha creado una revolución? Los Campos de Concentración están vacíos; los exámenes ya no son fraudulentos... -Calló al ocurrírsele una súbita idea-. Tal vez Gram capitule -añadió lentamente.

Esto era algo en lo que nadie, salvo él, había pensado. Una capitulación absoluta, inmediata. Las riendas del Gobierno entregadas a Provoni y su protector.

Claro que éste no era el estilo de Willis Gram. Gram era un luchador que, literalmente, había alcanzado la cumbre sobre un montón de cadáveres. Willis Gram estaba planeando lo que debía hacer. Dispondría de toda la capacidad militar para derrotar esa nave, esa chatarra de diez años de antigüedad..., o tal vez no era ya una chatarra. Quizá brillaba como un dios a la luz del día, como un dios visible bajo el sol.

-Me quedaré encerrada en el cuarto de baño hasta que te hayas marchado -sollozó Kleo al otro lado de la puerta.

-Está bien...

Cogiendo el bulto de ropas, Nick se dirigió a la escalera mecánica.

-Me llamo Amos Ild -dijo el individuo de elevada estatura, con su enorme cabeza blanca, desprovista de pelo, su cabeza hidrocefálica, sostenida por delgados tubos de un plástico muy resistente.

Se estrecharon las manos. La zarpa de Ild estaba fría y húmeda, como sus ojos, pensó Gram. También vio que nunca parpadeaba. Se dio cuenta de que había suprimido los párpados. Probablemente, pensó Gram, toma pastillas y trabaja las veinticuatro horas del día.

No era extraño que el proyecto del *Gran Oído* fuese tan bien.

-Siéntese, señor Ild -le invitó el Presidente del Consejo Gram-. Resulta

muy agradable verle por aquí, sobre todo considerando el gran valor de su trabajo.

-Los oficiales que me trajeron -explicó Amos Ild con su voz estridente- dijeron que Provoni está de regreso y que aterrizará dentro de unas cuarenta y ocho horas. Con toda seguridad, éste es un asunto más importante que el del *Gran Oído*. Dígame, o mejor, enséñeme toda la documentación que tienen referida a esa raza tan extraña amiga de Provoni.

-Entonces, ¿cree que se trata de Provoni? -inquirió Gram-. ¿Y que realmente tiene a un ser alienígena o a un grupo alienígena consigo?

-Estadísticamente -respondió Amos Ild-, por el orden tercero de la neutrología, el análisis ya habría deducido todo esto. Probablemente es Provoni, y probablemente tiene consigo a uno, varios o muchos alienígenas. Dicen que desde su nave bloqueó todos los videos y todas las transmisiones. ¿Qué más?

-Misiles -observó Gram- que llegaron hasta su nave y no detonaron.

-¿Incluso no estando programados para detonar al contacto sino a la proximidad?

-Exacto.

-¿Y estuvo en el hiperespacio más de quince minutos?

-Sí.

-Entonces, hay que inferir que tiene consigo a un ser alienígena.

-En el programa de la televisión dijo que ese ser envolvía la nave, como protegiéndola.

-Como la gallina que protege sus huevos -comentó Amos Ild-. Tal vez todos seamos como huevos; huevos sin romper debajo de una gallina cósmica.

-Todo el mundo me aconseja que oiga su opinión a este respecto -manifestó Gram.

-Para destruirlo, concentre todo su...

-No podemos destruirlo. Lo que deseo de usted es la respuesta a cómo debemos reaccionar cuando aterrice Provoni y salga de la nave protegida. ¿Deberemos realizar una última prueba, estando él fuera? ¿Cuando el alienígena ya no pueda ayudarle? O si lo pillamos aquí, subiendo hacia mi despacho, solo, si ese ser no puede seguirle.

-¿Por qué no?

-Si envuelve la nave debe de pesar varias toneladas; no podría subir en el ascensor.

-¿No puede tratarse de una especie de mortaja? ¿O un velo? -sugirió Amos Ild, inclinándose más hacia Gram-. ¿Han calculado el peso y la masa de la nave?

-Sí, lo tengo aquí.

Gram cogió un puñado de informes, buscó uno y se lo entregó a su interlocutor.

-Ciento ochenta y tres millones de toneladas -leyó Ild. No, no es una especie de mortaja, tiene una masa enorme. Tengo entendido que aterrizará en *Times Square*. Las Brigadas Antidisturbios tendrán que despejar antes la zona, esto es tan obvio como necesario.

-¿Y si no puede aterrizar salvo en las cabezas de sus fanáticos? -se irritó Gram-. Saben que viene, saben que va a aterrizar mediante cohetes retroactivos. Si son tan necios como para...

-Si desea consultarme -le interrumpió Amos Ild-, debe obedecerme. No consulte con ningún otro Consejero ni se forme ninguna otra opinión. En

efecto, seré y actuaré como el Gobierno hasta que haya pasado esta crisis, aunque, como es natural, todos los decretos exhibirán su firma. Particularmente, no deseo consultar al Director de Policía Barnes. Tampoco deberá usted consultar al Comité Extraordinario de la Seguridad Pública. Yo estaré con usted las veinticuatro horas del día hasta que todo haya concluido. Como habrá observado, carezco de párpados. Sí, tomo sulfato de zaramida y nunca duermo, no puedo permitirme ese lujo, hay demasiado trabajo. Usted tampoco consultará a ningún otro individuo, como suele hacer. Yo soy el único que le aconsejará, y si esto no le resulta satisfactorio, me iré para continuar con el *Gran Oído*.

-¡Dios mío! -gritó Gram.

Se sintonizó con el cerebro de Amos Ild, buscando más datos. Sus pensamientos internos eran idénticos a los que acababa de expresar en voz alta; la mente de Ild no funcionaba como la de las demás personas, que decían una cosa y pensaban otra.

De repente, tuvo una idea en su mente, algo que a Ild le había pasado por alto. Ild sería su Consejero, pero Ild no había estipulado que Gram seguiría todos sus consejos. No tenía la obligación de hacer más de lo que oía.

-He grabado lo que me ha dicho -le comunicó a Ild-. Lo que hemos dicho ambos. Un juramento oral es un juramento legal, según quedó establecido en el caso de *Cobb contra Blaine*. Juro hacer lo que usted diga. Y usted jurará que me prestará toda su atención. Durante esta crisis usted no tendrá otro amo más que yo, ¿de acuerdo?

-De acuerdo -asintió Ild-. Y ahora, déme toda la información relativa a Provoni. Material biográfico, todo lo que escribió en la facultad, informes de noticias... Quiero estar al corriente de todas las noticias enviadas a este edificio tan pronto como sean captadas por los medios de comunicación. Después, decidiré si deben ser televisadas o transmitidas por otros medios.

-¡Pero no puede impedir que se transmitan! -arguyó Gram-. Porque Provoni puede bloquear los canales y...

-Lo sé. Me refiero a todas las informaciones adicionales para los discursos directos realizados por Provoni por televisión -aclaró Ild-. Por favor, haga que sus técnicos pasen de nuevo la emisión de Provoni. Deseo verla inmediatamente.

Unos instantes después se iluminó la pantalla del televisor, se oyeron las interferencias y, de repente, éstas cesaron y, al cabo de unos segundos, se vio el fatigado rostro de Provoni.

> *«Yo soy Thors Provoni* -declaró éste-. *Vivo dentro de un organismo consciente que no me ha absorbido pero que me protege, lo mismo que os protegerá a vosotros muy pronto. Aproximadamente dentro de treinta y dos horas su protección se manifestará en toda la Tierra y nunca más habrá ninguna guerra física. Hasta ahora, nuestra pantalla antimisiles ha rechazado más de setenta tipos de misiles. Pero el cuerpo de mi amigo rodea la nave y él* -una larga pausa- *los repele».*

-Cierto -murmuró Gram.

> *«No temáis una confrontación física* -continuó Provoni-. *No harán daño a nadie. Yo hablaré con vosotros...* -jadeaba por el cansancio

y sus ojos miraban fija, rígidamente-*, dentro de poco».*

La imagen se desvaneció.

Amos Ild se rascó su larga nariz.

-Ese prolongado viaje al espacio casi lo ha matado. Probablemente, el alienígena lo mantiene vivo, sin él moriría. Tal vez espera que Cordon haga algún discurso. ¿Sabe si está enterado de la muerte de Cordon?

-Puede haber interceptado algún informativo -admitió Gram.

-La muerte de Cordon fue meritoria -comentó Ild-. Asimismo, fue estupenda la apertura de los Campos y la Amnistía General... Esto ha sido más que bueno. Ha hecho que los Antiguos juzguen el pro y el contra; pensaban haber vencido, pero la muerte de Cordon ha quedado superada sobradamente con la apertura de los Campos de Concentración.

-¿Cree que ese alienígena es una de esas cosas que aterrizan como una araña en la nuca de uno, horada un agujero en el ganglio superior del sistema nervioso y le controla a uno como a una marioneta? En 1950*, se editó un libro muy famoso*, en el que esas criaturas hacían que...

-¿Sobre una base individual?

-¿Individual? Ah, ya entiendo, un parásito para cada anfitrión. Sí, había uno por persona.

-Evidentemente, lo que ellos hagan será en masa -reflexionó unos instantes-. Como una cinta borrada. Todo el rollo al momento, sin pasar la cinta por la cabeza borrada. -Tomó asiento, estabilizando su gigantesca cabeza con sus manos-. Yo soy -prosiguió lentamente- un hombre propenso a suponer que se trata de una mentira.

-¿O sea que no hay ningún alienígena? ¿Que no halló ninguno, que no los trae consigo?

-Sí, trae algo -objetó Ild-. Pero, hasta ahora, todo lo que hemos visto ha sido hecho sobre una base tecnológica. El rechazo de los misiles, el bloqueo de la televisión..., todo eso son trucos que ha aprendido en otro mundo, en otro Sistema Estelar. Le han reconstruido la nave para que pueda entrar en el hiperespacio, tal vez para siempre, si ése es su deseo. Pero voy a escoger la posibilidad que dicta la neutrología. Nosotros no hemos visto a ningún alienígena; por lo tanto, hasta que lo veamos supondremos que probablemente no existe. He dicho probablemente. Pero debo escoger ahora, a fin de preparar nuestras defensas.

-¡Pero Provoni dijo que no habría ninguna guerra! -le recordó Gram.

-Ninguna por su parte. Tal vez una por la nuestra. Y así será. Veamos, el mayor sistema láser de la costa oriental está en Baltimore. ¿No puede hacer que lo trasladen a Nueva York y lo instalen en *Times Square* en menos de treinta y dos horas?

-Supongo que sí -asintió Gram-. Sin embargo, en el espacio usamos rayos láser contra la nave sin conseguir nada.

-Los sistemas láser móviles, como los de nuestras naves de guerra -opinó Ild-, envían unos rayos comparativamente insignificantes respecto a un sistema estacionario como el de Baltimore. ¿Quiere, por favor, utilizar el fono y disponerlo todo inmediatamente? Treinta y dos horas no es mucho tiempo.

Era una buena idea. Willis Gram cogió el fono de cuatro líneas y efectuó una llamada a Baltimore, hablando con los técnicos que estaban a cargo del sistema láser.

Ante él, mientras hacía los preparativos, estaba sentado Amos Ild,

dándose masaje en su cabezota, con la atención puesta en todo lo que decía Gram.

-Estupendo -alabó Ild al fin, cuando Gram colgó el v-fono-. He estado calculando las probabilidades que tuvo Provoni de descubrir una raza bastante superior científicamente a la nuestra para poder imponer su voluntad política en la Tierra. Hasta ahora, las guerras interestelares sólo han localizado dos civilizaciones más avanzadas que la nuestra, y no demasiado avanzadas, tal vez un par de cientos de años. Bien, observe que Provoni regresa en el *Dinosaurio Gris*; esto es importante, porque de haber encontrado una raza superior vendrían aquí en una o más de sus naves. Fíjese en el cansancio de Provoni. Virtualmente está ciego, muerto. No, la neutrología afirma que miente, y habría podido demostrar lo contrario regresando en una nave alienígena. Y -Amos casi sonrió- habría mandado una flotilla entera para impresionarnos. No, la misma nave en la que se fue, la manera cómo aparece en la pantalla...

Movió la cabezota con intensidad, dejando ver en su calvicie las venas que sobresalían, pulsando.

-¿Se encuentra bien? -se inquietó Gram.

-Sí, estoy solucionando problemas. Por favor, calle unos instantes.

Los ojos sin párpados miraban fijamente, y Willis Gram estaba cada vez más inquieto. Momentáneamente leyó en la mente de Ild, pero, como solía ocurrir con los Nuevos Hombres, halló unos procesos mentales que no podía seguir. Pero esto ni siquiera era un lenguaje, sino que adoptaba la forma de unos símbolos arbitrarios, transmutando, cambiando, modificándose... Al infierno, se dijo, abandonando el intento.

Amos Ild habló casi al momento.

-He reducido las probabilidades a cero por medio de la neutrología -dijo-. Provoni no tiene a su lado a ningún alienígena, y la única amenaza reside en los aparatos tecnológicos que alguna raza altamente evolucionada le ha suministrado.

-¿Está seguro?

-Según la neutrología, ésta es una certeza absoluta, no relativa.

-¿Puede saber esto con la neutrología? -preguntó Gram, impresionado-. Quiero decir, en lugar de expresarle en algo así como treinta-setenta o veinte-ochenta, lo expresa en los términos de un conocimiento previo que soy incapaz de entender; mi videncia sólo puede dar las probabilidades porque hay un puñado de futuros alternativos. No obstante, usted dice cero absoluto. Entonces, al único que necesitamos coger... -ahora adivinaba el motivo de tener que instalar el sistema láser en Baltimore- es sólo a Provoni. Sólo a él.

-Estará armado -le advirtió Amos Ild-. Con instrumentos muy poderosos, montados en su nave, y armas manuales al lado. Y se hallará dentro de una coraza, en una zona protectora que se mueve con él. El sistema láser de Baltimore estará apuntando a la nave hasta que consiga que los rayos penetren en dicha coraza, y Provoni morirá; los Antiguos le verán morir; Cordon ya ha muerto, por lo que no estamos muy lejos del final. Es posible que dentro de treinta y dos horas todo haya concluido.

-Y recobraré el apetito -suspiró Gram.

-A mí me parece -dijo Amos Ild casi sonriendo- como si nunca lo hubiese perdido.

Librodot

En realidad, pensó Gram, no tengo mucha fe en ese cero absoluto; no me fío de su neutrología, a lo mejor es porque no la entiendo. ¿Y cómo puede afirmar que debe producirse un suceso en el futuro? Todos los videntes o precognitores con los que he hablado han afirmado que en cada punto del tiempo existen centenares de posibilidades, pero que tampoco entienden la neutrología, que es cosa propia sólo de los Nuevos Hombres.

Cogió uno de los fonos.

-Señorita Knight, deseo convocar una asamblea de precognitores para dentro de, como máximo, veinticuatro horas. Los quiero metidos dentro de una red de telépatas y, como yo mismo lo soy, contactaré con todos los precognitores y veré, trabajando al unísono, si pueden obtener una buena probabilidad. Hágalo inmediatamente, hoy mismo.

Colgó.

-Ha violado nuestro acuerdo -le acusó Amos Ild.

-Sólo he querido integrar a los precognitores por medio de los telépatas -objetó Gram-. Y conseguir su -una pausa- opinión.

-Llame de nuevo a su secretaria y cancele esa petición.

-¿Es una orden?

-No -casi sonrió Amos Ild-, pero si no la revoca, regresaré al *Gran Oído* y continuaré con mi labor. Usted decide.

Gram cogió otra vez el fono.

-Señorita Knight -dijo-, cancele lo relativo a los precognitores.

Colgó, sintiéndose apático y triste. Extraer información de las mentes ajenas era su principal modus operandi en la vida, y le resultaba difícil renunciar a ello.

-Si acude a ellos obtendrá probabilidades -observó Ild-, volverá a la lógica del siglo veinte, un terrible retroceso, terminando con el avance de doscientos años.

-Pero si reúno a los precognitores ayudados por telépatas...

-No sabrá tanto como le he dicho yo -terminó Amos Ild.

-De acuerdo, dejémoslo -concedió Gram.

Había elegido a Amos Ild como su fuente de información y opinión, cosa que probablemente era la más acertada. Pero diez mil precognitores... Bueno, apenas le quedaba tiempo. Veinticuatro horas, casi nada. Hubiesen tenido que reunirse en algún lugar, y un día no era suficiente para ello, a pesar del moderno transporte de superficie.

-Supongo -le dijo a Amos Ild- que no piensa quedarse sentado aquí, sin ni siquiera tomarse un respiro, mientras dura la crisis.

-Deseo obtener el biomaterial de Provoni -respondió Amos Ild, impaciente-, quiero todo lo que le he dicho.

Suspirando, Gram apretó un botón de su escritorio, poniendo en marcha todos los circuitos de todas las grandes computadoras de la Tierra. Raras veces, más bien casi nunca, usaba aquel mecanismo.

-Provoni coma Thors -pronunció con claridad-. Todo el material y un abstracto en términos de importancia. A una velocidad absoluta, si es posible -reflexionó y añadió-: Esto tiene prioridad sobre todo lo demás -soltó el botón y se apartó del micrófono-. Cinco minutos -concluyó.

Cuatro minutos y medio más tarde, por la ranura del escritorio, fue surgiendo un montón de papeles. Un conjunto de informes. Y, al final, un resumen codificado en rojo de un par de hojas.

Sin mirarlo apenas, se lo entregó todo a Ild. No le llamaba la atención leer

más cosas acerca de Provoni, ya que durante los últimos días había oído, leído y visto varias veces todo lo referente a aquel hombre.

Ild leyó primero el resumen a gran velocidad.

-¿Y bien...? -le preguntó Gram-. Usted hizo su pronóstico sin conocer este material. ¿Altera este conocimiento su decisión fundada en la neutrología?

-Ese individuo es un actor -respondió Ild-. Como muchos Antiguos que son inteligentes, pero no lo bastante para pasar al Servicio Civil. Es un hombre falso.

Dejó el resumen y empezó a examinar el montón de material que, como antes, leyó a gran velocidad. De pronto, frunció el ceño. Una vez más, la cabezota en forma de huevo se movió con inseguridad. Amos Ild levantó las manos reflexivamente para detener lo que casi eran giros de su cabeza.

-¿Qué sucede? -se interesó Gram.

-Un pequeño dato. ¿Pequeño? -Ild se echó a reír-. Provoni se negó a hacer un examen público. Ni siquiera hay constancia de que pasara el examen del Servicio Civil.

-Y eso indica...

-No lo sé -confesó Ild-. Tal vez sabía que iba a fallar. O quizá... -jugueteó con los papeles-, o quizá sabía que iba a aprobar. -Fijó sus inmóviles ojos en Gram-. Es posible que sea un Nuevo Hombre. Claro que no podemos saberlo con certeza. -Puso en alto todo el material, coléricamente-. No hay forma de saberlo. Falta el dato; aquí no hay ninguna prueba archivada de las aptitudes de Provoni, y nunca estuvieron aquí.

-Pero el examen necesario... -arguyó Gram.

-¿Cuál?

-El de la escuela. Allí les hacen unos exámenes obligatorios, exámenes de coeficiente mental, de inteligencia y de aptitud, para saber qué canal de educación hay que dar a cada estudiante. A partir de los tres años de edad, Provoni debió examinarse cada cuatro años.

-Aquí no hay nada -se obstiné Ild.

-Si no hay nada aquí -razonó Gram-, Provoni o alguien que trabajó en el sistema escolar con él, los extrajo.

-Entiendo -asintió Amos Ild.

-¿Piensa, pues, retirar su predicción del cero absoluto? -preguntó Gram, ávidamente.

-Sí -afirmó Amos Ild, con voz controlada y baja, después de una leve pausa.

22

-¡Al cuerno con la autoridad! -exclamó Charlotte Boyer-. Iré a *Times Square* cuando aterrice -consultó su reloj-. Dentro de dos horas.

-No puedes ir -le dijo Nick-. Los Militares y los de la Seguridad Pública...

-Oí las noticias -explicó Charley-. Igual que tú: *«Una masa muy densa y enorme de Antiguos, tal vez un millón, se ha dirigido a Times Square y...».* Veamos, ¿cómo lo dijeron? *«Y para su protección, han sido trasladados, con helicópteros y globos, a lugares más seguros».* Sí, como Idaho, por ejemplo. ¿Sabes que no es posible conseguir una comida china en Boise, Idaho? -la joven se puso de pie y empezó a pasearse por la habitación-. Lo siento -le dijo a Ed Woodman, el dueño del apartamento en el que residían ella y Nick-. ¿Qué decías?

-Mira la pantalla -repitió Ed Woodman-. Llevan a todos los que se acercan a *Times Square* hacia esos inmensos transportes 4-D, y se los llevan volando fuera de la ciudad.

-Pero va llegando más gente -intervino su esposa Elka-. En realidad, llega más gente que la que se llevan.

-¡Yo quiero ir! -gritó Charley.

-Míralo por televisión -le aconsejó Ed.

Era un hombre mayor, de unos cuarenta años, de buen carácter, bastante corpulento, pero siempre alerta. Nick sabía que sus consejos eran inapreciables.

> *«Hay rumores* -anunció el locutor de la televisión-, *según los cuales han trasladado el gran sistema láser de Baltimore a Times Square. Hacia las diez de esta mañana, hora de Nueva York. Era un objeto muy grande que, según los observadores, era un sistema láser completo que han traído por el aire y han dejado en el tejado del Edificio Shafter de Times Square. Si, y repito el si, las autoridades intentan usar esos poderosísimos rayos láser contra Provoni o la nave de Provoni, ése sería el sitio más adecuado para el emplazamiento de la máquina».*

-¡Ellos no me impedirán que vaya allí! -declaró Charley.

-Claro que pueden impedírtelo -replicó Ed Woodman, girando su butaca hacia la muchacha-. Están usando pistolas tranquilizantes, echan de allí a todo el mundo y los meten en esos transportes 4-D como ovejas.

> *«Está claro* -proseguía el locutor de la televisión-, *el momento del enfrentamiento llegará cuando, tras aterrizar la nave, suponiendo que lo haga, Provoni salga de la nave y se exhiba ante lo que espera sea un público reverente. ¿Será muy profundo su desengaño al no hallar ante él nada más que policías y barricadas?* -el locutor sonrió amablemente-. *Tu turno, Bob».*
>
> *«Sí* -asintió Bob Grizwald. Era otro de los locutores, entre el interminable ejército que tenía la emisora-. *A Provoni le aguarda una gran desilusión. A nadie, repito, a nadie se le permitirá acercarse a su nave».*
>
> *«Esa máquina de rayos láser montada en el tejado del edificio Shafter* -continuó el primer locutor-, *le dará la bienvenida».*

Nick no había captado el nombre de ese locutor, pero eso no tenía la más mínima importancia ya que los locutores eran intercambiables, todos muy correctos, todos bien vestidos, incapaces de perder la calma ante cualquier catástrofe. La única emoción que se permitían expresar era una débil sonrisa. La que exhibían ahora.

-Espero que Provoni -deseó Charley- barra toda Nueva York.

-¿Y a setenta millones de Antiguos? -dijo Nick irónicamente.

-Eres demasiado salvaje, Charlotte -la recriminó Ed Woodman-. Si los alienígenas vienen para destruir las ciudades, destruirán a más Antiguos que a Nuevos Hombres, ya que los primeros están por el campo dentro de esas balsas flotantes. Y esto no coincide con los deseos de Provoni. No, no son las ciudades lo que quieren, sino el *aparato*. El Gobierno y a los que

gobiernan.

-Si usted fuese un Nuevo Hombre, Ed -preguntó Nick-, ¿estaría ahora muy nervioso?

-Estaría nervioso -respondió Ed- si esa máquina láser no alcanzara a Provoni. En realidad, estaría nervioso de cualquier manera. Pero no nervioso como un Nuevo Hombre, no, no. Si yo fuese un Nuevo Hombre o un Inusual y viese que apuntan el láser contra Provoni, buscaría una zanja en la que esconderme. Claro que no podría huir muy de prisa, lo cual sería una lástima. Probablemente, ellos no piensan de igual manera; llevan tanto tiempo gobernando, han detentado durante tantos años el poder, que huir hacia una zanja, literal y físicamente, no puede ocurrírseles nunca.

-Si dieran todas las noticias -intercaló Elka con gravedad-, mencionarían cuántos Nuevos Hombres e Inusuales han abandonado Nueva York en las últimas ocho o nueve horas. Podéis verlo desde aquí.

Señaló el ventanal. El rascacielos estaba oscurecido por un enjambre de puntos. Eran autocohetes en el aire que salían de aquel sector de la ciudad, con los familiares ruidos de petardeo.

> *«Prestando atención a otras noticias* -iba diciendo el locutor-*, se ha informado oficialmente que el notabilísimo teórico y constructor del Gran Oído, el primer aparato electrónico telepático del mundo, el Nuevo Hombre Amos Ild, ha sido nombrado para un cargo especial por el Presidente del Consejo, en calidad de Consejero del Presidente del Consejo. Según fuentes internas del enorme Edificio Federal de Washington...».*

Ed Woodman apagó el televisor.

-¿Por qué lo ha nombrado? -preguntó Elka, muy alta y esbelta, vestida con pantalones estilo globo hinchado y su blusa de malla, el cabello rojizo cayéndole por la nuca.

Nick observó que, en cierto modo, Elka se parecía a Charley. Según le dijeron, eran amigas desde su época escolar, casi desde la clase A, que era la de los párvulos.

-Amos Ild -repitió Ed-. Esto sí que es extraño. Llevo años interesándome por ese hombre. Sí, lo consideran uno de los tres o cuatro tipos más inteligentes de todo el Sistema Solar. Nadie entiende su pensamiento, excepto uno o dos de su misma clase, o casi de su misma clase. Es un chiflado.

-Oh, no... -exclamó Elka-. Simplemente, no podemos entender su neutrología.

-A *Einstein* le ocurrió lo mismo -comentó Nick- con su *«Teoría del Campo Unificado»*.

-La gente entendía la *«Teoría del Campo Unificado»* de *Einstein*, pero éste tardó veinte años en demostrarla.

-Bueno, pues cuando terminen el *Gran Oído* conoceremos a Ild -razonó Elka.

-Le conoceremos mucho antes -objetó Ed-. Le conoceremos por las medidas que adopte en esta crisis de Provoni.

-Tú nunca fuiste un Subhombre -observó Nick.

-Me temo que no, soy demasiado cobarde.

-¿No sientes deseos de luchar? -inquirió Charley, metiéndose en la

conversación.

-¿Luchar? ¿Contra el Gobierno? ¿Contra la Seguridad Pública y los Militares?

-Sí, teniendo ayuda a nuestro lado -indicó Nick-. La ayuda de los extraterrestres. La ayuda que trae Provoni, o que asegura traer.

-Probablemente la trae -afirmó Ed-. De nada le serviría volver con las manos vacías.

-Coge la chaqueta -le ordenó Charley a Nick-. Vamos a volar a *Times Square*. O vienes o hemos terminado para siempre.

Charley se puso su chaqueta de cuero sin curtir, se dirigió a la puerta del apartamento, la abrió y esperó.

-Bueno -intervino Ed-, podéis volar hacia allí, y un helicóptero del Ejército o de la Seguridad Pública os atrapará y os hará bajar. Y buscarán el nombre de Nick en sus computadoras y descubrirán que los de la Brigada Especial lo tienen en su lista negra. Entonces le matarán y tú, Charley, volverás aquí.

Dando media vuelta, como sobre un eje, Charley volvió a entrar en el apartamento y colgó la chaqueta. Sus labios estaban fruncidos, en una mueca de enfado, pero cedió a la lógica. Al fin y al cabo, por eso se habían escondido en el apartamento, por eso estaban con unos amigos a los que no había visto en siete años.

-No lo entiendo -confesó la joven-. ¿Por qué quieren matar a Nick? Si me quisiesen matar a mí, cosa que todos pensábamos, lo comprendería, porque aquel viejo hipopótamo quería meterme en una de las camas de su enfermería para chicas convalecientes... Pero a Nick... Le dejó marchar cuando lo tuvo en su poder. Entonces no sintió la necesidad de matarle, sino que pudo salir de aquel edificio tan libre como el aire que respiramos.

-Creo que sé el motivo -dijo Ed-. Lo dejó ir *per se*, pero sabía adónde iba, a buscarte, Charley. Y tenía razón, ambos estáis juntos.

-Ella estaba con Denny -objetó Nick-. Si Denny...

Prefirió no terminar la frase. Si Denny viviera, ella estaría con él, no con Nick. Eso no le complacía lo más mínimo. Sin embargo, ésta era su oportunidad y muchos individuos en su misma situación se habrían aprovechado de ello. Era una parte de la batalla librada por la posesión sexual, por el *«mira a quién le hago el amor»*, llevado a su conclusión más lógica: la oposición queda eliminada. Pobre Denny, pensó Nick. Denny estaba tan seguro de que una vez los tres en el interior del autocohete lograrían escapar, los tres juntos. Tal vez lo habrían conseguido, pero jamás lo sabrían porque habían decidido no dejarse tentar por la *Morsa Púrpura*. Por lo que él y Charley sabían, el aparato seguía en el tejado del edificio de apartamentos, donde Denny lo dejara.

Resultaba demasiado peligroso volver a allí. Habían huido a pie, perdiéndose entre los ingentes grupos de Antiguos y los liberados de los Campos de Concentración. En los últimos dos días, Nueva York era una masa de humanidad que ondulaba, rodaba, bajaba y subía como una marea, hacia *Times Square*, masa quebrada contra las rocas que eran las barricadas del Ejército y la Seguridad Pública, y que entonces retrocedía.

O se los llevaban volando a algún lugar ignorado. Al fin y al cabo, Willis Gram sólo había prometido abrir los Campos antiguos, pero no había dicho nada de no inaugurar otros.

-Tendremos que verlo por la tele ¿verdad? -inquirió Charley, agresivamente.

-Claro -asintió Ed Woodman, inclinándose hacia delante y cruzando las manos por entre sus rodillas-. Perdérselo está fuera de toda cuestión. Tienen cámaras en todos los tejados de la zona. Esperemos que Provoni no decida bloquearlo todo otra vez.

-Ojalá lo haga -exclamó Elka-. Me gustaría oírle hablar de nuevo.

-Estará en el aire -aseguró Nick; lo creía firmemente-. Lo veremos y oiremos todo, pero no tal como lo tienen programado en las emisoras.

-¿No hay una ley que impide bloquear las emisoras de televisión? -preguntó Elka-. Bueno, creo que en realidad Provoni quebrantó la ley cuando habló desde su nave.

-¡Oh, Dios mío! -gritó Charley, riendo, con una mano sobre sus ojos-. No me importa, pero es muy gracioso. Después de diez años, Provoni vuelve con un monstruo de otro Sistema Estelar para salvamos, y es arrestado por bloquear la recepción televisiva. De esta manera podrán deshacerse de él. ¡Sí, es posible que por eso esté en busca y captura como un vulgar delincuente!

Ya falta menos de hora y media, pensó Nick.

Constantemente, mientras el *Dinosaurio Gris* se aproximaba a la Tierra, le enviaban misiles a la nave. Claro que eso no se lo decían a la gente, pues sabían que los misiles no hacían mella alguna en la nave de Provoni. Pero existía una posibilidad, por mínima que fuese, una posibilidad matemática, de que un misil lograse traspasar la protección de la nave, fuera de la clase que fuese esa protección, ya fuese porque la criatura que lo envolvía se cansara, o por cualquier otro motivo... Tal vez sólo por un instante, y que en aquel instante, por muy breve que fuese, se desintegrase completamente el *Dinosaurio*.

Al menos, el Gobierno lo está intentando, continuó pensando Nick. Es su obligación, claro.

-Pon en marcha la tele -le pidió Charley a Ed.

Ed Woodman obedeció.

En la pantalla, una vieja nave interestelar, con los retrocohetes petardeando, descendía hacia el centro mismo de *Times Square*. Una nave anticuada, abollada, corroída, con piezas metálicas sobresaliendo de su estructura: los restos de los aparatos sensores fuera ya de todo funcionamiento.

-¡Los ha engañado! -gritó Ed-. ¡Ha llegado con una hora y media de adelanto! ¡Aún no tienen a punto el cañón láser! ¡Sí, les ha fastidiado el programa! Se creyeron a pies juntillas la historia de las treinta y dos horas.

Los helicópteros y los autocohetes de la Policía huían como mosquitos zumbantes para esquivar el impacto de los retrocohetes. En tierra, los occíferos de la Seguridad Pública y los soldados huían en busca de algún refugio.

-El rayo láser -dijo Ed Woodman con sus ojos fijos en la pantalla-. ¿Dónde está?

-¿Quieres que te lo enseñen? -se burló Elka.

-Más pronto o más tarde hará impacto en la nave -exclamó Ed-. Ahora viene la gran prueba. Pobres chicos, deben de estar escurriéndose por el tejado del edificio *Shafter* como hormigas.

Desde el tejado del edificio *Shafter* un rayo rojo muy fuerte se proyectó directo a la nave ya aparcada. Por televisión podían oír su furioso zumbido, la intensidad del cual iba poco a poco aumentando. Nick pensó que debía

Librodot

estar ya en su máximo estruendo..., y la nave permanecía intacta.

Algo inmenso y muy feo se materializó en torno a la nave, y Nick comprendió lo que era. Estaban viendo a un ser alienígena. Era casi como un caracol. Ondulaba ligeramente, extendió dos pseudópodos, fluyó más directamente hacia el camino del rayo láser y, cuando éste le alcanzó, se hizo más y más grande, más y más palpable. Se alimenta con el rayo, pensó Nick. Cuanto más tiempo le envíen el rayo, más crecerá.

> *«Parece como si estuviese nutriéndose con el rayo láser* -exclamó el locutor de la televisión, por primera vez en su vida desconcertado*».*
>
> *«Es un ser de otro sistema estelar* -añadió su compañero-. *Es imposible creerlo, pero ahí está. Debe de pesar miles de toneladas. Se lo ha tragado la nave...».*

La escotilla de la nave se abrió, deslizándose a un lado.

Thors Provoni, que llevaba puesto un traje gris, como una prenda interior, surgió sin armas ni casco.

El rayo láser, redirigido por los técnicos, enfocó a Provoni.

No ocurrió nada. Provoni continuó tan tranquilo como antes.

Nick divisó una estructura como una telaraña colocada sobre Provoni por el alienígena. Los técnicos del láser no estaban de suerte.

-No era mentira -musitó Elka-. Ha traído a un ser extraño.

-Y tiene un inmenso poder -agregó Ed-. ¿Conocéis la fuerza del rayo láser? Calculado en ergios...

-¿Qué harán ahora? -le preguntó Charley a Nick-. Ahora que el rayo láser no sirve para nada...

El locutor de la televisión se vio interrumpido en mitad de una frase. De pie, al lado de la nave, Thors Provoni se llevó un micrófono a los labios.

«Hola» saludó, y su voz surgió del televisor; obviamente, Provoni no confiaba en las emisoras, y una vez más había bloqueado todos los canales, pero esta vez sólo en su parte audio. La imagen seguía siendo emitida por las cadenas televisivas.

-Hola, Provoni -le correspondió Nick-. Ha sido un largo viaje.

23

> *«Se llama* -iba diciendo Provoni por el micrófono- *Morgo Rahn Wilc. Deseo hablaros de él con todo detalle. Primero os quiero decir que es antiguo, es telépata, es mi amigo».*

Nick se apartó del televisor, entró en el cuarto de baño y cogió unas pastillas de fenmetrazina hidroclórica del botiquín; se las tragó y añadió una tableta de veinticinco miligramos de clordiazepóxido hidroclórico. Vio que sus manos le temblaban espantosamente; apenas podía sostener el vaso de agua, e incluso le costó engullir las pastillas.

Charley apareció en la puerta del cuarto de baño.

-Necesito algo -pidió-. ¿Qué me recomiendas?

-Fenmetrazina y clordiazepóxido -le aconsejó-. Cincuenta miligramos de lo primero y veinticinco de lo segundo.

-Tomados al mismo tiempo son animadores y sedantes.

-Una buena combinación. El clordiazepóxido intensifica la capacidad de la corteza cerebral, en tanto que la fenmetrazina estimula el tálamo, dándole impulso a todo el metabolismo cerebral.

Ella asintió y se tragó las pastillas que Nick le había recomendado.

Ed Woodman, sacudiendo la cabeza, entró también en el cuarto de baño y extrajo varias pastillas de los frascos.

-Hum -gruñó-. No pueden matarle, Provoni no morirá. Y esto desgasta las energías. Los muy estúpidos van aumentado sus jugos a cada segundo que pasa. Dentro de media hora será tan grande como Brooklyn; es lo mismo que inflar un globo que no puede estallar.

> *«No conozco su mundo* -continuaba diciendo Provoni por televisión-. *Nos encontramos en el espacio profundo; él iba de patrulla y captó las señales automáticas que surgían de mi nave. Allí, en el espacio profundo, reconstruyó la nave, consultando telepáticamente con sus hermanos de Frolik 8, y ellos le concedieron permiso para acompañarme hasta aquí. No es más que uno entre muchos como él. Creo que puede hacer lo que debemos hacer. Si no puede, hay centenares más como él a un año-luz de distancia. Vendrían en naves que pueden pasar el hiperespacio. Si es necesario, llegarán en un plazo muy corto».*

-Ahora está mintiendo -comentó Ed-. De haber podido pasar por el hiperespacio, ya lo habría hecho él y esa cosa. En realidad, han venido por el espacio normal, aunque utilizando un impulso supra-C.

-Pero -objetó Nick-, utilizó su nave, el *Dinosaurio Gris*. Sus naves sí están construidas para el hiperespacio, el *Dinosaurio Gris* no.

-O sea, que crees lo que dice Provoni -dedujo Elka.

-Sí.

-Yo también -declaró Ed-, aunque no deja de ser un verdadero actor. Esto de presentarse ocho horas antes de lo anunciado... Ha pillado a todo el mundo por sorpresa y no cabe duda de que lo ha hecho deliberadamente. Y se ha puesto de pie junto a la nave dejando que hicieran impacto en él los rayos láser con sus millones de voltios de fuerza. Y su amigo Morgo cómo se llame se ha hecho visible para impresionarnos. Al menos a mí sí que me ha impresionado.

Charley corrió hacia el ventanal del salón, lo abrió y se asomó.

-¡Eh! -gritó-. ¿Vais a tragaros Nueva York? No lo hagáis, ¿oís?

Cerró el ventanal, su cara inexpresiva.

-Esto debería arrojarlos lejos de aquí -dijo Nick.

-Nueva York es mi ciudad natal -explicó Charley. Bruscamente, se apretó la frente con las manos-. Siento algo... Como una sonda, una escoba... que pasa por mi cuerpo y me abandona al momento.

-Provoni busca Nuevos Hombres -exclamó Nick, en un instante de visión instintiva.

-¡Dios mío! -gimió Elka-. También lo he sentido durante un instante. Sí, busca Nuevos Hombres. ¿Qué hará con ellos? ¿Los eliminará? ¿Se lo merecen? A nosotros jamás nos eliminaron...

-A Denny sí -le recordó Charley-. Y a mí por poco casi me dispararon en el Edificio Federal. Y enviaron asesinos para liquidar a Nick. Si debemos... ¿cómo es la palabra?... extrapolarlo de esto...

-Es un promedio elevado -asintió Nick.

Y Cordon, pensó. Probablemente asesinado. Jamás lo sabremos con total certeza... pero ha muerto. ¿Lo sabrá ya Provoni? Si es así, que Dios nos ayude, Provoni se volverá loco.

> *«Escuchando las transmisiones de la Tierra* -continuaba diciendo Provoni por la televisión-*, nos enteramos de la muerte de Eric Cordon* -su macizo rostro se contrajo, como retraído por el dolor-*. Dentro de una hora conoceremos las circunstancias, las verdaderas circunstancias, no las que transmitieron los medios de información... Y nosotros...* -hizo una pausa y Nick pensó que estaba conferenciando con el ser alienígena-*. Nosotros...* -otra pausa-*. El tiempo lo dirá».*

Concluyó al fin, su gran cabeza inclinada hacia delante, los ojos cerrados; sus facciones se convulsionaron, como si tratase con gran dificultad, con grandísima dificultad, de recobrar el dominio de sí mismo.

-Willis Gram -murmuró Nick-. Él lo hizo. De él salió la orden. Provoni lo sabe, y sabe dónde buscarle. Esa muerte lo coloreará todo a partir de ahora, todo lo que Provoni diga y haga, todo lo que hagan sus amigos. Arruinará los círculos dominantes. Opino que Provoni es la clase de hombre que...

-No sabemos qué efecto puede ejercer sobre él el alienígena -observó Ed-. Puede moderar la amargura y el odio de Provoni. -Se volvió hacia Elka-. Cuando sondeó tu mente, ¿parecía cruel, hostil, destructivo...?

Ella meditó y, al fin, miró a Charley. La muchacha negó con la cabeza.

-No lo creo... -respondió Elka-. Fue algo..., tan raro. Buscaba algo que no encontró en mí. Y pasó de largo. Sólo tardó una fracción de segundo.

-¿Os imagináis a esa cosa -farfulló Nick-, sondeando centenares de cerebros? Tal vez millares. Todos a la vez.

-Tal vez millones -añadió Ed quedamente.

-¿En tan corto plazo? -se extrañó Nick.

-Me siento como una pulga -murmuró Charley, con irritación-. Como si me viniera el período. Creo que voy a tumbarme un poco.

Desapareció en el dormitorio, cerrando la puerta.

-Lo siento, señor *Lincoln* -dijo Ed Woodman-. No tengo tiempo para escuchar las notas que hizo su dirección de *Gettysburg*.

Su cara era dura y sardónica, y estaba rojo de ira.

-Tiene miedo -dijo Nick, refiriéndose a Charley-. Por eso ha entrado ahí. Para ella esto es excesivo. ¿No es también demasiado para vosotros? ¿No lo consideráis emocionalmente y no intelectualmente? Yo he mirado la pantalla, sé lo que he visto... pero -hizo un gesto con la mano- sólo el lóbulo frontal de mi cerebro capta lo que ve. Y lo que oye.

Fue hacia la puerta del dormitorio, la abrió y vio a Charley acostada, formando un ángulo extraño, con la cara vuelta a un lado y los ojos bien abiertos. Nick cerró la puerta a sus espaldas, se aproximó lentamente y se sentó al borde de la cama.

-Sé lo que hará -murmuró ella.

-¿De verdad?

-Sí -asintió Charley, sin expresión-. Sustituirá porciones de sus mentes y luego las retirará todas, sin dejarles nada. Un vacío. Serán como conchas vivientes y vacías. Hará como una lobotomía. ¿Recuerdas haber estudiado

las estúpidas prácticas de psiquiatría que efectuaban en el siglo veinte? Los médicos descerebraron a mucha gente. Esa cosa extirpará los nódulos de Roger y más materia, y no parará hasta convertirlos en personas como nosotros. No ha afectado a Provoni porque éste le ha convencido.

-¿Cómo lo sabes? -quiso saber Nick.

-Bueno, no es una historia muy larga. Hace dos años falsifiqué una serie de exámenes G-2, con resultados satisfactorios. Gracias a eso, y por algún tiempo, tuve acceso a los archivos del Gobierno, y en cierta ocasión pedí el expediente de Provoni, el llamado archivo Provoni, y me lo llevé a casa escondido bajo la chaqueta. En realidad era un microfilm. Me pasé toda la noche leyéndolo -tras una pausa añadió-: Lo leí minuciosamente.

-¿Y cómo es Provoni? ¿Es vengativo?

-Está obsesionado. Es lo que no era Cordon; éste era un hombre racional, una figura política racional, que vivía en una sociedad en la que no se permite la menor disensión. En otra sociedad, habría sido un estadista excepcional. Pero Provoni...

-Diez años pueden haberle cambiado -sugirió Nick-. Prácticamente solo durante todo ese tiempo... Durante esos años habrá efectuado mucha introspección y autoanálisis.

-¿No quieres oírlo ahora?

-No -dijo él, rechazando la sugerencia, seguro de sí mismo.

-Perdí el empleo y me multaron con trescientos cincuenta pops, además de abrirme un expediente criminal que ha ido en aumento -calló unos instantes-. Denny también. Cayó varias veces -irguió la cabeza-. Por favor, ve a mirar la televisión. Si no vas, iré yo... y no puedo verlo, de verdad. Pero tú sí.

-Está bien.

Nick salió del dormitorio y puso su atención en el televisor. ¿Tendrá razón?, se preguntó. Respecto a Provoni. ¿Qué clase de hombre es? No es lo que hemos oído por la prensa de los Subhombres. Y si Charley piensa así, ¿cómo podía ser cordonita y vender sus folletos? Claro que eran folletos cordonitas, reflexionó. Tal vez le gustasen lo suficiente como para superar su repugnancia hacia Provoni.

En nombre de Dios, pensó. Espero que no acierte en lo que Provoni quiere hacerles a los Nuevos Hombres: lobotomizarlos... a todos... ¡A los diez millones! Y a los Inusuales. Como Willis Gram.

Algo barrió su mente, un viento como el del infierno. Cruzó las manos sobre la frente y se inclinó... ¿Era un dolor? No, no un dolor, sino una sensación extraña, como estar atisbando por un pozo oscuro, y luego, lenta, muy lentamente, un movimiento de caída se inició en su interior.

Bruscamente, la sensación desapareció.

-Acaban de inspeccionarme -anunció.

-¿Qué te hizo sentir? -se interesó Elka.

-Me mostró el Universo desprovisto de estrellas -replicó Nick-. No deseo volver a verlo mientras viva.

-Oye -dijo Ed Woodman-, en el décimo piso de este edificio vive un Nuevo Hombre de baja categoría, apartamento BB293KC. Voy a bajar -se encaminó a la puerta-. ¿Quiere venir alguien? Tal vez tú, Nick.

-Sí -accedió Nick.

Siguió a Ed por el alfombrado pasillo de la escalera.

-Está sondeando -murmuró Ed cuando llegaron al ascensor y presionó el

Librodot

botón.

Ed iba indicando las puertas de todos los apartamentos, las filas y filas que llenaban el edificio.

-Detrás de cada una de estas puertas está rondando la cosa -explicó-. ¿Qué les ocurrirá a muchos de ellos? Ah, por eso quiero ver a ese Nuevo Hombre. Creo que se llama Marshall. Me contó que era un G-5. Como ves, es un pez pequeño. Por eso vive en esta casa tan llena de Antiguos.

Llegó el ascensor, lo tomaron y descendieron.

-Oye, Nick -dijo Ed-. Tengo miedo. Aunque no dije nada, también a mí me sondearon. Esa cosa busca algo que no ha hallado en ninguno de nosotros cuatro, pero puede encontrarlo en otros. Y deseo saber qué hará cuando lo encuentre.

El ascensor se detuvo y salieron al pasillo.

-Por aquí -indicó Ed, yendo a paso rápido. Nick logró acompasarse a él-. Es el BB293KC. Vamos allá.

Fue hacia la puerta y se detuvo. Nick estaba ya a su lado.

Ed llamó.

No hubo respuesta.

Probó la manija. La puerta se abrió. Con cuidado, Ed deslizó el panel a un lado y luego se apartó.

En el suelo, con las piernas cruzadas, estaba sentado un hombre con una pizarra, ataviado con prendas de pelo entrecruzado.

-Señor Marshall -le llamó Ed en voz baja.

El individuo moreno y delgado levantó su cabeza inflada como un globo; los miró y sonrió. Pero no habló.

-¿Con qué está jugando, señor Marshall? -preguntó Ed, inclinándose. Se dirigió a Nick-: Una mezcladora eléctrica, hace girar las aspas -se enderezó-. Un G-5. Aproximadamente, ocho veces nuestra capacidad mental. Bien, ya no sufre.

-¿Puede hablar, señor Marshall? -inquirió Nick, acercándose-. ¿Puede decirnos algo? ¿Qué es lo que siente?

Marshall empezó a lloriquear.

-Como ves -prosiguió Ed-, tiene emociones, sentimientos, incluso pensamientos, pero no puede expresarles. He visto a personas en los hospitales después de sufrir un ataque y sé que no pueden hablar ni comunicarse en modo alguno, y lloran de esta manera. Si le dejamos solo se repondrá.

Nick y Ed salieron del apartamento, cerrando la puerta tras ellos.

-Necesito más pastillas -musitó Nick-. ¿No puedes recomendarme algo realmente bueno?

-Desipramina hcl -respondió Ed-. Te daré de las mías. Vi que no tienes.

Fueron hacia el ascensor y presionaron el botón de subida.

-Será mejor no decirles nada a ellas -dijo Ed.

-De todos modos, no tardarán en enterarse -repuso Nick-. Lo sabrá todo el mundo. Si es que eso sucede en todas partes.

-Estamos cerca de *Times Square* -manifestó Ed-. Seguramente, está sondeando en anillos concéntricos. Ahora le ha tocado a Marshall, pero tal vez a los Nuevos Hombres de Jersey no les tocará hasta mañana -llegó el ascensor-, o la próxima semana -entraron en la cabina-. Tal vez tarde meses y, para entonces, Amos Ild, puesto que tiene que ser Ild, pensará algo.

-¿Quieres que Ild piense algo? -preguntó Nick, cuando salieron del

ascensor.

-Eso... -murmuró Ed, centelleantes los ojos.

-Sí, es difícil tomar una decisión -reconoció Nick, terminando la frase de Ed.

-¿Y tú qué? -quiso saber éste.

-Estaría muy contento -admitió Nick.

Fueron al apartamento. Ninguno de los dos habló, como si entre los dos se interpusiera un muro. Simplemente, no tenían nada de qué hablar. Y los dos lo sabían.

24

-Tendrán que atenderles -murmuró Elka Woodman. Les había sonsacado todo lo referente a Marshall-. Bien, nosotros sumamos varios billones y podremos cuidarlos. Pueden instalar centros, como zonas deportivas, dormitorios y comedores.

Charley estaba sentada en el sofá, sacando en silencio los pespuntes de una falda. Tenía una expresión petulante, de reprobación; Nick ignoraba el motivo y, en aquel momento, no le importaba.

-Si ha de hacerlo -observó Ed-, ¿no podría ser lentamente? Para que pudiésemos disponer los cuidados a la gente. Tal como quedan, lo mismo podrían dejarse morir de hambre o subir a los autocohetes sin mirar. Quedan como niños pequeños.

-Es la gran venganza -murmuró Nick.

-Sí -asintió Elka-. Pero no podemos dejarles indefensos y... retrasados.

-Retrasados -repitió Nick-. Sí, esto es lo que son, no como niños sino como niños con el cerebro dañado. De ahí la frustración de Marshall cuando quisimos interrogarle.

Era un cerebro dañado. El sondeo dañaba el cerebelo.

El televisor les traía la voz del locutor de las noticias.

> *«... hace exactamente doce horas que el famoso físico Amos Ild, nombrado por el Presidente del Consejo Willis Gram como consejero suyo en esta crisis, pronosticó por todos los canales de televisión que no existía la menor posibilidad, repetimos: la menor posibilidad, de que Thors Provoni hubiera traído consigo a un ser alienígena* -por primera vez, Nick detectó verdadera cólera en la voz del locutor-*. Por lo visto, el Presidente del Consejo confió en... ¿Cuál es la palabra?... Un personal compuesto por juerguistas, o algo por el estilo, no lo sé...* -En la pantalla, el locutor agachó la cabeza-. *A todos nos pareció una buena idea el sistema láser de Baltimore apuntando a la escotilla del Dinosaurio. Ahora supongo que era un plan demasiado sencillo. Después de diez años de estar en el espacio, Provoni no iba a dejarse aniquilar de ese modo. Morgo Rahn Wilc, éste es el nombre o el título del alienígena.* -Apartó la cara del micrófono y se dirigió a una persona invisible-. *Por primera vez en mi vida me alegro de no ser un Nuevo Hombre».*

No pareció darse cuenta de que sus palabras llegaban al mundo entero, o bien no le importaba: estaba sentado, frotándose los ojos, meneando la cabeza sin decir nada. Luego su imagen desapareció y otro locutor,

evidentemente sustituyéndole, apareció en pantalla. Tenía una expresión grave.

«Los daños al tejido neurológico parecen ser deliberados y...» -*empezó a decir, pero en aquel instante Charley le cogió una mano a Nick y se lo llevó lejos del aparato.*

-¡Quiero escuchar! -se quejó él.

-Nos vamos a dar una vuelta -anunció Charley.

-¿Por qué?

-En lugar de estar aquí sentados, como pegados al sofá. Iremos de prisa. Quiero coger el autocohete de Denny.

-¿Quieres volver al lugar en el que mataron a Denny? -Nick la miró incrédulamente-. Es posible que aquellos meones negros hayan dispuesto alguna vigilancia, un sistema de alarma...

-Ya no les importa nada -rechazó Charley quedamente-. Primero, los llamaron para controlar a la multitud y, en segundo lugar, si no estoy volando muy de prisa dentro de la *Morsa Púrpura* dentro de unos minutos, creo que me suicidaré. Y lo digo en serio, Nick.

-Está bien.

En cierto aspecto, Charley tenía razón; de nada servía estar pegado al televisor.

-Pero, ¿cómo llegaremos allí? -quiso saber, preocupado.

-En el autocohete de Ed. Oye, Ed, ¿puedes dejarnos tu autocohete? Es para recorrer un trayecto corto.

-Sí, claro. -Ed le entregó las llaves-. Aunque, tal vez, te haga falta gasolina.

Juntos, Nick y Charley subieron por la escalera hasta el tejado; aunque no había más que dos pisos, necesitaban el ascensor. Durante algún tiempo, ninguno de los dos habló, dedicados a localizar el autocohete de Ed.

Ya sentado en el aparato, frente al timón, Nick dijo:

-Debiste decirle adónde íbamos, y hablarle de la *Morsa*.

-¿Por qué preocuparle? -fue la única respuesta de Charley.

Nick elevó el autocohete al cielo, virtualmente libre de tráfico. Por fin, planearon por encima del edificio de apartamentos de Charley. Allí, en el tejado, se hallaba el autocohete de Denny.

-¿Debo aterrizar allí? -preguntó Nick.

-Sí -dijo ella mirando-. No veo a nadie. Claro, a ellos ya no les importa nada. Es el final de todo, Nick. El final de la Seguridad Pública, el final de Willis Gram o de Amos Ild... ¿Te imaginas lo que les hará la cosa cuando llegue a ellos?

Nick apagó el motor, y el autocohete se deslizó silenciosamente hasta llegar al lado de la *Morsa*, sin incidentes.

Charley saltó rápidamente al suelo, con las llaves en la mano; fue corriendo hacia el otro autocohete e insertó la llave en la cerradura. Se abrió la puerta; al instante, la joven se instaló ante el timón, y le indicó a Nick que abriera la portezuela.

-De prisa, oigo una alarma, probablemente en el piso de abajo. Vaya, ¿qué ocurre ahora?

Aplastaba salvajemente el pedal de la gasolina y, de pronto, el autocohete ascendió raudamente, como un disco plano.

-Mira si alguien nos sigue -le ordenó ella a Nick.

-Nadie a la vista -replicó él después de echar un vistazo.

-Efectuaré maniobras evasivas -explicó ella-, como las llamaba Denny.

Haremos una serie de espirales y de piruetas. Algo realmente escalofriante. -El autocohete descendió casi en picado y pasó por entre unos rascacielos muy altos, casi juntos-. Escucha esos tubos... -añadió Charley, presionando aún más el pedal del gas.

-Si conduces así -le advirtió Nick-, nos detendrá un occífero.

-¿No lo entiendes? Ahora ya no les importa nada. Todo el Gobierno, todas las Organizaciones de Protección al Ciudadano..., han desaparecido. Sus jefes están como el hombre que Ed y tú encontrasteis antes.

-Has cambiado mucho -observó Nick-, desde que te conocí.

Sólo hacía un par de días, pensó. Charley ya no poseía aquella vitalidad burbujeante, sino que era dura de una forma casi basta. Todavía iba muy maquillada, pero el maquillaje era ya una máscara inanimada. Nick ya lo había observado antes, pero ahora se daba perfecta cuenta de ello. Todo lo de la joven, hasta su manera de hablar y moverse, parecía inanimado, como si ya no sintiera nada. Claro que había que tener en cuenta todo lo ocurrido: primero, el ataque a la Imprenta, después, su horrible encuentro con Willis Gram y, finalmente, la muerte de Denny. Y ahora esto. No le quedaba ya nada por lo que emocionarse.

-No sé conducir como lo hacía Denny -dijo Charley, como adivinando sus pensamientos-. Él era un piloto estupendo, y podía llegar a los 200...

-¿En la ciudad? -se asombró Nick-. ¿Entre el tráfico?

-En las autopistas -explicó Charley.

-Vamos, los dos estaríais ya muertos...

La manera de conducir de la muchacha le ponía enfermo; iba aumentando gradualmente la velocidad. El velocímetro marcaba 200. Era ya demasiado.

-Denny era un intelectual -explicó Charley, asiendo el timón con ambas manos y mirando al frente-, un verdadero intelectual. Leía todos los folletos y libros de Cordon, todos sus escritos. Y estaba orgulloso de ello, ya que le hacía sentirse superior a los demás. ¿Sabes qué decía? Que él, Denny, nunca se equivocaba, y que una vez que tenía una premisa podía deducir la verdad de la misma sin fallo alguno.

Charley aflojó un poco la marcha y se enfiló por entre los edificios de una calle lateral. Parecía tener un destino fijo, como si antes sólo hubiese conducido el autocohete por el placer de volar, pero ahora iba reduciendo la velocidad. Nick miró hacia abajo y divisó una plaza sin casas.

-*Central Park* -señaló Charley-. ¿No estuviste nunca ahí?

-No, ni sabía que aún existiese.

-Casi nadie lo sabe. Lo recortaron a un solo acre, pero aún tiene hierba y plantas; todavía es un parque -añadió sombríamente-. Denny y yo lo descubrimos un día cuando íbamos volando por la noche, hacia las cuatro de la madrugada. Nos asombró, de veras. Bien, aterrizaremos aquí.

El autocohete descendió, redujo la velocidad y luego ella dejó que los neumáticos tocaran el suelo. El autocohete, con las alas plegadas, se convirtió en un vehículo de superficie.

Charley salió por la portezuela de su lado y lo mismo hizo Nick por la del suyo. Se quedó atónito ante la textura de la hierba que pisaba. Nunca había caminado sobre hierba.

-¿Cómo están los neumáticos? -preguntó.

-¿Qué dices?

-Recuerda que soy tallador. Si me das una linterna, los inspeccionaré y veré si hay alguno tallado de nuevo. Llevar un neumático tallado de nuevo

sin saberlo podría costarte la vida.

Charley se tendió sobre el césped con los brazos cruzados en la nuca.

-Los neumáticos son perfectos -explicó-. Sólo usábamos la *Morsa* por la noche, cuando hay espacio para volar. Durante el día, nunca la usábamos como vehículo de superficie salvo en casos de emergencia. Como aquél en que murió Denny.

Durante largo tiempo permaneció callada, tendida simplemente sobre el césped húmedo y frío, contemplando las estrellas.

-Nadie viene por aquí -comentó Nick.

-Nunca. Lo han olvidado por completo, pero a Gram sí le gusta. Por lo visto, jugaba aquí de pequeño -levantó la cabeza y exclamó-: ¿Te imaginas a Willis Gram de bebé? O a Provoni. ¿Sabes por qué te he traído aquí? Para hacer el amor.

-Ah...

-¿No te sorprende?

-Desde que te conocí es algo que estaba en nuestras mentes -respondió Nick.

Era verdad en lo que a él atañía y suponía que también en cuanto a ella, aunque, claro está, ella pudiera negarlo.

-¿Puedo quitarte la ropa? -le preguntó ella, indagando en los bolsillos de la chaqueta de Nick por si tenía algo de valor que pudiera caer entre la hierba-. ¿Las llaves del coche? -se interesó-. ¿Los marbetes de identidad? Oh, diablos, siéntate. -Él obedeció y ella le quitó la chaqueta que, cuidadosamente. dobló en el suelo, cerca de la cabeza de Nick-. Ahora la camisa -continuó Charley.

Hasta que al fin empezó con su propia ropa.

-¡Qué pechitos más pequeños tienes! -comentó él, mirándola a la mortecina luz de las estrellas.

-Oye -exclamó ella bruscamente-, esto no te costará nada.

Estas palabras fundieron el corazón de Nick.

-No, claro que no... -Le puso una mano en la espalda-. No quiero que lo hagas... porque aquí lo hiciste con Denny.

Para ti puede ser sólo como otras veces, pero para mí, pensó, es como un espectro flotando a mi alrededor: la cara dionisiaca de un muchacho, tanta vitalidad y ser aniquilado de aquella manera.

-Esto me recuerda un poema de *Yeats* -agregó.

La ayudó a quitarse el suéter *alliforgict*; eran fáciles de poner y difíciles de sacar una vez se habían moldeado siguiendo las curvas del cuerpo.

-¡Debería pintarme con spray! -exclamó ella, una vez se hubo desprendido del suéter.

-De ese modo no se te pega la tela, claro -observó Nick. Hizo una pausa y preguntó-: ¿Te gusta *Yeats*?

-¿Fue anterior a *Bob Dylan*?

-Sí.

-Entonces no quiero saber nada de él. Por lo que a mí concierne, la poesía empezó con *Dylan* y fue declinando a partir de entonces.

Juntos se desprendieron del resto de sus ropas; por unos instantes, estuvieron desnudos sobre el húmedo y frío césped, y después, rodaron uno hacia el otro. Nick la abrazó mirándola a la cara.

-Soy fea, ¿verdad? -musitó ella.

-¿Eso piensas? -Nick estaba asombrado-. Eres una de las jóvenes más

atractivas que he conocido.

-No soy una mujer -opuso ella-. No puedo dar, sólo puedo aceptar, no dar. Por tanto, no esperes nada de mí, aparte de estar aquí contigo.

-Es una violación estatutaria -comentó él.

-Oye, ha llegado el fin del mundo; estamos presos de una cosa que no se puede aniquilar, ni puede ser destruida neurológicamente. De manera que en momentos como éstos, ¿qué meón va a fastidiarte? Además, tendrían que presentar una denuncia y ¿quién la formulará? ¿Qué testigos tenemos?

-Testigos... -repitió él como un eco, manteniéndola junto a él un breve momento. Probablemente, tenían instalado un sistema de vigilancia en *Central Park*..., seguramente ya olvidado. Se apartó de ella y se puso de pie-. Vamos, de prisa, vístete -ordenó a la joven, cogiendo sus propias ropas.

-Si piensas que vigilan este parque...

-Lo pienso.

-Créeme, sólo vigilan *Times Square*. Excepto los Nuevos Hombres, como el director Barnes. Todos estarán cuidándose de los que tienen ya el cerebro dañado -de golpe, la asaltó una idea-. Lo cual se refiere a Willis Gram -se sentó sobre la hierba y enterró sus manos en su rizada y húmeda cabellera-. Lo siento, pero casi me gustaba.

Empezó a coger sus ropas y, repentinamente, volvió a dejarlas caer al suelo.

-Oye, Nick -añadió en tono suplicante-, los de la Seguridad Pública no nos cogerán. Te diré lo que puedes hacer: me tomas un poquito y, mientras tanto, me lees o recitas ese poema.

-No tengo el libro aquí y no lo sé de memoria.

-¿No lo sabes?

-Bueno, un poco solamente. -El miedo, como una marea ascendente en su corazón, le hizo temblar mientras volvía a soltar sus prendas de vestir y se acercaba a la chica, tendida de nuevo en tierra-. Es un poema triste -comentó, rodeándola con los brazos-. Estaba pensando en Denny y en este sitio, donde solíais venir con el autocohete. Es como si su espíritu estuviese enterrado aquí.

-Me haces daño -se quejó Charley-. Hazlo más lentamente...

Una vez más, él se puso de pie. Y empezó metódicamente a vestirse.

-No quiero correr el riesgo de ser sorprendido -explicó-, con esos asesinos, los Policías Especiales, detrás de mí.

Ella no se movió.

-Recita el poema -le volvió a pedir.

-¿Te vestirás mientras lo recito?

-No -negó ella, con los brazos en la nuca y mirando a las estrellas-. Provoni vino de allí. Ah, cuánto me alegro ahora de no ser de la raza de los Nuevos Hombres... -Apretó los puños y pronunció las palabras espaciadamente-. Hace lo que debe, pero lo lamento por los otros, por los Nuevos Hombres. Lobotomizados. Sin sus nódulos de Roger y Dios sabe qué más. Cirugía espacial -se echó a reír-. Lo escribiremos y lo titularemos *«El cirujano cósmico de una estrella distante».* ¿De acuerdo?

Nick se inclinó y fue recogiendo las ropas de Charley. Suéter, bolso, ropa interior...

-Te recitaré el poema y comprenderás por qué no puedo ir a los mismos sitios a los que ibais tú y Denny. No puedo sustituirle, no puedo ser otro Denny. De lo contrario, me regalarías su cartera, que probablemente es de

piel de avestruz, su reloj, un Criterio, sus gemelos de puño de agitita... -se calló-. Debo estar loco:

«hay una tumba sobre la que se balancean los lirios y los narcisos...».

Calló.

-Sigue, te estoy escuchando...

«...y yo complacería al desventurado fauno, enterrado bajo la tierra dormida, con canciones alegres antes del amanecer...».

-¿Alegres has dicho? -le interrumpió ella.

Nick no le hizo caso y continuó recitando.

«Sus días de gritos alegres terminaron, y todavía sueña que pisa la tierra, y camina como un fantasma por el rocío».

Atravesado, pensó Nick, *por mi canto*. Pero estaba demasiado afectado como para decirlo en voz alta.

-Te gusta eso? -preguntó Charley-. ¿Te gusta esa clase de vieja poesía?

-Éste es mi poema favorito.

-¿No te gusta *Dylan*?

-No.

-Recita otra poesía.

Charley, ya vestida, estaba al lado de Nick, con las rodillas dobladas, la cabeza inclinada.

-No sé otras de memoria. Ni siquiera recuerdo el final de ésta, pese a haberla leído miles de veces.

-¿Fue *Beethoven* un poeta? -quiso saber ella.

-Un compositor. De música.

-Como *Bob Dylan*.

-El mundo empezó antes de *Dylan*.

-No discutamos -observó Charley-. Creo que me estoy enfriando. ¿Te ha gustado?

-No.

-¿Por qué no?

-Estabas demasiado tensa.

-Si hubieses pasado por todo lo que he pasado yo...

-Tal vez sea verdad. Conoces demasiadas cosas. Demasiadas cosas y demasiado pronto. Pero te amo.

La atrajo hacia él, la abrazó y la besó en la sien.

-¿De verdad?

Había vuelto parte de su antigua vitalidad; dio un salto y extendió los brazos, dando una vuelta sobre sí misma.

Detrás de ellos sonó la sirena de un coche patrulla que, con la luz roja extinguida, aterrizó cerca.

-¡La *Morsa*! -gritó la joven, y corrió hacia el autocohete.

Subieron los dos al aparato, y Charley se instaló detrás del timón. Se abrieron las alas del autocohete y empezó a ascender.

Se encendió la luz roja del coche de la Seguridad Pública, y también se

reanudó la sirena. De repente, sonaron unas voces procedentes del coche, que no lograron descifrar. Y las palabras se propagaron por el eco hasta que Charley hizo rechinar los dientes a causa de su tensión.

-Los despistaré -aseguró-. Denny lo hizo miles de veces. Lo aprendí de él.

Pisó el acelerador. El ruido de los tubos de escape resonaba detrás de Nick y, al mismo tiempo, su cabeza fue echada hacia atrás, cuando la *Morsa* ganó velocidad.

-En otra ocasión te enseñaré este motor -murmuró Charley, mirando a uno y otro lado.

El autocohete continuaba ganando velocidad. Nick nunca había ido en un aparato tan saltarín, a pesar de haber visto muchos medio destrozados por culpa de la velocidad, listos para ser vendidos de segunda mano. Sin embargo, ninguno era como éste.

-Denny se gastó hasta su último pop en este aparato -explicó Charley-. Lo construyó así para esquivar a los meones. Fíjate.

Tocó un interruptor y se retrepó en el asiento, apartando las manos de los mandos. El autocohete descendió bruscamente, casi rozando el suelo. Nick estaba tenso, ya que el choque parecía inevitable. Luego, mediante algún sistema de piloto automático con el que no estaba familiarizado, el aparato empezó a deslizarse entre las casas, por estrechas callejas, a unos tres palmos del suelo.

-No podemos ir tan bajo -observó Nick-. Es como si estuviésemos a punto de aterrizar.

-Fíjate -repitió Charley.

Volvió la cabeza, miró hacia el coche patrulla que los seguía, volando a su mismo nivel y, de pronto, puso la palanca de elevación en la posición de noventa grados.

Subieron como el rayo entre las tinieblas, con el coche patrulla detrás.

Por el sur apareció otro autocohete-coche patrulla.

-Tendremos que rendirnos -gruñó Nick, cuando los dos coches se encontraron-. Pueden abrir fuego y alcanzarnos. Si no obedecemos sus señales lo harán dentro de un momento.

-Y si nos atrapan nos eliminarán -objetó Charley.

Aumentó su ángulo de vuelo y, detrás de ellos, los dos coches hicieron sonar las sirenas y destellar sus luces rojas.

La *Morsa* volvió a bajar en picado, hasta que el sistema automático la paró a varios palmos de la acera. Los coches de la Policía no abandonaron la persecución, y también descendieron.

-¡También poseen el sistema de control *Reeves-Fairfax*! -exclamó Charley-. Veamos. -Su rostro se movía descompasadamente-. Denny, Denny, ¿qué hago?

Dobló por una esquina, rozando un farol. De pronto, al frente, se produjo una nube de fuego.

-Lanzagranadas o misiles termotrópicos -gritó Nick-. Un disparo de aviso. Pon la radio en la banda de la Policía.

Alargó la mano hacia los mandos, pero ella, salvajemente, se la apartó.

-No pienso hablar con ellos -gritó Charley-. Ni pienso escucharles.

-Nos destruirán con el próximo disparo. Tienen autoridad para hacerlo y lo harán.

-No -negó Charley-. No abatirán a la *Morsa*. Te lo prometo, Denny.

La *Morsa* subió, efectuó una pirueta, después otra, y rodó sobre sí misma,

Librodot

siempre con la Policía a su alcance.

-Voy a... ¿Sabes adónde voy? A *Times Square*.

Nick ya lo suponía.

-¡No! -gritó-. No dejan que ningún autocohete entre en esa zona. La han cercado. Caeríamos en una sólida falange de blancos y negros.

Pero Charley no cambió el rumbo marcado. Nick distinguió las linternas y varios vehículos Militares dando vueltas. Ya casi habían llegado.

-Iré donde está Provoni -anunció la muchacha-, y le pediré asilo. Para los dos.

-Para mí, querrás decir.

-Le pediré francamente que nos permita entrar en su capa protectora -decidió Charley-. Sé que nos lo permitirá.

-Tal vez sí -concedió Nick.

Bruscamente, enfrente surgió una forma oscura. Era un lento vehículo del Ejército que llevaba municiones para el cañón que disparaba cabezas de proyectil de hidrógeno. Todas sus luces de aviso estaban encendidas.

-¡Dios mío...! -exclamó Charley-. No puedo...

De pronto, los otros dispararon.

25

La luz destelló en los ojos de Nick. Oyó, o sintió, movimiento a sus espaldas. La luz le dolía y levantó una mano para proteger sus ojos, pero la mano no se movió. No sentía nada. En cambio, sí se sentía completamente racional. Sabía que estaban en tierra. Un occífero de la Seguridad Pública hacía destellar su linterna ante sus ojos, tratando de averiguar si estaba inconsciente o muerto.

-¿Cómo está ella? -preguntó Nick.

-¿La que iba con usted?

La voz sonaba tranquila, demasiado tranquila, sin temor alguno.

Nick abrió los ojos. Un occífero de la Seguridad Pública, con su uniforme verde, estaba junto a él, con una linterna y una pistola. Por todas partes habían restos esparcidos del transporte de municiones. Nick divisó una ambulancia, con los sanitarios trabajando.

-La chica ha muerto -murmuró el occífero.

-¿Puedo verla? Debo verla.

Trató de levantarse y el occífero le ayudó. Luego, sacó una libreta y un bolígrafo.

-¿Su nombre?

-Déjeme verla.

-Tiene muy mal aspecto.

-Quiero verla -insistió Nick.

-De acuerdo, camarada -el occífero le acompañó, usando la linterna, a través de los montones de restos de chatarra-. Está allí.

Era el autocohete. Charlotte todavía estaba dentro. Por su aspecto, no cabía la menor duda: el cráneo estaba partido por el choque contra el timón, sobre el que había caído con enorme fuerza cuando la *Morsa* hizo impacto contra el tubo de escape del vehículo de transporte de municiones.

Sin embargo, alguien había separado el timón de su cabeza, dejando al descubierto la herida. Podía verse la corteza cerebral, llena de sangre, como replegada y partida por la mitad. *Partida*, pensó él, como en el poema de

Yeats; *atravesada por mi canto.*

-Tenía que suceder -le confió al occífero-. Si no de este modo, de otro. Iba demasiado de prisa. Tal vez estaba alcoholizada.

-Su marbete de identidad -gruñó el occífero- dice que sólo tenía dieciséis años.

-Exacto.

Se oyó un tremendo trueno, que estremeció el suelo.

-El cañón de cabeza-H -dijo el policía, atareado con la libreta y el bolígrafo-. Disparan contra esa cosa Frolikan -braceó un poco-. No servirá de nada. Esa cosa ya está en las mentes de todo el planeta. ¿Su nombre...?

-Denny Strong.

-Enséñeme su marbete de identidad.

Nick dio media vuelta y echó a correr a gran velocidad.

-¡No corra! -le gritó el policía-. ¡No le mataré! ¿Qué me importa ya nada? Siento lo de la chica...

Nick se detuvo y miró hacia atrás.

-¿Por qué? -exclamó-. ¿Por qué lo siente por ella? No la conocía... ¿Por qué no lo siente por mí? Estoy en la lista negra... ¿No le importa esto?

-En realidad, no. No desde que eché una ojeada a mi jefe por el v-fono. Desde que le vi no me importa nada. Era un Nuevo Hombre. Ahora es como un niño. Juega en su escritorio, apilando los objetos de escribir, creo que según el color.

Nick retrocedió hacia el policía.

-¿No puede llevarme? -le preguntó.

-¿Adónde?

-Al Edificio Federal.

-Oh, ahora es una casa de locos. Con todos los Nuevos Hombres en sus cubículos...

-Deseo ver al Presidente del Consejo.

-Probablemente ya está como los otros Inusuales y los Nuevos Hombres -añadió el occífero pensativamente-. Sin embargo, no sé si les han hecho algo a los Inusuales. Sólo a los Nuevos Hombres.

-Lléveme allí.

-Está bien, camarada, pero está herido... Tiene un brazo roto y posiblemente, muy posiblemente, heridas internas. ¿No prefiere ir al Hospital de la Ciudad?

-Quiero ver al Presidente del Consejo.

-De acuerdo. Iremos allí volando. Pero le dejaré en el aeródromo del tejado, no deseo verme mezclado en lo que ocurre allí... No quiero que empiece a afectarme.

-¿Es usted un Antiguo?

-Sí, como usted. Como la mayoría. Me gusta esta ciudad, exceptuando los lugares como el Edificio Federal, donde los Nuevos Hombres...

-No empezará a afectarle -objetó Nick.

Anduvo con paso incierto, pero sin ayuda, hacia el coche-mofeta de la Seguridad Pública. Caminaba, tratando de no perder el conocimiento. Ahora no podía permitírselo. Gram tenía prioridad; después, ya nada importaría. Tal vez no le hubiesen hecho nada a Gram, ya que, como dijo el policía, el ataque iba dirigido principalmente contra los Nuevos Hombres, no contra los Inusuales.

El policía subió al autocohete, esperó a Nick y luego ascendieron hacia el

Librodot

cielo.

-Lo de la chica es una verdadera vergüenza -comentó el occífero-. Pero me fijé en su maquillaje, como el de una loca, ¿verdad?

Nick no respondió, sosteniéndose el brazo derecho, y el cerebro desprovisto de pensamientos. Vagamente distinguía los edificios por encima de los que iban volando en dirección al Edificio Federal, a unos sesenta kilómetros fuera de la ciudad de Nueva York, en la satrapía de Washington DC.

-¿Por qué volaba tan de prisa? -interrogó el policía.

-Por mí -fue la respuesta-. Por eso volaba tan de prisa. Y eso fue lo que la mató.

El autocohete rechinó, dejando oír el familiar ruido de la aspiradora.

26

El aeropuerto del tejado del Edificio Federal era un hervidero de luces de los vehículos que iban y venían. Sin embargo, sólo se veían autocohetes oficiales, ya que el aeropuerto estaba cerrado al público, seguramente por mucho tiempo.

-Tengo permiso de aterrizaje -murmuró el occífero, señalando una luz pulsátil del intrincado tablero de mandos del autocohete.

Aterrizaron y Nick, ayudado por el occífero, saltó a tierra, donde se mantuvo inciertamente.

-Buena suerte, camarada -le deseó el occífero.

Un segundo después había desaparecido, y su autocohete era ya invisible en el cielo, con su luz roja parpadeando entre las estrellas.

En la rampa de entrada, al extremo del tejado, una hilera de policías negros le cortaron el paso. Todos llevaban carabinas con arcos emplumados, y todos le miraban como si fuera un despojo.

-El Presidente del Consejo Gram... -empezó.

-Piérdete -le dijo uno de los policías.

-... me pidió que viniese a verle -añadió Nick.

-Entonces, ¿no sabes que hay un alienígena que pesa cuarenta mil toneladas y...?

-Estoy aquí por esa emergencia.

Uno de los policías habló por un micrófono de muñeca, aguardó en silencio, escuchando a su interlocutor y luego asintió.

-Puedes entrar -dijo.

-Yo te acompañaré -se ofreció otro-. Todo está alborotado.

Abrió la marcha y Nick le siguió lo mejor que pudo.

-¿Qué te pasa? -se extrañó el occífero-. ¿Has sufrido un accidente?

-Estoy bien -mintió Nick.

Pasaron junto a un Nuevo Hombre que tenía un anuario en la mano, obviamente intentando leerlo. Cierto sentido residual le decía que debía leerlo, pero no había comprensión en sus pupilas, sólo una estremecedora confusión.

-Por aquí -indicó el policía de la Seguridad Pública, conduciéndole por una serie de cubículos.

Nick distinguió a varios Nuevos Hombres, unos sentados en el suelo, otros tratando de hacer algo, manejando objetos, algunos sentados o tumbados, mirando al frente sin ver nada. También vio que algunos sufrían violentos

ataques de rabia; evidentemente, llamados para la emergencia, los empleados Antiguos intentaban mantenerlos bajo control.

Se abrió la puerta del fondo del pasillo. El occífero se hizo a un lado.

-Es aquí -señaló, y se fue por donde habían venido.

Willis Gram no estaba en su monumental cama, se hallaba sentado en una butaca en el otro extremo de la habitación, evidentemente en paz consigo mismo. Su rostro estaba tranquilo, sosegado.

-Charlotte Boyer -dijo Nick sin más preámbulo- ha muerto.

-¿Quién? -parpadeó Gram, centrando su atención en Nick-. Ah, sí -levantó las manos, palmas arriba-. Me quitaron mi habilidad telepática, ahora sólo soy un Antiguo.

-Presidente del Consejo -dijeron bruscamente por el intercomunicador del escritorio-, hemos instalado el segundo sistema láser sobre el tejado del Edificio Transportador, y dentro de unos veinte segundos tendremos enfocado el rayo sobre el mismo objetivo que el de Baltimore.

-¿Sigue allí Provoni? -se interesó Gram.

-Sí. El láser Baltimore lo enfoca directamente. Cuando añadamos el rayo de la ciudad de Kansas, habremos doblado virtualmente el poder a nivel de funcionamiento.

-Manténganme informado -ordenó Gram-. Gracias.

Se volvió hacia Nick. Gram estaba completamente vestido: pantalón oscuro, blusa de seda con mangas rizadas, zapatos planos. Se había peinado y estaba elegante y tranquilo.

-Siento lo de esa joven -murmuró-. Lo siento, aunque en realidad, no lo siento. Yendo al fondo de la cuestión, no lo siento como lo sentiría de haberla conocido mejor. -Cansinamente, se pasó una mano por la cara. Se había empolvado el rostro cuidadosamente, y una blanca capa de polvos le cayó en la mano. Se la limpió, golpeándola contra la otra, con irritación-. No quiero malgastar ni una lágrima por los Nuevos Hombres -añadió, torciendo los labios-. Es culpa suya. ¿Conoce a un tipo, un Nuevo Hombre, llamado Amos Ild?

-Claro.

-Un verdadero cretino -le dijo Gram-. Dijo que Provoni no traía a ningún alienígena. Los neutrológicos, lo mismo que nosotros los Inusuales y los Nuevos Hombres, no han entendido nada. Claro que no hay nada que entender. Amos Ild era un excéntrico que trabajaba con millones de componentes en su proyecto del *Gran Oído*. Sí, estaba chiflado.

-¿Dónde está ahora? -quiso saber Nick.

-Jugando por ahí con pisapapeles. Tratando de inventar unos intrincados sistemas de equilibrio para ellos, y usando reglas como soportes. -Gram sonrió-. Esto es lo que hará durante el resto de su vida.

-Geográficamente hablando, ¿se ha extendido mucho la destrucción del tejido neurológico? -se interesó Nick-. ¿Por todo el Planeta? ¿Hasta la Luna y Marte?

-No lo sé. Casi todos los circuitos de comunicación están sin mandos. No hay nadie, absolutamente nadie, al otro extremo. Lo cual es fantástico y terrible.

-¿Ha llamado a Pekín? ¿A Moscú? ¿A Sumatra?

-Le diré a quién he llamado: al Comité Extraordinario de la Seguridad Pública.

-Que ya no existe, claro.

Librodot

Gram asintió.

-Él, esa cosa, los ha matado. Les abrió el cráneo y lo vació. Excepto, por algún motivo que desconozco, el diencéfalo. Sí, les ha dejado eso.

-Las funciones vegetativas -observó Nick.

-Sí, pudimos dejarlos vivir como vegetales, pero no valía la pena. Tan pronto como conocí la magnitud del daño cerebral, ordené a varios médicos que los matasen. Sin embargo, esto sólo concierne a los Nuevos Hombres. En el Comité de Seguridad Pública hay dos Inusuales, un precognitor y un telépata. Naturalmente, sus habilidades han desaparecido, como las mías. Pero por ahora viven.

-A ustedes ya no les harán nada -manifestó Nick-. Ahora que usted es un Antiguo, no corre más peligro que el que yo mismo corro.

-¿Para qué quería verme? -preguntó de pronto Gram-. ¿Para hablarme de Charlotte? ¿Para hacerme sentir culpable? Diantre, hay un millón de zorras como ella en el mundo; dentro de media hora puede tener otra en sus brazos.

-Usted envió a tres meones negros para matarme. En lugar de eso, liquidaron a Denny Strong, y a causa de esa muerte nosotros no pudimos manejar debidamente el autocohete y se produjo el accidente. Y ella murió. Usted activó esa serie de circunstancias; todo emanó de usted.

-Llamaré a los soldados negros -amenazó Gram.

-No me importa.

El intercomunicador cobró vida.

-Presidente del Consejo, los dos sistemas láser están apuntando al objetivo: Thors Provoni.

-¿Y el resultado? -preguntó Gram, de pie, apoyando su enorme mole en el escritorio.

-Ahora me lo comunican.

Gram esperó en silencio.

-Ningún cambio visible. Sin cambio alguno, señor.

-Tres sistemas láser -voceó Gram, roncamente-. Si traemos el de Detroit...

-Señor, en realidad no podemos manejar debidamente los que ahora tenemos. Debido a la enfermedad mental que aqueja a los Nuevos Hombres...

-Gracias -le interrumpió Gram, cerrando el intercomunicador-. ¡Enfermedad mental! -gruñó, terriblemente feroz-. Si sólo fuese eso, algo que curarse en un sanatorio... ¿Cómo lo llaman, psicogenia?

-Me gustaría ver a Amos Ild -pidió Nick-. Equilibrando los pisapapeles.

Era el mayor intelecto producido por la raza humana. Neanderthal, Homo Sapiens, Nuevos Hombres..., evolución. Y usando la neutrología de los Nuevos Hombres, Amos Ild había triunfado; había logrado el 000. Aunque tal vez Gram estuviese en lo cierto, quizá Amos Ild estuviera loco, pero no había forma alguna de medir un cerebro como el suyo, puesto que no existía un prototipo de comparación.

Era agradable saber que se habían librado de Ild. Saber que se habían librado de todos ellos era una buena cosa. Era muy posible que, hasta cierto punto, todos los Nuevos Hombres estuvieran locos. Era cuestión de grados. Y su neutrología, la lógica de los locos.

-Parece usted un poco abatido -observó Gram-. Debe buscar ayuda médica. Ya veo que tiene el brazo roto.

-¿En su enfermería? -se burló Nick-. ¿No es así como la llama?

-Hay médicos muy competentes -objetó Gram-. Es extraño -añadió, casi para sí mismo-, trato de escuchar sus pensamientos y no los oigo. Solamente oigo sus palabras... -Inclinando la cabeza hacia él, estudió a Nick-. ¿Ha venido para...?

-Quería que supiese lo de Charlotte -le atajó el joven.

-Está desarmado, así que no intenta aniquilarme. Lo registraron; sin enterarse pasó por cinco controles.

Con una rapidez inesperada en un individuo de su corpulencia, giró sobre sí mismo y tocó un botón del escritorio. Al momento, entraron en la habitación cinco soldados negros. Apenas parecía que hubiesen entrado; simplemente, estaban allí.

-Miren si está armado -les ordenó Gram-. Busquen algo pequeño, como un cuchillo de plástico o un micromarbete de gérmenes.

Dos soldados registraron concienzudamente a Nick.

-Nada, señor -dijo uno de ellos.

-Quédense donde están -les ordenó Gram-. Mantengan sus tubos apuntándole y, si se mueve, mátenle. Ese hombre es peligroso.

-¿Yo peligroso? -se asombró Nick-. ¿Es peligroso 3XX24J? Entonces, también son peligrosos seis mil millones de Antiguos, y sus meones negros no podrán contenerlos. Ahora, todos son Subhombres; han visto a Provoni; saben que, tal como prometió, ha vuelto, saben que sus armas no pueden herirle; saben que su amigo, el Frolikan, sí puede hacerles daño, ya se lo ha hecho, al menos a los Nuevos Hombres. Tengo el brazo roto, paralizado, no podría apretar un gatillo. ¿Por qué no nos quedamos solos? ¿Por qué no pudo dejar que ella se marchase conmigo? ¿Por qué envió a esos meones negros detrás de nosotros? ¿Por qué?

-Por celos.

-¿Piensa dimitir como Presidente del Consejo? -le preguntó Nick-. Ya no posee calificaciones especiales. ¿Dejará que gobierne Provoni? ¿Provoni y su amigo de Frolik 8?

-No -denegó Gram tras una pausa.

-Entonces, le matarán. Lo harán los Subhombres. Tan pronto como comprendan lo que sucede, vendrán aquí. Y esos tanques, esos autocohetes equipados con armas y sus Escuadrones Negros no detendrán más que a unos cuantos miles de ellos. ¡Seis mil millones, Gram! ¿Podrán los Militares y los Meones Negros matar a seis mil millones de hombres? ¿Además de Provoni y su amigo Frolikan? ¿Cree que existe la más remota probabilidad? ¿No va siendo hora ya de que renuncie al Gobierno, de que ceda todo el aparato gubernamental a otra persona? Usted ya es viejo y está cansado. Y no ha realizado una buena labor. Mató a Cordon... Sólo por eso, un tribunal constitucional le colgaría.

Por eso, pensó, y por otras decisiones adoptadas por Gram durante su mandato.

-Iré a hablar con Provoni -dijo Gram, Se volvió hacia los soldados-. Que preparen un autocohete Policial. Señorita Knight -añadió, pulsando un botón del escritorio-, pida comunicación para establecer un contacto oral entre Thors Provoni y yo. Dígales que se trata de una prioridad.

Colgó y se volvió hacia Nick.

-Quiero... -vaciló y continuó- ¿Ha probado el whisky escocés?

-No.

-Tengo un escocés de hace veinticuatro años, una botella que nunca abrí,

Librodot

una botella para una ocasión especial. ¿No le parece que ésta es una ocasión especial?

-Eso creo, Presidente del Consejo.

Gram se dirigió a una anaquelería del muro, sacó varios volúmenes, y al final sacó una botella llena de un líquido ambarino.

-¿De acuerdo? -le dijo a Nick.

-De acuerdo.

Gram se sentó encima del escritorio, arrancó el sello metálico de la botella, sacó el corcho, miró a su alrededor, por entre los objetos de la mesa hasta que halló dos vasos de papel. Vació lo que contenían en la papelera, y vertió el whisky en ellos.

-¿Por qué brindaremos? -le preguntó luego a Nick.

-¿El brindis forma parte del ritual de beber alcohol?

-Brindaremos -sonrió Gram- por una chica que trató de huir de los policías de metro noventa de estatura. -Calló un momento, sin beber. Nick tampoco levantó el vaso.

-Por un planeta mejor -dijo Gram, tragando el contenido de su vaso-. Por un Planeta en el que no necesitemos a *nuestros amigos de Frolik 8.*

-Yo no bebo por eso -gruñó Nick, dejando su vaso.

-Bueno, entonces limítese a beber, sin brindar. ¡Saboree el whisky! ¡El mejor de los whiskys! -Gram le miró asombrado y resentido. El resentimiento fue en aumento hasta que su cara adoptó un tono rojo oscuro.

-¿No comprende lo que se le ofrece? Ha perdido la perspectiva de las cosas. -Golpeó coléricamente la superficie de madera de castaño de su enorme escritorio-. ¡Esto le ha hecho perder sus valores! Tenemos que...

-El autocohete especial está dispuesto, Presidente del Consejo -dijo el intercomunicador-. En el muelle cinco del aeropuerto del tejado.

-Gracias. ¿Y la comunicación oral? No puedo irme hasta que se haya establecido esa comunicación, tengo que dejarles bien claro que no voy a causarles ningún daño. Que desconecten los rayos láser. Los dos.

-¿Señor...?

Repitió la orden.

-Sí, señor -asintió la voz del intercomunicador-. Intentaremos establecer el contacto. Mientras tanto, tenemos listo el autocohete.

Gram cogió la botella y se sirvió más whisky.

-No le entiendo, Appleton -masculló-. Viene usted aquí... y, ¿para qué? Está herido y se niega a... ¡En nombre de Dios...!

-Tal vez vine por esto -le atajó Nick-. En nombre de Dios, como dice.

Para mirarte, pensó, hasta que estés listo para morir. Porque tú y los que son como tú debéis morir; debéis dejar sitio a los que suben. Por lo que vamos a hacer, por nuestro proyectos, y no por construcciones semipsicóticas como el *Gran Oído*.

El *Gran Oído*, vaya ingenio soberbio para un Gobierno... A fin de tener a todo el pueblo bajo control. Lástima que no estuviese terminado. Tal vez intenten concluirlo, aunque Provoni y su amigo seguramente ya lo habrían intentado. Pero nosotros si lo acabaremos.

-Hay contacto audiovisual, Presidente del Consejo -anunció el intercomunicador. Añadió-: Línea cinco.

Gram cogió el v-fono rojo.

-Hola, señor Provoni -murmuró.

En la pantalla apareció la arrugada faz de Provoni, con sus surcos, sus

huecos, sus manchas... Sus ojos mostraban el vacío absoluto que Nick experimentó cuando le habían sondeado el cerebro. Pero aquellos ojos mostraban algo más: brillaban como los de un animal, eran los ojos de un ser voluntarioso y decidido que buscaba lo que deseaba, lo que anhelaba. Un animal que se había escapado de la jaula. Unos ojos fuertes, en un rostro fuerte, pese a su cansancio.

-Creo que sería deseable que usted viniese aquí -propuso Gram-. Ya ha hecho bastante daño. Miles de hombres y mujeres, importantes en el Gobierno, la industria y la ciencia...

-Nos reuniríamos con usted -aceptó Provoni-, pero creo que a mi amigo le resultaría difícil desplazarse hasta tan lejos.

-Hemos desconectado los rayos láser como un acto de buena fe -le manifestó Gram, tenso, los ojos sin pestañear.

-Sí, gracias por lo de los rayos láser -el rostro duro como una roca de Provoni esbozó una sonrisa-. Sin esa fuente de energía no habríamos podido realizar nuestra tarea. Al menos, no de modo tan inmediato. Dentro de unos meses habría quedado terminada.

-¿Habla en serio? -se asombró Gram-. ¿Se refiere a los rayos láser?

-Sí. El Frolikan convirtió la energía del sistema láser y esto le revitalizó.

Gram dejó de mirar la pantalla un instante, evidentemente para recobrar su dominio.

-¿Se encuentra bien, Presidente del Consejo? -se inquietó Provoni.

-Aquí podría usted bañarse, afeitarse, alimentarse y descansar -propuso Gram-, y luego charlaríamos.

-Usted vendrá aquí.

-Está bien -aceptó Gram, tras una pausa-. Estaré ahí dentro de cuarenta minutos. ¿Me garantiza mi seguridad y la libertad de regresar?

-¿Su seguridad? -repitió Provoni, sacudiendo la cabeza-. Todavía no capta la magnitud de lo que sucede. Sí, claro que puedo garantizarle su seguridad. Se marchará tal como llegue, al menos en lo que se refiere a nuestros actos. Pero si sufre un ataque de coronaria...

-De acuerdo -aceptó finalmente Gram.

En menos de un minuto, Gram había capitulado por completo en su posición, era él quien iría a ver a Provoni y no al contrario. Ni siquiera en un lugar neutral. No obstante, era una decisión necesaria, ya que no tenía otra opción.

-No sufriré ningún ataque de coronaria -objetó Gram. Estoy dispuesto a enfrentarme con lo que sea necesario. Acepto todas las condiciones. Cambio.

Colgó el v-fono.

-¿Sabe lo que me inquieta, Appleton? -preguntó después-. El temor de que vengan otros Frolikanos, que éste sea sólo el primero.

-No necesitamos más -reflexionó Nick.

-Pero si desean conquistar la Tierra...

-No lo desean.

-Ya la han conquistado. Al menos hasta cierto punto.

-Tranquilo. No nos harán más daño. Provoni ha logrado lo que ansiaba.

-Supongamos que no hagan caso de Provoni ni de lo que ansiaba. Supongamos...

-Señor -intervino uno de los soldados negros-, para llegar a *Times Square* en cuarenta minutos hay que salir ahora mismo.

Llevaba unos galones, era un oficial de alta graduación.

Librodot

Gruñendo, Gram se colocó sobre los hombros una chaqueta de lanalex, ayudado por uno de sus hombres.

-Llevadlo a la enfermería -dijo, señalando a Nick-, y que le sometan a tratamiento médico.

Inclinó la cabeza y dos soldados se acercaron a Nick, amenazadoramente, los ojos débiles pero intensos.

-Presidente del Consejo -rugió Nick-, tengo que pedirle un favor. ¿No sería posible que viera un momento a Amos Ild antes de ser llevado a la enfermería?

-¿Por qué? -quiso saber Gram, yendo hacia la puerta con dos soldados negros.

-Sólo deseo hablar con él. Verle y tratar de comprender todo lo que les ha sucedido a los Nuevos Hombres. Verle en el nivel en que ahora está...

-Un nivel de cretinismo -masculló Gram-. ¿No desea estar conmigo cuando vea a Provoni? Podría expresarle los deseos de... Barnes dijo que usted era un representante.

-Provoni sabe lo que deseo, lo que deseamos todos. Lo que va a ocurrir entre él y usted está bastante claro: usted dimitirá del cargo y él lo ocupará. El sistema del Servicio Civil será revisado rápidamente; muchos cargos serán electivos y no nombrados a dedo. Se instalarán otros Campos de Concentración para los Nuevos Hombres, donde vivirán dichosos; debemos pensar en ellos, en su indefensión. Por eso deseo ver a Amos Ild.

-Entonces, hágalo. -Gram señaló a dos soldados, los que estaban a cada lado de Nick-. Ya sabéis donde está Ild. Llevadle allí, y cuando haya terminado, a la enfermería.

-Gracias -dijo Nick.

-¿De verdad que está muerta? -preguntó Gram en voz baja.

-Sí.

-Lo siento -Gram alargó la mano, pero Nick rehusó estrechársela-. Era a usted a quien quería ver muerto -añadió Gram-. Bien, eso ya no importa. Bueno, finalmente he separado mi vida personal de la pública; en realidad, mi vida personal ha concluido.

-Como ha dicho hace un momento -manifestó Nick fríamente-, hay más de un millón de zorras arrastrándose por el mundo.

-Exacto, eso fue lo que dije.

Se marchó con los guardias. Se cerró la puerta a sus espaldas.

-Vamos -dijo uno de los soldados.

-Iré cuando me dé la gana -gruñó.

Le dolía mucho el brazo y empezaba a sentir un vacío en el estómago. Gram tenía razón: debía bajar pronto a la enfermería.

Pero no antes de ver a Amos Ild, el intelectual más grande de la raza humana.

-Por aquí -le indicó el guardia, señalando una puerta que también estaba custodiada por un soldado vestido con uniforme verde.

-Hazte a un lado -le dijo el guardia negro.

-No estoy autorizado para...

El negro levantó la pistola, como si tuviera la intención de golpearle con ella.

-Como ordenes -accedió el otro, haciéndose a un lado.

Nicholas Appleton entró en la habitación.

27

En el centro del cuarto, sentado, estaba Amos Ild, con su cabezota sostenida por un cuello de varitas metálicas. Se hallaba rodeado por una gran variedad de objetos: clips, bolígrafos, pisapapeles, reglas, borradores, hojas de papel, cajitas, revistas, cosas abstractas... Había desgarrado las hojas de varias revistas, arrugándolas y arrojándolas lejos. En aquel momento pintaba en una hoja de papel.

Nick se aproximó. Estaba dibujando unos individuos rígidos y un gran círculo en el cielo que representaba el sol.

-¿Les gusta el sol a los hombres? -le preguntó a Amos Ild.

-Les calienta -respondió aquél.

-¿Y van hacia él?

-Sí.

Amos Ild cogió otra hoja, ya cansado de la anterior y trazó lo que parecía un animal.

-¿Un caballo? -indagó Nick-. ¿Un perro? Si tiene cuatro patas, ¿es un oso? ¿Un gato?

-Soy yo -murmuró Amos Ild.

El dolor comprimió el corazón de Nick.

-Esto es una madriguera -dijo Ild, trazando un círculo irregular con un lápiz color marrón-. Aquí -indicó con un dedo el círculo marrón- me meto cuando llueve, y me caliento.

-Le haremos a usted una madriguera exactamente como ésa -respondió Nick.

Sonriendo, Amos Ild arrugó el dibujo.

-¿Qué quiere ser cuando sea mayor? -siguió preguntándole Nick.

-Ya soy mayor.

-Entonces, ¿qué es?

Ild vaciló.

-Construyo cosas -respondió al fin-. Mire.

Se levantó, mientras la cabeza enorme se balanceaba ominosamente.

Nick pensó que iba a quebrarse el espinazo. Luego, con orgullo, Ild le enseñó al joven el conjunto de pisapapeles y reglas con los que había construido algo parecido a un edificio.

-Muy bonito -ponderó Nick.

-Si quita un pisapapeles -explicó Ild-, esto se cae. -En su cara apareció una expresión maliciosa-. Voy a quitar una pieza.

-Pero usted no querrá que se derrumbe.

Amos Ild, dominando a Nick con su cabezota y su elaborado sostén, dijo:

-¿Qué es usted?

-Tallador de neumáticos.

-Un neumático es eso que gira y gira en un autocohete, ¿verdad?

-Exacto. El autocohete aterriza sobre los neumáticos.

-¿No podría yo construir alguno? Ser también un... -vaciló.

-Un tallador de neumáticos -repitió Nick con paciencia. Se sentía tranquilo-. Es un mal oficio, no creo que le guste.

-¿Por qué no?

-Porque hay muescas en los neumáticos y hay que tallarlas más profundamente para que parezca que tienen más caucho del que en realidad tienen. Por esta razón el que los compra puede tener un reventón, sufrir un

Librodot

accidente y quedar malherido.

-Usted está herido -observó Ild.

-Tengo el brazo roto.

-Entonces, debe dolerle.

-No mucho. Lo tengo paralizado. Todavía sufro el shock.

Se abrió la puerta y entró uno de los soldados negros, avizorando la escena con sus estrechos ojos.

-¿Podría traerme una tableta de morfina del dispensario? -le pidió Nick-. Mi brazo... -dijo, señalándolo.

-Está bien, amigo -asintió el soldado, marchándose.

-Debe de dolerle mucho -dijo Amos Ild.

-No mucho. No se preocupe, señor Ild.

-¿Cómo se llama usted?

-Appleton, Nick Appleton. Llámeme Nick y yo le llamaré Amos.

-No -rehusó Ild-. No nos conocemos aún lo bastante. Yo le llamaré señor Appleton y usted me llamará señor Ild. Tengo treinta y cuatro años, el próximo mes cumpliré los treinta y cinco.

-Y le harán muchos obsequios.

-Sólo deseo una cosa -exclamó-. Quiero... -Calló de repente. Luego, continuó-: Hay un lugar vacío en mi cerebro, quisiera que me lo quitaran. Ya no sirve para nada...

-El *Gran Oído* -nombró Nick-. ¿Se acuerda? ¿Se acuerda de estar construyéndolo?

-Oh, sí. Yo lo hice. Para oír los pensamientos de todo el mundo y... -Una pausa-. Llevar a la gente a los Campos de Reeducación.

-¿Era agradable hacerlo?

-No, no lo sé. -Ild se llevó las manos a las sienes y cerró los ojos-. ¿Qué son las demás personas? Tal vez ya no haya nadie más; tal vez sean creyentes forzados. Como usted... Tal vez yo le fabriqué a usted, y puedo lograr que haga lo que yo quiera.

-¿Qué le gustaría que hiciera? -se interesó Nick.

-Cogerme -dijo Ild al instante-. Cogerme en brazos y jugar: usted da vueltas, sujetándome por las manos. Y la fuerza cen... trífuga... -Tropezó con la palabra y casi no pudo pronunciarla-. Me hará volar sobre la horizon... -Volvió a tener dificultades con la nueva palabra-. ¿No podría levantarme? -suplicó, mirando a Nick.

-No puedo, señor Ild, por culpa de mi brazo roto.

-De todos modos, gracias.

Arrastrando los pies meditativamente, Ild se dirigió hacia el ventanal y se asomó a la noche estrellada.

-Ah, las estrellas... -suspiró-. La gente va hacia ellas. El señor Provoni también fue.

-Sí, estuvo allí.

-¿Es un hombre amable el señor Provoni? -preguntó Ild.

-Es un hombre que ha hecho lo que tenía que hacer -replicó Nick-. No, no es un hombre amable, es un hombre inflexible; pero quería ayudarnos.

-¿Su ayuda es buena?

-Mucha gente así lo cree.

-Señor Appleton, ¿tiene usted madre?

-No, ya no vive.

-Tampoco la mía. ¿Tiene esposa?

Librodot

-En realidad, ya no.

-Señor Appleton, ¿tiene novia?

-No -respondió él, con tristeza.

-¿Murió?

-Sí.

-¿Hace poco?

-Sí.

-Debe buscar otra -le aconsejó Amos Ild.

-¿De verdad? -se asombró Nick-. No creo que... No creo que desee volver a salir con una chica.

-Necesita una que le cuide.

-Ésa se ocupaba de mí, la que mataron ellos.

-¡Es maravilloso! -exclamó Amos Ild.

-¿Por qué? -Nick estaba estupefacto.

-Por lo mucho que la amaba. Imagínese a alguien amándole así. Me gustaría que alguien me amase de esa manera.

-¿Es tan importante? -preguntó Nick-. Sí, realmente eso es lo que importa, y no la invasión de la Tierra por unos seres extraños, la destrucción de diez millones de cerebros superlativos, la transferencia del poder político, de todo el poder, a unos grupos elegidos.

-No comprendo esas cosas -confesó Amos Ild-. Sólo sé que es maravilloso que alguien te ame tanto. Y si alguien te ama tanto, uno debe valer ese amor, de manera que también a usted pronto alguien le amará. ¿No lo entiende?

-Seguramente sí.

-No hay nada mejor que eso: que un hombre dé la vida por un amigo -declaró Amos Ild-. Ojalá yo pudiera hacerlo -se sentó en un sillón giratorio-. Señor Appleton, ¿todos los adultos son como yo?

-¿En qué sentido?

-En el de no poder pensar; en el de tener este sitio vacío -dijo, llevándose una mano a la frente.

-Sí.

-¿Me amará alguna joven adulta?

-Sí.

Se abrió la puerta y apareció el soldado negro con un vaso de plástico lleno de agua y una tableta de morfina.

-Cinco minutos más, amigo -le dijo el soldado-, y le llevaré a la enfermería.

-Gracias -dijo Nick, tragándose la píldora.

-Hermano, verdaderamente le duele -añadió el soldado-. Parece a punto de caer. No creo que le gustase a ese chico... -Se corrigió al momento-. Al señor Ild observarlo. Le inquietaría y el señor Gram no quiere que se le inquiete por nada.

-Harán Campos para ellos -razonó Nick-. Donde podrán recobrar el nivel anterior, en vez de intentar ser como nosotros.

El soldado soltó un gruñido y cerró la puerta a sus espaldas.

-¿No es negro el color de la muerte? -inquirió Ild.

-Sí.

-Entonces, ¿están muertos?

-Sí -asintió Nick-, pero no le harán daño.

-No temo que me hagan daño. Pensaba que usted tiene un brazo roto y tal vez fue por culpa de ellos.

-Fue por culpa de una chica -explicó Nick-. Una ratita de nariz respingona y baja de estatura. Una chica por la que daría la vida para que nada de esto hubiese ocurrido. Pero ya es tarde.

-¿Se trata de la que era su novia y murió?

Nick asintió.

Amos Ild cogió un lápiz negro y empezó a dibujar. Mientras Nick le contemplaba, fueron surgiendo una figuras de palo: un hombre, una mujer y un animal negro, de cuatro patas, con cabeza de oveja. Y un sol negro, un paisaje negro con casas y autocohetes negros.

-¿Todo negro? -preguntó Nick-. ¿Por qué?

-No lo sé.

-¿Es bueno que todo sea negro?

-Espere -murmuró Amos Ild, tras un corto silencio. Garabateó algo sobre el dibujo, rompió el papel a tiras, hizo una pelota y la tiró al suelo, lejos de él-. Ya no puedo pensar más -se quejó.

-Pero no todos somos negros, ¿verdad? -preguntó Nick-. Conteste y podrá dejar de pensar.

-Creo que la chica era negra. Y usted, en parte, es negro, como su brazo y algunas partes internas, aunque sospecho que el resto no lo es.

-Gracias -dijo Nick que se sentía mareado-. Será mejor que vaya a ver al doctor. Nos veremos más tarde.

-Oh, no, no.

-¿No? ¿Por qué no?

-Porque usted ya ha descubierto lo que deseaba. Deseaba que yo dibujara la Tierra y enseñarle cuál es su color, especialmente si es negra. -Cogió una hoja de papel y dibujó un gran círculo... verde-. Está viva -dijo, sonriéndole a Nick.

-Debo irme:

> *«Hay una tumba donde ondean los lirios y los narcisos, y yo complacería al desventurado fauno, enterrado bajo la tierra dormida, con canciones alegres antes del amanecer. Sus días alegres fueron coronados con mirlo; y aún sueña que pisa la tierra, como un fantasma al rocío, atravesado por mis cantos alegres».*

-Gracias -murmuró Amos Ild.

-¿Por qué?

-Por haberlo explicado. -Amos Ild empezó otro dibujo. Con el lápiz negro trazó la figura de la mujer, una línea señalando bajo la tierra y otra horizontal-. Aquí está la tumba -explicó-. Adonde usted ha de ir, donde está ella.

-¿Me escuchará? -quiso saber Nick-. ¿Sabrá que estoy allí?

-Sí. Si canta. Tiene que cantar.

Se abrió la puerta y apareció el soldado negro.

-Vamos, señor, a la enfermería.

Nick se demoró.

-¿Debo plantar allí lirios y narcisos? -le preguntó a Amos Ild.

-Sí, y recuerde llamarla por su nombre.

-Charlotte.

-Sí -asintió Amos Ild.

-Vamos -repitió el soldado, cogiéndole por el hombro y sacándole fuera de

la habitación-. No sirve de nada charlar con los críos.

-¿Críos? -se extrañó-. ¿Así es como van a llamarles?

-Bueno, ahora son como niños.

-No, no son como niños -objetó Nick-. Son como santos y profetas.

Sí, pensó, son como videntes, como sabios ancianos... Pero hemos de cuidarles, pues no podrán hacerlo por sí mismos. Ni siquiera sabrán lavarse.

-¿Le dijo algo que valiera la pena oír? -se interesó el soldado.

-Dijo que ella me oirá.

Habían llegado a la enfermería.

-Entre ahí -le indicó el soldado-. Por aquella puerta.

-Gracias.

Nick se unió a la fila de hombres y mujeres que aguardaban.

-Pues no fue mucho lo que le dijo -observó el soldado.

-Fue bastante.

-Son patéticos, ¿verdad? Siempre deseé ser un Nuevo Hombre, pero ahora...

-Váyase -le ordenó Nick-. Deseo poder pensar.

El soldado se alejó.

-¿Su nombre, señor? -inquirió la enfermera, con un bolígrafo en la mano.

-Nick Appleton. Soy tallador de neumáticos -añadió-. Y quiero meditar. Tal vez si pudiera tenderme...

-No quedan camas libres, señor -replicó la enfermera-. Además, su brazo... -lo tocó ligeramente-. Se lo arreglaremos.

-De acuerdo -asintió él.

Se recostó contra la pared y esperó. Y mientras esperaba, pensó.

El abogado Horace Denfeld entró jovialmente en el despacho exterior del Presidente del Consejo Willis Gram. Llevaba la cartera de mano, y su expresión demostraba un desarrollo de su sentido de negociar desde su posición de fuerza.

-Dígale al señor Gram que traigo más documentos relativos a su pensión de divorcio y a los bienes que...

La señorita Knight le miró desde su escritorio.

-Llega tarde, abogado.

-¿Cómo? ¿Está ocupado? ¿Tengo que esperar? -Denfeld examinó su reloj de pulsera rodeado de diamantes-. Como mucho puedo esperar quince minutos. Por favor, avísele inmediatamente.

-Se ha ido -explicó la señorita Knight, doblando los dedos bajo su barbilla, gesto que no pasó inadvertido para Denfeld-. Todos sus problemas personales, usted e Irma en particular, ya han terminado.

-¿Por la invasión? -Denfeld se frotó un lado de la nariz con irritación-. Bien, le perseguiremos con un mandamiento judicial -amenazó, frunciendo el ceño y con su más terrible mirada-. Adonde haya ido.

-Willis Gram se ha ido adonde ninguna demanda podrá seguirle.

-¿Ha muerto?

-No, está fuera de nuestras vidas. Más allá de la Tierra en que vivimos. Con un enemigo, un viejo enemigo, y con lo que puede ser un nuevo amigo. Al menos, eso esperamos.

-Le encontraremos -decidió Denfeld.

-¿Quiere apostar algo? ¿Cincuenta pops?

-Yo... -vaciló el abogado.

-Buenos días, señor Denfeld -le despidió la señorita Knight, volviendo a su máquina de escribir.

Denfeld permaneció junto al escritorio, ya que había visto algo... Se agachó a cogerlo: era una estatuita de plástico, de un hombre con una túnica. La sostuvo unos segundos en su mano, mientras la secretaria fingía ignorar su presencia. Denfeld palpó la estatuita, atentamente, solemnemente. Había aparecido en su rostro una expresión de estupefacción como si, a cada momento, viese algo más en la estatuita de plástico.

-¿Quién es? -le preguntó a la señorita Knight.

-Una *estatua de Dios* -fue la respuesta, dejando de teclear para estudiar al abogado-. Todo el mundo tiene una, es un capricho. ¿No había visto ninguna?

-¿Así es *Dios*?

-No, claro que no. Esto es sólo...

-Pero es *Dios* -sentenció Denfeld.

-Pues sí.

Ella le contempló, captó el asombro en sus pupilas y cómo su conciencia se estrechaba ante aquel artefacto... De pronto, lo comprendió. Está claro: Denfeld es un Nuevo Hombre. Y ahora veía el proceso. Se estaba convirtiendo en un chiquillo.

La señorita Knight dejó la butaca y dijo:

-Siéntese, señor Denfeld -le condujo al sofá y le obligó a sentarse, dejando olvidada la cartera. Olvidada ya para siempre-. ¿Puedo traerle algo? ¿Una *Coca Cola*?

-¿No podría quedarme con esto? -preguntó él, sosteniendo la estatuita.

-Pues claro -asintió ella, que ahora sentía compasión por él.

Uno de los más inferiores y el último de los Nuevos Hombres en desaparecer, pensó ella. ¿Dónde está ahora su arrogancia? ¿Dónde está la de todo el mundo?

-¿Puede volar *Dios*? -preguntó Denfeld-. ¿Puede extender los brazos y volar?

-Sí.

-Algún día... -se interrumpió-. Creo que todas las cosas vivas volarán algún día, o al menos lo intentarán; algunas irán muy de prisa, como ya lo hacemos en esta vida, pero la mayoría volará o correrá. Arriba... arriba... Eternamente. Incluso las babosas y los caracoles volarán, más lentamente, pero volarán. Al final todos volarán, aunque vayan muy lentos. Dejando muchas cosas detrás... Sí, esto será así. ¿No lo cree?

-Sí -asintió ella-. Dejarán muchas cosas detrás.

-Gracias.

-¿Por qué?

-Por regalarme a *Dios*.

-De acuerdo -concedió ella.

Estoicamente, reemprendió su tecleo. Mientras Horace Denfeld jugaba sin descanso con la estatuita de plástico, con la grandeza de *Dios*.

FIN